CICLO DE LAS VALQUIRIAS:
MOVIMIENTO I



UNA CORTE DE ARMONÍA ROTA

SARAH J. MAAS

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Mapa

Nota de la autora

PRELUDIO

MOVIMIENTO I. SONATA

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

Escenas extra
Nesta & Cassian
Feyre & Rhys
Azriel

Créditos

Una corte de armonía rota

Sarah J. Maas

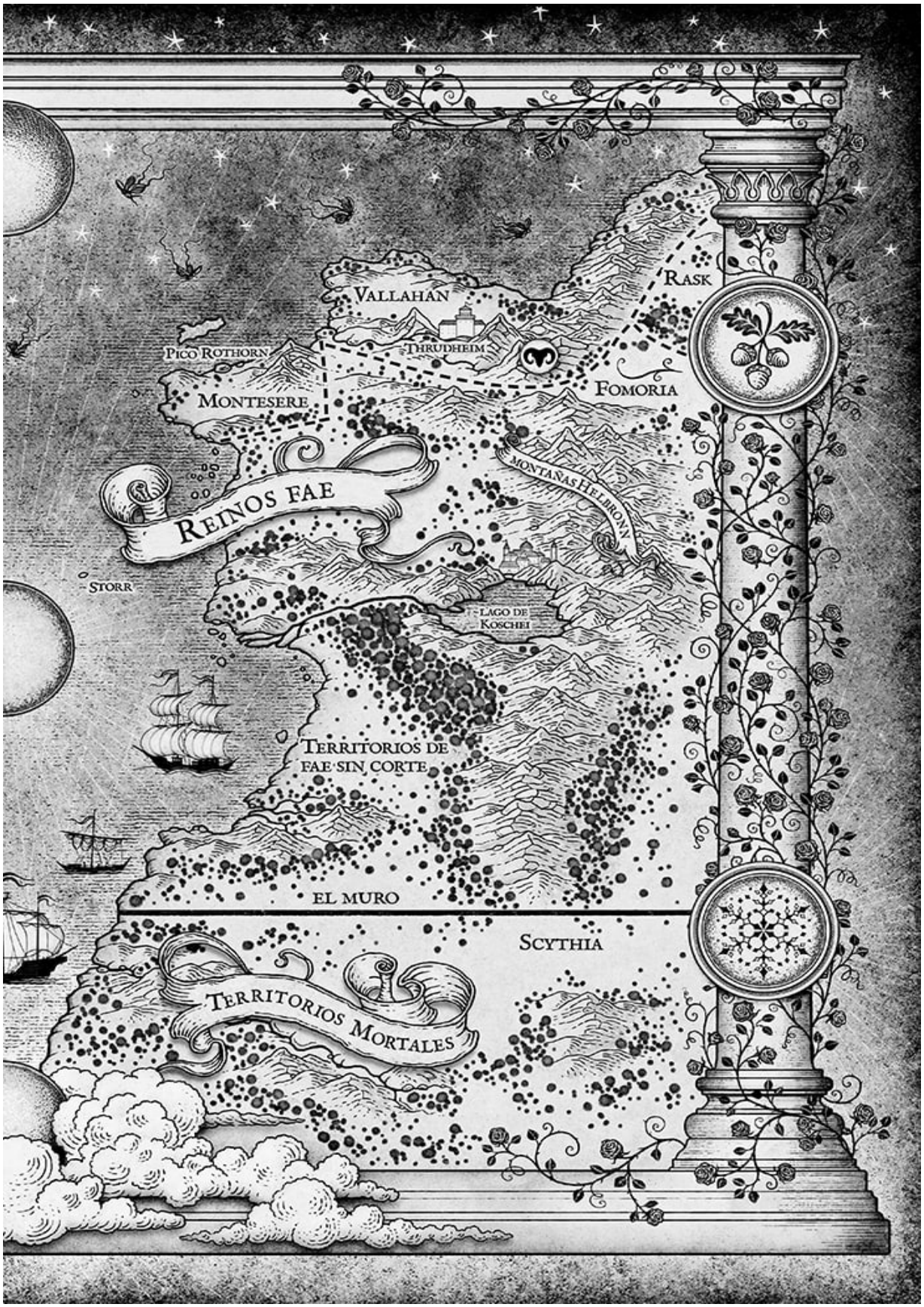
Traducción de Mariona Gastó y Estíbaliz Montero



A Josh, Taran, Sloane, Annie y Scarlet.
Os quiero

Y a Maura Wogan.
Gracias por devolverme este mundo


TERRITORIOS FAE DE
Prythian
NORTE
MONTAÑAS ILYRIAS
LA PRISIÓN
RAMIEL
ESTEPAS ILYRIAS
REFUGIO DEL VIENTO
VELARIS
CORTE NOCHE
SANGRAVAH
MONTAÑAS DURMIENTES
CORTE DE LAS PESADILLAS
HYBERN
PALACIO
CORTE DÍA
EL MEDIO
CORTE AMANECER
BAJO LA MONTAÑA
CABAÑA DE LA TEJEDORA
CORTE INVIERNO
MONTAÑA ANTEMON
BOSQUE DE ESPINOS
CORTE VERANO
CORTE OTOÑO
ADRIATA
CORTE PRIMAVER
EL MURO
ALDEA DE FEYRE
TERRITORIOS MORTALES


Vallahan
Thrudheim
Rask
Pico Rothorn
Montesere
Fomoria
Reinos Fae
Montañas Helbronn
Storr
Lago de Koschei
Territorios de Fae Sin Corte
El Muro
Scythia
Territorios Mortales

Queridas lectoras:

Cuando empecé a escribir esta entrega de la serie ACOTAR, enseguida me di cuenta de que esta historia no podría publicarse en un único volumen. Tampoco podía ser una trilogía; al menos, no en el sentido tradicional en cuanto a estructura. Lo que me salió del corazón fue más bien una historia extensa y arrolladora que no podía limitarse a los parámetros de lo que se puede imprimir físicamente: un viaje que tenía que contarse de otra forma sí o sí.

Publicar una obra en formato físico tiene sus reglas. Las imprentas limitan la extensión de un libro para que las páginas…, bueno, no se despeguen. Pero no quería tener que cortar partes vitales del recorrido de estos personajes solo para asegurarme de que el pegamento aguantara o que el tomo en sí cupiera en los estantes de las librerías.

Así que ideé una visión distinta de cómo podía haceros llegar este libro. Una visión en la que yo podía contar la historia como debía ser contada y, además, asegurarme de que vosotras, las lectoras, recibierais unas ediciones físicas bonitas de dichos volúmenes.

Este libro (el Movimiento I) es solo la introducción de una historia más larga, contada como yo quería contarla y como los personajes pedían que la contara. No es una novela ni un «primer libro». Simplemente es una parte de una obra muchísimo más extensa.

El Movimiento II y el Movimiento III llegarán pronto (en un único volumen) y, a futuro, habrá un cuarto movimiento como pieza final. Mi idea es que, juntos, esos tres tomos creen una sola historia para que, al final, podáis leerla de un tirón, del Movimiento I al IV.

Más allá de esto, al final de este libro encontraréis tres escenas «extra» de la serie que se publicaron por separado en ediciones especiales en inglés. Yo siempre percibí estas escenas como canónicas y las escribí de esa manera, incorporando los eventos

ocurridos en ellas en los libros como tal. Llevo años deseando que estas escenas sean accesibles para todas las lectoras, sin importar dónde vivan o qué edición compren, y la publicación de este libro por fin me ha brindado esa oportunidad. (Os recomiendo que leáis la escena de Azriel antes de empezar con el Movimiento I).

Espero que disfrutéis de este viaje tanto como lo he hecho yo al escribirlo.



PRELUDIO

En la fortaleza de su padre, envuelta de niebla, había un espacio pequeño, algo más grande que una celda.

Era su habitación (su «jaula», como la llamaban sus hermanastros mayores para burlarse). Y solo podía salir una única vez al día al húmedo y fresco exterior para inhalar el canto de esas escarpadas montañas azotadas por el viento y, con algo de suerte, notar cómo el sol le besaba las mejillas.

Su madre no tenía permiso para entrar en la jaula. Sus visitas se veían limitadas a una por semana, momento en el que compartían un pequeño desayuno juntos, en la estrecha habitación de esta, muchos pisos más arriba. Una hora. He aquí todo el tiempo del que disponían. Él mismo subía las bandejas para que su madre no tuviese que cargar con ningún peso innecesario en las manos, pues las tenía extremadamente delgadas y el trabajo les había pasado factura.

Aunque no era que las suyas estuviesen mucho mejor. Y menos después de lo que sus hermanastros le habían hecho hacía tres años. Porque suponía que habían transcurrido tres años. Allí abajo, el tiempo carecía de significado y tan solo estaba marcado por cómo le iban creciendo las alas; si las extendía del todo, rozaba las paredes de ambos lados de la celda.

Había noches en las que se despertaba gritando, convencido de que todavía le ardían las manos y se le derretía la piel. Pero entonces veía lo que había quedado: unas cicatrices grandes y deformes.

Cuando había ocurrido, era tan pequeño que las alas a duras penas ocupaban la mitad del espacio.

Recordaba más bien poco. Las risas mientras le untaban abundantemente las manos con aceite. Y luego el terror atroz al ver aquellos braseros y el chisporrotear de las brasas, que se oía desde la otra punta de la sala. Cuando se dio cuenta de que no podía hacer nada para evitar que sus hermanastros le hundieran las manos embadurnadas de aceite en las llamas, el pánico lo sobrecogió. El calor del fuego llegó a sus deformados dedos antes de que lo envolvieran las llamas. Y, más tarde, el asombro instantáneo al no notar nada. Ese fue su último atisbo de esperanza: que, por un segundo, no sintió absolutamente nada.

Y a continuación, un dolor tan intenso que se desmayó.

Nada más despertarse, encontró a su madre sollozando. Estaba acurrucado en su regazo y le dolían tantísimo las manos, los dedos, que el más mínimo movimiento lo llevaba a perder el conocimiento de nuevo. Esto se repitió en varias ocasiones: recobraba el sentido, le azotaba una nueva ola de agonía y luego todo desaparecía.

A lo mejor lo mantenían inconsciente las sombras, que lo acunaban en su oscuridad. A lo mejor como un acto de bondad. Sin embargo, cuando por fin despertó y ya no volvió a desmayarse, vio que sus manos habían cambiado. Tenían la misma forma, pero ya le había crecido carne nueva encima de las quemaduras. Antes tenía la piel de las manos fina; ahora, en cambio, tenía algunas zonas menos opacas, más ásperas y tirantes.

Al cabo de poco volvieron a meterlo en la jaula. Y, al igual que antes, prohibieron que su madre fuera a cuidarlo. A reconfortarlo.

Él ya sabía por qué la tenían casi siempre encerrada en otra parte. Por qué había una pequeña y discreta escalera al final del pasillo donde se encontraba ella que llevaba a los pisos superiores, en los que residía su padre.

Sus hermanastros se aseguraban de que lo supiera.

«Tu madre es una puta. Algún día también nos la follaremos nosotros».

La primera vez que contraatacó al oír ese insulto, fue la propia madre de sus hermanastros quien lo encerró allí personalmente. La segunda vez, le quemaron las manos hasta dejárselas irreconocibles.

De modo que solo tenía las sombras por compañía y no oía otra cosa que no fuera el cantar del viento que, en ocasiones, se colaba en las profundidades de la fortaleza. Siempre que podía, movía las alas y hacía ejercicios que había visto repetir a los guerreros de su padre en el jardín.

Había aprendido de ellos y había tomado nota de todos los detalles durante la hora que le permitían salir al exterior. Se había fijado en cómo se movían los guerreros, en cómo blandían las espadas, en cómo se colocaban, en cómo echaban a volar sin carrerilla.

Él nunca había alzado el vuelo. Ni una sola vez.

He aquí algo más de lo que se burlaban sus hermanastros. Aun así, practicaba tanto como podía en la jaula. Cuando se le hubieron curado las manos, comprobó que tuviesen la misma utilidad que antes de que se las quemaran. Pese a que los primeros meses las tuvo más bien agarrotadas y en algunas ocasiones le dolieron, pronto recuperaron toda la movilidad. Así que entrenó y entrenó.

Era un ilyrio. Era lo que le tocaba.

Su madre solía recordárselo a menudo entre susurros para que no lo oyeran las otras doncellas, que tenían el oído muy fino, y no se lo dijeran a su impetuosa ama.

—Eres un ilyrio, Azriel: el viento te canta al correr por las venas. No pueden enjaularte. No pueden romperte. Te han encerrado porque te tienen miedo.

A veces, se le olvidaba su propio nombre hasta que oía decírselo a su madre.

—¿Por qué? —le preguntaba sin cesar—. ¿Por qué me tienen miedo? ¿Por qué me odian?

Ella le besaba la frente. Una vez, dos.

—Porque eres distinto. Lo notaron en cuanto naciste. Y, algún día, les vas a demostrar a todos que eso es maravilloso.

De pequeño, nunca encontró sentido a esas palabras. Sin embargo, a medida que fueron pasando los años, Azriel supo que su madre tenía razón.

Las sombras de su jaula, de su celda, se convirtieron en sus amigos. Tenían historias propias y anécdotas de lo que ocurría más

arriba, en la fortaleza.

Los consejos más valiosos se los daba el viento, que le contaba leyendas del mundo que se extendía más allá. Le hablaba de unos amplios campos donde el sol teñía de un matiz dorado las flores silvestres; donde los ríos caían en cascada por montañas de granito; donde había un chico de ojos violeta que debía de tener más o menos su edad y alrededor del cual parecía gravitar todo el mundo: un chico con alas (otro ilyrio) que se estaba abriendo paso por el barro y la nieve con uñas y dientes, lejos de allí, y… ella. Una chica con el cabello del color del oro, encantadora y alegre, envuelta por una oscuridad parecida a la de él, atrapada en una ciudad escondida bajo una montaña y que soñaba con el vasto cielo azul.

Pero esos chicos estaban lejos de él. Eran completamente inalcanzables, como la Luna.

De modo que las sombras y el viento le hacían compañía. Sombra y viento y piedra. Azriel aprendió el silencioso y retumbante lenguaje de las rocas, y a discernir las voces y las palabras de quienes habitaban en la fortaleza.

Así fue como descubrió que sus hermanastros habían cumplido la mayoría de edad. También de lo que planeaban hacer con su madre. Algo que nada tenía que ver con ella y que estaba totalmente relacionado con él. Aun así, le harían daño a su madre sin que sus actos tuvieran repercusión alguna, y luego presumirían de ello ante Azriel.

Cuando sus hermanastros se retiraron a sus aposentos en mitad de la noche, la roca lo advirtió.

Los entrenamientos autoimpuestos de Azriel le ayudaron a romper la puerta de la celda.

Las sombras lo guiaron y lo ocultaron mientras él recorría los pasillos a toda prisa.

Y el viento le contó cómo podía acallar los gritos de sus hermanastros al tiempo que los interceptaba antes de que llegasen a tocar la puerta de su madre, estampándoles los puños, hincándoles los dientes y desatando todo su poder contra ellos. Más que un macho, parecía una bestia desatada.

Las doncellas de oído fino lo oyeron y dieron la alarma enseguida.

Para separar a Azriel del mayor de sus hermanastros hicieron falta tres fuertes guerreros ilyrios. El otro hermanastro estaba inconsciente. Azriel seguía gruñendo y revolviéndose contra ellos cuando apareció su padre con su esposa al lado y vieron la escena: la puerta que tenían delante y la madre de Azriel, con los ojos abiertos como platos, temblando y con las alas dolorosamente tensas y plegadas en la más pura señal de sumisión.

A tu padre le puede el alcohol, le murmuraron las sombras, sacando a Azriel de aquella neblina. *Y el sueño. Su esposa es todo miedo y enfado. Tu madre solo ha conocido el terror y la desesperación.*

No era que las sombras hablaran como tales, pero Azriel había aprendido a interpretar los fragmentos de las imágenes que le enseñaban como si de palabras o frases se tratasen. Igual que había aprendido a leer y a escribir durante las preciadas horas que compartía con su madre, que escondía libros en su habitación, así como los retales de papel y restos de carbón que pudiese encontrar.

La malcriada y desalmada esposa de su padre chilló y se abalanzó hacia sus hijos antes de arrullarlos llamándolos por sus nombres y de acariciar sus odiosos rostros. El único que seguía consciente lloriqueaba y se quejaba.

Su progenitor, con toda su altura y sus fornidos hombros, se colocó delante de Azriel con las alas tan extendidas que cualquiera habría dicho que bloquearían la luz. Eran tan oscuras como su pelo, que en ese instante permitía ver las duras facciones de la cara. Estudió a su hijo con aquellos ojos color avellana sutilmente nublados mientras su segundo al mando agarraba al chico por la nuca con la fuerza suficiente como para asegurarse de dejarle un moretón.

—No lo torturéis, no le mutiléis las alas, no le hagáis daño —suplicó la madre de Azriel, arrodillándose y acercándose al padre de este, mientras arrastraba sus rotas alas por el suelo.

Él la ignoró y permaneció con la vista puesta exclusivamente en Azriel.

—¿Cómo te has escapado? —le preguntó con un tono severo e implacable.

Él sorbió la sangre que le goteaba por la nariz.

—Con la ayuda de las sombras, el viento y las rocas.

Los guerreros se burlaron de él. Notó contra la nuca el cálido aliento del segundo al mando de su progenitor. Su padre siguió mirándolo sin moverse ni un ápice.

—Pardillo —lo abucheó el mayor de sus hermanastros, acurrucado en brazos de su madre.

La vergüenza se adueñó de Azriel. Por un segundo, deseó poder perderse entre las rocas y la oscuridad. Deseó poder dar un paso atrás para que las sombras lo envolvieran y lo ocultaran y así no tener que volver a verlos nunca más…

Y eso hizo.

Primero estaba ahí, retenido por el comandante de su padre…

Y luego una oscura neblina le empañó la vista. Seguía viendo, pero era como si un delicado velo negro le cubriese los ojos. Con un solo paso, se zafó del agarre del otro. Bajó la mirada hacia sus manos y descubrió…

Nada. Habían desaparecido. Lo único que había ahí eran las sombras.

El comandante gritó y dio un paso atrás.

—Pero si el cabrón estaba justo aquí —dijo.

El padre de Azriel inspeccionó el espacio. Algo parecido al miedo reemplazó los indicios de embriaguez y soñolencia que le inundaban los ojos Y en ese instante Azriel supo que había desaparecido de verdad y se había escondido tras una pátina de sombras tan gruesa que nadie podía verlo.

—¡¿Dónde está?! —exigió saber la esposa de su padre.

Lo preguntó con un tono tan estridente que Azriel entró en acción. Aquel velo de sombras tembló y desapareció. Una brillante luz lo envolvió todo y él pestañeó para acostumbrarse. No sabía qué había ocurrido, pero había vuelto a aparecer… o se había deshecho de aquella capa de sombras.

Estamos aquí, le susurraron las sombras al oído. *Siempre estamos aquí.*

Volved a ocultarme, les respondió él.

Su madre se había llevado una mano al pecho. Las sombras lo envolvieron y todo a su alrededor empezó a tornarse más opaco. Su cuerpo desapareció. Todavía lo notaba, podía usarlo, pero sabía que nadie lo veía.

—¡¡¡Demonio!!! —chilló la esposa de su padre.

Al oír esa palabra, regresó la luz y las sombras se desvanecieron. Volvió a ver el resplandor de las antorchas y aquel gélido pasillo.

—Cantor de sombras —susurró un guerrero que estaba al fondo.

Azriel no tenía ni la menor idea de qué significaba eso; no había oído esa expresión en el jardín y tampoco se la había susurrado el viento. Se miró las manos, llenas de cicatrices. Una delicada sombra le serpenteó por los dedos.

¿Por qué ahora?, quiso saber él.

Para que aproveches la ocasión, le contestaron las sombras.

Ahí fue cuando se dio cuenta de que las había estado escuchando con la cabeza ladeada, como si hubiese estado manteniendo una conversación. Y si fue consciente de ello fue solo porque el miedo desapareció del cruel rostro de su padre, que lo observaba con perspicacia.

Aparentemente, la esposa de este también se percató de cómo le había cambiado la expresión y, apoyándose la cabeza de su hijo en el pecho, le siseó:

—Ni se te ocurra, Maxtus. Ni. Se. Te. Ocurra.

El progenitor de Azriel la ignoró. Su segundo al mando, que estaba a una distancia prudente de Azriel, respondió:

—Mi señor, tener un cantor de sombras en nuestras tropas es una ventaja…

—La bestia esta es una ofensa —respondió con desdén la esposa de su padre.

Como si ya no tuviera miedo, se puso en pie de golpe y se colocó delante del mayor de sus hijos para protegerlo. El chico tenía diecisiete años; era demasiado mayor como para andar escondiéndose. Pero ahí estaba: con la cara ensangrentada y llena de desconcierto y terror, emociones que se suavizaron hasta que algo semejante a la victoria le asomó al rostro en cuanto su madre le espetó a su marido:

—Maxtus, como dejes que tu bastardo se quede, acabaré con él con mis propias manos.

El padre de Azriel adoptó una expresión más severa y observó a su esposa durante un largo minuto, tan quieto que parecía formar parte de las montañas que los rodeaban. Ella, al verlo así, tembló. Y, por más que Azriel la detestara, no disfrutó al ver y oler el terror que emanaba de ella ante la despiadada mirada de su padre.

—Te he dejado decidir qué hacer con el crío durante demasiado tiempo —le dijo su progenitor a su esposa con aspereza.

—Me avergonzaste al engendrarlo, al dejar que lo pariera esa puta —espetó su esposa, como si fuese incapaz de contenerse por más miedo que tuviera y marcando bien esa última palabra. Señaló con uno de sus delicados dedos a la madre de Azriel, que seguía arrodillada en el suelo—. Y aquí tienes el monstruoso resultado. Este niño es malvado. Mira lo que les ha hecho a nuestros hijos…

Con un rapidísimo movimiento de la ancha mano, la esposa del padre de Azriel acabó estampada contra la pared de piedra que tenía detrás antes de que dejara de oírse el eco del golpe. Él a duras penas se movió. Permaneció con expresión severa y gruñó:

—Ya estoy harto de que te entrometas en todo. Desaparece de mi vista.

Ella se llevó la mano a la mejilla y se enderezó. Su hijo ni siquiera intentó ayudarla para que no perdiese el equilibrio. Ningún guerrero hizo ademán de auxiliarla. Aun así, ella agachó la cabeza, dejando que su cabellera castaña (algo extraño entre su gente) le cayera por encima del hombro. Y sin arrepentimiento alguno manifestó:

—Lo siento, mi señor.

A continuación empezó a salir a toda prisa con su hijo mayor pisándole los talones, y le hizo una señal a otro guerrero para que levantara a su otro vástago, que seguía inconsciente en el suelo. La esposa de su padre solo miró atrás una única vez y, cuando fijó la mirada en Azriel, lo hizo con los ojos llenos de veneno. Acto seguido, desapareció.

Entonces, el lord estudió a Azriel de nuevo. Despacio, con frialdad.

Al final del pasillo, el agua goteaba contra las rocas. Una antorcha crepitó. Se oyó un grito unos pisos más arriba, aunque no quedaba

claro si se trataba de un grito de dolor o de placer.

La madre de Azriel continuaba temblando a los pies de su padre. Este la observó. Como si fuese una desconocida.

Pero a Azriel no le gustó verla arrodillada. Ante él, no. De hecho, ante nadie. Empezó a andar hacia ella y la ayudó a levantarse. Nadie lo detuvo, ni siquiera su padre. Azriel tenía los nudillos llagados y ensangrentados y las uñas, sucias y manchadas de sangre.

—Vete a tu cuarto —le dijo el padre de Azriel a la madre—. El chico se queda aquí.

Al oír esa orden, Azriel se puso a la defensiva. Su madre, sin embargo, desvió su suplicante y aterrada mirada hacia él antes de desaparecer. Estaba rogándole que se comportara.

—Dejadnos —ordenó el padre a los guerreros.

—Mi señor —intentó rebatirlo su comandante, pálido como la cera —, no sé yo si es buena idea que los dejemos a so…

—Dejadnos —insistió.

La tenue luz hizo centellear la piedra verde que le adornaba la mano. Los soldados, que seguían en pánico, se marcharon en silencio. Y entonces Az se quedó a solas con su padre; puede que por primera vez en su vida.

Su progenitor posó la vista en él. Azriel le devolvió la mirada.

—¿Desde cuándo las oyes, chico?

Azriel ya sabía a qué se refería, pero mantuvo una expresión fría al responder:

—Desde hace un tiempo.

La voz le sonó áspera, pero habló con un tono igual de gélido que el invierno que rodeaba la fortaleza.

A su progenitor se le llenaron los ojos de una intriga letal y afilada.

—¿Y qué te dicen ahora las sombras?

Azriel midió bien sus palabras. Sabía que lo estaba poniendo a prueba, pero no tenía del todo claro cuál podía ser el resultado. Las sombras no le dieron demasiada información.

—Me dicen que su esposa no se ha ido a su habitación. Ha acompañado a vuestros hijos a la enfermería y se está dirigiendo al puesto de control. Que al general que está al mando esta noche le gusta subirle las faldas cuando están a solas. Que su esposa cree

que usted no lo sabe, aunque no es cierto. Y que algún día pagará por ello.

Su padre sonrió, dejando entrever su reluciente dentadura.

—Eso podría saberlo cualquiera. Es una ramera de los pies a la cabeza, pero se queda preñada con la facilidad suficiente como para que siga con ella, de momento. Dime algo que no sepa nadie más.

La vida de Azriel se reducía a esto, a sus siguientes palabras. Aun así, las sombras no le revelaron nada. Solo se oía silencio. Si aquello de verdad era una prueba, tendría que superarla él solo.

Su padre era un bruto, sí, pero también se vestía de gala, con ropa aterciopelada, lo cual no era para nada habitual entre guerreros. Los espolones que le cubrían los dedos centelleaban como si se los hubiese pulido; un claro contraste con la aspereza de ese lugar.

Era un macho vanidoso. Y bajo esa vanidad se escondía el miedo. A ser inferior, a no estar a la altura. Esa vanidad era un escudo. El arma y el escudo más poderosos que tenía su progenitor. Pero también era su mayor debilidad.

De modo que Azriel, que era plenamente consciente del apabullante terror que se filtraba a través de la puerta de la estancia de su madre a unos metros de distancia, respondió:

—Las sombras me comentan que en su arsenal hay armas que todavía no ha blandido; armas que le servirán para convertirse en alguien más influyente y prestigioso.

Un pestañeo. He aquí toda la señal de estupefacción que dejó entrever su progenitor. No obstante, Azriel sabía que había dado en el clavo incluso antes de que el otro le preguntara:

—¿Prestigioso en qué sentido?

Azriel no apartó la mirada de él.

—A pesar de que ahora gobierne esta montaña y la cordillera en general, puede llegar a controlar mucho más.

—¿Cuánto? ¿Cuánto más?

Las sombras por fin empezaron a susurrarle y Azriel contestó con la respuesta que le ofrecieron:

—Hasta las Estepas del norte, puede que incluso hasta el Refugio del Viento, si es perspicaz y usa el arsenal con astucia.

Volvió a pestañear. Azriel no había visto un mapa en toda su vida ni había oído hablar nunca de ninguno de esos lugares, y su padre lo sabía.

Az levantó el mentón, retándolo a que pusiera en duda lo que acababa de decir.

Su progenitor volvió a estudiarlo un segundo con la mirada. Clavó los ojos en los puños de Azriel, repletos de cicatrices. Hizo una especie de mueca. Sin embargo, el gesto le desapareció enseguida al descubrir que su hijo conseguía mantener las alas lejos del suelo, para no arrastrarlas, al igual que hacían siempre los verdaderos guerreros ilyrios. Su padre volvió a sonreírle y enseñó toda su dentadura.

—Mira qué cuerpo tienes. Eres tú más hijo mío que esos mocosos. Y, aun así, sigues siendo un crío: uno que ha tumbado a sus hermanos. —Rio—. Un arma desconocida en mi arsenal, desde luego.

Aquellas palabras no significaron nada para él. Su progenitor no significaba nada para él.

El padre giró la cabeza y miró hacia la puerta entreabierta. La madre de Azriel estaba escuchándolos aterrada.

—Recoge tus cosas —le dijo a la hembra—. Tú y el chico os marcharéis al amanecer.

Azriel se quedó a la expectativa. ¿Habrían orquestado esto las sombras?

Su padre dio media vuelta y echó a andar hacia la escalera. A Azriel no le pasó desapercibido que su padre no le había dicho que él también recogiera sus cosas. En su celda no tenía nada aparte de un par de cubos, algo de paja y una manta. Sus únicas pertenencias eran las prendas de ropa raída que llevaba puestas.

Sin volver la vista atrás, su padre anunció:

—Te irás al campamento de lord Devlon y permanecerás ahí. Es uno de los pocos con los recursos necesarios para entrenarte, y uno de los pocos en quien confío para que lo haga como es debido. Mientras tanto, quedas desterrado de esta fortaleza y de mi territorio hasta que considere oportuno convocarte. Llegado ese día, me contarás qué has aprendido y qué has visto. Y si esta noche tus

sombras han dicho la verdad… —Guardó silencio un segundo y giró la cabeza por encima del hombro para contemplar finalmente a Azriel. La avaricia y crueldad más puras le inundaron el rostro—. Tal vez podrás demostrarme lo útil que eres. Y entonces veremos cuál de mis hijos tiene el honor de luchar conmigo como mi verdadero heredero.

Dicho esto, su progenitor se marchó, regodeándose en su soberanía y potestad. Az nunca había odiado tanto a alguien. Ni siquiera a la esposa de su padre. Ni siquiera a sus hermanastros.

Se quedó con su madre mientras ella se apresuraba a recoger sus pertenencias. Una de las doncellas le facilitó un saco mal cosido para que se llevase lo que pudiera.

Y, luego, esperaron.

Azriel creyó que las dos horas hasta el amanecer eran las más largas de sus vidas. Dos horas en las que esperó a que la oscuridad desapareciera, a que un rayo de luz se colara entre la niebla. A que su padre cambiara de opinión y lo mandara de vuelta a la jaula. Para poder tener su valioso recurso a mano.

Azriel y su madre aguardaron abrazados con fuerza mientras los minutos seguían avanzando. Ella no le preguntó nada acerca de las sombras. Simplemente lo abrazó y le acarició el pelo.

Sin embargo, cuando llegó el alba, dos corpulentos guerreros llenaron el marco de la puerta. Dos porque tendrían que llevarlos a ambos.

La vergüenza tiñó las mejillas de Azriel de un tono rosado, aunque la cosa empeoró al descubrir cuánta gente se había reunido para ver cómo los transportaban por el aire. Su madre temblaba tantísimo que él incluso oyó cómo le castañeteaban los dientes. A su alrededor, la niebla y el viento aullaron. Tanto en señal de invitación como de advertencia.

Y, mientras la niebla camuflaba la fortaleza y su madre sollozaba y daba las gracias entre oraciones, Azriel les pidió a las sombras y a las rocas del lugar que esperasen a que regresara.

Pero no cuando lo solicitara su padre. Nunca más acataría órdenes de su padre. Si pensaba que conseguiría mantener a Azriel de su parte y que lo seduciría con su título, se equivocaba.

Azriel prefería morir que convertirse en el heredero de su padre. Pero regresaría. Así que les dijo a las sombras que se prepararan.

Para el día en que regresaría para matarlos a todos.

MOVIMIENTO I
SONATA

CAPÍTULO 1

Azriel

El viento, aullador y húmedo a causa de la lluvia, arrebató cualquier atisbo de calidez que hubiese podido sentir Azriel. De nada servían las escamas de su armadura negra contra el frío letal que acompañaba esos aullidos. Tampoco los sifones, cuya luz azul parecía etérea entre el brillo que resbalaba por todas las rocas del pase entre montañas de Montesere, ni tampoco sus sombras, que a duras penas conseguían sujetársele a las alas, medio heladas, entre esas fuertes ráfagas de viento y lluvia.

De todos modos, aquellos cinco siglos de entrenamiento lo ayudaron a mantenerse centrado. Consiguió acallar los gritos de su mente y de su cuerpo, que le pedían que encontrara un lugar cálido. Y deprisa.

No disponía de tiempo para contemplaciones. Tenía una tarea que cumplir.

Se oyó otro aullido en mitad de la noche y, en esta ocasión, fue tan afilado y vacío que Az habría jurado que se estremeció hasta la lluvia.

No debería haber ido tan lejos. Rhys y Feyre le habían dado unas órdenes muy claras: «Observa, pero no te inmiscuyas». Aunque ¿cómo no iba a hacerlo? ¿Cómo podía dar media vuelta cuando estaba tan cerca de las respuestas, a pesar de que también lo estuviera de sus enemigos?

Había llegado allí por un simple susurro. Un susurro que había oído el más vil de sus espías, que llevaba meses instalado en las

montañas que circundaban el putrefacto castillo de Koschei el Inmortal: *Se está despertando un objeto de poder que llevaba muchísimo tiempo dormido. Se rumorea que está esperando a que lo encuentren en la cima del pico Rothorn de Montesere. Si no os adelantáis, vuestros enemigos enviarán lo peor que tengan para hacerse con él. La cacería empieza pronto.*

Eso había sido todo. Así que Az fue a toda prisa hacia allí, hacia esas montañas, volando por el mundo entre sombras y viento, y a una velocidad que a Rhys y a Cassian les parecería imprudente ahora que le había disminuido el poder. Prácticamente había oído a Cassian amonestándolo y diciéndole: «Como te metas en una ráfaga de viento a esta velocidad, te arrancarás las alas». De todos modos, había ignorado los consejos imaginarios de su amigo. Daba igual si perdía las alas. Podría seguir moviéndose por el mundo de otras formas. Además, bastantes molestias le habían causado ya durante siglos; no le daría pena perderlas. No se sentiría tan devastado como Cassian o Rhys.

Aun así, las alas de Az resistieron el feroz viento. Parecía que estuviesen resueltas a seguir aferrándosele al cuerpo de por vida, al igual que seguro que continuaba con sus sombras pegadas a él mientras estudiaba el terreno.

Esperaba encontrar soldados. Asesinos. Espías sigilosos. No esos aullidos que se colaban en el viento. Ni esos rugidos, esos ladridos o esos lamentos caninos.

Efectivamente, Montesere había enviado lo peor que tenía.

Las ráfagas lo azotaban por todas partes; resultaba imposible distinguir cuántos lobos de viento acechaban entre esos aullidos. Y, además, era casi imposible detectar dónde se localizaban. Estaban hechos tanto de carne y hueso como de viento, y podían cambiar de un estado al otro con la misma facilidad que sus semiespectros. Sin embargo, eran mucho, muchísimo más mortíferos que Nuala y Cerridwen.

Azriel enfocó la vista hacia el pico que se alzaba a lo lejos. Había localizado esa pequeña cueva durante su vuelo de reconocimiento, poco antes de que aparecieran el viento y la lluvia y él fuera directo

a resguardarse al sotavento del risco más cercano para evitar acabar estampado contra las rocas.

Puede que le diese igual perder las alas, pero no le apetecía morir. Aunque Rhys pensaba que sí; la Madre lo sabía.

Ahí. A lo lejos. Atisbó un sutil centelleo de fuego por el lateral del acantilado y luego desapareció. Alguien había entrado en la cueva.

Los aullidos no cedieron.

Las sombras de Az susurraron, rápidas y jadeantes. *Están rondando la boca de la cueva; bloquean todas las vías; están en las ráfagas de viento. No hay caminos ni cuevas que permitan evitarlos.*

Pero Az tenía que acercarse más. Tenía que ver si quienquiera que acabase de entrar en la cueva se había hecho con el objeto que andaba buscando.

Aunó su poder y le pidió a una sombra que serpenteara hacia el pico. La sombra no se movió; sencillamente siguió aferrada al ala izquierda de Az. Era como si no quisiera exponerse a la lluvia, aproximarse a esos aullidos.

Ve, le ordenó Az. Le dio un poco más de poder a su sombra, más voluntad. Un poco más, pero no demasiado. Nunca demasiado. Se había asegurado de que nunca nadie viera cuán espantoso era el alcance absoluto de esas sombras, y ese día no sería una excepción. Aunque sí que podía proporcionarles algo más de poder, un empujoncito.

Finalmente, la sombra se despegó de Az y se marchó cual cinta negra entre aquellas resbaladizas rocas. Az permaneció escondido y con la atención puesta en la boca abierta de la cueva.

A medida que se iba acercando, la sombra le fue describiendo el lugar: *Lluvia, viento, rocas. Agua que se cuela a montones entre los peñascos y arrastra piedras a su paso. Voces que murmuran pero que a duras penas se oyen.*

Az, a quien le castañeteaban los dientes, apretó la mandíbula.

¿Qué dicen?, quiso saber.

La sombra se acercó y subió un poco más. *Dicen que, a pesar de lo que descubrieron a través de Koschei el Inmortal, no hay nada en la cueva. Lo que quiera que estuviera aquí ha desaparecido. Se lo han llevado a otra parte.*

¿Qué es?, se interesó. *¿Qué buscan? ¿Quién hay ahí dentro?*

La sombra guardó silencio un segundo. Luego respondió: *Van con capas y máscaras. Es imposible reconocerlos.*

Teniendo en cuenta la tormenta que lo perseguía, Az supuso que eran habitantes de Montesere, pero…

Tienen acentos variados, de distintos sitios. Pero son todos machos, unidos con un solo propósito.

Exhaló por la nariz y el aire se vaporizó bajo la lluvia. Estaba a punto de llamar a la sombra cuando esta le dijo: *Montesere. Vallahan. Rask.*

Az se quedó quieto. Y, entonces, su sombra añadió: *Hecho.* A Az se le pegaron las alas al cuerpo. *Es un objeto Hecho.*

Az movió la cabeza y, con el movimiento, salpicó agua a su alrededor. *¿Lo que están buscando?*

No queda demasiado claro si ya han encontrado un objeto Hecho y están buscando otro o si el objeto que se suponía que había en la cueva es el único objeto Hecho que buscan.

Az apretó los dientes. *Tengo que saberlo. ¿Tienen algún objeto Hecho en Vallahan, Montesere o Rask?*

Como sus enemigos, que estaban obstinados en invadir tierras humanas en el sur y en reunir un ejército uniforme para lograrlo, se hicieran con un arma Hecha… Como Koschei estuviese involucrado en aquello de alguna forma…

Han dejado de hablar de ello, le informó la sombra. *Pero ahora están hablando de otros objetos: un libro antiguo de oro grabado… y una caja hexagonal.*

Aunque son desleales, lo advirtió la sombra. *Han venido por orden del Inmortal y, aun así, también quieren encontrar la forma de controlarlo a él. Conocen las leyendas de la caja de ónice hexagonal de Koschei que, ahora que él está descontento y busca problemas, es todavía más valiosa. Esa caja contiene la muerte de Koschei, tejida y atada a su hilo de la vida, y, como la encuentren, conseguirán todo lo que desean. Pero uno de ellos los ha advertido de que es una estupidez; de que son unos necios por intentarlo siquiera, por arriesgarse a traicionar al Inmortal…*

Bastó con el chasquido de unos dientes invisibles y afilados para que su sombra dejara de hablar.

Habían encontrado su sombra. De modo que estaban a punto de descubrirlo a él.

El fuerte aullido que oyó a su alrededor reverberó contra las rocas y le caló hasta los huesos. Lo oyó tan cerca que la manada tardaría pocos segundos en bajar y hacerlo añicos. No le haría daño perder una sombra. Para nada. En parte, hasta lo consideraba una pequeña bendición. Sin embargo, esas garras y esos dientes fantasmagóricos le arrancarían la piel sin esfuerzo alguno.

Az aunó todo su poder en un arranque rápido y brutal. No podía ganar esta pelea. Por más entrenado que estuviera y por más fuerte que fuera. De no ser porque había conseguido la información que tan desesperadamente necesitaba su familia, tal vez lo habría intentado.

Un rugido lobuno perforó el aire a su derecha y la mismísima lluvia se separó cuando su enemigo se le abalanzó.

Pero Az ya se había largado. Se había colado entre sombras, chorreando agua y temblando, no solo a causa del frío, para regresar a Velaris.

CAPÍTULO 2

Feyre

Odiaba Storr. No tenía ni idea de que se pudiera odiar un sitio que acababas de ver por vez primera. Sin embargo, desde el instante en que me había transportado a este pedazo de granito en medio del mar del norte azotado por las olas, la fría desolación del lugar me caló hasta los huesos.

No había ni rastro de hierba. Las rocas extrañamente geométricas de la orilla no tenían algas. Nada de árboles ni pájaros. Ni siquiera se veían gaviotas surcando el cielo. Solo gotas de agua salada que arrastraba el gélido viento. Y el edificio de piedra circular que había justo en el centro de la roca.

Storr tenía única y exclusivamente una función: servir como territorio neutral. No entre los habitantes de las siete cortes, sino entre Prythian y el continente.

Aquel edificio de piedra (que más bien parecía una sala gigantesca) era un punto de encuentro ancestral donde no había nada salvo una mesa de piedra redonda en el medio y unas sillas a conjunto alrededor de esta. Tan poco uso se le daba al lugar que tanto la mesa como las sillas estaban recubiertas de un liquen anaranjado, como si de manchas de sangre se tratara.

Habíamos prendido los braseros que se encontraban a lo largo de las paredes, pero ni siquiera así habíamos conseguido darle más vida al espacio. Al igual que tampoco se la daba el fuego que rugía en el hogar hecho de piedra y con la forma de la boca abierta de una serpiente marina. Se habían roto algunos de los dientes tallados y

ahora se hallaban entre los escombros de piedras musgosas. Nunca nadie se había molestado en recogerlos. O a lo mejor es que nadie había vuelto a pisar este sitio desde que se rompieron hacía ya muchísimo tiempo.

Sin embargo, no habíamos venido a Storr a celebrar una alegre asamblea en ninguno de los sentidos, y yo no estaba dispuesta a esforzarme más de lo que lo había hecho ya al encender el fuego para iluminar un poco el espacio. En esa jornada teníamos que ser nueve negociando: Rhys, Mor y yo, y tres representantes más de los otros dos territorios (Vallahan y Montesere), a quienes tanto habíamos insistido para que viniesen aquí.

Desde Rask no se habían dignado a responder a las invitaciones que les habíamos enviado en los últimos tres meses. Aun así, nos habíamos mostrado dispuestos a reunirnos con dos de nuestros tres posibles enemigos.

Ellos ya sabían por qué los habíamos citado aquí. Mor había ido tantas veces a Vallahan desde la guerra contra Hybern que si no se olían qué queríamos es que eran tontos. Y si Vallahan sabía algo, Montesere también. Su red de espías eran un buen rival contra cualquier cosa que pudiera enviarles Azriel.

Si estábamos aquí reunidos era por lo ocurrido hacía unos días con Az y sus espías. La poca información con la que consiguió hacerse nos llevó a enviar esta última ronda de invitaciones.

De modo que aquí estábamos: el rey, la reina y el príncipe de Vallahan y, por parte de Montesere, el gran visir, el duque de Bernion y el Ama de los Ocultos (que, para ellos, era como una alta sacerdotisa). Un imponente grupo real que ya se había convertido en el más arrogante con el que me hubiese cruzado jamás.

Así que, por lo menos, no hacía falta que fuera simpática.

Cierto: de puertas para fuera me veían como la imperial alta lady de la Corte Noche, pues llevaba mi centelleante vestido negro noche con cortes para dejar franjas de mi pálida piel al descubierto, la corona con las fases de la luna, los labios pintados de color rojo sangre y me había puesto sombra de ojos.

Había que darle las gracias a la modista de Rhys, que me había colocado discretamente unas tiras encima del pecho con retazos de

tela absorbentes. De este modo, cuando de forma inevitable mis sensibles e hinchados pechos empezaran a gotear (cosa que, a juzgar por la presión que notaba, podía ocurrir en cualquier momento), la leche no llegaría a mancharme el vestido.

Un mes después de que naciera Nyx, tuve que asistir a la Corte de las Pesadillas y me puse uno de mis vestidos habituales. Al parecer, cuando empezó a gotearme el pecho y la leche me humedeció la tela de la prenda, mi discurso de «Esperad a que os llegue el turno o pagaréis las consecuencias» perdió fuerza.

Si no me disculpé fue solo porque vi a Keir sonriendo burlón. Tuve que seguir hablando, retándolo a que se atreviera a mencionar que cada vez tenía la ropa más y más manchada. A mí me daba absolutamente igual; si le molestaba, el problema era suyo. Dejé que lo incomodara a él, no a mí.

Aunque sí que tenía que enfrentarme a ciertos problemas para cumplir con lo que se esperaba de mí como alta lady y madre primeriza. No quería que mi hijo estuviese cerca de Keir o de la Ciudad Tallada. No quería que estuviera con nadie que no fueran nuestros seres queridos de Velaris. Pero tenía que darle el pecho a Nyx cada cierto tiempo. A veces, según el día, cada hora.

Como casi había cumplido los seis meses y ya no tenía que amamantarlo tan a menudo, ahora era más fácil; además, incluso habíamos empezado a darle papillas. No obstante, en días como este en los que Rhys y yo viajábamos lejos… habría resultado muchísimo más fácil traer a Nyx con nosotros.

Pero yo tampoco quería que estuviese cerca de estas personas. Además, odiaba (pero lo odiaba con todo mi ser) que todos los rostros despiadados de quienes estaban reunidos aquí supieran siquiera de la existencia de mi querido y glorioso hijo. Odiaba que les bastara con ponerle las manos encima para que yo cediera a sus deseos.

Ellos lo sabían. Yo lo sabía. Y, a juzgar por el oscuro y terrible poder que emanaba por todos los poros de la piel de Rhys desde que nos habíamos marchado de Velaris…, mi pareja también lo sabía. Aun así, aparte de esto, yo sabía que Rhys dejaría la

diplomacia a un lado y se cargaría a cualquiera que aludiera a la más mínima amenaza.

Por suerte, quienes nos acompañaban en ese preciso instante también lo sabían. Y, por más poderosos que fueran, la bestia que se escondía bajo el hermoso exterior de Rhys hacía que se lo pensaran dos veces.

Aunque nosotros ya habíamos tomado precauciones.

Lo estipulado para esa reunión era que viniesen tres delegados por grupo. Nosotros habíamos traído cuatro.

Azriel (que no era más que una simple sombra) estaba al lado de las puertas selladas de piedra que quedaban a mi espalda y difícilmente era visible. Los únicos capaces de darse cuenta de que estaba allí éramos nosotros, porque conocíamos el tono de su oscuridad a la perfección.

Pero tampoco éramos tan necios como para pensar que los demás no habrían hecho lo mismo. La magia inherente del juramento de neutralidad de Storr impedía que pudiera haber protecciones o trampas mágicas, pero el hecho de que yo no viera a nadie más cerca no significaba que fuésemos los únicos presentes. A fin de cuentas, bien que la magia del lugar había permitido entrar a Azriel.

—Bueno… —dijo la reina de Vallahan, de cabellera rubia y unos ojos azules igual de gélidos que las heladas montañas de su territorio. Entre esa pesada capa de pieles, la tiara de oro trenzado que adornaba su pálida frente y aquellas runas que llevaba tatuadas en sus largos y huesudos dedos, imponía como la que más. Si bien no llevaba armas encima, te miraba de forma tan directa y había adoptado una postura tan firme que parecía una verdadera guerrera. A lo mejor no una de las que se enfrentarían en un campo de batalla, pero sí una que mataría con tal de defender lo que era suyo. Y tenía esa mirada fijada exclusivamente en mí—. Hemos viajado hasta este territorio neutral para ver cómo te arrastras. —Hizo un aspaviento con una de sus tatuadas manos y añadió—: Comienza con tus halagadores discursos.

Me enfurecí al oír sus palabras, al escuchar la rapidez con la que me había juzgado. Daba igual lo mucho que hubiese sacrificado yo, las victorias que hubiese acumulado; para ella siempre sería una

humana insignificante ataviada con elegantes prendas fae. Aun así, mantuve una expresión serena, despreocupada.

Dejé que cometiera el error de infravalorarme.

—¿Queréis algún refrigerio? —pregunté como quien no quiere la cosa—. Hemos traído vino y fruta madura.

Acto seguido, Rhys los hizo aparecer del bolsillo entre reinos donde los había guardado y los depositó encima de la mesa de piedra.

Mis palabras podían interpretarse de dos formas. Por un lado, con eso de la comida y la bebida estaba dejando claro que Rhys y yo éramos los anfitriones de la reunión. No íbamos a tolerar que nadie nos diese órdenes.

Y por el otro lado… El príncipe de Vallahan fue el primero en delatarse.

Era joven, rubio y de ojos azules como su madre, y con los mismos rasgos de su padre, igual de marcados. Sin embargo, mientras que los ojos de su madre parecían un lago helado, los del príncipe me recordaron a la parte más ardiente de una llama. Y, mientras estudiaba la selección de inusuales frutas que habíamos traído de nuestros campos e invernaderos, le centelleó la mirada. Había un montón de uvas moradas, naranjas tan redondas y brillantes como el sol al atardecer, melones cortados por la mitad con unos tonos parecidos al del coral y al verde del mar, y rodajas de limones cuyo aroma perfumaba el mísero aire que se respiraba a nuestro alrededor.

Frutas que sabíamos que no tenían en Vallahan y que, con ese clima tan frígido, nunca podrían cultivar. Frutas que importaban de reinos del sur, no sin pagar un ojo de la cara por ellas porque eran un lujo poco habitual. ¿Habrían probado una naranja alguna vez? A juzgar por cómo se le ensancharon las fosas nasales al príncipe, dudaba que hubiese olido una jamás.

El gran visir de Montesere señaló las jarras de cristal que había al lado de las frutas con la mano repleta de anillos y preguntó:

—¿Ahora llamáis «vino» a esa basura acuosa?

Rhys sonrió con frialdad. Había escondido las alas, pero, además de su vestimenta habitual, se había puesto su corona negra de alto

lord de la Corte Noche.

—Hace bastante que yo no pruebo ninguno de Montesere —respondió con un tono de voz suave como la seda y letal como el filo de una espada recién afilada—. Y vosotros no probáis el nuestro desde hace muchísimo más. Tal vez hemos aprendido algo nuevo en los últimos cinco siglos.

El gran visir bufó. Parecía rozar la mediana edad, cosa que para un alto fae significaba que seguramente fuera muy mayor. Y, pese a que le colgaba del cinturón una daga adornada con joyas, tenía las manos pálidas y sin callos; no mostraba ni una sola cicatriz de guerrero en la piel. Se había pasado toda la vida encerrado, luchando con palabras y tinta. Pero no por eso era un ser menos mortífero que el duque guerrero que tenía al lado.

El mismo que acababa de reírse. Su pecho era ancho y tenía la nariz tan torcida que, pese a las habilidades curativas de los fae, cualquiera habría dicho que se la había roto en repetidas ocasiones a lo largo de los siglos. El duque de Bernion, que parecía un guerrero a quien habían obligado a vestirse de forma respetable, dijo:

—Si es una trampa para que volvamos a comerciar con vosotros, te vas decepcionar, Rhysand.

Rhys le guiñó un ojo.

—Menos mal que no hemos venido a hablar de eso.

Madre, qué astuto era. Encogí los dedos de los pies bajo la tela de mis zapatillas de seda negra. He aquí mi pareja; mía en cuerpo y alma. ¿Dejaría de sentirme tan orgullosa y de desearlo tanto algún día al pensar en esto?

Desvié la vista hacia Mor, que estaba sentada a mi derecha. Iba ataviada con algo similar a su vestido de seda roja habitual junto con un abrigo recubierto de piel y con bordados dorados para poder resguardarse del gélido frío que hacía ahí. Y llevaba su rubia melena suelta, con una tiara de dos serpientes idénticas: una reina por derecho propio.

Porque lo era, suponía yo. Los lejanos ancestros que compartía con Rhys habían sido los primeros en la línea tras la caída de los daglan. Los asteri, como los llamaban en otras partes.

Pero ahora no era momento para ponerse a pensar en esas cosas. Mor permaneció con la vista clavada en la reina de Vallahan. A pesar de que yo tuviera los escudos de mi mente alzados con firmeza y de que Mor no tuviera habilidades daemati, parecía que estuviese diciendo: «Céntrate. No has venido a intercambiar pullitas y basta».

Seguí su consejo. Mor tenía razón, cómo no. Si Azriel y yo habíamos asistido a esta reunión cuando en realidad solo hacía falta que estuvieran Rhys y Mor había sido por algo. Algo lo suficientemente apremiante como para que yo dejara a nuestro hijo en casa. Y, ahora, esa razón me dio la fuerza para cuadrarme de hombros, levantar el mentón y convertirme en la imponente alta lady que era.

El duque estudió al grupo con una mirada que, aunque afilada, estaba llena de fría indiferencia.

—Habéis venido a convencernos de que aliarnos con vosotros sería mejor que hacerlo con los beligerantes esos del norte.

El príncipe de Vallahan arrugó la frente. El joven también era guerrero; sin embargo, ante el duque de Bernion, era poco más que un muchachito enfadado. A juzgar por la sonrisa de suficiencia del duque, me quedó claro que este opinaba igual.

—Te conozco lo suficiente, Valderic, como para no tomármelo como un insulto —le dijo el rey de Vallahan al duque. Su reina, en cambio, mostró la misma ferviente ira que su hijo. El rey de Vallahan, pelirrojo y con barba, lo cual no era común entre los altos fae, prosiguió con la calma característica de un soldado que se había pasado una eternidad navegando por campos de batalla—. Y a ti también, Morrigan, como para, como mínimo, escuchar lo que tengan que decirnos tu alto lord y tu alta lady.

Mor le dedicó una fingida sonrisa al rey. Si habíamos conseguido reunirnos había sido gracias a ella; gracias a lo mucho que se había esforzado durante meses y a los lazos que había estrechado en Vallahan. Todo para llegar hasta aquí.

Una ola de resentimiento se adueñó visiblemente del príncipe; sobre todo, cuando vio a su padre asintiendo en señal de respeto hacia Mor. Como si mi amiga se hubiese convertido en una rival por

conseguir la atención de su padre. Era una combinación letal: un hábil guerrero con el carácter de un adolescente malhumorado.

Es justo esto, me dijo Rhys mentalmente. El vínculo de pareja permitía que la línea de comunicación entre nosotros permaneciera abierta en todo momento a no ser que la cerrásemos de forma voluntaria. *Haces bien al andarte con cuidado con él.*

No me caen bien; ni él ni su madre. Suspiré a través del vínculo. *Por más que Mor nos advirtiera, en parte esperaba que, cuando llegásemos aquí, fueran a comportarse como seres amables y razonables.*

El sonido de su risa besada por las estrellas danzó por mi mente. *¿No has aprendido nada en estos años con los fae? Raras veces se nos describe como «amables» o «razonables».*

Le respondí mostrándole mi diversión ante lo que había dicho antes de anunciar en voz alta:

—Hemos traído la fruta y la bebida para vosotros, independientemente de…

El último miembro del grupo alzó la mano.

Al igual que el gran visir de Montesere, el Ama de los Ocultos era esbelta, de tez pálida y de mediana edad. Tenía el pelo largo y castaño, y se lo había recogido en dos trenzas con tiras doradas que centelleaban contra los pliegues de su aterciopelada túnica de color verde. Puesto que su título aludía a la sutileza, su atuendo gritaba más bien todo lo contrario. De hecho, la ropa que llevaba puede que incluso fuera más delicada que la del duque o la del gran visir.

Agaché sutilmente la cabeza. Lo justo como para mostrar respeto, pero no tanto como para que se confundiera con un gesto de sumisión.

—¿Sí?

El Ama de los Ocultos se colocó las manos en el regazo con elegancia, como si de dos palomas se tratara, y con una absoluta serenidad en su esbelto rostro. Sin embargo, cuando habló, lo hizo con esos ojos color avellana llenos de perspicacia y desprovistos de humor alguno.

—Antes de empezar, querría invocar la bendición de los Dioses Ocultos. Tal y como es costumbre en mis tierras.

Hice de tripas corazón para no ponerme tensa. No por sus palabras en sí, sino por el tono que había usado y que me llevó a un lugar y a una época distintos en los que otra hembra, ataviada con cierta parafernalia en sus galas espirituales, había hablado de dioses y de bendiciones en términos muy parecidos.

Ianthe, a quien había desgarrado la tejedora, había muerto hacía muchísimo tiempo. Yo misma lo presencié. Y seguía saboreando su muerte. No obstante, el daño que había causado (a mí, a Rhys, a Lucien) no había desaparecido.

En los años que habían seguido a su muerte, aprendí que Ianthe no era más que una falsa sacerdotisa; no había sido bendecida por el caldero, había comprado su título y ese alto cargo. Era una inmensa traición a la fe y la verdad. Una vez, milenios atrás, el mismo Caldero había designado a doce altas sacerdotisas para su sagrado consejo gobernante, que a su vez eran guiadas por la alta sacerdotisa de todo Prythian. Cada una de las doce que formaban el Consejo Sagrado tenía una marca en la frente con el emblema de una luna llena flanqueada por dos medialunas. Un símbolo que solo podía conceder el Caldero a las doce hembras que la Madre había escogido. Pero la alta sacerdotisa de todo Prythian llevaba el tatuaje en las clavículas.

En los miles de años desde la creación del Consejo Sagrado, se había instaurado la tradición de que todas las sacerdotisas llevaran los tatuajes en la frente, otorgados en una ceremonia anual. Los que tenía Ianthe no habían sido concedidos en el ritual y no respetaban el simbolismo sagrado de las marcas de las sacerdotisas. Fueron un capricho de Ianthe, un componente elaborado de lo que al final no era más que un disfraz. Rhys me había contado que una vez presumió de ellos ante él; que creía que eran mejores que los tatuajes de las verdaderas sacerdotisas porque los había escogido ella.

Pero ahora ya lo sabía. Y esta Ama de los Ocultos no era mejor que su antigua homóloga prythiana.

—Te lo agradeceríamos —le dijo Rhysand con elegancia—. Nos complace honrar a todos los dioses aquí.

El príncipe de Vallahan puso los ojos en blanco, no sé si por la diplomacia de mi pareja o por la solicitud del Ama. Aun así, siguió el ejemplo de su madre y agachó la cabeza.

El Ama de los Ocultos se levantó, dejando que su túnica de color esmeralda resplandeciera con el brillo del fuego, y levantó las manos. Las pesadas mangas de la tela cayeron hacia atrás y revelaron unos antebrazos tatuados con líneas y arcos, similares a los arañazos de un animal salvaje. Y todos parecían ir cargados de dolor.

Al cerrar los ojos, atisbé más tatuajes en sus párpados que, de pronto, adoptaron un centelleante tono azul pálido. A diferencia de los arañazos de los brazos, esas líneas formaban otro par de ojos. Y, a medida que iban brillando, le fueron apareciendo más líneas que se le extendían por las mejillas y la frente. Eran como un ser que crecía, que estaba vivo.

Era sobrenatural. Perturbador. Sobre todo, a medida que esos ojos tatuados estudiaban la sala como si tuvieran consciencia propia.

Es un hechizo antiguo, me dijo Rhys mentalmente. *Es más espectáculo que nada.*

Shhh, respondí agachando la cabeza. *Estoy intentando ser respetuosa.*

¿Por eso tienes esa cara de amargada? Quién lo diría…

Le rocé el lateral de la pierna por debajo de la mesa con el pie. Juguetón, Rhys me dio un apretón en la rodilla.

Las palabras del Ama de los Ocultos reverberaron por la sala:

—Salve los Ocultos, cuyos susurros nos guían hacia un mundo puro y lleno de armonía. —Esos ojos tatuados no paraban de moverse; era como si el Ama (o el ser que estuviese mirando a través de esos ojos) midiese nuestras reacciones y buscase alguna señal que indicara falta de respeto—. Todos aquellos que se inclinan ante vosotros son los elegidos; hijos benditos. Solo aquellos que os honran son dignos de disfrutar de la verdadera vida, evadiendo así las gélidas garras de la muerte. Adoraros es propagar amor, y damos las gracias a diario por este privilegio.

Hijos. Benditos. Yo ya había oído esas palabras antes.

Hacía muchísimo tiempo que no pensaba en los hijos de los benditos, esos humanos desorientados que adoraron a los fae e incluso intentaron cruzar el muro para servirlos. A quienes lo lograron, no se los volvió a ver nunca más por tierras humanas.

¿Qué habría sido de ellos ahora que el muro ya había desaparecido? ¿Habrían visto cuáles eran los verdaderos peligros, con la guerra entre Hybern y Prythian? ¿O habrían echado a correr hacia el norte para abalanzarse directos a los brazos de unos fae que los usarían a su antojo? Conocí a alguien que hizo exactamente esto durante la guerra contra Hybern: se trataba de una joven mujer que, sin saber cómo, había acabado en el campamento de guerra de nuestro enemigo. La liberamos con Az, y Mor se aseguró de llevarla con el ejército de la Corte Invierno para que estuviera a salvo con Viviane. No volví a verla nunca más. Recé por que encontrara el camino, pero no estaba del todo convencida de que lo hubiese logrado.

Y en cuanto a los demás hijos de los benditos del reino humano, ahora que el muro ya no estaba… Si llegaban a las tierras de la Corte Noche, los habríamos ayudado. Aunque tendrían suerte si al menos conseguían cruzar la frontera norte de la Corte Primavera. Además, últimamente nadie cuidaba de nadie en la Corte Primavera, y mucho menos de jóvenes humanos insensatos.

Me obligué a centrarme de nuevo en el Ama de los Ocultos. A fijar la vista en esos ojos tatuados.

Unos ojos que centelleaban con un brillo casi blanco y que ya me estaban mirando a mí. Un escalofrío me recorrió entera.

Fuera lo que fuese en lo que se estuviesen fijando, no era la energía fuerte y cálida que había notado antes en Prythian. Una energía que me había salvado a mí, a mi hijo y el poder de Nesta. Esta fuerza, este ser, no tenía absolutamente nada que ver con la Madre. Y no me daba la impresión de que fuera amable.

Una sombra se movió detrás de mí, pero no me atreví a mirar si se trataba de Az. Sabía que, aunque lo intentara, no lo vería.

—Os lo ruego —entonó el Ama de los Ocultos—: bendecid esta reunión, bendecid a vuestros verdaderos adeptos y guiad los corazones de quienes no creen hacia vosotros. Trabajaremos en

vuestro nombre para purificar este lugar cuando llegue vuestra gran revelación. Os lo ruego: bendecidnos a todos.

El Ama bajó las manos y los tatuajes que le envolvían los ojos se encogieron hasta desaparecer. Cuando abrió los ojos, ya volvía a tenerlos puestos en mí.

—Dada la gravedad de las conversaciones de hoy —dijo con los labios apretados—, me ha parecido necesario contar con un poco de asistencia divina.

El gran visir refunfuñó mientras que el duque de Bernion permanecía precavidamente impávido.

El Ama de los Ocultos no apartó la mirada de mí y, con una expresión desprovista de humor alguno, preguntó:

—¿Habéis prometido ya vuestro hijo a la Madre?

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para controlarme y no rugirle tras una simple mención a Nyx. No me hizo falta desviar la vista hacia mi pareja para saber que estaba luchando la misma batalla que yo. En lugar de eso, pregunté tan apaciblemente como pude:

—¿Y eso qué más te da?

—Los Ocultos me han susurrado que su alma aún no ha sido bendecida.

No tendría ni que esmerarme para enviarle una llamarada al cuello. Para estrujárselo hasta que estallase algo.

Sin embargo, el duque de Bernion apoyó la mano en el reposabrazos del Ama de los Ocultos, con cuidado, y manifestó:

—A pesar de que sé que lo dices con la mejor de las intenciones, Ama, deberíamos dejar que sean nuestros compañeros quienes decidan lo que es mejor para su hijo.

El Ama de los Ocultos me aguantó la mirada. Nunca había odiado tanto a nadie.

Rhys respondió con su compostura habitual, sin mostrar ni pizca de la rabia letal que yo sabía que le corría por dentro.

—Su Día del Nombre llegará pronto. Pasada la fecha, tendrá un alma bendecida.

Esbozó una sonrisa, dejando entrever todos los dientes cual depredador.

El Día del Nombre de nuestro hijo no sería más que una modesta ceremonia para añadir, oficialmente, el nombre de Nyx al linaje de la corte y luego celebraríamos una fiesta, cuya organización había dejado a cargo de Elain. Pero no hacía falta que el Ama de los Ocultos lo supiera. La mayoría de los bebés celebraban el Día del Nombre ocho días después de haber nacido, pero… Bueno, nuestro caso había sido distinto. Acordamos llevar a cabo la celebración en el Equinoccio de Otoño, seis meses después del nacimiento de Nyx, para disponer de algo de tiempo para arreglarlo un poco todo antes de los festejos. Y para que nos apeteciera organizarlos.

La reina de Vallahan intervino imperiosamente:

—E intuyo que nuestras invitaciones se habrán perdido, ¿verdad? —Señaló a Mor y, a pesar de que la reina no me hacía ni pizca de gracia, no pude dejar de maravillarme al comprobar la apabullante precisión con la que estaban hechas las runas que llevaba tatuadas en los dedos—. ¿O es que ibas a entregárnoslas en persona?

—Será una ceremonia solo para familiares —contestó Rhys imperturbable—. Nada sofisticado.

Yo me mantuve inexpresiva. La primera vez que Rhys pensó en la celebración, quería, literalmente, «estrellas fugaces, guirnaldas por todas partes y, como mínimo, tres coros». Al final, nos decantamos por algo más razonable: una merienda con té y pasteles. El Equinoccio de Otoño no era una de las celebraciones más importantes de la Corte Noche, pero el banquete y las decoraciones estacionales acentuaban placenteramente nuestra propia alegría.

—¿No dicen las malas lenguas —prosiguió con sarcasmo la reina de Vallahan, repiqueteando con los dedos en la mesa— que no invitar a todos vuestros conocidos, incluidos aquellos que no son de vuestro agrado, a las celebraciones más importantes es sinónimo de mal augurio?

Miré a Mor en busca de alguna reacción en su rostro que me indicara de qué historia estaba hablando la reina. Un destello de advertencia atravesó la mirada de Mor y sus marrones ojos se ensombrecieron.

—¿Te estás planteando maldecir a Nyx?

Oí un profundo e inquebrantable gruñido de poder a través del vínculo de pareja. Rhys estaba a nada y menos de borrar del mapa a aquella reina.

Al sonreír, la hembra mostró todos los dientes. Tenía claro que acababa de provocar a un monstruo y le parecía lo más divertido del mundo.

—Por supuesto que no. Yo solo os daba un consejo. —Hizo un gesto con la cabeza para señalar al Ama de los Ocultos, que nos estaba mirando con descarado desprecio, y añadió—: Igual que ella.

—Os lo agradecemos —espeté.

—Basta ya de bebés y maldiciones —dijo el príncipe de Vallahan cruzando sus musculados brazos y dejando que las pieles se movieran con el gesto—. Procedamos con el tema del que hemos venido a hablar.

Su padre lo miró hastiado y en señal de reproche, pero su madre levantó la cabeza para mostrar su conformidad.

Yo me abstuve de decirle mentalmente a Mor que deberíamos aumentarle el salario de forma considerable por tratar con tipos como esos. Y puede que hasta darle unas largas y agradables vacaciones.

—De acuerdo —accedió Rhys entrelazando los dedos y apoyándolos en la mesa, como si no hubiese estado a punto de convertir a la reina de Vallahan en una sangrienta niebla hacía cuestión de segundos—. Si ya sabéis de qué queremos hablar, entonces no debería sorprenderos que os pregunte cuáles son exactamente vuestras intenciones con las tierras humanas del sur.

Mi pareja proyectaba un hermoso equilibrio entre alguien encantador y alguien poderoso, y eso suponía una amenaza. Rhys podía tratar con ellos sin problema. De modo que, mientras él hacía lo que mejor se le daba, a mí me tocó emprender mi propia tarea.

Era probable que las sombras de Az ya hubieran acabado de estudiar la sala. Enseguida conseguí que mi magia se ramificara y que unos filamentos invisibles fueran envolviendo la mesa y rozando sutilmente a los ocupantes.

Tanto Az como yo habíamos venido a buscar un objeto Hecho e íbamos a usar nuestros poderes, muy distintos entre sí, para

detectar si alguno de nuestros enemigos poseía algo semejante. Y si eran tan necios como para traerlo aquí.

Unos días atrás, cuando se atrevió a ir al pico más alto de Montesere para que una de sus espías consiguiera información, Az no logró confirmarlo. Montesere, Rask y Vallahan iban en busca de un objeto Hecho, pero ¿tenían ya nuestros enemigos dicho objeto? ¿Estarían buscando un segundo o seguían yendo detrás del primero? A diferencia del Tesoro, que requería que quien lo blandiera fuese alguien Hecho, la mayoría de los objetos Hechos podía empuñarlos cualquiera con magia. Una categoría en la que sin duda estaban incluidos nuestros enemigos.

Yo era una de las pocas personas de cualquier territorio capaz de detectar, tal vez, si ya tenían uno. Porque, si llevaban un objeto Hecho encima o lo habían usado hacía poco, su aura seguiría emanando poder. Todavía les quedaría cierto aroma, como el olor a humo de una fogata. Al menos eso sugirieron Nesta y Amren cuando Az compartió su descubrimiento con nosotros.

Nesta habría percibido un objeto semejante en un abrir y cerrar de ojos, pero bastante incomodaba ya su existencia a esta gente. Traerla habría sido una distracción innecesaria (y, seguramente, los demás lo habrían interpretado como una amenaza). Y a Elain le faltaba experiencia, por supuesto. Así que, por más que mis poderes fueran distintos a los suyos, merecía la pena intentarlo. Sería beneficioso que Az y sus sombras comprobaran si había algo que no cuadraba. Ellos no habían sido Hechos, pero podían detectar este tipo de cosas.

Me centré en lo mío y apenas oí al gran visir de Montesere cuando le preguntó a Rhys:

—¿Y qué te hace pensar que tenemos el más mínimo interés en las tierras humanas?

Dejé que Rhys respondiera al presuntuoso macho:

—Porque hemos redactado un nuevo tratado y os negáis a firmarlo. Igual que os negáis a decirnos por qué.

Mi magia fue paseándose por las patas de las sillas de los allí presentes, por encima de sus regazos, de sus brazos. No detecté nada.

—¿Qué otra razón necesitamos para negarnos, aparte de que no queremos que nuestro destino esté en manos de un territorio que cree que sabe lo que es mejor para nosotros a pesar de que no ha sufrido las consecuencias de la guerra de hace cinco siglos? —intervino la reina de Vallahan, con aquella voz áspera que sonaba igual que unas garras arañando las rocas.

No noté nada en el rey ni tampoco en el príncipe. Paseé mi poder por los dedos tatuados de la reina, por encima de las líneas de esas runas. Nada.

El duque de Bernion intervino con cautela:

—La reina de Vallahan tiene razón. —Nos miró a Rhys, a Mor y a mí con una franqueza inquebrantable. Yo me obligué a parecer centrada como la que más. Como si no estuviera envolviéndolos a todos con mi magia, uno a uno—. Prythian les dio un poco de tierra a los humanos, y lo hizo solo una corte. —«La Corte Primavera», pensé automáticamente. Pero seguí a lo mío—. Mientras tanto, el continente estaba dividido en dos. Hubo fae que perdieron sus hogares por completo; sus territorios dejaron de existir y, ahora, su gente surca los vientos. Y los que seguimos en pie hemos tenido que compartir. Nuestras fronteras han mermado tanto que es insultante. Sin mencionar la extensa franja de tierras fae sin Corte en medio del continente. Estaban destinadas a los que no tenían un hogar al que retornar, pero nunca se usó de ese modo. Ahora son un mosaico caótico de noblecillos y bandas de guerreros enfrentados, sin gobierno y pudriéndose en el olvido. Nuestro plan reclamaría esos territorios también. Unificaría a los fae que están allí nuevamente, con el incentivo de estabilidad, riqueza y la posibilidad de recuperar los territorios humanos.

Me bastó con oír esas palabras para detenerme un segundo y escuchar con atención.

—El nuevo tratado ya lo contempla —contestó Rhys.

—Vuestro nuevo tratado —contraatacó el visir— permite que los humanos decidan si quieren o no volver a vendernos nuestras tierras. Unas tierras que fueron nuestras mucho antes de que ellos nacieran del barro. ¿Y ahora tenemos que comprárselas?

Cerré los puños y noté cómo el calor se agolpaba en mis uñas.

—Todas las creaciones de los Ocultos son buenas —le recordó beatíficamente el Ama de los Ocultos al visir. La hembra hizo una mueca con los labios y añadió—: Aunque cueste ver lo positivo.

El ardor me cubrió las palmas de las manos. Aun así, pregunté con tono neutro:

—¿Y nadie cree que los humanos tienen derecho a contar con sus propias tierras tras milenios de suplicios y esclavitud?

Sigue buscando; no te despistes, advirtió Rhys. Lo ignoré.

—Creo —se defendió el duque— que los humanos tienen unas amplias extensiones de tierra vacía y desocupada. Tierra que, en su día, nosotros cuidamos y explotamos y que se está pudriendo porque no la cultiva nadie. Si ellos no la trabajan, ¿por qué no deberíamos amortizarla nosotros?

El príncipe de Vallahan pegó un manotazo en la mesa y sentenció:

—Los humanos han dispuesto de muchísimo tiempo, sobre todo teniendo en cuenta su esperanza de vida, para recuperarse de cualquier «suplicio».

El fuego me abrasó la garganta, pero me deshice de él. Lo que lo avivó fue la llama que atisbé en los ojos del príncipe, cuya magia desconocía. Solía ser capaz de controlar mis dones, pero a veces respondían a algo que tuviese a mi alrededor. Como si hubiesen encontrado a un enemigo con un poder similar.

Lo igual llama a lo igual.

Pero Rhys tenía razón. Debía centrarme. No había venido aquí para intercambiar palabras con un principito mimado.

Eché a un lado esa reacción y reanudé el trabajo. Volví a pasarles la magia por encima. No noté nada ni en la reina de Vallahan ni en el rey. Tampoco en el visir ni en el duque de Bernion. Pasé al Ama de los Ocultos.

—El príncipe tiene razón —coincidió el Ama, con una melosa sonrisa en el rostro tan parecida a la de Ianthe que se me revolvieron las tripas—. Mis discípulos me informan de que los humanos recuerdan o saben más bien poco acerca de la guerra, e incluso de la vida de sus ancestros antes de esta. Es cierto: no han mejorado.

Me obligué a concentrarme. Paseé las invisibles manos de mi poder por encima de sus aterciopeladas túnicas verdes, de sus cortantes tatuajes, de los filamentos dorados que le adornaban las trenzas.

—¿Y cómo saben eso tus discípulos? —se interesó Mor, y yo me desconcentré.

Los tatuajes del Ama de los Ocultos destellaron como si de relámpagos lejanos se tratasen. Mi magia se detuvo y casi retrocedió.

—Los Ocultos lo ven todo.

En su aura había algo que serpenteó en señal de respuesta, alegre, y yo contuve el escalofrío que se coló a través de mi magia.

Sin embargo, ese «algo» no era nada Hecho. Lo que quiera que se alegrara de oír el cumplido del Ama no era lo que yo andaba buscando.

—Deja que te recuerde, Ama —intervino Rhys, emanando poder por todos los poros de la piel, ya fuera porque el enfado se estaba adueñando de él o porque estaba intentando camuflar cualquier atisbo de mi poder que pudiese haber detectado el Ama de los Ocultos—, que, con o sin muro, la vieja línea de demarcación todavía existe y aún la respetamos. Los fae no tienen permiso para cruzar a tierras humanas.

Aunque sabíamos que varios se habían saltado dicha norma en los últimos meses. Pero eso no íbamos a comentarlo.

—Hay humanos, perdidos e ignorantes, que necesitan que les enseñemos —dijo el Ama de los Ocultos. Por una milésima de segundo, me planteé si no sería ella peor que Ianthe—. Que los orientemos.

Agradecí apartar mi magia de ella y alejarme de su odiosa esencia. Detuve un segundo la búsqueda y regresé por completo en mí a la vez que Mor recordaba:

—Ya hemos hablado de esto en otras ocasiones.

Se giró hacia el rey de Vallahan antes de mirar al duque de Bernion; tal vez ellos fueran las únicas voces presentes de la razón. Ninguno de los dos parecía ni remotamente conmovido, de modo que dejé de preocuparme por mostrar una expresión neutral en el

rosto. A mi lado, noté que Rhys hacía lo mismo y su poder me acarició la sangre como una oscura canción.

Mor siguió dirigiéndose al rey y al duque:

—Llevo casi dos años visitando vuestras cortes y todavía no me habéis dado respuesta alguna. Hoy he venido con mi alto lord y mi alta lady para preguntároslo directamente: ¿tenéis previsto avanzar por territorios humanos y extender las fronteras?

Tanto Rhys como yo fijamos la mirada en todos. La noche triunfante y las estrellas eternas.

—¿Y a vosotros qué os importa? —preguntó la reina de Vallahan con desdén.

—Nos importa —espeté— porque queremos dejar este mundo como un lugar mejor que el que encontramos.

Esa fue la última petición del suriel. Lo último que le prometí.

—¿«Mejor» según quién? —inquirió la reina de Vallahan bufando —. Si fuera mejor para nosotros, tendríamos más tierras y recuperaríamos las antiguas fronteras. Y también sería mejor para los humanos, que no hablan con la tierra y a quienes la tierra nunca responderá. Nosotros podemos convencer a los campos para que sean más fértiles y repartir el beneficio de las cosechas.

Noté el peso de la corona, cómo se me clavaba en el cuero cabelludo, en la piel. Aun así, continué con la cabeza bien alta al responder:

—Los fae tienen todo el poder. Los humanos no poseen ninguno. Lo mínimo que podemos hacer es dejar que vivan en paz. Sin que nos entrometamos nosotros.

—Te lo volveré a preguntar —insistió la reina, a quien no parecieron afectarle en absoluto mis palabras—. ¿A vosotros qué más os da?

De no ser porque Rhys se quedó sobrenaturalmente quieto, yo tal vez habría respondido. ¿De qué se había dado cuenta Rhys? No dijo nada por el vínculo.

La reina de Vallahan continuó con despiadado desdén:

—Veo que tengo que insistir en que vosotros gobernáis un territorio. Un territorio en una isla. En comparación con la inmensidad del continente, Prythian no es más que una gota en un

océano. Y, sin embargo, ¿creéis que podéis decirnos cuál tiene que ser el destino del mundo? ¿Cómo tenemos que relacionarnos los fae con los humanos, inmortales y mortales?

Apoyé la mano en la mesa. Los tatuajes parecían oscuros como la noche en contraste con mi pálida piel.

—Yo nací siendo humana. Algo sé sobre las relaciones entre humanos y fae.

Aproveché la ocasión para volver a pasar mi poder por encima del mimado de su hijo. Nada. Otra vez.

La reina de Vallahan hizo un gesto con su tatuada mano y le centellearon los anillos.

—No eres la única que lo sabe. Pedisteis esta reunión con nosotros, gobernantes de reinos enteros, cuando vosotros lideráis una fracción de un territorio. ¿Tenéis permiso para hablar en nombre de todo Prythian? Si tan empeñados estáis en que los humanos tengan derecho a nuestra tierra ancestral, ¿dónde está la delegación de mortales para que defiendan su caso? ¿O es que también os habéis autoproclamado representantes de los humanos en Prythian?

Me obligué a decirle con calma a Rhys: *Ya he acabado. Nadie lleva ningún objeto Hecho encima ni tampoco he detectado ningún rastro que indique que han usado alguno recientemente. Lo he comprobado dos veces con cada uno de ellos.*

Az acaba de decirme lo mismo.

Aunque puede que nos equivoquemos los dos, admití. *Deberíamos haber traído a Nesta.*

Dudo que ella fuera capaz de controlarse, respondió mi pareja con contundencia.

Sus palabras me molestaron, pero ahora no era el momento de hablar de la falta de confianza que existía entre él y mi hermana.

Pero sí que confío en ti y en Az. Y sé que, entre los dos, habéis descubierto lo que necesitábamos saber.

Sí. Ninguno de ellos ha estado cerca de un objeto Hecho recientemente.

Mostrándose como la delicada cortesana de siempre, Mor dijo:

—Muchos de los altos lores de Prythian están a favor del nuevo tratado.

—Muchos —recalcó el gran visir con condescendencia—, pero no todos. Yo no recuerdo haber oído que Otoño o Primavera lo aprobaran.

—A pesar de que ni siquiera queráis imaginaros lidiando con nosotros —dijo Rhys, permitiendo que la noche envolviera sus anchos hombros como si de unas alas invisibles se tratase—, bien que habéis venido hasta aquí.

El Ama de los Ocultos ladeó la cabeza en señal de falsa piedad y sus doradas trenzas centellearon.

—Hemos venido porque hemos tenido la consideración de deciros a la cara que os centréis en vuestras tierras. Dejad que sean los habitantes del continente quienes se ocupen de él. Si queréis seguir otorgando a los humanos autonomía sobre esa zona de Prythian, adelante. Pero no vengáis a decirnos qué tenemos que hacer al otro lado del mar. —Entornó los ojos hasta que parecieron dos abrasadoras rendijas. Se la veía completamente impertérrita ante el oscuro poder que emanaba mi pareja—. Aunque creáis que tenéis el poder y el derecho para hacerlo.

Me quedé helada y me preparé para lo que vendría a continuación. Con una templanza perturbadora, Rhys preguntó:

—¿Y esto qué quiere decir?

La reina de Vallahan siseó:

—Que vais dando lecciones de paz y bien que coleccionáis armas de guerra.

El rey de Vallahan apoyó la mano sobre las telas de piel que le cubrían el brazo a su esposa y, con algo más de tacto, intervino:

—Nos hemos enterado de que la Corte Noche dispone de varios objetos antiguos con un poder terrible. Que el Tesoro del Miedo está en vuestras manos, junto con… otros.

No debería haberme sorprendido tanto. Las reinas humanas (y, en especial, Briallyn), sabían lo del Tesoro. Podrían habérselo contado a cualquiera. Y Koschei, la maligna fuerza que acechaba en el corazón del continente, también era conocedor de ello. Lo veía capaz de diseminar dicha información con la intención de sembrar el caos.

—No vamos a usar el Tesoro —contestó Rhys con contundencia.

Lo que no reveló, por supuesto, fue que ya lo habíamos usado. Lo había utilizado Nesta. Y nos puso a todos en riesgo al… Aparté esos pensamientos y volví a centrarme en la conversación que estaba teniendo lugar en ese mismo momento.

—Puede, pero seguís teniendo el Tesoro —intervino cuidadosamente el duque de Bernion—. Mira todo el poder que tienes, Rhysand, y no paras de acumular más. Hemos oído que también usasteis el Caldero durante esa disputa con Hybern.

—«Disputa» —escupió Mor.

Rhys le hizo un gesto con la mano para que se relajara.

Mi pareja se cruzó de piernas y adoptó una postura informal pese a la tormenta de poder que seguía formándose a su alrededor.

—¿Y qué debería hacer cuando me topo con estos objetos? —Se examinó sus pulidísimas uñas. Dejando de lado la amenaza de muerte que centelleaba en sus ojos color violeta, Rhys era el vivo retrato de la más indiferente arrogancia—. ¿Enviároslos?

—Jamás esperaríamos que hicieras algo así —respondió el gran visir hinchándose como un búho malhumorado—. Pero no podéis culparnos por reforzar nuestros ejércitos e intentar sumarle algo a nuestro considerable arsenal.

Disimulé mi sorpresa. Acababan de confirmar lo que Az nos comentó. Ya era mucho más de lo que habíamos esperado lograr con esta reunión. Además, el visir acababa de decir que lo estaban intentando. Seguían buscando el objeto Hecho en cuestión, fuera lo que fuese.

Al menos, ahora ya no teníamos que fingir que no lo sabíamos.

Aun así, las estrellas que centelleaban en los ojos de Rhys se apagaron.

—¿Y qué pretendéis añadir?

A pesar de que mi pareja no había desatado su magia, los cálices de vino que había en la mesa repiquetearon.

La reina de Vallahan se alisó las pieles con una de sus tatuadas manos.

—Prythian tiene sus juguetes —manifestó mientras se acicalaba—. Nosotros también podemos tener los nuestros. —Levantó la mirada, con sus ojos azules fijos en Rhys, y esbozó una sonrisa—. Si

vosotros queréis sumar el Tesoro del Miedo a vuestro armamento y usar el Caldero, no os sorprendáis cuando nosotros también recuperemos lo que perdimos y que nos pertenece por nacimiento. —Me dedicó una desagradable sonrisa socarrona—. No habréis sido tan estúpidos como para pensar que, si hubiésemos encontrado uno, lo habríamos traído aquí, ¿verdad?

La reina sabía a qué me había dedicado mientras ellos hablaban.

Volvió a darme la impresión de que la corona me pesaba aún más. Y, de nuevo, me obligué a cuadrarme de hombros y a mantener la cabeza bien alta.

No noté nada a través del vínculo de pareja. Rhys, con la expresión más neutral que le había visto jamás, preguntó:

—¿O sea que estáis buscando vuestra propia arma Hecha?

Tendría que ser un arma Hecha que no requiriera que quien la blandiera fuera Hecho también, pero había muchas de esas. Los elementos del Tesoro del Miedo eran los únicos que conocía que tuvieran tal restricción.

—¿Y si desarmáramos el Tesoro? ¿Serviría eso para disuadiros y que dejarais de buscar un objeto Hecho para usarlo en nuestra contra? —continuó Rhys.

—Estas armas no se pueden «desarmar» —comentó el Ama de los Ocultos chasqueando la lengua—. Si vosotros afirmáis haberlos destrozado, nosotros tendremos que tomárnoslo como una mentira. Lo Hecho no se puede Deshacer. Aunque nos ha llegado que, hace poco, tu hermana… —desvió la vista hacia mí—, Deshizo una reina humana.

Nesta no solo había Deshecho a Briallyn. La había borrado del mapa.

No invertí ni una pizca de energía en negarlo. En lugar de eso, pregunté:

—¿Y no os basta con que os demos nuestra palabra? ¿No nos creeríais, aunque especificáramos en el tratado que no vamos a usar el Tesoro? ¿Aunque lo juráramos por todo lo que consideramos sagrado?

La reina de Vallahan esbozó una delicada sonrisa llena de malicia y respondió:

—No.

El hirviente poder de mi pareja y la impenetrable oscuridad que lo rodeaba se detuvieron antes de desaparecer. Y, acto seguido, Rhys intervino con brutal honestidad:

—No tenemos intención alguna de declararle la guerra a ninguno de vuestros territorios. Si el Tesoro o cualquier objeto que haya sido Hecho se encuentra en nuestro poder es por pura casualidad. No tenemos previsto usarlos bajo ninguna circunstancia. Sería una insensatez que vosotros os hicierais también con uno.

Asentí solemnemente para darle la razón y Mor hizo lo propio.

—Entonces, decidme —terció el duque de Bernion dejando sus ásperas manos a la vista—: Si avanzáramos por el sur para reclamar nuestros antiguos territorios a los humanos, si no pudierais detenernos con vuestros ejércitos, ¿usaríais el Tesoro para evitarlo?

No respondas, advertí a Rhys.

Su silencio fue respuesta suficiente para nuestros enemigos.

El duque esbozó una lúgubre sonrisa y volvió a bajar las manos.

—Así pues, suponiendo que os encontrarais bajo ciertas circunstancias, sí que os veríais obligados a usar el Tesoro. En este caso, lo justo sería que nosotros también contáramos con un poder igual.

—Hemos venido aquí en son de paz… —intenté decir.

El Ama de los Ocultos interrumpió:

—Quienes buscan la paz no se arman para la guerra.

—Además —se apresuró a terciar el gran visir—, no todo Prythian está de acuerdo con vosotros. La Corte Otoño está más que dispuesta a reclamar las tierras que nos pertenecen. Hasta puede que envíen a su ejército para que nos ayude en nuestra sagrada incursión.

Beron, el muy cabrón, lo había dejado clarísimo. A pesar de que Eris estuviera secretamente de nuestra parte, tal vez no sería suficiente para conseguir que su padre recuperara la cordura.

—Veo que la ira se va adueñando de ti —me dijo el duque de Bernion—. Y te advierto, tampoco yo quiero la guerra, que Prythian ya es bastante pequeño. Sin el apoyo de todas las cortes, lo será todavía más. Tened en cuenta qué repercusiones puede tener para

vosotros que el continente entre en conflicto. No olvidéis todo lo que perdería vuestra gente.

—Lo que más en cuenta tenemos es, sobre todo, a los humanos inocentes cuyas vidas están en peligro por culpa de vuestra inminente invasión —contestó Rhys con tanta virulencia que desvié la vista hacia él.

Seguía teniendo el poder bajo control, pero su rostro era todo repugnancia y rabia desmedida.

—Nuestro objetivo sería llevar a cabo una conquista sin llegar a derramar sangre —se apresuró a argumentar el duque, como si se percatase y temiera (sabiamente) el desliz en el férreo autocontrol habitual en Rhys—. Que los humanos vieran los ejércitos de los fae a su alrededor y entregaran las armas. Puede que no sean tan inteligentes ni eruditos como nosotros, pero tampoco son tan estúpidos como para meterse en una guerra que no pueden ganar.

Me hervía la sangre. La altanería de los altos fae seguía siendo igual de soberbia que hacía quinientos años.

Aun así, Rhys señaló con tono aterradoramente bajo:

—¿Y cuál es el papel de Koschei el Inmortal en vuestros planes?

Ahí estaba. Lo que sospechábamos; lo que nos preocupaba desde hacía tiempo. Nos lo habían confirmado tanto la forma en la que el lord de la muerte manipuló a Briallyn como todas las discretas jugadas que había ido llevando a cabo, de modo sutil e indirecto, para movernos por una especie de tablero de juego en el que no habíamos reparado hasta ahora. Y lo habíamos vuelto a confirmar unos días atrás, cuando la sombra de Azriel oyó a esos machos hablando de Koschei y de la caja de ónice que, según se rumoreaba, contenía la muerte del lord. Un hilo, la sombra había dicho. Su muerte había sido entretejida en un hilo de vida, fuera lo que fuera eso. Nunca habíamos oído ese término.

—¿Quién? —le preguntó la reina de Vallahan a mi pareja con un tono demasiado tierno como para que sonara genuino.

Su marido permaneció inexpresivo. El príncipe, en cambio, alternó la mirada entre sus padres. Estaba clarísimo que sabían quién era Koschei.

—Y yo que pensaba que sabríais cómo se llamaba la criatura que os trata como títeres —respondió Rhys tranquilamente.

El rey de Vallahan se molestó y protestó:

—En mis fronteras, estas cosas no…

—Sabemos quién es Koschei —lo interrumpió el duque de Bernion con un tono sombrío.

El Ama de los Ocultos suspiró con la vista puesta hacia el cielo, con sumo dramatismo.

—No es más que un hechicero insignificante que juega a ser un rey de la muerte. No nos sirve de nada.

La miré con hastío.

—No suenas para nada convincente.

Abrió la boca para responder. Sin embargo, antes de que le diera tiempo a hacerlo, el duque intervino:

—Nuestras espías hace tiempo que saben de su existencia. Rondan las montañas que hay alrededor de su lago, atentas. Como se le ocurra tan solo respirar en dirección a Montesere, nos enteraremos.

—¿Y os informan de todo esto para tener a vuestros ejércitos preparados para combatir contra él? —preguntó Rhys con su impecable calma—. ¿O es para entender mejor a un aliado?

—Koschei no es aliado de Montesere —insistió el duque.

El visir y el Ama de los Ocultos mostraron una expresión visiblemente imperturbable, al igual que los miembros de la realeza de Vallahan.

Rhys los estudió uno a uno. No obstante, no se dirigió a nadie en concreto cuando declaró:

—Espero, por el bien de todos vosotros, que lo que decís sea cierto.

—¿Nos estás amenazando? —preguntó el príncipe de Vallahan—. ¿Acaso no podemos aliarnos con quien nos apetezca? ¿O es que también piensas meter las narices en esto?

Rhys se miró las uñas de nuevo.

—Es una advertencia. No sé qué os ha prometido Koschei ni cuál será la recompensa, pero no será la maravilla que pensáis. —Apartó

la vista del rey de Vallahan y la fijó en el duque de Bernion—. No sé qué os habrá dicho, pero os recomiendo que no le creáis.

—No tenemos contacto alguno con Koschei el Inmortal —siseó el Ama de los Ocultos—. Si nos uniéramos a él, nos ganaríamos muchos enemigos. No solo vosotros. No somos tan necios. Todo esto son invenciones tuyas.

—Bastante mal está el mundo últimamente —contestó Rhys con frialdad. A mí, en cambio, me habían entrado unas ganas inmensas de gritarle al Ama a la cara: «¡Mentirosa!»—. No necesito inventarme nada. —Antes de que alguien pudiera responder, Rhys prosiguió—: Pero mi advertencia iba con buenas intenciones.

Era cierto, aunque nadie respondió. Ni siquiera el duque.

De hecho, ante una alianza entre Rask, Montesere y Vallahan, algunos de los territorios del continente tal vez estuvieran dispuestos a sublevarse. Mor había descubierto que, efectivamente, nuestros enemigos habían intentado embaucarlos, igual que nosotros, y tampoco lo habían logrado.

Se hizo el silencio y Mor, a modo de conclusión, preguntó en voz baja:

—¿O sea que queréis seguir adelante con la invasión sí o sí?

La falta de respuesta por parte de los demás fue toda la confirmación que necesitábamos. A mí se me revolvió algo en las tripas.

Mor pegó un manotazo en la mesa.

—Durante la Guerra, hubo fuerzas fae que defendieron a los humanos. Nosotros los defendimos. —Señaló al rey de Vallahan y los ojos marrones de Mor se llenaron de consternación—. Tu padre los defendió. ¿De veras piensas destruir la causa por la que luchó y escupir así sobre su recuerdo, su sacrificio y el sacrificio de vuestra gente?

El rey de Vallahan pestañeó y algo parecido a la vergüenza y la aflicción inundó su profunda mirada.

Su mujer, en cambio, se encogió de hombros y, acariciándose las pieles, argumentó:

—El mundo ha cambiado. Lo que en su día fue el ideal sublime de dos tierras, dos pueblos, es ahora una pesadilla. Muchos de quienes

antes creían en vuestra causa han vivido la realidad de cinco siglos y han descubierto que, en el fondo, ciertas cosas iban mejor antes de la Guerra. No somos tan orgullosos como para negarnos a aceptar que puede que nos equivocáramos en su día. Al igual que os estáis equivocando vosotros ahora con vuestro nuevo tratado.

Dicho esto, la reina de Vallahan se levantó con la misma rigidez que las gélidas tierras que gobernaba. Su hijo hizo lo propio.

El gran visir y el Ama de los Ocultos también se levantaron. El rey de Vallahan y el duque de Bernion imitaron al resto al cabo de poco, si bien lo hicieron a regañadientes.

—Intuyo que se ha acabado la reunión —anunció Rhys, que seguía sentado, sin alzar la voz.

El duque inclinó la cabeza.

—Hemos venido por respeto hacia ti. Yo lo he hecho por simpatía hacia ella —añadió señalando a Mor, que estaba fulminándolos a todos con la mirada—. Llevó a cabo un valeroso esfuerzo por convencernos.

No podía estar pasando esto. Otra guerra, otra invasión, humanos esclavizados…

—Tal vez llevabais anticipando esto desde hace un tiempo —dijo el Ama de los Ocultos con la vista puesta en mí— y por eso os hicisteis con el Tesoro. —Me dedicó una de esas horrendas y beatíficas sonrisas—. Muy en el fondo, ya sabíais que no podríais convencernos. Y os advierto: si usáis el Tesoro, estaréis condenando vuestra alma inmortal. Los Ocultos os castigarán a vosotros y a los vuestros por ello.

Apreté los dientes.

—Yo no respondo ante los Ocultos.

—Tal vez esto sea parte del problema —declaró el Ama—. Ya no quedan más dioses, no hay ninguna Madre real que pueda guiar a Prythian. La Madre ha considerado que vuestras almas no estaban a la altura y os ha abandonado. Sois un pueblo desamparado y sin dios…

—Esto no tiene nada que ver —la cortó el duque de Bernion. Ella lo fulminó con la mirada, pero el otro alzó la mano y las puertas de piedra de la cámara se quejaron al abrirse. El gélido aire marino

entró con la virulencia de una manada de lobos—. Hemos venido aquí para dejar algo en claro: no habrá nuevo tratado. Y nos reservamos el derecho a armarnos, al igual que habéis hecho vosotros.

Pese a haberlo pronunciado con firmeza, seguía pareciendo derrotado por el cansancio.

El príncipe de Vallahan pasó por el lado del asiento del duque y fue hacia la puerta con suma arrogancia.

—En el mundo hay más armas perdidas y olvidadas. —Giró la cabeza por encima del hombro para sonreírnos con suficiencia y añadió—: Pero esto está a punto de cambiar. Están empezando a despertarse; tanto las Hechas como las que fueron imbuidas con magia malvada común. Evocadas, quizá, por ese lord de la muerte del que habláis.

Su padre lo reprendió con severidad en la mirada.

A mí se me heló la sangre. ¿Y si la impía presencia de Koschei había despertado realmente los objetos Hechos que había en el mundo? Lo que había oído la espía de Az llevaba a pensar que Koschei había ayudado a nuestros enemigos a buscar el objeto Hecho en cuestión y les había revelado dónde encontrar el arma. Pero ¿a cambio de qué? ¿Por qué?

Noté una punzada en mis pesados pechos, como si quisieran recordarme lo que me esperaba en casa. Quién. Me levanté y, con el movimiento, se me escapó algo de leche. Me cuadré de hombros y juré:

—Voy a seguir buscando un camino que guíe a todos los pueblos de este mundo hacia la paz.

La reina y el príncipe de Vallahan rieron por lo bajo. Sin embargo, su rey asintió pesarosamente con la vista puesta en mí y en Mor antes de desaparecer.

El Ama de los Ocultos inclinó la cabeza hacia mí y afirmó:

—Que los Ocultos y tu negligente Madre tengan piedad con el alma de tu hijo.

Ella también desapareció antes de que me diera tiempo a rodearle el cuello con una llama y estrujárselo. El visir, que hedía a aversión, también se marchó con ella. El único que se quedó fue el duque de

Bernion, a quien despeinó el gélido aire que se colaba a través de las puertas abiertas.

Por un segundo, el ruido de las olas al chocar a lo lejos inundó la sala.

Algo parecido al dolor asomó en la mirada del duque.

—Yo no busco ninguna invasión ni ninguna guerra. —Se miró sus enormes manos, llenas de cicatrices, como si ya pudiera vérselas manchadas de sangre—. Pero si mi rey inicia una, lo seguiré.

Rhys permaneció impertérrito.

—¿Acaso te ha enviado hoy tu rey, Valderic?

—No. —Se le movió la nuez—. Él se ha negado a venir personalmente y tampoco ha querido enviarme a mí como emisario. Mentí al visir y al Ama de los Ocultos para que asistieran. Pensaban que lo había aprobado la realeza.

Mor, con la voz cargada de temor y angustia, preguntó:

—Entonces, ¿por qué te has molestado?

El duque la miró sin recato.

—Esperaba que fuerais a persuadirlos para que cambiaran de opinión y que tal vez así ellos consiguieran que mi rey también lo hiciera. Dejó de escucharme hace mucho, pero ellos me creyeron cuando mentí y les dije que había arreglado la situación con él. En cuanto regrese a casa tendré que acarrear con las consecuencias, pero… —Hizo una mueca—. Hacéis bien en preocuparos por quiénes pueden ser los aliados de Montesere. No puedo decir nada más aparte de esto. No sin arriesgarme a que nos acusen a mí y a mi familia de traidores.

Rhys guardó silencio. Fuera, el viento rugía.

—Tienes buen corazón, Rhysand —prosiguió el duque, moviendo ligeramente la cabeza—. Pero ten también sensatez. No eches a perder la vida de tu gente en vano. Da igual lo que hagáis; esta invasión verá la luz y ganaremos. Si os adentráis en la batalla con el Tesoro, os arriesgáis a que la guerra llegue también a vuestras puertas. Manteneos al margen. No provoquéis a Koschei el Inmortal, que a tantos susurra y en tantos sueños oscuros se cuela. Quedaos en Prythian, en la Corte Noche. Sed felices. Criad a vuestro hijo.

Se me cerró la garganta.

Rhys se quedó mirando el vino que no había probado nadie y preguntó con aspereza:

—¿Cuándo va a empezar la invasión?

El duque negó con la cabeza.

—Aunque lo supiera, no podría decíroslo. Pero, teniendo en cuenta que el Tesoro está en vuestras manos, supongo que los demás no atacarán hasta que sientan que poseen un arma igual de poderosa que la vuestra.

Le dediqué una prieta sonrisa en señal de agradecimiento. Tal vez él no quisiera ser un traidor, pero acababa de regalarnos algo. Nos había confirmado que, de momento, ninguno de esos tres territorios tenía un objeto Hecho. Rhys cerró los ojos. Solo un segundo. Le cogí la mano. Los dedos de mi pareja estaban igual de fríos que el mar que aguardaba en el exterior.

—No dejéis que os afecten las cuestiones del continente —continuó el duque alternando otra vez la mirada entre nosotros—. Haré todo lo que pueda por ser lo suficientemente justo con los humanos.

A diferencia del resto, el duque cruzó las puertas despacio y contempló el mar un segundo antes de desaparecer, igual que lo habían hecho sus compañeros.

El viento rugió con fuerza y los braseros y la chimenea titilaron con el frío. Mor se recostó en el asiento y hundió la cabeza entre las manos.

—Ya puedes salir, Az —dijo Rhys con cierto agotamiento en la voz.

Mi pareja ya notaba ese peso en los hombros. Y yo lo sabía porque a mí me ocurría lo mismo.

Az no apareció.

Rhys desvió su mirada hacia las puertas, que seguían abiertas, y contempló el rocoso terreno de Storr y el virulento mar que había a lo lejos.

—Azriel.

Nada.

Mor descansó las manos en el regazo.

—No está aquí.

A Rhys se le incendió la mirada.

—¿Y dónde se ha metido exactamente? —preguntó remarcando bien cada palabra.

Mor señaló con la cabeza una de las sillas que habían quedado vacías. Una de las que habían ocupado los miembros de la realeza de Vallahan.

—Si tuviera que adivinar…

CAPÍTULO 3

Azriel

El invierno siempre llegaba pronto en Vallahan. A pesar de que en la Corte Noche seguíamos disfrutando de la dicha otoñal, una capa de nieve cubría ya las gigantescas y áridas montañas donde se había construido la legendaria fortaleza de oro de Thrudheim.

Y la nieve era algo bueno y negativo a la vez. Algo bueno porque dificultaba la visibilidad a los enemigos de Azriel y permitía a este esconderse bien para observar todo lo que le apeteciera. Y algo negativo porque también le entorpecía la visión a él y ocultaba a cualquier insidioso adversario.

Pero Azriel sabía cómo permanecer escondido, con o sin sombras. Y, en comparación con la lluvia torrencial que había experimentado en las montañas de Montesere, esto era claramente mejor. A pesar de que ahora, en un risco de una de las montañas que acunaban Thrudheim, el sibilante viento le dejara las orejas entumecidas. Aunque al menos no le castañeteaban los dientes. Y, al menos, nadie lo estaba mirando desde abajo.

El baluarte de la familia real de Vallahan se hallaba justo donde se unían ambas montañas. Y, en las laderas que había más abajo, se extendía un pueblo hacia el río congelado y los campos del valle, que ahora estaban en plena hibernación. Aquellas montañas eran casi infranqueables, y la fortaleza dominaba el terreno elevado del lugar, que le ofrecía una amplia panorámica de las tierras que se esparcían a sus pies. En el caso de que tuvieran que defenderse de ejércitos terrestres, era un buen lugar para un bastión.

En el caso de que tuvieran que defenderse de gente como él… Esa ubicación los convertía en presas fáciles. Y más fácil era aún observarlos sin que nadie se percatara.

Al igual que ocurría en la casa del río y en la Casa del Viento, los centinelas que había alrededor de Thrudheim impedían que nadie se transportara directamente dentro. Esto obligó a Az a permanecer alejado del edificio en sí, pero, a su vez, le permitió ver cómo los tres miembros de la realeza iban del punto de aterrizaje oficial (una zona circular de piedras envuelta por arcos con imágenes de crías de carnero talladas en ellos y reservada única y exclusivamente para la familia real) al puente levadizo que pasaba por encima del foso y daba a los portones dorados de la fortaleza como tal.

Y decir que el edificio era «dorado» era ser generoso. Si recurría a ese adjetivo era solo para describir el descolorido tono de las piedras que habían arrastrado durante miles de kilómetros y las ocasionales láminas de oro que había en esa superficie tallada y que ya iban desgastándose.

Vallahan había visto años mejores. Siglos. Hacía muchísimo que los campos que se extendían a lo lejos no daban abundantes cosechas; desde entonces, y por más que sus chamanes se hubieran esmerado en regenerar su magia fértil, la tierra había perdido su riqueza. Y, a pesar de que faltaban solo unos días para el Equinoccio de Otoño, no había decoración alguna para honrar la abundancia de la estación. Como si no tuvieran nada que cosechar; ningún dios al que dar las gracias.

Pero lo que le importaba a Azriel no era esto. Y menos mientras observaba, escondido entre la nieve, a los tres miembros de la realeza envueltos con sus pieles y a los guardias que había alrededor del puente levadizo y que los saludaban con las lanzas.

Sus enemigos estaban buscando su propia arma Hecha. De modo que Azriel había ido allí a descubrir quién estaba al cargo de dicha tarea. Rask quedaba demasiado lejos, era demasiado grande y estaba demasiado vigilado como para que pudiera colarse cuidadosamente. Vallahan, en cambio… Resultaba bastante fácil poder espiarlos durante un rato. Y sería una estupidez por su parte dejar escapar la oportunidad; sobre todo ahora que lo tenían todo

tan fresco. Así que allí se encontraba. Había aparecido en ese lugar solo unos segundos después que los miembros de la realeza, que continuaban estando enfurecidos tras aquella conversación en Storr.

Azriel concedió el poder justo a sus sombras y les pidió que le susurraran todo lo que oyeran desde las penumbras de debajo del puente.

—Menuda pérdida de tiempo —se quejó la reina de Vallahan al rey. El aire era tan helado que su aliento formó pequeñas nubes al hablar—. No deberíamos haber ido.

El rey respondió:

—Se lo debíamos a Morrigan. Le prometí que nos reuniríamos con ellos.

El joven príncipe de Vallahan escupió sobre las piedras cubiertas de nieve y casi le manchó la bota de cuero a uno de los guardias que los estaban saludando. Ni el guardia reaccionó lo más mínimo ni el príncipe le ofreció ninguna disculpa. Cabrón engreído…

—Tienes demasiados favoritismos con Morrigan. Te ha embaucado.

El barbudo rey advirtió a su hijo con la mirada. Un guerrero cada vez más mayor atormentado por un hijo que no era un sucesor digno.

—Conozco a Morrigan desde mucho antes de que tú nacieras. Ya la respetaba incluso antes de que llegara aquí. La forma en que se ha comportado entre estas paredes no ha hecho sino convencerme aún más.

La reina lo fulminó con la mirada.

—Es igual de estúpida y blandengue que su alta lady.

Lo pronunció con un tono tan punzante que fue como si estuvieran clavándole espolones a Azriel, que estaba ya tan irritado que tuvo que comprobar que no le centellearan los sifones azules que tenía en el dorso de la mano. Por suerte, seguían adormecidos. Era un arma que controlaba muchísimo más que Cassian, cuyos sifones reflejaban la volatilidad de sus emociones.

Los portones chirriaron al abrirse y los carneros que había tallados en cada uno de ellos y que aparecían chocando las cabezas se separaron, quedando así uno en cada portón, para dejar pasar a los miembros de la realeza. Cuando atravesaran el umbral de Thrudheim

y pasaran por delante de los guardias, las sombras de Azriel dejarían de oírlos.

—Morrigan no pinta nada en nuestros planes —declaró el príncipe sorbiéndose los mocos—. Estoy harto de hablar de ella.

Az ignoró la helada ventisca de nieve que le azotó la cara y se acercó un poco más.

Sin mediar palabra, el rey de Vallahan siguió andando hacia las puertas, detrás de las cuales aguardaba un jardín cubierto de nieve. La reina ralentizó el ritmo y se giró hacia su hijo.

—Mañana te irás a buscar lo que necesitamos. Descansa esta noche, cariño.

El príncipe se limitó a asentir, con una expresión seria y firme.

Azriel entró en tensión. El plan ya iba tomando forma. Si el príncipe se transportaba al día siguiente adondequiera que fuera, tendría que volver a salir de la fortaleza, cosa que tal vez le proporcionaría algo más de información antes de que desapareciera. Y, en el caso de que el príncipe viajara a pie, Azriel podría volar lo suficientemente alto como para seguirlo sin que el otro lo detectara y…

El príncipe de Vallahan se quejó y le dijo a su madre:

—Ir a ese lugar de mala muerte, a Rothorn, no sirvió de nada, y ahora nuestros enemigos saben que estamos buscando un arma Hecha. Se nos está acabando el tiempo. Se me está acabando el tiempo. —Az se tensó. Había acertado al ir a Montesere. El príncipe de Vallahan estuvo en la montaña. Había ido a la caza con la gente de Montesere y de Rask—. Además, ¿por qué hemos tenido que asistir a esa farsa de reunión, hoy? Ya sabemos que tienen el Tesoro; no hacía falta que nos lo confirmaran.

—No lo he elegido yo —respondió la reina con tirantez—. Pero tu padre, tu rey, quería oírselo decir personalmente.

Azriel apretó los dientes. Bueno, pues habían caído de cuatro patas. Ni siquiera habían intentado negar que tenían el Tesoro. Pero Vallahan no tenía ni idea de qué más poseían.

Aunque eso daba igual. Habían podido confirmar que sus enemigos iban en busca de su propia arma Hecha. No obstante,

Azriel pensó que si supieran cuántas estaban en poder de la Corte Noche en realidad, tal vez intentarían declararles la guerra.

La daga El que dice la verdad colgaba, pesada como un imán, a un costado. He aquí una de esas armas Hechas secretas. A pesar de que llevaba blandiéndola desde hacía siglos, eso lo había descubierto recientemente. Se había pasado todos estos años llevándola encima, durmiendo con ella bajo la almohada y cortando con su impío filo sin tener la más mínima idea de que era un objeto Hecho. Nunca había visto que saliera ni pizca de poder del arma, a excepción del que él les arrancaba con las manos a sus enemigos. Un arma infernal para un alma corrompida. Supuso que él y El que dice la verdad se merecían el uno al otro y, aun así, llevaba semanas sin usarla. Desde…

—Mi padre se ha vuelto demasiado cauteloso con el paso de los años —murmuró el príncipe, que ya estaba a unos pocos pasos de las puertas de Thrudheim.

El rey seguía avanzando muy por delante, como si quisiera alejarse de su familia.

Az recordó, a partir de una historia que le había contado Mor, que los reyes de Vallahan se unieron en un matrimonio concertado. La reina era la hija de un poderoso comandante y Vallahan, con los campos desolados, tuvo que recurrir a las fuerzas del padre de esta para que reforzara los ejércitos. A juzgar por su relación, en los siglos siguientes, poco amor había surgido entre ellos; ni siquiera con la llegada de su hijo hacía nueve décadas.

El joven príncipe aún tenía que encontrar a su pareja o casarse, lo cual todavía dejaba la puerta abierta para que se estableciese un vínculo firme y conveniente. Era poco probable que permitieran que alguien de la Corte Noche pasara a formar parte de su familia, aunque Az dudaba que hubiese alguien que aceptara casarse con ese capullo. Había otras cortes, pero era muchísimo más probable que un territorio como Montesere o Rask ya estuviera compitiendo para sellar esa unión.

Motivo por el cual era aún más necesario que Azriel se quedara y vigilara quién entraba y salía de Thrudheim, por si llegaban emisarios de alguno de esos territorios.

—Quiero que lo encuentres —le ordenó la reina a su hijo—. Que le traigas ese obsequio a tu padre, que lo traigas a Vallahan. Deberíamos tenerlo nosotros. Nadie más.

Tomó nota de eso. Puede que Vallahan, Montesere y Rask se hubiesen aliado, pero ¿podían las ganas por hacerse con el arma Hecha romper esa alianza? Resultaba evidente que habían depositado la suficiente confianza en el resto como para aliarse, pero ¿tan sólida era su fe? Parecía que el príncipe fuera a actuar por cuenta propia. ¿Sabían en Montesere y Rask que los de Vallahan iban por libre?

Tal vez esta fuera la mejor alternativa para impedir la invasión: destruir la triple alianza y enemistarlos a todos. Tendría que infiltrar espías y agentes en las tres cortes, lo cual sería especialmente difícil en Rask; sin embargo, si conseguía debilitarlos, usar la caza del arma Hecha para que se saltaran a la yugular los unos a los otros, revelar que el príncipe había salido en busca del arma en secreto y de forma no autorizada sin tener en cuenta la alianza… Quizá funcionaría. Y era justo el tipo de conspiraciones deshonestas y desagradables que siempre se le había dado bien maquinar. Un hábil don. O una maldición.

Desvió la vista hacia la reina y el príncipe de Vallahan, pero las puertas de Thrudheim ya se habían cerrado y los carneros volvían a enfrentarse, protegiendo a la familia real al otro lado.

Y, entonces, sus sombras lo captaron. Los murmullos de la guardia.

—Capullo arrogante… —refunfuñó uno.

Era el mismo al que casi le había escupido encima.

Ninguno de los otros guardias lo contradijo. Ninguno puso el grito en el cielo al oír esa ignominia.

Interesante. Un príncipe que no se había ganado el corazón de sus soldados. También podría tirar de ese hilo. Cargarse la triple alianza, debilitar el orden gobernante de cada territorio y así asegurarse que los fae en las tierras libres no tuvieran motivos para unirse a ellos.

Lo dejaría para más adelante. Bastante tiempo se había quedado ya allí.

De modo que, cuando sus sombras regresaron a él y lo envolvieron cual manto viviente, Az desapareció, dejando solo un cálido soplo de aire a su paso.



—O sea que ha ido bien —opinó Cassian arrastrando las palabras.

Estaba tumbado en el sofá que había frente a la chimenea del estudio personal de Rhys.

—De maravilla —respondió Feyre sentándose a su lado con Nyx en brazos y pegado a su desnudo pecho—. Hasta vendrán para el solsticio.

Azriel, si bien permaneció sentado en la butaca que había al lado de la ventana, donde disfrutaba de la sombra que le ofrecían las aterciopeladas cortinas que lo rodeaban, no pudo evitar reír por lo bajo. Al regresar, los había encontrado a todos allí, y Rhys se había limitado a saludarlo con la cabeza, aunque seguro que se había fijado en la nieve que seguía cubriéndole las escamas de la armadura y que aún no había acabado de derretirse.

Por supuesto, las sombras de Azriel le advirtieron quiénes estaban presentes antes de entrar, pero este bloqueó sus murmullos para que no pudieran anunciar también quién había cerca. En ese momento ni quería ni necesitaba semejante distracción.

No con tantas cosas en la mente, con tantos planes por tejer. Sintió la apremiante necesidad de moverse, de empezar a hacer lo que mejor se le daba.

—Se avecina otra guerra —señaló Cassian cruzando las piernas a la altura de los tobillos. El barro que le ensuciaba las botas todavía no había acabado de secarse. Las sombras de Azriel susurraron que olía a los bosques que se encontraban próximos al mar en otoño—. ¿Algo más?

—No entiendo cómo puede parecerte gracioso —lo reprendió Mor echándose un mechón de su dorado pelo detrás del hombro—. Esto

no se asemeja en nada a lo de Hybern. Y tampoco se parecerá en nada a la Guerra de la División. Será peor.

Al oír el tono sombrío de Mor, Az dejó de darles vueltas mentalmente a todos sus planes.

No recordaba quién había empleado el término «la Guerra de la División», pero ya se la conocía así. Con algo de suerte, no tendrían que buscar un nombre tan dramático para el conflicto que estaba a punto de estallar. Con algo de suerte, directamente no se originaría, por más que Azriel supiera que pensar eso era como hacer castillos en el aire. Cosa que solía ocurrirle a menudo.

Azriel no pasó por alto el centelleo rapaz que atravesó la mirada de Cassian cuando este dijo como si nada:

—Ya lo gestionaremos.

Se le está acelerando el pulso. El miedo le corre ávido por las…

Az ignoró a sus sombras otra vez. No necesitaba enterarse de absolutamente todos los detalles acerca del estado emocional de Cassian. Y menos cuando su hermano ya lo tenía dibujado en la cara.

Marchaos a otra parte, les ordenó. *Pronto tendré más trabajo para vosotras.*

Podría haber jurado que se escabulleron con el rabo entre sus metafóricas piernas hasta convertirse en un cúmulo de oscuridad junto a las puertas cerradas. Las ignoró.

—¿Y cómo piensas gestionarlo, Cassian? —lo interrogó Amren, sentada en el sillón que quedaba delante del de Azriel—. ¿Con un ejército? ¿A qué precio?

Rhys debía de haber informado al resto mientras Az estaba en Vallahan.

Feyre se acercó más a Nyx. Ese fue el único indicio del temor que dejó entrever antes de intervenir.

—Nos tienen miedo. Han fingido que no, pero es así.

Az asintió. Sus sombras también se lo habían confirmado durante la reunión. Él mismo sabía perfectamente cómo era ese miedo; de pequeño siempre lo sentía antes de que alguien lo llamara «monstruo», «demonio» o «abominación». Lo notaba en los demás con una habilidad casi sobrenatural, con o sin sombras.

—Tienen miedo del Tesoro —la corrigió Amren repiqueteando con sus largas uñas rojas en el reposabrazos de la silla—. Y, mientras sigamos teniéndolo nosotros, mientras sigamos contando con alguien capaz de usarlo, limitarán la invasión a sus orillas y nos dejarán en paz en Prythian.

Az no quería hacerlo, pero levantó la vista. Igual que el resto.

Al lado de la ventana más lejana había una larga figura con la mirada puesta en el jardín delantero y en el río turquesa que se avistaba a lo lejos. Como si pudiera ver el mismo punto en el que aterrizó una desconocida hacía cuatro semanas.

Azriel apretó los dientes y contuvo la apremiante necesidad de llevarse la mano a la empuñadura de El que dice la verdad.

En ese momento, él se hallaba en su casa, escudriñando el último informe de Mor sobre Vallahan, cuando sus sombras le susurraron en el oído: Está aquí, en el jardín, entre la niebla; ha venido. Huele a otro mundo; el linaje ha regresado.

Azriel salió fuera, silencioso como el que más, y la vio: una mujer pelirroja que olía a fae y a humanos, con ropa extraña y unos llamativos zapatos rosas, y cubierta de una sangre que no olía a la suya propia; la sangre de una hembra que no era humana ni fae ni ningún tipo de criatura de este mundo.

La desconocida en cuestión se llamaba Bryce Quinlan.

Se había transportado al jardín, aunque tampoco fue así del todo.

Ha caído de las estrellas*, le informaron sus sombras.* Ha caído de las rocas; ha caído del mar.

Sus sombras empezaron a balbucear, como si estuviesen intentando poner palabras a aquello que estaban descubriendo con cada jadeante y temblorosa respiración de esa hembra.

Y, entonces, El que dice la verdad empezó a vibrar. A cantar. Y justo cuando Azriel fue hacia la hembra arrodillada y acercó la hoja a la dorada piel de su cuello… se fijó en esa increíble espada negra.

El que dice la verdad se agitó y, si no cayó al suelo, fue porque Az la estaba sujetando con fuerza. Después, su férrea voluntad lo llevó a seguir un protocolo que tenía grabado a fuego en su mente. Cubrió los ojos a su posible enemiga para que no supiera adónde la

llevaba ni a quién tenía a su alrededor, y voló en varias direcciones para desorientarla y enervarla aún más.

Aunque a Bryce no le hacía falta enervarse más. No paró de temblar en brazos de Az. A pesar de que no derramó ni una sola lágrima, no dejó de sollozar. Estaba embadurnada de la sangre de otra persona; era como si se hubiera bañado en ella.

Pero Az no notó odio en aquella mujer, ni tampoco el triunfo de un guerrero vil. Lo único que percibió en ella fue miedo y desesperación y dolor y terror y una profunda y devastadora aflicción.

Durante esos primeros minutos, Azriel fue tan absurdamente compasivo que la llevó a la casa de la ciudad en lugar de al calabozo más cercano o a la Ciudad Tallada. No, eso vino luego.

Era una de las decisiones más insensatas y estúpidas que había tomado en toda su vida. Nadie se lo dijo, pero Azriel lo sabía. Y nunca se perdonaría por ello. Había llevado a una forastera de otro mundo al corazón de su ciudad, donde tantas familias y niños había.

Después de eso, ocurrieron muchas cosas. Muchísimas y muy deprisa.

A juzgar por el silencio que reinaba ahora en la habitación, los demás también estaban pensando en eso. La Madre sabía que todos seguían procesando lo que había sucedido y lo que habían aprendido.

Az se había limitado a hacer aquello que tan bien solía funcionarle: enterrarlo todo y seguir adelante. Si bien continuaba sin blandir El que dice la verdad. Detestaba llevarla encima, siquiera. A lo mejor tendría suerte y una fuerte ráfaga de viento le arrancaría no solo las alas sino también esa daga maldita. Y así no tendría que armarse de valor para dejarla abandonada en la primera basura que encontrase, que era donde debería estar.

Sin mirar a nadie en concreto, Nesta, que seguía con la vista puesta en lo que había al otro lado de la ventana, preguntó:

—¿Puedo acercarme al Tesoro, siquiera?

Tal vez Azriel se arrepintiera de haber llevado a Bryce Quinlan a la casa de la ciudad, pero por lo menos no había dejado de mostrar cierto recelo hacia ella en ningún momento. Nesta, en cambio… Al

final Nesta fue una ingenua y confió en la otra. Y, por consiguiente, casi acabó con todos ellos.

Cassian permaneció con una expresión extremadamente fría en el rostro.

—En Vallahan y Montesere no saben que tienes prohibido tocar el Tesoro —la advirtió Amren.

Por un segundo, Az deseó que sus sombras siguieran estando lo bastante cerca como para interpretar el sombrío tono de Amren. De todos modos, puede que no se hubiera atrevido a pedírselo ni teniéndolas allí. Con Amren no.

—Y si en Vallahan y Montesere llegasen a enterarse alguna vez de lo ocurrido con Bryce Quinlan, nos declararían la guerra de inmediato —aclaró Mor, a quien se le tiñeron los ojos marrones de un tono dorado gracias al crepitar del fuego—. Le diste la Máscara a Bryce ¡para que se la llevara a otro mundo, Nesta! Tal vez te convenciera cuando te comentó que la necesitaba para enfrentarse en su propia guerra, pero como se enteren los demás puede que nos cueste otra a nosotros.

—Me la devolvió —se defendió Nesta, que seguía sin apartar la vista de la ventana.

—Sí —coincidió Rhys con una frialdad brutal—, y ahora nuestros enemigos tienen todo el derecho a robarnos el Tesoro a la fuerza con tal de «proteger» este mundo de nuestras buenas intenciones.

A pesar de que el devastador poder de Nesta había disminuido, a pesar de que lo había cedido para que el bebé que había en esa sala no muriera, seguía teniendo el suficiente como para dominar el Tesoro. Como para ser una amenaza ella misma. Como para Hacer cosas a su antojo.

¿Sería un alivio para Nesta haber perdido parte de ese monstruoso poder? Para Azriel sí lo habría sido. Nesta no había dicho nada, ni siquiera antes de que Bryce Quinlan apareciera en ese jardín.

En aquella sala, la tensión se cortaba con un cuchillo. Más que verlas, Az notó que sus sombras se propagaban, ansiosas por escurrirse entre sus amigos como si se tratasen de un viento fantasma e informarle de todo, para que se hiciera una idea de qué sentían todos. *Quietas*, les ordenó.

Sus sombras volvieron a caer al suelo, al lado de las puertas, y él las fulminó con la mirada.

—Esa no es la cuestión —empezó a decir Cassian.

A Az no le pasó desapercibido el dolor que inundaba los ojos de su hermano. Incluso Cassian estaba enfadado con Nesta y la decisión que había tomado, y lo que le dolía más aún era el distanciamiento que se había interpuesto ahora entre todos. El hecho de que Rhys estuviera en la misma sala que Nesta después de tan solo tres semanas ya era un paso enorme, pero eso no significaba que la perdonase nadie.

Desde luego, Azriel no la perdonaba.

Bryce Quinlan les había mentido y había robado El que dice la verdad antes de regresar a su mundo. A Az le dolía el pecho solo de pensarlo. Bryce había extendido la mano hacia la daga de Azriel y el arma había volado directa hacia ella. Exactamente como lo había intentado hacer esa primera vez en el jardín.

No era solo porque Bryce hubiese robado El que dice la verdad. También era porque El que dice la verdad lo había abandonado. Bryce la había llamado y, al igual que un perro fiel, la daga había ido directa hacia su mano.

Como si cinco siglos con él no significaran nada. Como si él no significara nada. Az no había vuelto a empuñar el arma desde entonces. A duras penas soportaba mirarla cuando se la ataba al costado. Para esa daga, Az era tan poca cosa que se había despegado de su mano a la primera de cambio.

Y, a pesar de todo eso, Nesta le había entregado la Máscara a Bryce para que la usara contra los enemigos de su mundo. Y Bryce había dejado a sus padres, Ember y Randall, como aval.

Nesta no lo consultó con absolutamente nadie y puso en riesgo el destino de su mundo; del de todos ellos.

—La cuestión es —prosiguió Cassian, que era el único que no estaba mirando a su pareja—, que ellos también quieren algo que les dé un poder especial antes de actuar. ¿Qué vamos a hacer nosotros si lo consiguen?

—No dejaremos que lo consigan. Vamos a impedir que se hagan con nada —respondió Feyre colándole un dedo en la boquita a Nyx

para separárselo de un pecho y acercárselo al otro. Mientras pudiera seguir comiendo y estando cerca de la calidez de su madre, al bebé de pelo oscuro no parecía preocuparle; ni siquiera se inmutó—. Descubriremos qué buscan y conseguiremos el objeto antes que ellos.

La mirada que la alta lady le dedicó a Az se lo dejó todo claro: él sería el encargado de descubrir qué estaban buscando sus enemigos. Tal y como él mismo había planeado.

A nadie le gusta oír eso de «Te lo dije», Az, le dijo su alta lady mentalmente y con una irónica sonrisa en su hermoso rostro.

No lo iba a decir, contestó intentando mantener una expresión neutral.

Feyre siempre había conseguido robarle una sonrisa. Y, en ocasiones, Azriel se preguntaba si su alta lady sabía lo poco habitual que era eso. Lo mucho que significaba para él.

—Esto es pedir mucho —advirtió Amren a Feyre—. Hay una infinidad de objetos Hechos perdidos por el mundo; los hay que se sabe cuáles son y los hay que han caído en el olvido. Intentar encontrarlos todos antes que nuestros enemigos sería malgastar energía en vano. Además, hay objetos que deberían seguir en el olvido.

—Puede que no podamos permitirnos este lujo —contraargumentó Feyre—. Por lo visto, los objetos Hechos se están despertando, queramos o no. Y seguramente se deberá al creciente poder de Koschei.

Amren arrugó la frente con fuerza. Si alguien podía confirmar esto, era ella. Al final, respondió:

—Koschei es un lord de la muerte. Si los objetos Hechos están despertando como respuesta a la agitación de tal personaje, a mí me preocuparía muchísimo el tipo de poder que puedan poseer. Lo igual llama a lo igual.

Sus palabras acecharon cual nube de tormenta. Al pensar en eso, el temor invadió a Az, que se obligó a no estremecerse.

No obstante, Cassian, mientras pulía su sifón de color rubí con la manga del abrigo, señaló:

—En este caso, resulta de mayor importancia aún que encontremos lo que buscan nuestros enemigos antes que ellos.

—Puede que sea solo un cebo para distraernos —sugirió Rhys pasándose la mano por su pelo negro azabache—. Hasta puede que sea un farol.

—No lo es —intervino Azriel al final. Él, que solía preferir observarlo todo desde las sombras solo para contribuir en caso de que fuera absolutamente necesario. Siempre se había sentido más cómodo así. La gente revelaba más de su personalidad cuando les dejaba que hablasen a sus anchas; cuando se olvidaban de su presencia. Notó cierta incomodidad al comprobar que todos lo miraban, y se cruzó de brazos—. El príncipe de Vallahan vuelve a marcharse mañana en busca de algo. Lo oí quejándose a su madre por haber estado con el grupo que fue a la montaña Rothorn hace unos días.

—Pero ¿qué está buscando? —se interesó Amren—. ¿Oíste algo más específico?

—No —admitió Azriel plegando las alas. No le importaba que lo interrogasen (ni siquiera Amren, que podía incomodar hasta al más férreo guerrero), pero tener que pronunciarse y dar un paso al frente… Al cabo de cinco siglos, todavía le parecía que iba en contra de su naturaleza. Aun así, explicó—: Pero todo estaba relacionado con la conversación del Tesoro y con eso de hacerse con su propio objeto Hecho.

—No vas a ir detrás del príncipe —dijo Rhys autoritario y con aspereza.

Al oír esa orden, del todo contradictoria con lo que acababa de darle a entender tácitamente a Az hacía un segundo, Feyre arqueó una ceja, sorprendida. Sentado en el sofá frente a ella, todavía ataviado y con la corona negra puesta, Rhys era la viva imagen del alto lord de la Corte Noche al que todo el mundo temía.

Az se había dado cuenta de que Feyre ya se había quitado la corona y la había depositado en la mesa, como si aún no se hubiese acostumbrado a llevarla. O a lo mejor era que, con su hijo en brazos, quería olvidarse del tema.

—Y una mierda que no —respondió Az—. Tenemos que saber qué busca el príncipe. Sobre todo si en Vallahan creen que pueden usarlo contra el Tesoro.

Rhys negó con la cabeza.

—El príncipe de Vallahan, por más vanidoso e irreflexivo que parezca, nos conoce lo bastante bien como para intuir que lo seguiréis tú o alguno de tus espectros. —Antes de que Az pudiera rechistar, continuó—: Además, es probable que Rask y Montesere también quieran apresurarse a encontrar el objeto. Puede que el príncipe de Vallahan no sea el primero en conseguirlo. No puedes estar en tres sitios a la vez. Y déjame que te recuerde que Montesere dispone de sus propias espías para tenerte controlado a ti. Y los lobos del viento no se andan con chiquitas.

Az no pudo evitar que su sifón titilara en señal de respuesta, aunando todo su poder para usarlo contra un enemigo despiadado que aguardaba a cientos de kilómetros de distancia. Sin embargo, se deshizo de ese recuerdo de hacía unos días, de los aullidos del pico Rothorn que seguían helándole la sangre, y respondió:

—Pues enviaré a Cerridwen y a Nuala a los territorios en los que no esté yo.

Sus semiespectros eran perfectamente capaces de llevar a cabo una tarea de este tipo.

—Es una opción —accedió Rhys cruzándose de piernas. El centelleo del hogar se reflejaba en el oscuro cuero de sus botas—. Pero seguimos en las mismas: como alguno de esos tres territorios encuentre lo que todos andan buscando, cuando aúnen fuerzas y se adentren en tierras humanas, continuaremos sin poder hacerles frente, a ellos y a cualquier fae libre que se les sume. E incluso en el caso de que no consigan el objeto, tampoco podremos enfrentarnos a ellos. Así que, ¿vale realmente la pena que nos esforcemos tanto y vayamos a por ello?

Az desvió la vista hacia Feyre, que parecía estar procesando el razonamiento de su pareja. *Ahora parece que se decanta por darle la razón a él*, le susurraron las sombras, que se habían acercado sin que él se diese cuenta.

—¿Y los cabrones de Rask no se han dignado a venir, en serio? ¿Ni siquiera han enviado a un emisario? —le preguntó Amren a Mor.

Esta asintió seria.

Ya habían contemplado la posibilidad de que Rask no apareciera. Az había dicho que, de darse el caso, la reunión no serviría de nada. De todos modos, tanto Feyre como Rhys habían insistido en celebrarla. «Se lo debemos a todos aquellos que perderán la vida en esta guerra en un intento por encontrar una solución pacífica», había dicho Feyre.

Al percatarse de que él ni siquiera había reparado en eso, Az sintió una pizca de vergüenza.

Justo por eso Feyre estaba destinada a convertirse en alta lady. Por eso era mejor que las decisiones las tomaran ella y Rhys. Y Azriel se había manchado de sangre, suya y de otros, para asegurarse de que alcanzaban eso que ellos veían como la paz. Y seguiría haciéndolo hasta el amargo final. A pesar de que, cuando ese día llegara, su alma ya estuviese completamente vacía.

Aunque tampoco era que ahora hubiese demasiado en ella. A lo mejor nunca lo había habido. Tal vez por eso lo habían encontrado las sombras. Notaron que existía un profundo vacío, una falta innata, y decidieron anidar en él. No le sorprendería descubrir que directamente había nacido desalmado.

—Dejando de lado que los objetos Hechos se estén despertando, no nos olvidemos de que Koschei también está influyendo en todos esos territorios —añadió Mor sombría—. A pesar de haber ido a sus cortes, nunca he conseguido pruebas de ello, pero lo noto.

Con el impresionante don que tenía ella para percibir la verdad, seguro que se daba cuenta de todo aquello que no llegaba a verbalizarse.

Un pesado silencio volvió a abrirse paso en el estudio, interrumpido solo por los sonidos que hacía Nyx al tragar mientras sus pequeñas alas se contraían de placer.

Al final, Feyre preguntó:

—Koschei quiere que estemos distraídos mientras luchamos y que nos matemos entre todos. Prythian, Montesere, Rask, Vallahan y cualquier otro territorio que se una a la guerra. Y aprovechará la

distracción para cargarse el hechizo que lo tiene atrapado sin que nadie interfiera.

—En el pasado ya hemos estado muy distraídos —contraargumentó Cassian frotándose la mandíbula—. ¿Por qué no lo hizo durante la guerra contra Hybern? Mejor ocasión no habría encontrado.

—Tal vez necesitaba justo eso —musitó Amren—. Tiempo. La guerra con Hybern habría sido la mejor ocasión, pero, si aún no tenía lo que necesitaba, no habría podido hacer nada. No sé qué estaba esperando, pero ahora ya ha movido hilos e intentará distraernos con este nuevo conflicto. —Se estudió las uñas pintadas de rojo y continuó—: Y, para empeorar las cosas más aún, todo apunta a que los demás son del todo conscientes de cómo les está influyendo; eso si es que no se han aliado directamente con él. Aunque nunca lo reconocerán. Demasiados reinos se negarían a liberar a un rey de la muerte.

—Eso mismo dio a entender el Ama de los Ocultos —coincidió Mor.

—Entonces habrá que demostrarle al resto del mundo que esos tres territorios están colaborando con él —comentó Feyre—. Puede que ni siquiera tengamos que reunir un ejército para enfrentarnos a sus tropas. A lo mejor basta con que ofrezcamos a los demás territorios poderosos algo que demuestre claramente que Vallahan, Rask y Montesere han estado colaborando con Koschei. Y así contaremos con los aliados suficientes como para que los otros decidan no seguir con la invasión.

—Podemos y deberíamos hacerlo —señaló Amren—. Pero no por eso Koschei dejará de intentar escapar de ese lago. Y no podemos permitir que ocurra, bajo ninguna circunstancia.

Az no fue capaz de contenerse y arqueó las cejas.

—Lleva milenios atrapado ahí. Seguramente se haya vuelto loco —explicó Amren.

Ella lo entendía. Se había pasado cientos de años en la Prisión. Pero había conseguido sobrevivir.

Todavía sueña con esa penumbra, empezaron a susurrarle sus sombras. Azriel les envió un silencioso gruñido mental y las mandó

hacia los laterales más lejanos de la sala. Sus sombras sabían que no debían acercarse tanto a Amren.

Esta continuó:

—Bastante amenaza es ya un lord de la muerte cuando está cuerdo. ¿Uno que ha perdido la cabeza? Es imposible imaginar cuánto terror y sufrimiento sembraría por el mundo. Sobre todo como consiga hacerse con un objeto Hecho, que intuyo que es lo que pretende hacer cuando lo encuentren esos territorios. Aparecerá él y lo reclamará a base de manipulaciones y alevosías. Y, cuando Koschei tenga el objeto entre sus garras, ya no habrá vuelta atrás.

Az contuvo las ganas de poner ambos pies en el suelo, echar a andar hacia la puerta y salir volando para empezar su cacería. Cada segundo contaba.

—Pues yo diría que va todo de la mano —intervino Cassian—. Evitar que los territorios se hagan con el objeto Hecho y, por consiguiente, impedir que lo consiga Koschei; sacar esa alianza a la luz para que se entere todo el mundo; crear una coalición de territorios dispuestos a ponerse de nuestra parte, y usar todo ese poder para convencer a Rask, Montesere y Vallahan de que detengan la invasión.

Se hizo el silencio. Uno contemplativo, consensuado.

—O sea que hay que empezar por tener ojos y oídos en todos esos territorios —dijo Feyre señalando a Az con la cabeza y mirándolo de nuevo, como diciendo: «Tenías razón»—. Hemos de descubrir cuál es el objeto Hecho que buscan, quién está detrás de él exactamente e intentar encontrar pruebas definitivas que demuestren que están colaborando con Koschei.

—En Vallahan están destinados a fracasar —opinó Mor—. De los tres, son los más brutos; en comparación con los demás, van unos cuantos siglos atrasados en varios aspectos. Deberíamos enviar a Nuala y a Cerridwen a Rask y Montesere, respectivamente, pero creo que el que más flaqueará será Vallahan.

Az no podía apartar la mirada de ella. Era radiante. Emanaba poder y seguridad. Siempre había sido así y él llevaba queriéndola desde el primer momento en que tuvo el honor de ver a Mor moverse como pez en el agua.

Era el amor de un niño. Un amor ciego. Se había pasado cinco siglos aguardando entre las sombras, anhelándola. Cinco siglos en los que había sido incapaz de ver lo que tenía delante de sus narices. Nunca se permitiría volver a ser igual de estúpido.

—El duque de Bernion no parecía ser incondicionalmente leal a su rey —señaló Feyre, sacando a Az de sus cavilaciones—. Tiene a un ejército de Montesere bastante grande al mando. A lo mejor podríamos convencerlo para que nos revelara algo más acerca de sus planes y de la implicación de Koschei.

—La hermana de Valderic se va a casar con el hijo del rey —explicó Mor—. Puede sacar mucho más provecho de todo si sigue siendo fiel a la familia real que si se une a nosotros.

Az no tenía ni idea de eso. Esa era la clase de información que debería haber recopilado él; el tipo de información que debería haber compartido él, no Mor. Pero a quien habían elegido para que se infiltrase en dichos territorios era a Mor, y no por una cuestión de sigilo, sino por una cuestión de encanto, algo que él nunca tendría. A diferencia de Mor, Rhys o Cassian, que lo tenían cada uno a su manera.

Azriel sabía que él jamás había disfrutado de ese don. Era un monstruo; una simple criatura. Era mejor que se quedara merodeando entre las sombras. Lo suyo era más recopilar información a partir de estratagemas y dolor.

Eso mismo le habían enseñado las sombras. A extraer la verdad con agonía. A saber dónde hurgar y golpear para que los enemigos lo escupieran todo (en ocasiones, literalmente). Le había puesto «El que dice la verdad» a su daga por lo que conseguía sonsacar de sus enemigos con ella. Debería haberla llamado «La daga del Destripador».

Az apartó ese pensamiento y pilló a Feyre mirando al niño que tenía en brazos mientras acariciaba el oscuro pelo de su hijo con su tatuada mano. Le pasó los dedos por las puntas de las alas, en cuyos ápices empezaban a germinar unas garras. No dijo nada acerca de lo que inundaba su mente.

Por respeto hacia su privacidad, Az volvió a pedirles a sus sombras que se mantuvieran al margen.

Las sombras no leían los pensamientos, pero sí podían interpretar olores, expresiones e incluso aquello más discreto. Creaban una imagen a partir de todo eso y luego se lo describían a Az. Y él las entendía a la perfección, incluso cuando no quería.

Por eso, solo les daba una pizca de poder, siempre. Bastante miserable le hacían ya la vida.

Sin apartar la vista de la ventana, Nesta preguntó:

—¿Estamos seguros de que hay territorios que se pondrían de nuestra parte, incluso demostrándoles que esos tres se han aliado con Koschei? —Eran unas palabras crudas, honestas. Y las pronunció como la valquiria en la que se había convertido—. Tenemos que estar seguros. También hemos de tener claro a quién deberíamos darle esta información. Por quién vale la pena arriesgarse.

Nadie respondió. Ni siquiera Rhys.

En todo el tiempo que hacía que se conocían, Azriel había visto en muy pocas ocasiones a su alto lord quedarse sin palabras, sin ideas. Por más poderoso que fuera Rhys, su mejor arma era su afiladísima mente. Aquella capacidad de ponerse a pensar e ir dos pasos por delante, tanto en comparación con sus amigos como con sus adversarios.

Az se había enorgullecido de ser quien lo ayudaba a conseguirlo; de darle la información necesaria a su hermano para que pudiera ir esos dos pasos por delante. Y, durante muchísimo tiempo, Az fue recopilando dicha información por cualquier medio necesario. Costara lo que costase.

Hasta que vio la mueca que hizo Feyre ese día en la celda que había debajo de la Corte de las Pesadillas, con los soldados de la Corte Otoño atados a las sillas que tenían delante. El atisbo de dolor que sintió, el recuerdo que le despertó de la tortura que ella misma había vivido en manos de Amarantha.

Él no era mejor que Amarantha. ¿A cuántas personas había torturado sin pensar en quiénes eran, en quiénes los querían? Había perdido la cuenta.

—No disponemos de demasiado margen para encontrar a estos aliados —advirtió Amren a Rhys con tono sombrío. Cuando clavó los ojos en la corona del alto lord, a la hembra se le suavizó la mirada

como si ella misma supiera lo mucho que pesaba—. Disponemos de poco tiempo para pensar en una estrategia mientras nuestros enemigos buscan el objeto Hecho en cuestión.

—El tiempo nos apremia, sí —terció Feyre—, pero incluso en el caso de que Montesere, Rask y Vallahan desplegaran hoy sus ejércitos y los enviaran a tierras humanas, tendrían que detenerse mucho antes de la frontera de territorios de fae libres que hay más al sur, acampar allí durante el invierno y esperar hasta que llegue la primavera y se descongelen los pasos de las montañas Helbronn. Ni siquiera Koschei puede cambiar las estaciones. Esto nos da algo de margen.

—Todo esto ocurrirá más rápido de lo que piensas —indicó Amren.

Feyre se puso tensa.

Sin embargo, Amren ya había desviado la vista hacia Azriel, y lo miró de tal forma con sus ojos plateados que el macho se quedó helado en su sitio. Las sombras se agitaron al lado de la puerta, como serpientes a punto de atacar. Incluso pareció que se le avivaran los sifones de las manos, como si estuvieran preparándose para la pelea. Le bastó con pensarlo un segundo para que se apagaran de nuevo. He aquí otro poder que detestaba y que solo usaba cuando era necesario.

Sin pestañear siquiera, Amren lo advirtió:

—Ni se te ocurra poner un pie en Vallahan, muchacho.

Azriel respetaba a Amren, pero no iba a permitir que lo intimidara. Enseñando un poco los dientes, respondió:

—Tenemos que rastrear al príncipe antes de que encuentre el objeto Hecho y…

—Voy a regresar —declaró Mor.

Azriel giró la cabeza hacia ella de golpe. Hacia el bello rostro de Mor que durante tantísimos años lo había atormentado; ese que, en su día, protagonizó los sueños que tenía Azriel de un futuro; para él, para los dos…

—Cuando ya haya pasado el Día del Nombre de Nyx, regresaré a Vallahan —le explicó Mor con un tono casi suplicante—. Y haré lo que sea necesario.

—Y una mierda —escupió Cassian, verbalizando la estupefacción y el miedo que Azriel mostraría al expresar la misma respuesta—. Ya saben lo que tenemos en mente.

—Entonces puedo dejarme de sutilezas —contestó Mor acompañando las palabras con un gesto de la mano—. Aún me queda lo que falta de otoño y todo el invierno para controlarlos de cerca y encontrar algo que demuestre que se han aliado con Koschei.

Azriel alternó la vista entre su alto lord y su alta lady.

—No me digáis que os lo estáis planteando en serio.

Tanto Feyre como Rhys mantuvieron una expresión seria, firme. Az tal vez se hubiese opuesto, pero lo entendía. Había visto el respeto que le mostraba el rey de Vallahan a Mor. El mismo que también le mostraban en Montesere. Si iban a considerar escuchar a alguien siquiera… Ese alguien sería Mor.

No obstante, enviarla otra vez allí ahora que sus enemigos tenían claro que el Tesoro se encontraba en esa Corte…

—No se atreverán a tomarme como rehén —le dijo Mor a Az con delicadeza, como si acabase de leerle la mente. O la cara. Az volvió a adoptar una expresión neutral. Antaño se habría arrastrado con tal de oír a Mor hablándole con tanta ternura. Con tanta preocupación —. Objetos Hechos aparte, siguen temiendo demasiado que vayamos a usar el Tesoro contra ellos, por más que eso les diera un motivo para aniquilarnos. —Le dedicó una pesarosa sonrisa a Az—. Confía en mí. Conseguiré lo que necesitamos.

Az ya confiaba en ella. Mor había aprendido a moverse entre nidos de víboras por las malas. Se había pasado años en el lugar ese de mala muerte al que llamaban Corte de las Pesadillas. Y sus cicatrices lo demostraban. Por eso la quiso tanto Azriel: porque sobrevivió y estaba llena de vida pese a haber nacido en un lugar como ese.

Un infierno parecido al otro en el que había nacido él. Al que también había sobrevivido.

Azriel pensó que estaban hechos el uno para el otro: dos personas que habían nacido envueltas por una oscuridad que distaba sobremanera de lo que luego les ofreció Rhys; dos personas cuyos padres las odiaban por haber nacido y unas madres que poco podían

hacer por protegerlas (o, en el caso de Mor, que no tenía intención alguna de hacerlo). Dos personas que poseían unos poderes únicos para conseguir la información, la verdad, quisieran o no.

Pero eso no significó una mierda. Al final, a pesar de que Mor no tuviera la culpa, nada de eso significó absolutamente nada.

Aun así, el hecho de que Mor tuviera que volver a viajar al otro lado de las aguas sola ahora que el riesgo era todavía mayor…

—Yo confío en ti —le dijo Feyre a Mor—. Confiamos todos en ti.

La vergüenza se adueñó de Azriel. No era ningún novato para tener que refrenar y controlar sus emociones.

Pero Mor le dedicó un guiño a su alta lady. Y Azriel lo entendió: Mor no iba a adentrarse en territorio enemigo de nuevo para ir a hablar con un montón de conquistadores bélicos por el mero bien de los humanos. También iba a hacerlo por el bien del niño que había en esa sala, medio embriagado con la leche de su madre, completamente a salvo y feliz. Porque, en el caso de que se declarase una guerra, uno de sus padres o puede que los dos lucharían en ella.

Y como uno de ellos no regresara, el otro tampoco sobreviviría. Gracias al estúpido trato que habían hecho en nombre del amor, esa promesa entre almas: que, si Rhys o Feyre moría, el otro también abandonaría este mundo.

Tras enterarse de esa confesión, Amren se pasó meses buscando la forma de deshacer dicho trato, pero fue en vano. Helion ordenó a sus estudiosos que buscaran la solución en miles de bibliotecas, pero tampoco sirvió de nada.

Raras eran las veces en las que Azriel tacharía a Rhys o a Feyre de necios, pero ser tan imprudentes, estar tan enamorados…

Él nunca había experimentado algo así. En su día, deseó saber cómo era sentirse de esa forma con todo su ser, pero ahora… Ahora ni siquiera sabía si quería llegar a descubrirlo.

—¿Y qué hacemos mientras con el Tesoro? —quiso saber Nesta, que rompió el silencio para verbalizar aquello que nadie se atrevía a preguntar.

Al final, se giró hacia el grupo.

Az no identificó en ella la misma cara que cuando había terminado el Rito de Sangre la última primavera. Ahora su expresión era más hueca, más desolada. Como si en las últimas semanas hubiera vuelto a convertirse en la misma persona que era hacía un año; en aquella que le encontraba poco placer a la vida. Y sus ojos de color gris azulado habían perdido su intensidad habitual.

Fue incapaz de sentirse mal por ella. O por Cassian, incluso, que la miraba con dolor y enfado en los ojos. Nesta había tomado sus propias decisiones. Ahora le tocaba acarrear con las consecuencias.

—El Tesoro seguirá escondido donde está ahora mismo, conmigo —respondió Rhys con firmeza. Feyre asintió—. Es muy probable que nuestros enemigos y Koschei esperen que entremos en pánico y lo llevemos a otra parte. Seguramente estarán observando todos nuestros movimientos con la esperanza de que lo hagamos para así pillarnos enseguida.

Az desvió la vista hacia sus sombras, al lado de la puerta. No le habían dicho nada, al igual que tampoco le habían informado sus espías de carne y hueso; de todos modos, eso no significaba que sus enemigos no tuvieran sus propios métodos de espionaje. Él mismo tenía clarísimo que en Montesere disponían de un arsenal de informantes igual de desmedido que podían desplegar por todo el mundo.

—Deberíais ir a Fomoria —les dijo Amren con firmeza a Rhys y Feyre.

Incluso Az pestañeó sorprendido. Aquel vasto territorio en el noreste del continente llevaba negándose a abrir vías de contacto incluso desde antes de la guerra contra Hybern. Tanto con ellos como, por suerte, con sus enemigos.

Feyre negó con la cabeza y contestó:

—Sin algo que demuestre que los tres territorios se han confederado con Koschei, dudo que nos reciban siquiera. Además, ya hemos intentado ponernos en contacto con ellos. Tres veces.

—Volved a intentarlo —se limitó a contestar Amren—. Es el único territorio que tal vez consiga que Rask se lo piense dos veces. Por no hablar de Montesere y Vallahan. Si Rask se retracta, los otros dos también lo harán.

—A no ser que nos presentemos allí y les aporreemos las puertas —dijo Feyre un poco molesta—, no responderán a ninguna carta ni aceptarán ninguna invitación para reunirse con nosotros.

—Pues presentaos allí —insistió Amren—. Aporreadles las puertas hasta que os abran.

Feyre se cruzó de brazos.

—Sería demasiado agresivo hasta para nosotros. Puede que los irrite lo suficiente como para que se alíen directamente con Rask.

—Por lo que he oído yo —terció Mor—, tampoco son tan vengativos. Aunque sí son irascibles.

—Entonces, haz eso que tan bien se te da —le ordenó Amren a Rhys—. Gánatelos. Engatúsalos.

—Hace nada nos has dicho que no tenemos tiempo —espetó Feyre—, y para esto lo necesitaríamos a raudales. Además, nadie nos garantiza que vaya a funcionar. —Amren abrió la boca para responder; sin embargo, antes de que le diese tiempo a pronunciar palabra alguna, Feyre prosiguió—: Nos vendrá mejor buscar aliados en Prythian que irnos volando a la otra punta del mundo para embaucar a quienes, cada vez que hemos intentado ponernos en contacto con ellos, nos han demostrado que no desean que los molestemos.

—Necesitaréis muchísimo más que aliados en Prythian para enfrentaros a nuestros enemigos —se defendió Amren con la mirada incendiada—. Necesitaréis aliados en el continente. Y no hay mejor apuesta que Fomoria. Deberíais ir. Si podéis, marchaos justo después del Día del Nombre de Nyx.

Feyre no pensaba ceder.

—Ni siquiera sabemos cómo son sus tropas ni cuánto poder tienen. Podríamos estar perdiendo un tiempo muy preciado por nada.

Amren se enfureció y Az hizo de tripas corazón por lo que pudiera decir a continuación.

—No me he inventado que sea una cuestión urgen…

—Lo que sí sabemos —la cortó Feyre, y Az se estremeció— es lo que pueden ofrecernos nuestros aliados de Prythian. Podemos empezar por Tarquin y la Corte Verano. Si conseguimos que vuelva a

unirse a nosotros, enviaremos un fuerte mensaje no solo a las otras cortes de por aquí, sino también a nuestros enemigos.

—Tarquin debería ser la segunda opción, no la primera. Esta amenaza es más grave de lo que te imaginas. Debemos tomar medidas drásticas.

La tensión que se respiraba en el ambiente se volvió casi palpable otra vez. Incluso Rhys se movió un tanto incómodo. Feyre entornó sus ojos grises azulados.

—Creo que un poco sí puedo imaginarme lo grave que es, gracias.

—Yo diría que no —contestó Amren—. Si te lo imaginaras, ya estarías suplicándole a Fomoria de rodillas que te ayudara.

—¿Qué les recomendaste a todos ellos cuando Amarantha apareció por aquí por primera vez? —espetó Feyre señalando al resto con la cabeza.

—¿Qué insinúas? —le preguntó Amren con un tono de voz peligrosamente grave.

Az era consciente de que solo Feyre y Rhys podían enfrentarse así a Amren y salir con vida. De todos modos, esa conversación era terreno pantanoso.

—Justo eso —respondió Feyre con frialdad—. ¿Qué les aconsejaste que hicieran con Amarantha cuando vino a Prythian? ¿Y cómo salió la jugada?

Las sombras de Az susurraron: *Rhys está intentando comunicarse por el vínculo con su pareja desesperadamente para llamarle la atención…*

Amren, que ya era pálida de por sí, acabó de quedarse blanca de la rabia.

—En esa época deberías haber hecho lo que vamos a hacer ahora —añadió Feyre—. Deberías haber encontrado la forma de unir Prythian de inmediato para enfrentaros a ella; tendrías que haberlos convencido de la amenaza que suponía Amarantha en lugar de haber perdido tu tiempo ganándote y embaucando a aliados, como has dicho. Sabías que era malvada y, aun así, preferiste jugar desde las sombras.

Llegados a este punto, ante las desagradables palabras que le estaban saliendo de la boca a su hermana, hasta Nesta se la quedó

mirando boquiabierta.

A Feyre parecía que ya le daba igual.

—Así que primero vamos a hacer todo lo posible por unir Prythian. Y eso nos servirá para mostrarnos más fuertes ante Fomoria cuando decidamos ir a suplicarles. Si es que lo hacemos.

Esa última frase condicional dejó más claro que el agua quién tomaría la decisión de recurrir a Fomoria.

Amren insistió de nuevo en un impresionante intento por olvidar las acusaciones de Feyre:

—Podríais llevar a cabo ambas cosas a la vez. Sería difícil, sí, pero con tal de hacer lo correcto…

—Ya sé qué es lo correcto —la interrumpió Feyre.

Las sombras de Az volvieron a agitarse una y otra vez, y él las obligó a irse.

—No —respondió Amren con un tono igual de venenoso—. El hecho de que me estés llevando la contraria con esto…

—Soy consciente de que no sabes lo que significa que te digan que no —contestó Feyre. Cassian inhaló profundamente. Nadie, ni siquiera Nesta, le había hablado nunca así a Amren—. Pero esta decisión no la tomas tú.

Amren abrió la boca y, para sorpresa de Az, volvió a cerrarla. Sin embargo, seguía con sus plateados ojos incendiados cuando sentenció:

—Lo que desee mi alta lady.

Feyre arrugó la nariz, como si quisiera protestar, pero Rhys carraspeó. Por suerte, Feyre no dijo nada más.

Nesta carraspeó, rompió aquella miserable tensión y manifestó:

—Dejando todo eso de lado… —Era un torpe intento por quitarle hierro a la fea riña que acababan de presenciar, pero por lo menos Nesta estaba dispuesta a ponerse a sí misma en el punto de mira al dirigirse a Feyre y Rhys—: Habéis escondido el Tesoro. Pero ¿qué planeáis hacer con las otras armas Hechas que obran en vuestro poder?

Ya iban cinco. Las espadas Hechas. Tres que había Hecho Nesta en persona. Una espada cuyo poder era más frío que el hielo, una daga igual de irascible que el fuego y que volvía a estar en posesión de

Eris, y la tercera… Ataraxia. La gran espada que podía matar lo que no se podía matar. Todo ese poder y, aun así, Nesta a duras penas había estudiado sus creaciones. Las sombras de Az siempre se habían mostrado medio maravilladas, silenciosas y anhelantes alrededor de la espada. Az había ignorado ese anhelo.

Y luego estaban las otras dos.

Gwydion, o «la Espadastral», como le había llamado Bryce Quinlan. A estas alturas, a Az seguía costándole asimilar que la espada negra que había traído Bryce consigo (y que luego le había regalado a Nesta, nada menos) fuera Gwydion, que acababa de regresar a este mundo tras llevar quince mil años en el de Bryce. Gwydion: la legendaria espada mágica de Fionn, el último alto rey de Prythian. Y luego de Theia, su traicionera reina.

Y, por último, El que dice la verdad: la hermana de Gwydion. Estaba hecha del mismo metal oscuro procedente del mismo meteorito que había caído. Iridio, según había explicado Bryce. Con razón El que dice la verdad había saltado para unirse a Gwydion tras quince mil años separadas. Aun así, a Azriel le dolió que lo traicionara y lo abandonara.

Az no pudo evitar bajar la vista hacia la oscura empuñadura de El que dice la verdad, que parecía absorber toda la luz de la sala.

El dolor de la traición seguía presente incluso después de que Bryce se la hubiese devuelto, de forma milagrosa, tras haberla robado. Amren y Rhys convinieron que lo más sensato sería que Az se quedara el arma, a pesar de que él no quería llevarla encima. Según ellos, la daga lo había acompañado felizmente varios siglos. Y así seguiría. Ahora que Gwydion había regresado a este mundo, ¿quién sabía qué podía hacer la daga? Y más aún si no la tenían supervisada. No podían esconderla otros y tampoco podían dejarla a su aire. La llevaría Azriel en la cadera, igual que había hecho siempre, para tenerla controlada en todo momento.

No tenía interés alguno en tocar el arma. De modo que no lo había hecho. Únicamente lo hacía cuando tenía que pegársela al cuerpo. Az se obligó a olvidarse de su peso.

—Nuestros enemigos no saben nada acerca de la mayoría de las espadas; ni siquiera Koschei —dijo al fin Feyre, que seguía

acariciándole la cabeza a Nyx, si bien en sus ojos todavía se apreciaban algunos atisbos de enfado hacia Amren—. Y esto seguirá así todo lo que podamos. De momento continuará custodiándolas Rhys. No vamos a usarlas.

Amren miró a Rhys largo y tendido, y a Az no le pasó desapercibido. Al igual que tampoco le pasó desapercibido que Rhys, de forma deliberada, no le devolviera el gesto a aquella hembra menuda. Y Az sabía que no era por la discusión con Feyre.

Az había pensado muchas veces en la conversación que mantuvieron el año anterior. Cuando hablaron de esas espadas y de lo que haría Rhys con ellas. De en quién (o en qué) podía convertirse Rhys al tenerlas, si lo que había dicho Amren era cierto: alto rey de todo Prythian. Rhys desestimó esa idea de inmediato.

Los demás asintieron. Nesta volvió a girarse hacia la ventana y se sumió de nuevo en el silencio; una valquiria en plena vigilia.

Poco importaba que las sombras de Az le hubiesen revelado que Nesta llevaba semanas sin asistir a los entrenamientos matutinos de las valquirias. Él mismo había dejado de entrenarla después de que le diera la Máscara a Bryce. Después de eso, ya no quiso volver a verla. Las otras sacerdotisas y Emerie, que habían entrenado con Nesta, no tuvieron nada que ver con las decisiones que tomó esta última, pero Azriel también dejó de entrenarlas a ellas.

Nadie le preguntó a Az por qué había abandonado tal cometido. Ni siquiera Cassian.

—Descansad hoy. Todos. Dejad reposar las preocupaciones y el mal humor —comentó Amren. Cuando miró a Az, este no pudo evitarlo y se irguió enseguida, como si continuara siendo el mismo temeroso crío que fue en su día—. Pero envía a tus semiespectros a Montesere y a Rask. Que vayan a sus puestos. Tú —añadió señalando a Mor con la cabeza y olvidándose de Azriel igual que se olvida uno del rocío del alba cuando sale el sol—, cuando haya pasado la celebración del Día del Nombre, puedes esperar un día o dos. Que no se te noten demasiado las ansias por irte a Vallahan. —Mor asintió, pero Amren ya estaba con la vista puesta en Rhys y evitaba deliberadamente a Feyre, que también se estaba esmerando en no mirar a la otra—. Disfrutad del Día del Nombre de vuestro

hijo. Cuando haya pasado… —Soltó un largo y cargado suspiro y Az se preparó. En cuanto volvió a hablar, ese brillo plateado en sus ojos se había apaciguado—. Cuando haya pasado —repitió—, procederemos con el plan.

No hizo falta que añadiera «que quiere la alta lady».

La derrota y la lástima que transmitía su voz eran aterradoras. Az no había oído hablar así a Amren en toda su vida; ni siquiera durante la guerra contra Hybern.

Y luego estaba el hecho todavía más aterrador de que ni uno de ellos intentó decirle nada.

CAPÍTULO 4

Cassian

—Nesta.

Los demás seguían en el estudio, pero Cassian había visto cómo Nesta se marchaba sin mediar palabra alguna. Y, como el enamoradísimo cabrón que era, la había seguido.

Ella se detuvo cuando ya estaba a medio camino de la gran entrada de la casa. Cassian aprovechó los segundos que tardaba en acortar la distancia que los separaba para observarla de la forma en la que no se había atrevido a hacerlo antes.

Los cueros ilyrios de Nesta le quedaban más anchos que hacía un mes. Tenía el rostro más delgado y la mirada más fría.

No era ninguna sorpresa. La mirada de Nesta llevaba fría desde el día en que Bryce Quinlan regresó a su mundo. Y Cassian sabía por qué. Quien había puesto esa frialdad allí fue él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella a modo de saludo.

—¿No vas a quedarte a comer?

Nesta enarcó una ceja, como si quisiera decir: «¿En serio has venido corriendo detrás de mí para preguntarme esto?». Sin embargo, respondió:

—No tengo hambre. Y no quiero ver cómo se enzarzan Feyre y Amren por segunda vez.

—De acuerdo.

A Cassian, las palabras se le atascaron en la garganta. No tenía ni idea de cómo podía seguir ahí de pie, muriéndose de ganas de

tocarla, hundirle las manos en el cuello e inhalar su aroma, cuando también quería… gritarle.

«¡¿En qué coño estabas pensando?! ¡¿Cómo pudiste ser tan imprudente?! ¡¿Cómo pudiste entregarle la Máscara a una desconocida y ni siquiera avisarnos primero?! ¡¿Eres consciente de lo que podría haber ocurrido?!».

Cassian deseaba confiar en ella de nuevo, pero no podía. Todavía no. Aunque no lo verbalizara, había quedado claro cuando hablaron de dónde guardarían el Tesoro y las armas. Seguirían bajo la custodia de Rhys hasta que Nesta demostrara que era de fiar.

El mero hecho de pensarlo le inquietaba. Al igual que lo hacía el mero hecho de preguntarse si Nesta lo conseguiría algún día.

Esta arqueó las cejas y preguntó:

—¿Algo más?

Cassian tragó saliva y, en lugar de andarse con rodeos, respondió:

—No sé qué hacer contigo.

Nesta apretó los labios. Cassian no debería haber dicho eso.

—No tienes que hacer nada conmigo. Eres mi pareja, no mi guardián. Aunque, por lo visto, Rhys no opine igual.

Cassian apretó tantísimo la mandíbula que le dolía, y los sifones rojos que llevaba en el dorso de ambas manos se activaron.

—No me refería a eso. Haz lo que te dé la puta gana; como si quieres prenderle fuego a todo, si te apetece…

—Como sigas hablándome así, lo haré.

Cassian se pasó ambas manos por el pelo.

—Esto —dijo señalándose a ambos para referirse al vínculo y a la tensión que lo cargaba últimamente— no solo fue cosa mía; que conste. No eres ninguna víctima ni estamos conspirando todos contra ti.

Le centellearon unas llamas plateadas en la mirada. Como de costumbre, eso despertó algo en lo más profundo del alma de Cassian, llamándolo. Los sifones les brillaron todavía más en señal de respuesta.

—Tienes razón. No soy ninguna víctima —respondió ella con los dientes apretados—. Y no creo que estéis «conspirando» contra mí.

Creo que sois una panda de idiotas que están aferrándose a su rencor cuando ahora mismo cosas así son irrelevantes.

Cassian pestañeó.

Nesta le sonrió de forma condescendiente, lo cual lo hizo enfadar más.

—No te canses demasiado intentando pensar una respuesta ingeniosa —añadió ella con la voz llena de veneno antes de dar media vuelta.

Él alzó un brazo para detenerla, pero se contuvo. ¿De qué le serviría? No podían hablarlo ahí, en medio del pasillo; seguro que los otros tenían las orejas pegadas a la puerta. Además, primero debía ordenar sus pensamientos. Tenía que saber qué cojones quería y qué le iba a decir. Eran pareja. Tenían que intentar, por lo menos, hablar las cosas; se lo debían el uno a la otra. Por más que acabasen matándose mutuamente en el proceso.

De modo que Cassian dejó que se marchara, que siguiera caminando pasillo abajo y saliera por la puerta principal.

Nesta no se giró para mirarlo. Ni una sola vez.

Nesta

Jadeando, Nesta se quedó mirando las olas de aquel océano grisáceo que chocaban contra los altos y pálidos acantilados en los que se hallaba. A excepción del océano y la tormenta que lo azotaba, no se veía nada en el horizonte. Pero allí, al norte y a varios kilómetros de la costa, muy a lo lejos… estaba la Prisión.

El gélido aire le soltó la trenza en la que se había recogido el pelo. Y, a pesar de llevar los cueros ilyrios más abrigados que tenía, el entumecimiento que se adueñó de su cuerpo ocultó el sudor que le resbalaba por la cara y el cuello. Se había transportado hasta la costa. Nunca había llegado tan lejos.

Sin embargo, realizar ese último salto, saltar de esos acantilados hacia la roca estéril y envuelta de niebla que era la Prisión… Dudó.

Nesta cerró los puños a los costados para calentarse un poco los dedos.

Nunca había querido transportarse. No obstante, después de haberse pasado días recorriendo las cuevas y los túneles que había bajo la Prisión con Azriel y Bryce Quinlan, algo había cambiado. Bryce se había transportado con cierta torpeza; era evidente que todavía estaba aprendiendo. Y fue descubrir a Bryce mejorando esa habilidad, de forma imperfecta pero con perseverancia, lo que despertó cierta curiosidad en Nesta. Cierto deseo. Ver a Bryce prendió en ella una llama inextinguible. Lo que en su día había sido una singularidad más del mundo fae se convirtió en un objetivo; quería esmerarse por llegar a la cima de esa montaña. Si Bryce podía hacerlo, Nesta sabía que ella también.

Pero no le había hablado a nadie acerca de ello. No era asunto de nadie.

Notó que le picaba la nariz y se la frotó con el dorso de la mano. El aire empezó a oler a cobre. Le sangraba la nariz.

Nadie esperaría verla en casa hasta la cena. Después de esa conversación en el pasillo, seguro que Cassian no la buscaría. Nesta había tenido la última palabra y, aun así, al marcharse y ver que Cassian no volvía a llamarla, algo había muerto en ella. No debería haberse sorprendido, y menos después de tantas semanas, pero no conseguía aliviar el vacío que sentía en el corazón.

Así que había salido en busca de espacio. De aire.

Además, algo tenía que hacer después de que Amren hubiese hablado con tanta suavidad. Seguramente era una de las cosas más aterradoras que había oído saliendo de la boca de la hembra. Peor incluso que el desacuerdo más bien poco agradable que habían tenido Amren y Feyre unos minutos antes. Al final, Amren había hablado con semejante tono de voz que Nesta se preguntó si esa hembra menuda sabría algo de lo que ella no tenía ni la más remota idea. Al igual que encontrar el objeto Hecho, puede que conseguir aliados, ya fuera en Prythian o al otro lado del océano, sí resultase ser una hazaña imposible.

De modo que Nesta se fue allí. Sola.

Intentó transportarse por primera vez hacía dos semanas. No resultó fácil, y el agotamiento llegó con tanta rapidez que se quedó aturdida; aun así, seguía intentándolo durante las tranquilas horas de la tarde en las que todo el mundo estaba ocupado y se olvidaba gratamente de su existencia.

Se quedó mirando el turbulento mar y pestañeó para deshacerse del escozor que le provocaban las gotas saladas en los ojos.

Si el reciente revuelo de Koschei había hecho que despertaran otros objetos Hechos o con magia malvada y que seguramente estuviesen relacionados con la Muerte misma…, deberían empezar buscando en la Prisión. A fin de cuentas, ahí era donde estaba el Arpa, que pasó desapercibida durante milenios. ¿Qué más había allí?

Nesta sabía que podría haberle insistido a la Corte Noche que la llevara a la Prisión, pero eso habría suscitado preguntas y no conseguía imaginarse pidiéndoles ayuda si había una posibilidad de salir de ese lugar con las manos vacías. Tenía que intentarlo. Se lo debía a Feyre.

Feyre había sido la única que la había defendido después de que Nesta decidiera dejarle la Máscara a Bryce. Ni siquiera Cassian la había apoyado. Pero Feyre no la miraba con los ojos llenos de decepción, rabia o miedo. Eran unos ojos llenos de comprensión.

«Yo habría hecho lo mismo», le había dicho por aquel entonces su hermana.

Con eso, consiguió que los demás cedieran. No lo suficiente como para que fueran simpáticos con ella esas últimas semanas, pero por lo menos Rhys no la había matado. Y no la mataría. No después de la breve estancia de Ember y Randall y de la charla maternal que Ember había mantenido con el alto lord al respecto.

A Nesta le vinieron los bonitos rasgos mortales de Ember a la mente y se le encogió el pecho. Nunca volvería a ver a esa mujer humana, pero no olvidaría sus palabras. Jamás. «Encontrarás tu camino». Como tampoco olvidaría las de su hija, Bryce, cuando le dijo: «Creo que tenías esa estrella de ocho puntas tatuada por algún motivo». Esas fueron las últimas palabras que le dedicó a Nesta antes de desaparecer y regresar a su mundo.

Volvió a pasarse la mano por su ensangrentada nariz y se miró el dorso, húmedo y rojo. Ya hacía tiempo que le había desaparecido el tatuaje de la estrella de ocho puntas. Aunque ella habría jurado que, en ocasiones, notaba una especie de cosquilleo que le recorría la espalda.

«Tatuada por algún motivo».

«Por algún motivo».

«Algún motivo».

Nesta cerró los ojos y bajó la mano, manchada de sangre. Se imaginó la Prisión: aquella isla rocosa cubierta de musgo y con aquella gigantesca montaña que se alzaba en el centro como si fuese la columna vertebral de una bestia enorme que se elevaba desde las profundidades del océano.

¿Podría pasar, siquiera, con las protecciones de los portones de hueso?

Solo había una forma de saberlo. Nesta hurgó en su poder hasta encontrar un fuego plateado que se agitaba cual vorágine. No se asemejaba en nada a lo que fue en su día, pero seguía siendo potente. Todavía le generaba rechazo pensar en él.

Lo reunió, dejó que creciera. Esquirlas de rocas temblaron debajo de sus botas. Aquella llama plateada le avivó el cuerpo, la mente. Cálida, tórrida.

A la Prisión. A su puerta. A lo que necesitamos.

Le dolía el cuerpo. «Basta», parecía que le suplicara. «Basta». La primera advertencia había sido que le sangrara la nariz. Pero se recuperaría. Eso esperaba.

Empezó a levantársele el pelo. Reunió unas cuantas briznas plateadas más para seguir aunando poder y saltar hacia el otro lado, pasados los interminables kilómetros de aquel borrascoso océano. Como calculara mal la distancia, como se quedara sin poder… No tendría dónde detenerse. Ni siquiera un pedazo de roca al que aferrarse.

«Más. Solo un poquito más…».

A la base de la Prisión, le ordenó a su magia. Era el punto más cercano al que se podía acceder mediante ella. Las protecciones de la montaña no permitían que nadie se transportara más adentro.

La siguiente salpicadura de agua procedente de las descomunales olas que había más abajo se disolvió entre la niebla antes de que pudiera llegar a Nesta.

Descubrir cómo transportarse no había sido tan complicado. Lo difícil había sido calcular e invocar la cantidad de poder necesario para que pudiese llegar a donde quisiera. En este caso, no tenía ni la más mínima idea de cuál era la distancia exacta que debía saltar, más allá de lo que había visto en el mapa que había estudiado por la mañana mientras esperaba a que Feyre, Rhys y Mor regresaran de Storr.

Algún motivo.

Nesta se clavó los dedos en las palmas de las manos. Dio una última bocanada de aire y se transportó. Oscuridad, viento y presión la envolvieron y ella fue girando hasta que…

Unas olas inmensas y gélidas se estamparon contra su cuerpo. Eran tan frías que se quedó sin aliento. Sus botas se volvieron tan pesadas que la arrastraron hacia abajo sin cesar.

En un acto reflejo, empezó a mover las extremidades, a dar patadas y a impulsarse para salir a la superficie. Era todo tan oscuro y frío… Volvía a estar en el Caldero.

Se había transportado en medio de ese agitado mar. Tenía el cuerpo rígido y la superficie estaba tan lejos, tantísimo, que, por más que lo intentara, no llegaría nun…

No. No dejaría que el pánico se adueñara de ella hasta ahogarla igual que estaba intentando hacer el océano. Cerró los ojos un solo segundo. Una pausa lo suficientemente breve como para sosegarse. Para estudiar lo que la rodeaba. La técnica Serenar la Mente, pero sin los ejercicios de respiración, por supuesto.

Vio dónde estaba la superficie. Podía conseguirlo. Si se mantenía tranquila, calmada, lo lograría.

Nesta puso toda su atención en las piernas. En los brazos. En el aire que difícilmente podía seguir aguantando mientras pataleaba para darse impulso y subir más y más y más…

El aire al salir a la superficie fue aún peor. Unas gotas muy cortantes le azotaron las mejillas, el viento aullaba tanto que ni

siquiera se oyó cómo cogía una bocanada de aire, y una ola le golpeó la cabeza y volvió a sumergirla en el agua.

Se impulsó de nuevo con las piernas para volver a salir a la superficie; necesitaba coger aire con desesperación. A su alrededor no había más que unas agrestes olas y viento y unas salpicaduras cegadoras; nada de tierra o de algo que pudiera socorrerla a la vista.

Se formó otra ola, más grande todavía, y volvió a hundirla en aquel gélido silencio. El impacto fue tan fuerte que cualquier serenidad y calma que hubiese podido sentir desapareció de golpe. Al igual que todo el aire que tuviera en los pulmones.

Aire. Necesitaba aire.

En esta ocasión, tuvo que hacer tal esfuerzo para salir a la superficie que le ardieron todos los músculos del cuerpo. Y esas llamas plateadas que habitaban en ella… se apagaron. Se había quedado sin poder. Ya no tenía nada.

Ni aire. Ni magia. Ni fuerza. No conseguiría sobrevivir el tiempo suficiente ahí fuera como para ir recuperando el poder poco a poco. Se iba a ahogar.

La siguiente ola la azotó con tantísima fuerza en la cabeza que volvió a caer por esas silenciosas profundidades. El impacto le reverberó por todos los huesos. Nesta habría jurado que oyó el eco en el silencio del agua.

Se contorsionó en un intento por encontrar la forma de volver a subir a la superficie, por recuperar ese estado de calma mental. Sin embargo, la fuerza que la estaba arrastrando hacia las profundidades era sumamente fuerte y la superficie le quedaba cada vez más y más lejos.

Vio algo debajo. Algo brillante. No era la Máscara. No era el Arpa ni la Corona. Pero, en cierto modo, se les parecía.

Era un objeto, si es que podía decirse que era solo uno. Se trataba de dos piezas que, juntas, creaban una sola. Dos objetos gemelos, unidos espiritualmente, que juntos se convertían en algo afilado y uniforme.

Estaba allí, brillando en el fondo del océano, y de pronto desapareció, como si se lo hubiesen llevado unas oscuras manos. Parecía que ese objeto la estuviese llamando, que quisiera atraerla…

A Nesta le ardían los pulmones. La superficie le quedaba demasiado lejos. Tenía que coger aire, tenía que respirar.

Búscame.

¿Estaba a punto de morir y tenía alucinaciones? ¿O eso que acababa de ver la estaba llamando de verdad? No lo sabía.

Búscame. Búscame. Búscame.

La presión que notaba Nesta en el pecho era insoportable. La apremiante necesidad que sentía de coger aire, por más que eso mismo fuera a matarla. No podía contenerse…

Abrió la boca y se le llenó de agua. Algo fuerte como un pedrusco se le estampó contra el costado. Y, de pronto, se vio rodeada por una fuerte luz, calidez y aire, aire y más aire.

—¿En qué… —jadeó una voz masculina a su lado— estabas… —otro jadeo— pensando?

Nesta inhaló de nuevo. Nunca nada le había sabido tan maravillosamente bien. Le escocían los ojos, no tenía claro si a causa de las lágrimas o del agua salada, pero le dio igual. Levantó la cabeza (estaba en una alfombra, en una habitación) y vio que Rhys la miraba boquiabierto. Estaba chorreando. Tenía la ropa empapada. Estaba completamente anonadado. Y nunca lo había visto con los ojos tan abiertos.

Cuando Nesta vomitó agua marina sobre la alfombra tejida que los separaba, la expresión del alto lord no mejoró.

CAPÍTULO 5

Azriel

—¿Te marchas un mes o un año? —quiso saber Cassian, apoltronado en el borde de la colmada cama de Mor.

Azriel, que estaba al lado de la ventana y con la vista puesta en la entrada de la casa del río, no se rio. Estaba ahí, en la habitación de Mor, que tanto olía a ella… El corazón le pesaba sobremanera.

—Vallahan y Montesere —comentó Mor con una zalamera sonrisa desde detrás del montón de vestidos que había cogido del armario y estaba llevando hacia la cama— tienen climas muy pero que muy distintos, y un código de vestimenta muy dispar para comidas y reuniones.

Mor dejó el último montón de ropa en la cama y estudió la montaña de prendas que había formado.

—¿No vas a ir poniéndote variantes de esa indumentaria roja? —preguntó Cassian a la vez que cogía un vestido azul claro con la punta de los dedos—. Dudo que vayas a necesitar esto.

Az no pudo evitar sonreír un poco.

—Opino igual —musitó.

—Me gusta tener opciones —argumentó Mor arrancándole el vestido a Cassian de las manos—. No lo arrugues.

—Pero si tú ya lo has dejado hecho un gurruño —espetó el otro.

—Bueno, pues déjalo.

Esos dos siempre se habían comportado así. Discutían como hermanos y nunca dejaban de provocarse entre sí. En su día, eso era como un ruido de fondo continuo y reconfortante para Az, y

parecía que les gustaba incluso a sus sombras. No obstante, últimamente habían cambiado muchas cosas. Demasiadas, quizá.

Az se encontró diciendo:

—Pensaba que solo ibas a Vallahan. Yo voy a enviar a Nuala a Rask. Y a Cerridwen a Montesere.

—Pretendo quedarme solo en Vallahan —aclaró Mor doblando los vestidos con sumo cuidado—. Pero intento estar preparada por si ocurre algo y he de ir a Montesere. Y no quiero tener que perder tiempo volviendo aquí para cambiar toda la ropa.

Tenía sentido. Pero que Mor se marchase cargando con todo eso, por más buena que fuera y por más impresionante que fuese su poder…

—¿Cuántas capas de piel necesitas? —la interrogó Cassian.

Eso volvió a llamar la atención de Azriel. Desvió la vista hacia su amigo, que ahora estaba cogiendo una estola de armiño como si de una serpiente muerta se tratara.

Mor chasqueó la lengua.

—Cassian, si piensas cuestionar todo lo que voy a meter en el baúl, puedes marcharte.

—En los baúles —la corrigió Cassian marcando bien esa última palabra y señalando las cinco cajas de cuero gigantescas que había abiertas al lado de la puerta—. Ni Rhys se lleva tanta ropa.

—Uy, ya te digo yo que sí —trinó Mor doblando meticulosamente esa montaña de prendas—. Lo que pasa es que lo esconde todo en uno de sus bolsillitos entre reinos para que vosotros dos no os burléis de él.

Cassian rio por lo bajo, pero Azriel desvió la vista por la ventana. No estaba de humor para hablar de Rhys, para reírse de él. No ahora que Mor estaba preparándose para ese viaje. Mor no debería irse. Con bastantes funciones diplomáticas había cumplido ella ya.

El que debería ir a Montesere era él. A Rhys le habría bastado con pronunciar una palabra y listo.

Incluso se había planteado ir a Vallahan él mismo, pero no sintió que tuviera las fuerzas suficientes como para desobedecer sus órdenes. Por más que lo irritara no saber qué estaba ocurriendo. Era como si tuviese unas garras rasgándole la espalda.

—No me pasará nada, Az —le dijo Mor.

En aquel instante Azriel se dio cuenta de que Mor lo estaba mirando. Estaba leyéndole todas las expresiones del rostro, quisiera él o no. A Mor siempre se le había dado bien aquello.

Az carraspeó y contestó:

—Podría acompañarte. Y permanecer escondido.

Sus sombras, que estaban al lado de la puerta, se agitaron en señal de respuesta. *Sí*, respondieron al unísono. *Deja que hagamos nosotras el trabajo.*

—Si te descubriesen, los lazos que he estrechado se romperían —señaló Mor con firmeza mientras dejaba otro de sus vestidos pulcramente doblado en ese montón de ropa que no hacía más que crecer—. Quédate aquí, Az. Ayuda al resto a encontrar una estrategia que sirva de alternativa por si fracaso. —Miró a Cassian con sarcasmo y añadió—: Necesitarán tanta ayuda como sea posible.

Az no sonrió. Ni siquiera cuando Cassian le hizo la peineta a Mor y preguntó:

—¿Me recuerdas por qué voy a echarte de menos?

Ella procedió a meter la ropa ya doblada en el primer baúl. Se movía con una gracia sinuosa; con la certeza de una guerrera, sí, pero con esa especie de belleza y elegancia etéreas que conseguían que Az siguiera deteniéndose para admirarla.

No lo había deseado a él. Nunca. Se trataba de la elección de Mor, de su corazón. Az lo sabía y lo había aceptado. Aun así, se pasó muchísimo tiempo esperando a que Mor le confirmara que todos los siglos que habían compartido, todo aquello por lo que habían pasado, no había sido en vano. Él había mantenido avivado ese fuego durante quinientos años.

Y, ahora, no era más que cenizas en sus quemadas manos.

Hasta sus sombras sabían que era mejor que no le dijeran nada sobre cómo se sentía Mor en ese momento. Bastante habían hecho ya con ella.

Puesto que Mor empezó a discutir de nuevo con Cassian, Az saltó:

—Cass, llegaremos tarde a la reunión con Devlon.

Normalmente, eso no le habría importado una mierda y habría estado encantado de hacer que Devlon esperase durante horas, pero tenía que largarse de allí.

Cassian gruñó disgustado y respondió:

—Cierto.

Mor frunció el ceño.

—¿Os vais al Refugio del Viento?

Lo preguntó con el mismo desánimo que había sentido él cuando Rhys se lo ordenó. Cuando les indicó que dejaran de ir en contra de sus enemigos y se fueran al Refugio del Viento…, sus instintos rechazaron la idea.

—Será una reunión rápida —la tranquilizó Cassian mientras se ponía de pie—. Vamos a ampliar las rutas de patrullaje. Es una tontería, pero hay que hacerlo. Az va para alegrarles la vista, por supuesto.

Las sombras de Az susurraron: *Le complace tener una excusa para hacer algo, para no ponerse a pensar en su pareja.*

Az las silenció a la vez que Mor le sonreía y le preguntaba:

—¿Has informado a Cassian de la verdadera hora de la reunión o le has mentido?

—No empecemos otra vez con eso, por favor —refunfuñó Cassian tirando la estola en el baúl—. Pensaba que habíamos dejado ya el tema hace un siglo o dos.

Fue un experimento que llevaron a cabo Azriel y Rhys hacía tiempo porque ya estaban hartos de que Cassian y Mor llegasen siempre tarde. Az empezó a decirles que las reuniones y los acontecimientos eran a otra hora: treinta minutos antes de la oficial.

Y, durante un magnífico mes, ni Mor ni Cassian se dieron cuenta en ningún momento de que también habían avanzado todos los relojes, tanto los de sus habitaciones como los de las residencias. Y ninguno de los dos llegó tarde en ese período.

Azriel supo que Cassian se había percatado de este discreto cambio cuando su hermano olvidó los pedazos de un reloj de péndulo de doscientos años de antigüedad debajo de sus mantas. Mor se limitó a tirarle un reloj de chimenea a Azriel a la cabeza a la mañana siguiente. Tras presentarse veinte minutos antes.

—Todos los relojes van a la hora exacta —les aseguró Azriel ahora echando a andar hacia el pasillo. Más valía que se quitaran esa absurda visita de encima. Sus sombras lo siguieron y se amontonaron alrededor de sus hombros, imitando la capa de un fantasma—. Pero hoy se prevén malas rachas de viento para ir hacia allí. Deberíamos protegernos.

Al oírlo, ninguno de los dos pestañeó. Ya estaban acostumbrados a que Azriel supiera esas cosas; no porque hubiese recibido ninguna clase de informe, sino porque se lo susurraban sus sombras cuando se despertaba. *Hay fuertes ráfagas provenientes de los picos del este que están abriéndose paso peligrosamente entre los valles*, le habían murmurado aquella mañana.

A lo mejor tenía suerte y el viento le arrancaba las sombras de un tirón de una vez por todas.

—Id con cuidado —los aconsejó Mor.

Cassian le hizo un gesto con la mano, pero Az ni siquiera se molestó en responder mientras caminaba hacia la escalera dejando que los sifones de sus extremidades superiores se iluminaran con un azul glacial.

Id con cuidado.

Ahora que a su corazón ya no le importaba nada, resultaba difícil ir con cuidado.

Feyre

—¿Me recuerdas por qué era una buena idea celebrar el Día del Nombre? —le pregunté a Elain mientras me adentraba en el salón.

A estas alturas, la mitad del espacio servía para guardar regalos.

Mi hermana, que estaba delante del montón de obsequios que se acumulaban al final de la sala y que no paraba de crecer, se limitó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Porque forma parte de la cultura fae y, ahora, tú también eres fae.

Hice una mueca al contemplar la verdadera montaña que tenía delante.

—Estos regalos me recuerdan muchísimo a los… tributos.

En efecto: había regalos de casi cualquier parte de Prythian. Puede que el que más cerca me quedaba (un caballito de madera negro como la noche y que se parecía a Meallan, el apreciado caballo volador de Helion) fuera el más moderado de todos. La magia se amontonaba alrededor de esa pila de obsequios; casi con toda seguridad provendría de los que estaban divinamente encantados. Yo seguía pidiéndole a Amren que los revisara cada vez que llegaba uno.

Y, después de esa charla en Storr donde se mencionaron regalos del Día del Nombre embrujados, tenía previsto comentarle a Amren que volviese a revisarlos todos antes de celebrar la fiesta. Claramente, el Ama de los Ocultos y la reina de Vallahan habían querido arrebatarme la alegría y sumarle miedo a lo que debería haber sido un momento radiante y tranquilo. Lo habían conseguido.

Sin embargo, teniendo en cuenta mi discusión con Amren, le había pedido a Rhys que los revisara él mismo. Me apetecía más bien poco hablar con Amren y estaba convencida de que ella tampoco tenía ganas de hablar conmigo ni mucho menos de ayudarme con nada, aunque fuera por el bien de Nyx. Me había molestado que me hablara de esa forma, que decidiera que esto solo se podía gestionar de una única manera: la suya. No tenía nada que ver con que yo fuera alta lady; al enfrentarme a ella, no lo había hecho pensando ni en mi título ni en la corona que tenía al lado.

Y sí, puede que plantearle esa pregunta sobre lo que les aconsejó cuando apareció por aquí Amarantha hacía décadas fuera un golpe bajo por mi parte, pero Amren también se equivocaba. No solía ocurrir a menudo, pero ya se había equivocado en el pasado. Confiaba en ella y respetaba su sabiduría; sin embargo, que se enfadara porque no fuéramos a acatar ciegamente… Me había irritado. Y seguía irritada, por más que intentara inhalar hondo para deshacerme un poco de esa emoción mientras examinaba los regalos.

Al menos, los había que no hacía falta que revisara nadie. Puede que ese fuera mi montón favorito: aquella variedad de tarjetas pintadas. Todas eran de niños que asistían a las clases de dibujo que impartía yo y para las cuales seguía reservándome seis horas a la semana. Y todas ellas decían, de una forma u otra: «¡Felicidades! ¡Bienvenido, Nyx!».

A los niños les encantaba que llevara a Nyx a las clases. Disfrutaban enseñándole los dibujos que hacían y le hablaban como si él fuera a entender todos los trazos y matices.

Verlos así de orgullosos, lejos de los niños vergonzosos y asustadizos que fueron al terminar la guerra, hacía que seguir llevando a cabo esa tarea adicional que tal vez debería haber abandonado valiera muchísimo la pena. Y en ese instante, al fijarme en las tarjetas que habían hecho bajo la tutela de Ressina, mi amiga y socia comercial, se me avivó una brillante brizna de alegría en el pecho; una que nada podría apagar. Sabía que atesoraría esas tarjetas más que cualquier regalo caro y mágico que pudieran ofrecernos.

—Sois el alto lord y la alta lady de la Corte Noche —me recordó Elain mientras se daba la vuelta tras haber estado ordenando un poco los regalos—. Es normal que las otras cortes y las personas influyentes quisieran enviaros todo esto. Para seguir estando en buenos términos con vosotros.

Arrugué la frente.

—No me gusta que consideren el Día del Nombre de mi hijo como una oportunidad para sacarle provecho político en lugar de un festejo para celebrar su vida.

Elain asintió para darme la razón, pero desvió la vista hacia mí y preguntó:

—Por cierto, ¿dónde está?

—Durmiendo la siesta —respondí con una sonrisa—. Ha tomado tantísima leche durante la reunión de antes que creo que podría dormir hasta el año que viene.

Elain esbozó una discreta sonrisa.

—¿Qué reunión? —quiso saber.

«Bueno, una en la que he tenido una discusión más bien fea con Amren». En lugar de decir eso, le resté importancia al asunto con un gesto de la mano y contesté:

—Una sobre el calvario de hoy en Storr.

—Ya…

Al darme cuenta de mi error, le expliqué:

—Debería haberte invitado. Lo siento. Es que he pensado que estarías ocupada planeando la fiesta…

Elain parecía tan feliz de organizar los preparativos para la celebración del Día del Nombre de Nyx que ni siquiera pensé en preguntarle si quería venir para enterarse de lo ocurrido, y menos cuando íbamos a hablar de algo tan mísero. Aunque me alegraba que Elain no hubiese estado ahí para presenciar mi riña con Amren.

Mi hermana se apresuró a negar con la cabeza, pero ahora ya tenía una expresión más seria.

—Ya estás muy ocupada como para tener que acordarte de a qué hermana invitas a tus reuniones.

En verdad, tampoco había invitado a Nesta. Simplemente se había convertido en una más del grupo y, por lo general, iba pasándole la misma información que les daba a Mor o a Cassian. Por más que los acontecimientos recientes hubiesen afectado a la fácil comunicación y la acogida que solía haber entre nosotros.

Pero Elain… Me tragué la sensación de culpa.

—Si quieres, puedo ponerte al día —le dije—. Aunque es más bien desalentador. Creemos que Rask, Montesere y Vallahan quieren hacerse con un objeto Hecho y es probable que sea porque Koschei los está presionando o manipulando. Tenemos que encontrarlo nosotros primero. Mor regresará a Vallahan después de la fiesta para ver qué puede descubrir, pero… —Suspiré—. ¿Quién sabe?

Elain ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Quieres que intente… verlo?

—No. —Suspiré de nuevo—. Te lo agradezco, pero no. Nesta ha intentado recurrir a la clarividencia antes de la reunión, aunque no ha encontrado nada. He pensado que, como la Hicieron, los poderes que estén escondiendo al objeto igual no se resistirían a ella porque,

por lo visto, no existen hechizos capaces de controlarla, pero no ha servido de nada.

Me ahorré añadir lo evidente: si Nesta no podía encontrarlo, Elain, fuera o no vidente, seguramente tampoco podría. El poder de Nesta siempre había sido más fuerte.

—De acuerdo —respondió ella en voz baja, regresando hacia el montón de regalos—. Tardaréis un mes en abrir todo esto, por cierto.

Dejé que mi hermana cambiara de tema y le seguí la corriente.

—Más tardaremos en escribir las cartas de agradecimiento.

—A lo mejor existe algún hechizo para que se escriban solas.

—Si alguien lo ha inventado, pienso darle un beso en la boca.

Elain rio. Y ahí caí en que últimamente casi no había oído ese sonido. ¿Cuándo fue la última vez que la oí reír o la última vez que vi que se le iluminaban tanto esos ojos marrones? No me acordaba. Y sentí otra punzada de dolor.

Pasado el Día del Nombre, a lo mejor haría un aparte con Elain para que charláramos solo las dos. El año anterior comentó que había sufrido un trauma por culpa del Caldero y mencionó lo mucho que le dolió que solo nos centráramos en cómo nos había afectado su trauma a nosotros en lugar de focalizarnos, para empezar, en lo que le había hecho a ella. Nunca le había vuelto a preguntar al respecto.

Era una pésima hermana.

Pero ahora no era el momento para hablar de eso. De modo que le pregunté:

—¿Está todo listo para la fiesta?

—Sí —contestó ella, y se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja puntiaguda—. Las acólitas de la alta sacerdotisa de Velaris están siguiendo mis instrucciones para preparar el templo de la ciudad; sé que querrán celebrar su propia ceremonia antes, así que lo más difícil ha sido encontrar el equilibrio entre lo que requiere su ritual y las decoraciones que hemos añadido, pero ya lo hemos resuelto. Y aquí ya debería estar todo en orden para el refrigerio de después.

—Gracias. No solo por organizar todo esto, sino por quitárnoslo de encima a Rhys y a mí. Le encanta organizar fiestas, pero creo que esto lo habría superado.

Elain se llevó una mano al pecho.

—Es un honor y un placer hacerlo por Nyx —respondió.

—¿Y lo mucho que quiere a su tía Elain? —afirmé.

A pesar de que Nyx tuviera una niñera (Ana) que lo cuidaba durante las horas en las que Rhys y yo no podíamos, Elain solía estar encantada de pasar tiempo con él. Paseaba a Nyx por los jardines, le leía libros y se encargaba de la única tarea para la que yo no tenía estómago: cambiarle los pañales de muselina sucios.

A mi hermana se le suavizó la mirada en esos ojos de cervatillo marrones.

—Su tía Elain también lo quiere mucho a él.

Por un segundo, habría jurado que detecté una pizca de anhelo. O de dolor.

Pero tenía que irme deprisa si quería llegar a otra reunión con el dueño del Palacio de Hilo y Joyas para hablar de las reparaciones que había que acometer en el pórtico sur, que buena falta hacían. Deberían haberse llevado a cabo hacía más de trescientos años. Y, por más que me importara el bienestar de mi hermana… Yo era la alta lady de esta corte. La gente dependía de mí.

De modo que respondí:

—Gracias otra vez. ¿Nos vemos a la hora de la cena?

—Puede que llegue tarde —me advirtió Elain—. Acaban de traer los sacos de arpillera para el jardín y me gustaría colocarla en todas las topiarias y en todos los parterres posibles antes de que empiece a hacer demasiado frío.

Noté que se me aliviaba un poco la presión que sentía en el pecho. Bien. Al menos, Elain estaría entretenida con eso. Así tendría algo más que hacer aparte de ordenar todos esos regalos.

Asentí con la cabeza a modo de despedida, me transporté al jardín delantero, crucé las protecciones a pie y volví a transportarme al corazón de la ciudad propiamente dicho.



En efecto, fue uno de esos días en los que, al parecer, no tuve ni un segundo para respirar. Cuando me tumbé en la cama al lado de Rhys, mi pareja tenía a nuestro hijo sentado entre varios cojines. Al verme, Nyx batió sus pequeñas alas (o, mejor dicho, una de ellas, pues tanto su cuerpo como su mente seguían intentando descubrir cómo coordinarlas). Esbozó una sonrisa gingival en su redonda carita y yo no pude sino imitar el gesto.

—Hola, cielito —le dije haciéndole cosquillas en la tripa—. ¿Qué haces aquí tan tarde?

Rhys, que tenía un montón de documentos en el regazo, respondió sin levantar la vista:

—No quería dormirse.

Tarareé una canción mientras acariciaba el suavísimo pelo de Nyx.

—¿Él no quería dormir o tú no querías ser el malo del cuento?

Rhys giró una hoja de papel para leer lo que ponía detrás y contestó:

—El mundo entero cree que soy un monstruo. No hace falta que mi hijo también lo crea.

Chasqueé la lengua.

—No podías resistirte a esta carita, ¿a que no?

Rhys suspiró.

—No. Entre la cara y las alas, no hay quien se resista.

Nyx sonrió a Rhys como si entendiera perfectamente lo que estaba diciendo su padre y también el efecto que tenía esa carita con hoyuelos en el macho más poderoso del mundo.

—Venga —respondí, y gruñí al coger a Nyx en brazos—. Vamos a dormir.

Nyx balbuceó alegremente en mi oreja. Mientras rodeaba la cama y me dirigía a la puerta que daba al cuarto de Nyx, pillé a Rhys mirándonos y pregunté:

—¿Qué?

Las estrellas le centellearon en los ojos.

—Me faltan palabras para expresar lo mucho que te amo —dijo con la voz rasposa. Señaló a nuestro hijo con la cabeza y añadió—: Lo mucho que lo amo.

—Te ofreces voluntario para cambiarle los pañales cuando evacúa que da gusto —señalé—. Ya solo con eso sé lo mucho que lo quieres; a él y a mí.

—Jamás pensé que sería padre. —Se levantó de la cama y echó a andar hacia Nyx y hacia mí. Le acarició la rosada mejilla a nuestro hijo con un nudillo y este levantó uno de sus rechonchetes dedos para apretar el de Rhys. Este esbozó una sonrisa tan tierna que se me derritió el corazón—. Jamás pensé que sería la pareja de alguien.

—Lo sé. —Estudié su hermoso rostro, que se le ensombreció un segundo—. Pero no hay mejor padre en esta corte. En estas tierras. —«O en todo el mundo, seguramente»—. Ni tampoco mejor pareja.

—Desde que eres madre, te has vuelto demasiado maja —comentó Rhys dándome un golpecito en la nariz—. ¿Dónde está la Feyre que me tiró un zapato a la cabeza?

—¿Dónde está el Rhys que me follaba contra la pared con tanta brusquedad que se caían hasta los cuadros?

La carcajada que soltó Rhys sonó a música.

—Para ser tan refinada, hay que ver qué boca tienes. Y delante del inocente de nuestro hijo, nada menos.

Miré a Nyx, que estaba balbuceando en mis brazos.

—Créeme —respondí mientras llevaba a Nyx a su habitación—, con Cassian como tío, oirá cosas mucho peores.

Rhys me siguió hacia el cuarto de Nyx, adornado con distintos tonos de colores pastel y arena, y cuyo techo había pintado yo misma durante el embarazo para que pareciera una noche estrellada. Rhys lo había encantado para que las estrellas brillaran y cambiaran en cada estación. La cuna de madera negra estaba justo al otro lado de la puerta para que pudiéramos oír cualquier ruidito de Nyx. Me senté en la mullida butaca azul marino que había a la izquierda y deshice uno de los lazos del camisón.

Nyx ya conocía esa rutina y, alegre, encontró mi pecho y se acurrucó, aferrándose a mí con su minúscula manita. Noté un

cosquilleo en los pechos, que se me llenaron de leche, y sentí que se me aliviaba el cuerpo entero cuando Nyx empezó a succionar y se quedó aún más relajado, si es que era posible.

—Es lo más hermoso que he visto en toda mi vida —musitó Rhys contemplándonos bajo las sombras de la puerta—. Ya lo fue la primera vez que lo vi y sigue siéndolo ahora, por más meses que hayan pasado.

—La primera vez que lo viste estuviste llorando tanto que no sé yo si asimilaste lo que tenías delante.

—Discúlpame si acababa de pasar por un calvario, querida Feyre.

—¿Peor que morir?

—Ni se te ocurra hacer broma con eso. —Le saqué la lengua y a Rhys se le escapó una risa baja y dulce—. Mi alta lady.

Sonreí mientras le acariciaba la cabeza a Nyx. Él cerró los ojos, y sus largas y oscuras pestañas le abanicaron las mejillas sonrosadas.

—Nos ha salido un bebé precioso.

—Pues sí —respondió Rhys con la voz tensa.

Levanté la vista y vi que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Tenía clarísimo que no era por dolor, sino porque sentía la misma alegría que yo; tanta que podría partirme el corazón en dos. Por más largas que se hicieran las noches y más agotadores que fueran los días, merecía la pena.

Había formado una familia. Antes, mis amigos ya eran mi familia; seguían siéndolo. Pero el bebé que tenía en brazos… Era su madre; Rhys era su padre, y los tres éramos, por siempre jamás, una familia.

Nyx, completamente dormido, echó la cabeza hacia atrás y separó la boquita de mi pecho. Con todo el cuidado del mundo, me levanté y fui hacia la cuna. Madja nos había aconsejado que tuviéramos solo el colchón: nada de sábanas, almohadas o juguetes para evitar que se sofocara. De ser por mí, Nyx dormiría en un colchón a secas hasta que fuera un macho hecho y derecho.

Acaricié con la mano la mejilla de Nyx, cálida, suave y aterciopelada.

—Te quiero —le susurré, y me separé de la cuna.

Rhys se inclinó para darle un delicado beso en la cabeza a nuestro hijo.

—Yo te quiero más —le susurró él también.

Lo fulminé con la mirada y Rhys me guiñó el ojo mientras se erguía. Regresamos a la habitación principal y Rhys cerró la puerta con delicadeza, con las alas pegadísimas al cuerpo para que ni siquiera se rozaran.

—No te molestes en volver a abrocharte el camisón —gruñó en voz baja a mi espalda cuando se cerró la puerta—. Pienso lamerte esos pechos durante un buen… —Cuando se giró hacia mí y me vio sentada en la cama, acomodada entre montones de cojines y mantas, hojeando todo ese papeleo, dejó la frase a medias y preguntó—: ¿Vas a ponerte a trabajar?

Levanté un pedazo de pergamino del montón.

—Quiero asegurarme de que aprobamos los presupuestos para las reparaciones del pórtico sur del Palacio de Hilo y Joyas antes de mañana por la mañana.

Cuanto antes pudieran empezar con la reforma, mejor.

—Nyx está dormido. —Rhys echó a andar hacia el vestidor. Sin embargo, se detuvo en la puerta y me miró largo y tendido, con picardía, por encima del hombro—. ¿No deberías estar desnudándote?

Recorrí con la mirada el cómodo camisón de manga larga que llevaba puesto con parsimonia y, a pesar de que ya estaba encogiendo los dedos de los pies bajo las sábanas, pregunté con un tono inocente:

—¿Por qué?

Rhys se giró del todo hacia mí mientras se desabotonaba aquella chaqueta negra.

—Normalmente hacemos otra cosa por las noches; una que no incluye burocracia. —Se soltó otro botón más—. ¿Qué era…?

Volví a centrarme en el presupuesto, por más que no estuviera procesando nada de lo que había escrito.

—¿Dormir tanto como nos lo permita nuestro hijo?

—Yo diría que no… —contestó en un grave ronroneo.

—¿Pelearnos despiadadamente con Amren?

A Rhys le centelleó la mirada.

—Me sorprende que sigas con vida.

Levanté la vista por encima de los papeles. Rhys se había deshecho de la chaqueta y ahora se estaba quitando la oscura camisa que llevaba debajo, despacio. Su piel dorada y llena de tatuajes centelleaba bajo aquella luz inmortal y, con las ansias, se me contrajo el sexo.

Pero no estaba preparada para ceder. Aún no.

—¿No vas a echarme la bronca por haberme peleado con Amren?

—Eso es algo entre vosotras dos. Además, opino igual que tú. Lo que pasa es que no tuve cojones de decirlo.

Me guiñó un ojo, como si supiera perfectamente dónde iba a clavar yo la vista después de oír eso.

Pero me negué a bajar la mirada más allá de su cintura, y solté:

—Pensaba que este camisón de abuela dejaba bastante claro el interés que tengo ahora mismo, Rhys.

Se soltó el primer botón de los pantalones con sus largos dedos. Como se había quitado las botas nada más entrar en la habitación, la prenda cayó al suelo sin demasiada resistencia.

Me quedé boquiabierta.

—¿No te has puesto ropa interior?

Por no hablar de que mi pareja ya tenía su imponente y gruesa polla empalmada y a mí se me estaba haciendo la boca agua.

—Estabas tan despampanante esta mañana que se me ha olvidado. —Echó a andar hacia mí con las alas moviéndose sutilmente y me apartó las sábanas con delicadeza—. Me distraes, querida Feyre.

—¿Has ido así a propósito para dejarme petrificada?

Sonrió cual depredador acercándose a su presa.

—¿Estás petrificada o… maravillosamente sorprendida?

Apartó la última sábana hasta dejarme las piernas al descubierto. Y no me molesté en disimular el olor a excitación. Rhys soltó un grave gruñido gutural.

—Yo diría que este camisón de abuela no está cumpliendo su función…

Me encantaba esto. Vivía por y para esto: cómo nos buscábamos. Dejé el presupuesto a un lado. Me levanté despacio. Le aguanté la mirada todo el rato mientras iba deshaciendo todos los lazos de la parte delantera del camisón. Y dejé que cayera a mis pies.

A Rhys se le inundó la mirada de la más pura lujuria mientras estudiaba mi desnudo cuerpo y los pechos, llenos e hinchados.

—¿Quién es la que no lleva ropa interior ahora? —bromeó.

Me dolían los pezones y no porque estuvieran llenándoseme los pechos de leche. Rhys dio un paso hacia mí. Solo uno. Y entonces se arrodilló.

Solo haría eso por mí: clavar las rodillas en el suelo, con los tatuajes de las montañas; la promesa de que no se arrodillaría ante nadie ni nada que no fuera su propia corona. Pero, por su pareja, su alta lady…

Me cogió una pierna con firmeza, pero al mismo tiempo con ternura. Permití que se la colocara encima de un hombro, justo por debajo del ala, mientras me envolvía con las manos para sujetarme y me agarraba las nalgas con los dedos, aportándome una maravillosa sensación de placer.

—Te amo —musitó al tiempo que acercaba la cabeza a mi desnudo sexo—. No te imaginas cuánto.

Con la primera caricia de su deliciosa lengua ahí, conseguí jadear:

—Uf, yo diría que sí.

Noté cómo sonreía con la boca pegada a mí antes de que me diera otro lengüetazo; uno lento y provocador.

—Estás tan húmeda que podría follarte ahora mismo.

Me mordí el labio para no gemir. Nyx estaba en la habitación de al lado y, si queríamos evitar que se despertara, tendríamos que guardar silencio.

Volvió a lamérmelo con ganas.

—Pero creo que primero disfrutaré un poco de tu sabor, querida Feyre.

Con un ágil movimiento, me levantó y me colocó en el borde del colchón.

Y, entonces, hundió la cara en mí. Me ardía la piel, tensa a más no poder; sobre todo alrededor de los pechos. Me cubrí la boca con una

mano para acallar el gemido. Rhys sabía lo que hacía. Le bastó con unos cuantos lametazos para tenerme a su total disposición.

Me succionó el ápice del sexo, acariciándome esa protuberancia nerviosa con la lengua a la vez que me metía un dedo. Levanté las caderas del colchón y él me sujetó firme aunque delicadamente con la otra mano para seguir deleitándome.

—Mira cuánto tiempo ha pasado… —musitó tras hundir un segundo dedo en mí y metiéndomelos a un ritmo tan lento que me exasperaba—. Todo este tiempo contigo y sigo sin tener suficiente.

—Rhys…

Fue más bien una súplica.

—Te amo con locura —murmuró manteniendo el lento y provocador ritmo de sus dedos y chupándomelo una única vez—. A pesar de que a veces me saltes a la yugular, te amo tanto que me faltan palabras para expresarme.

—Me da a mí que te encanta que te salte a la yugular —conseguí decir—. Y, como no me la metas ya, te voy a saltar a la yugular inmediatamente.

Su risa, oscura y sensual, vibró contra mi delicada piel. Sacó los dedos despacio, provocándome. Levantó la cabeza y vi cómo le centelleaba mi humedad en los labios. Sus impresionantes ojos rebosaban ardor.

—Si eso desea mi alta lady…

Se levantó y se colocó encima de mí. Entre su peso, las alas, que bloqueaban la luz, y su fuerte presencia, estuve a punto de estallar antes de tenerlo incluso dentro.

Alargué el brazo, le cogí el pene y se lo apreté con fuerza. A pesar de que siseó, Rhys me mordisqueó el delicado arco de la oreja mientras yo lo acercaba a mí.

—Guíame —exhaló con la boca pegada a mi oreja a la vez que levantaba una mano para acariciarme un pecho con suma delicadeza.

Obedecí. Con los primeros centímetros separé más las rodillas y envolví su firme y perfecto culo con las manos para dejarlo prácticamente encajado ahí.

Pero él se resistió y, mirándome a los ojos, soltó una risa grave.

—Dilo.

Le clavé las uñas en las nalgas.

—¿Que diga qué? —le pregunté jadeando.

—Que soy tuyo.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír.

—Eres mío, Rhys.

Me recompensó metiéndomela un poco más.

—¿Y?

Respiré profundamente por la nariz. Como no me la metiera del todo ya, como no empezara a moverse…

—Y yo soy tuya.

Un par de centímetros más. Ya me estaba dilatando.

—Eso es —respondió.

Se deslizó unos centímetros más. Otros dos a continuación. Fue como si no pudiera contenerse. Y, por supuesto, no fui capaz de reprimir el gemido que se me escapó cuando por fin Rhys acabó de metérmela por completo. Pero siguió sin moverse. Simplemente se apoyó en los codos y se quedó mirándome a la cara un segundo, antes de decir:

—No dejaré que nada cambie esto.

Empezó a sacármela, preparándose para ese primer empellón, pero yo le coloqué una mano en el pecho para detenerlo y le pregunté:

—¿A qué te refieres?

Me cogió la mano y me besó todos los dedos.

—A que, con todo lo que está pasando en el mundo… —Me la sacó prácticamente hasta la punta, pero me aguantó la mirada y acabó de decir—: No dejaré que nada ponga en peligro esta vida tan maravillosa y preciada que hemos creado. Nada en absoluto, querida Feyre.

Le habría planteado más preguntas, pero Rhys me penetró. Y, con ese primer empellón, fuerte y poderoso, dejé que el placer se adueñara de mí.

CAPÍTULO 6

Azriel

Eran las tres de la madrugada pasadas. Azriel sabía que debería estar durmiendo. Sabía que debería estar en su habitación. O en la Casa del Viento. Seguramente debería estar en la otra punta del territorio, tratando de averiguar algo para su alto lord y su alta lady.

Pero ahí estaba: en las cocinas de la casa del río, con las ascuas del brasero medio apagadas. Hasta sus sombras se habían desperdigado, como si ya estuvieran listas para irse a dormir.

Y él, allí: apoyado en la encimera y ronroneando contra ese cálido y sedoso cuello.

Dioses, qué bien sabía. Qué dulce. Qué pura. Y él era un monstruo por estar allí, por estar saboreándola. Pero ya había asumido ese rol de monstruo que merodeaba por la noche. Mucho antes de que apareciera ella.

Ella, que tenía las piernas alrededor de la cintura de Azriel, lo apretó todavía más para acercarlo. A Az le dolió la polla, dura contra el tenso cuero de los pantalones, cuando le rozó el sexo a sabiendas de que estaba mojada.

Deseaba esto. La deseaba a ella. Más de lo que había deseado a nadie jamás. Ahora que no tenía a las sombras a su alrededor, se sentía desnudo. Seguía con la ropa puesta, pero se sentía desnudo frente a ella.

Le echó la cabeza más hacia atrás para poder besarle el cuello y saborear su deliciosa piel.

Elain Archeron gimió y, joder, ese sonido casi lo mató.

Azriel no debería estar ahí. Por un sinfín de razones.

Rhys lo había advertido hacía casi un año de que se mantuviera alejado de Elain. Y lo había intentado. Lo había intentado con todas sus fuerzas. Hasta el mes pasado, cuando cometió el error de quedarse a pasar la noche allí, una única vez; olió el olor a pan recién hecho justo antes de que llegara el alba y se aventuró a entrar en las cocinas.

Fingió que no sabía quién estaría despierta a esas horas. Sin embargo, empezó a ponérsele duro el pene incluso antes de verla amasando y medio cubierta de harina. Y cuando Elain levantó sus grandes ojos marrones, unos ojos que recordaban a los de una cierva, y formó una pequeña y perfecta «O» con los labios… Nadie dijo nada. Las sombras de Azriel desaparecieron y la sala se iluminó. El mundo entero se iluminó, al igual que ocurría siempre alrededor de Elain.

Poco importó que a duras penas hubiese hablado con ella desde el Solsticio de Invierno, cuando intentó regalarle un collar solo para que ella se lo devolviera. Después de toda la mierda que había vivido en las cuevas con Nesta y Bryce, después de que esta le robara El que dice la verdad y la estupidez de Nesta lo pusiera todo en peligro, después de lo que Azriel había descubierto durante la guerra contra Hybern… Nada importaba.

De modo que, cuando se enteró de que Nesta le había dado la Máscara a Bryce, se acercó a Elain. Cogió su hermosa cara entre las manos y esperó a que ella le susurrara que sí antes de besarla. Con ahínco y pasión, tal y como quería hacer desde hacía tantísimo tiempo.

Enseguida se preguntó si podría morir de eso; de ese beso, del roce de su lengua. De cómo se retorcía ella contra su cuerpo, de la suavidad de sus pechos. Decidió saborearle la boca a su antojo y, cuando terminara con eso, seguiría con su sexo. Ya se imaginaba una lista de todas las cosas que quería hacer con ella cuando oyó unos discretos pasos fuera de la cocina.

Desapareció hasta convertirse en una sombra, dejándola sin aliento y con más bien poco tiempo para arreglarse antes de que entrara alguien del personal de cocina con los ojos adormilados.

Se prometió a sí mismo que esa situación no volvería a repetirse nunca más. Elain era la pareja de otro macho.

Y, sin embargo, Azriel regresó al cabo de una semana. A la misma hora antes del amanecer. No la había tocado; no como quería hacerlo. Todavía no. No habían compartido más que algunos intensos besos robados antes de que llegara el turno de mañana.

Y así la siguiente semana. Y otra más. Eran unos encuentros fugaces y casi salvajes en los que Azriel nunca dejaba que ocurriese nada por debajo de la ropa, aunque sí que le había amasado los pechos por encima del vestido y había besado su apretado escote.

Sin embargo, aquella impetuosa necesidad no le impedía notar el ligero aroma al vínculo de pareja que emanaba de Elain. Una marca en su sangre; una que Elain no deseaba, pero que tenía por igual. Azriel lo detestaba. Se obligó a ignorarlo la primera vez y eso mismo había seguido haciendo desde entonces.

Pero ahí estaban de nuevo. Solo que ahora eran las tres de la madrugada y todavía faltaba muchísimo para que llegase el alba. Había pasado la noche en la casa del río; tenía previsto despertarse a la hora de siempre, pero había olido el pan. Mientras soñaba, había notado el olor a pan horneado y ese aroma lo había despertado. Había seguido su rastro, cual sabueso, hasta allí. Hasta el lugar en el que el olor a pan se mezclaba con el de jazmín y miel que envolvía a Elain ya de por sí. Elain, que estaba esperando. Horneando… Y esperándolo. A él.

Ella le bajó la mano por el torso con la intención de acercársela a la polla, pero Azriel la agarró con delicadeza por la muñeca y la detuvo.

—Todavía no —musitó él con los labios pegados al cuello de Elain.

Levantó los ojos para mirarla. Era preciosa. Era cándida y abierta y todo lo bueno del mundo. Tan buena era que las sombras de Azriel seguían desaparecidas. Se habían largado en cuanto él había entrado en la cocina.

Quería más; de aquello, de ella. Era su salvación. Eso era Elain. Puede que Azriel fuera un monstruo, puede que fuera un demonio desalmado que no valía nada; pero estar allí, en los brazos de Elain… Era su salvación. La única oportunidad que tenía de sentir

alegría. A juzgar por cómo se había sonrojado y por el intenso centelleo de su mirada, ella sentía lo mismo.

Y eso fue suficiente para que Azriel se armara de valor y dijera lo que no le había dicho nunca a nadie. Quería que lo conociera.

—De pequeño… —Se le cerró la garganta, pero siguió hablando—: Mi vida era un infierno. Cada día, a cada hora. Y…

Le costaba encontrar las palabras adecuadas. No solo para describir lo que le había ocurrido en el pasado, sino también para explicarle por qué era importante que se lo estuviese contando a ella ahora.

Elain se limitó a colocarle la mano en la mejilla con ternura y a acariciarle su acalorada piel con el pulgar.

—Podríamos… Buscar una habitación —sugirió ella tímida y con una voz etérea.

Azriel contuvo un gemido y las intenciones que tenía de hablar del pasado desaparecieron. Sabía perfectamente dónde se encontraba la habitación más cercana. A cuántos pasos de distancia les quedaba. Pero para cruzar ese último límite…

—Necesito que estés segura —dijo besándole el cuello, donde debería haber estado ese collar, una y otra vez. Ya hablarían de su vida y del calabozo de su progenitor más adelante—. Necesito que estés convencida.

—Lo estoy —respondió Elain bajándole las manos por la columna vertebral, evitando las alas. Nunca se las había tocado y, en realidad, Azriel no tenía ni idea de qué haría cuando llegase el momento. Correrse con los pantalones puestos, seguramente—. Lo estoy —repitió clavándole los dedos en la lumbar y atrayéndolo de nuevo hacia ella.

Azriel cedió un poco y acercó su erección a Elain en una promesa de lo que estaba por venir. Ella se retorció y el ardor que desprendió lo abrasó incluso por encima de la ropa.

—Elain… —gruñó.

El simple hecho de pronunciar su nombre amenazó con hacerlo estallar.

Cuando intentó volver a cogerle la polla, no la detuvo. Con delicadeza y timidez, ella le pasó los dedos por la parte delantera de

los pantalones de cuero. Que la Madre lo salvara.

Az apretó los dientes y exhaló por la nariz.

—Elain… —volvió a decir con la voz rasposa.

Tenía que desnudarla, tenía que saborear hasta el último centímetro de su piel y perderse en la dicha absoluta que era su cuerpo y…

—Ya basta.

Azriel tardó un segundo en asimilarlo. En procesar la gélida y directa orden que ahora permeaba el aire. En asimilar que Elain también había oído esa voz.

La de Rhys.

Elain ahogó un grito, apartó la mano y se separó de él de golpe.

Azriel apoyó las manos en la encimera y le ordenó a su cerebro que volviese a pensar con claridad. Adiós al sexo o a la promesa de este. Rhys estaba allí. Su alto lord estaba allí y los había visto y Elain estaba…

Temblando. Elain estaba temblando y mirando boquiabierta al alto lord, que aguardaba en la puerta con las alas plegadas y cara de pocos amigos.

Rhys solo fulminó a Azriel con la mirada. Como si Elain no fuera más que un susurro de primavera frente al oscuro invierno de su ira. Como las sombras de Azriel no estaban cerca, no había tenido forma de enterarse de su llegada; y mucho menos con Rhys, que, si se lo proponía, era capaz de caminar con un sigilo felino.

La oscuridad cubrió las estrellas que solían brillar en los ojos de Rhys cuando anunció:

—Esto acaba aquí. Si queréis follar, buscaos otro sitio que no sea mi casa. —Al final, Rhys desvió su atención hacia Elain y concluyó—: O ten primero la decencia de rechazar oficialmente el vínculo con tu pareja.

Elain se estremeció. La rabia que sentía Az fue a más, avivándose con fuerza; estaba listo para pelear, para proteger. Pero se había dejado los sifones al lado de la cama y, sin que ellos le filtraran el poder, no sería capaz de controlarlo…

Pero ella simplemente sacudió la cabeza, como si de un cervatillo asustado se tratara, y salió corriendo de la cocina. Visto y no visto.

Aquel susurro de primavera desapareció bajo el manto de la noche.

Las sombras de Azriel regresaron con él y lo envolvieron, como si fueran a calmarlo, a esconderlo.

Pero no podía esconderse de Rhys. Az se quedó mirando a su alto lord. Y su alto lord se lo quedó mirando a él también.

—¿Te dije o no te dije que te mantuvieras alejado de ella el invierno pasado? —le preguntó con una calma aterradora.

Az no contestó. Hizo de tripas corazón y se preparó para la tormenta que estaba a punto de desatarse.

—¿Te dije o no te dije —repitió Rhys, con la misma quietud que una pantera a punto de atacar— que si tenías que tirarte a alguien te fueras a buscar el placer en la ciudad? Aquí no. —Señaló la puerta por la que acababa de huir Elain—. Con ella no.

Un frío glacial que Az no había sentido jamás lo invadió y lo entumeció mientras le decía a su alto lord:

—No puedes dictarme con quién estar.

Rhys respondió con un tono aterradoramente calmado:

—Su pareja es nuestro aliado. Lo sabes tú y lo sabe ella. Y, aun así, aquí estáis: cubiertos en el olor del otro. Tenía previsto enviarte a tierras humanas mañana, pero ahora… Iré yo mismo. A Lucien le bastaría con olerte una sola vez para que le quedase muy claro a qué os habéis dedicado a sus espaldas. Y a las mías también.

Las mismísimas rocas de la cocina temblaron. Az casi nunca lo había visto así de enfadado. Y menos con él.

—Sé cómo disimular lo del olor —se atrevió a responder Az.

Hizo un único gesto con la mano y sus sombras se arremolinaron a su alrededor y también alrededor de la cocina, del pasillo e incluso de Elain. *Está subiendo a sus aposentos a toda prisa*, le informaron sus sombras. Envolvieron a Azriel y el olor desapareció. O, mejor dicho, quedó camuflado. Escondido entre una sombra y la otra. Tal y como había hecho cada vez que habían compartido encuentros de este tipo. Tal y como había aprendido a hacer como jefe de espías para que su olor no lo delatara entre sus enemigos.

Rhys apretó la mandíbula.

—Por más que admire ese truco tuyo, esta no es la cuestión. —Antes de que Az pudiese contestar, Rhys ladeó la cabeza, cual

depredador, y preguntó—: ¿Te merece la pena? ¿Arriesgarnos a perder a los pocos aliados que tenemos por esto?

A Az se le heló el corazón.

—Ya hablamos de esto en el solsticio.

—Por lo visto, no sirvió de nada. —En los ojos de Rhys no había ni el más mínimo atisbo de luz—. Y, por lo visto, no entendiste las consecuencias de las que te hablé.

Azriel soltó una áspera risa, desprovista de humor alguno.

—¿Qué consecuencias? ¿Me mandarás a la Casa del Viento igual que hiciste el año pasado con Nesta?

Fue un idiota por provocar así a su alto lord, por retar a un depredador que ya estaba preparado para atacar. Pero Az también era un depredador. Y su monstruosidad podía igualar la de Rhys en cualquier momento.

Rhys se lo quedó mirando como si no lo hubiese visto jamás, y aquella resolución asesina se convirtió en incredulidad. En asco. La vergüenza se apoderó ligeramente de Azriel. Quien lo estaba mirando así no era su alto lord, sino su hermano.

Con un tono más delicado, Rhys dijo:

—Dejando de lado la alianza con Lucien, yo me pasé meses agonizando, ¿sabes? Cuando me di cuenta de que Feyre era mi pareja. Me pasé meses agonizando hasta más no poder porque sabía que era mi pareja y que estaba compartiendo cama con otro.

—Eso fue decisión de Feyre. Igual que ahora lo es de Elain —respondió Azriel con desdén.

—Cierto —contestó Rhys en voz terriblemente baja—. Pero eso no quita que, como la pareja de Feyre, el hecho de saber que estaba con otro me desgarrara un poco por dentro. Feyre no tenía ni idea de que éramos pareja; ni siquiera era consciente de estar tomando esa decisión. Pero Elain sí. Y puede que ella no entienda lo agonizante que resultará eso para Lucien, pero yo sí lo entiendo. Y tú también.

Azriel dijo en tono sobrador:

—Lucien no tiene derecho a agonizar por ella. Es su vida, su cuerpo. Elain puede hacer lo que quiera y con quien quiera.

—No te voy a llevar la contraria con eso. Yo estoy del todo a favor de la independencia de los demás. Pero no le desearía el dolor que sentí yo esos meses ni a mi peor enemigo, y muchísimo menos a un aliado tan valioso como Lucien. Además, no pienso ser cómplice y decepcionarlo, y menos aún cuando esto está ocurriendo bajo mi techo. Así que, o se lo contáis a Lucien y os cargáis lo que hemos construido con él, o te tiras a Elain en otra parte. Pero aquí no. Aquí, nunca.

Azriel dejó de fingir ser un macho decente, civilizado. No era ni una cosa ni la otra. Nunca lo había sido, por más que la Madre supiera cuánto lo había intentado.

—Elain no le debe ninguna explicación a Lucien. No lo escogió. No quiere ser su pareja. Es un error.

Tenía que ser eso.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó Rhys sombríamente y con la voz rasposa—. ¿Todavía crees que eres tú quien debe estar con ella?

Azriel se lo había dicho en el solsticio. Tres hermanas para tres hermanos.

Pero la tercera hermana le había tocado a otro. Para ser sinceros, Azriel pensaba que Lucien era un macho respetable, pero no pintaba nada en sus vidas. No tenía sentido. Si esto no era un error, entonces tenía que ser una especie de broma divina. A lo mejor la Madre estaba castigando a Az por haber derramado tanta sangre y haber causado tanto dolor.

Bueno, la Madre podía castigarlo tanto como quisiera. Parejas aparte, él seguiría yendo a por lo que quería.

Cuando Rhys vio que Azriel no iba a responder, negó con la cabeza, despacio, y sentenció:

—No voy a castigarte.

Az exhaló. A lo largo de los siglos, Cassian, Rhys y él se habían hostiado que daba gusto, por supuesto, pero en realidad Rhys nunca había castigado a sus hermanos. Siempre los había tratado como a iguales.

El enfado desapareció por completo del rostro de Rhys. Sin embargo, esa expresión de puro asco persistió. Az nunca había visto

a Rhys mirándolo de esa forma. No quería volver a experimentarlo jamás.

Y Rhys lo sabía. Pero, con suma decepción y agotamiento, su alto lord concluyó:

—Haz lo que quieras, Azriel. El mundo ya está en llamas. —Se hundió las manos en los bolsillos antes de dar media vuelta y echar a andar—. Demasiados fuegos tengo que apagar ya como para ocuparme también de este lío tuyo.

—Que te jodan —exhaló Azriel.

Rhys se detuvo y respondió:

—Antes me enorgullecía decir que eras mi hermano.

Esas palabras fueron un golpe bajo que se clavó en lo más hondo del corazón de Az.

Rhys desapareció en un abrir y cerrar de ojos entre la noche.

Y, por más que Azriel siguiera teniendo a sus sombras pegadas a él, murmurándole al oído como si fueran la amante cuyo aroma dulce como la miel continuaba oliendo, nunca se había sentido tan solo.

CAPÍTULO 7

Azriel

Cuando Az reunió a Nuala y a Cerridwen en la casa del río, el sol aún no había salido del todo en el horizonte. Hacía horas que Rhys lo había pillado con Elain, pero Az no se había vuelto a dormir. Aunque tampoco se había atrevido a acercarse a la habitación que había al final del pasillo, donde seguramente Elain también seguiría despierta. Sabía la Madre cómo encontraría Az las palabras para hablar con ella, o la forma de estar en la misma habitación que ella después de lo de la noche anterior. Cuando algo tenía que ver con ella, cómo no, sus sombras no servían de nada. En ese mismo instante estaban descansando a sus pies; parecía que estuviesen dormitando.

Y peor que eso con Elain… Sabía la Madre cómo gestionaría las cosas con Rhys. A Az no le apetecía ver a su hermano hasta que hubiera pasado mucho tiempo.

Pero tenía cosas que hacer. Obligaciones con esa corte y con la gente a la que quería.

Sentado en el sofá frente a la chimenea apagada, recolocándose los sifones en las manos llenas de cicatrices, Azriel se encontró con la vista clavada en las profundidades del color azul océano de la piedra que llevaba en el dorso de la mano derecha. Aquella superficie de piedra pulida, suave e impecable, parecía burlarse de sus muchas cicatrices. Y ahora, mientras observaba la piedra, una de las siete que llevaba, casi pudo verse aún magullado, maltrecho y medio muerto tras el Rito de Sangre, metiendo la mano en ese

antiguo brasero de llamas (un guiño al Caldero) de donde intentarían extraer piedras los nuevos guerreros. Solo los ilyrios con una magia lo bastante poderosa serían capaces de sacar un sifón de las llamas.

Al igual que ocurría cada año, siete guerreros lo llevaron desde su lugar sagrado de descanso en las estepas ilyrias hasta el Refugio del Viento (el campamento de guerra más cercano a Ramiel) exclusivamente para la ocasión. Ilyrios de todas partes acudieron para ver quién salía con vida del Rito de Sangre y quién no; quién llegaba al pie de la montaña y quién era lo bastante fuerte como para empezar a escalarla. Y quién, tal vez milagrosamente, llegaba a esa imposible cima. La respuesta a esta última incógnita solía ser una: nadie. Sin embargo, Az, Rhys y Cassian lo lograron. Juntos. En contra de todo pronóstico, lo consiguieron. Y luego ya solo les quedó un último paso para completar el Rito.

Az sabía que intentar sacar la piedra de las eternas llamas de esa hoguera sagrada implicaba meter las manos, desnudas, en el fuego. Se había mentalizado, se lo había ido repitiendo sin cesar. Había visto a guerreros recién nombrados metiendo las manos en esas llamas y extrayendo piedras con la piel intacta gracias a su magia sagrada. Cuando un principiante poderoso completaba el Rito de Sangre, la magia que corría por Ilyria permitía a los machos (ahora ya verdaderos guerreros) hacerse finalmente con sus sifones.

Y, aun así, Azriel dudó. Dio igual lo mucho que se lo hubiese repetido o con cuánto ímpetu le gritara su mente que moviera el cuerpo, que introdujese la mano en las llamas. Por un segundo, regresó a esa fortaleza y oyó a sus hermanastros burlándose de él mientras gritaba y se le derretía la piel…

Rhys se dio cuenta. De alguna forma, fuera como fuese, Rhys siempre conseguía saber qué le pasaba. Y por más que el agotamiento mental y físico de ambos amenazara con hacer que se desmayaran, Rhys se percató de ello. Estamos aquí*, le dijo el hermano de Az, de mente a mente.*

Tenía a Rhys a un lado y a Cassian al otro. Sus hermanos, sus hermanos de verdad, estaban con él. De modo que Az alargó el brazo y metió la mano en las llamas.

Por lo general, solía bastar con una única piedra para controlar el poder que corría por las venas de un ilyrio; un poder que, sin esas piedras, resultaría chapucero y peligroso. En el folclore no se hacía mención alguna a por qué la Madre había hecho así a los ilyrios. A lo mejor no era más que una maldición. No le habría sorprendido en absoluto.

Cuando Az cogió la primera piedra y esa llama le subió de forma inocua por su ensangrentado brazo, supo que no era suficiente.

A la que metió la mano de nuevo para sacar una segunda piedra, alguien ahogó un grito. Aterrado, asqueado.

Más*, le ordenó su magia. Así que cogió una tercera.*

Aquella consternada multitud de ilyrios ya había empezado a agitarse. «Demonio», susurró alguien. La misma palabra que había oído durante toda su vida. No había cambiado nada desde que llegó al Refugio del Viento hacía una década. Incluso mejorando en su formación como cantor de sombras y superando también las enseñanzas de Devlon (que había entrenado al último hacía siglos) para que aprendiera a espiar, a matar y a descuartizar, la gente lo temió aún más.

Una cuarta piedra, seguida de una quinta. Una sexta.

Cuando sacó la séptima piedra de las llamas, las hembras ya se habían ido con sus hijos aferrados a ellas mientras huían del Refugio del Viento. Solo se quedaron los machos, enrabiados y con expresión férrea. Aun así, ellos no podían hacer nada. Nadie podía hacer nada. Los ilyrios, por cabrones que fueran, eran tan ciegamente fieles a sus tradiciones que no podían negarle esto a Azriel. Cualquier otra cosa, sí, pero esto… Nunca.

Poco importaba que todas las piedras fueran del mismo tono azul cobalto casi turquesa. Aunque era extraño. Y Azriel nunca llegó a entender el porqué. Seguía sin entenderlo.

Giró la mano y vio cómo la tenue luz hacía centellear la piedra de tal forma que parecía el Sidra bajo el sol. La estupefacción que pudieran haber sentido los ilyrios cuando Az sacó esas siete piedras no fue nada en comparación con la rabia que mostraron cuando Cassian, ese bruto bastardo, sacó siete más de color rojo al cabo de un minuto. Todas las piedras eran tan llamativas que fue como si

Cassian le hubiese arrancado el mismísimo corazón a esa llama. Cassian sonrió con cada piedra que sacó, provocando así a los demás machos y desafiándolos a que intentaran detenerlo.

Az simplemente los fulminó a todos con la mirada mientras pensaba, con antelación, cómo usaría esos sifones que ahora le pesaban en los bolsillos para cargarse a todos y cada uno de esos machos. Cuando Cassian hubo terminado, Az ya había decidido que empezaría por su progenitor y sus hermanastros.

Ejecutó su plan al cabo de una década.

Az descansó la mano en el regazo y apartó ese recuerdo de su mente. No porque le diera asco, sino más bien lo contrario. Cosa que, supuso, lo convertía en alguien igual de cabrón que los ilyrios de los que se había vengado hacía ya tantos siglos.

En un abrir y cerrar de ojos, invocó a Nuala y a Cerridwen frente a él. Las mellizas, semiespectros, semialtas fae, aparecieron bostezando y ataviadas con sus habituales blusas y pantalones negros que tanto se asemejaban al estilo favorito de Amren. Las sombras se agitaron y se enroscaron, formando unos remolinos pequeños, para darles la bienvenida antes de volver a acomodarse a los pies de Azriel.

—¿Una noche larga? —les preguntó a las mellizas a modo de saludo.

Nunca se había molestado en recurrir a formalidades con ellas. Jamás había tenido que sufrir charlas triviales.

Cerridwen, la más impertinente y osada de las dos, estiró los brazos, oscuros como la noche, por encima de la cabeza. Su cuerpo entero desprendía zarcillos de sombras. Las mellizas eran algo extraño que quedaba a medio camino entre la bruma y una figura física de carne y hueso, entre lo vivo y… lo que quiera que pasara con los espectros. Azriel no tenía ni idea de quiénes eran los padres de las mellizas. Cuando las encontró hacía siglos, ellas ya llevaban bastante tiempo solas y se ganaban la vida haciendo de mensajeras de un mezquino lord criminal en uno de los pueblucos que había pasadas las estepas ilyrias. Entrenarlas le resultó casi perturbadoramente fácil. A estas alturas, las hermanas seguían sin

hablar de su vida antes de convertirse en sombras de Azriel. Casi literalmente, supuso.

Azriel sabía que era mejor no preguntar. La Madre era testigo de que él no quería hablar de su propio pasado. Y mucho menos quería que le gente fisgoneara.

—El que parece que ha tenido una noche larga eres tú —señaló Cerridwen marcando bien esa última palabra.

Nuala la advirtió con la mirada.

A ellas no se les escapaba nada. Sobre todo porque se habían acostumbrado a pasar tiempo con Elain y la ayudaban a hornear. Al principio, a Azriel le pareció encantador, pero ahora… Les daba demasiadas pistas y demasiada información sobre la vida de Azriel. Las mellizas sabían exactamente lo que ocurría; eran demasiado listas como para no haberse dado cuenta o como para no entender la reacción de Elain cada vez que alguien mencionaba a Azriel en una conversación.

—Si ya os habéis enterado —las regañó Azriel—, no hace falta que os cuente qué ha sucedido.

A Cerridwen le desapareció la sonrisa socarrona de la cara.

Una de sus sombras se agitó para luego volver a quedarse quieta.

Nuala, que era más tímida pero también más inclemente, se limitó a decir:

—Ya lo tenemos todo listo para irnos a Montesere y a Rask.

Detrás de ella, entre las sombras, apareció una bolsa oscura de la cual sobresalían unas centelleantes armas. Nuala se la colgó del hombro y le pasó otra igual a su hermana.

No eran las asesinas de Azriel. Estas matanzas solía llevarlas a cabo con sus propias manos para así manchar su propia alma. O usaba uno de los exclusivos calvarios vivientes que le prestaban servicio. Sin embargo, como espías suyas que eran, políticamente inteligentes y en quienes Az más confiaba, en ocasiones tenían que salvarse el pellejo ellas solitas. O sacarle una respuesta a algún enemigo en un abrir y cerrar de ojos.

—Bien —respondió él desviando la vista hacia los ventanales a través de los cuales veía cómo se despertaba la ciudad, que ya se había sumido en el más absoluto caos matutino—. Permaneced

ocultas en todo momento. Si podéis, pasadme información a diario. Si os enteráis de cualquier cosa acerca del objeto Hecho, quiero que me lo digáis de inmediato. Si encontráis cualquier pista sobre Koschei o una caja negra hexagonal, avisadme enseguida. Puede que esté escondiendo el secreto de su inmortalidad ahí.

Las mellizas asintieron y desaparecieron, dejando solo una voluta de oscuridad a su paso.

Ahora que no tenía compañía alguna más allá de sus pensamientos y sus sombras, adormiladas a sus pies, Az cerró los ojos. Al final, el sueño lo encontró.

Dudaba que la dicha real fuera a encontrarlo con tanta facilidad. Y se preguntó si alguna vez le importaría lo suficiente como para cuestionarse el porqué.

Nesta

La música fluía y envolvía a Nesta como las cascadas de un río, inundando la sala de conciertos con su glorioso sonido.

A lo largo de las últimas semanas, zambullirse en ese sonido era fuente de alivio y alegría; una de las pocas veces en las que se sentía así desde que llegó Bryce Quinlan. Sin embargo, después de lo ocurrido el día anterior, la sensación de estar completamente inmersa en algo…

El día anterior casi se había ahogado.

Le había ido por los pelos. A excepción de Rhys, no lo sabía nadie. Y, por la noche, ambos se habían sentado a la mesa familiar a la hora de cenar y habían fingido que no había ocurrido nada. Sin Cassian allí, que no solía quitarle el ojo de encima, nadie se había percatado de que estaba medio perdida en sus pensamientos, revisando todos los errores que había cometido y todas las palabras que había intercambiado con Rhys en el estudio.

—¿Puedes transportarte? —le preguntó el alto lord, que, visto lo visto, no sabía si mostrarse enfurecido o maravillado.

—Lo intento —lo corrigió ella. Estaban los dos empapados y respirando con pesadez—. ¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Te he oído gritar: «¡Búscame, búscame, búscame!». ¿O iba dirigido a otra persona? —se interesó Rhys secándose el agua de los ojos.

Tan aturdida se había quedado que tardó un minuto en responder.

—No me he dado cuenta de que estaba enviándole mis pensamientos a alguien. No… Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

—¿Tenías previsto hundirte en lo más hondo del océano y esperar a que nos diéramos cuenta de que te habías ahogado?

—He entrado en pánico —espetó—. No esperaba acabar… allí.

—¿Por qué narices intentabas llegar a la Prisión?

Nesta sacudió la cabeza. No quería responder.

A Rhys le centelleó la mirada. Era una advertencia letal.

—Ya basta de secretos, Nesta.

—No es ningún secreto —contestó ella aunando finalmente la fuerza necesaria en las piernas como para poder levantarse. El agua le chorreaba por los pantalones y le caía por las botas, que rechinaron con cada uno de los dos pasos que dio para alejarse de él —. Es que… —Se obligó a aguantarle la mirada a Rhys. A mirarlo con la misma supremacía—. Muchas cosas terribles acaban en la Prisión. He pensado que el objeto Hecho ese quizá también estuviese escondido allí. Sabía que era poco probable, pero he creído que, por probar, no le haría daño a nadie. En especial, porque parece que todo lo que ha sido Hecho se está despertando.

Quería saber más cosas, pero eso no era asunto de Rhys.

Este ladeó la cabeza y siguió goteándole agua de su pelo negro como la noche.

—¿Por qué?

Más que a pregunta, sonó a orden.

Nesta le aguantó la mirada de nuevo. No le respondió. No se lo contaría ni en ese momento ni nunca. Rhys separó los labios para mostrar los dientes y rugir en silencio.

A Nesta le temblaron las rodillas a causa del esfuerzo por mantenerse en pie y tensó el cuello para evitar agachar la cabeza.

Con tal de pensar en otra cosa que no fuera en ceder, en claudicar, respondió:

—¿Por qué no querría ayudar a esta corte? ¿Al mundo?

Rhys desdibujó aquella mueca del rostro y, en su lugar, apareció una recelosa curiosidad. Chasqueó los dedos y el agua que empapaba a ambos se disipó. Antes de marcharse, dijo:

—La próxima vez que quieras ir a husmear en la Prisión, avísame. Y si deseas aprender a transportarte… —Negó con la cabeza, con la mano ya en el pomo—. Para eso también, joder.

Dicho esto, Rhys se fue y Nesta se había pasado el día practicando. Y una mierda le pediría a él que le enseñara a transportarse.

No sabía dónde se había metido Cassian esa noche. Se había marchado el día anterior al Refugio del Viento con Azriel y, a pesar de que ese último había regresado la noche anterior para cenar, Cassian no había vuelto. Había preferido quedarse en plena naturaleza y dormir en la antigua casa de la madre de Rhys.

Últimamente era bastante habitual.

Nesta se miró la mano izquierda. El anillo de apareamiento centelleaba bajo la tenue luz de la sala de conciertos. En la derecha lucía una pequeña esfera plateada. El Symphonia.

Solía ir allí a menudo para que el dispositivo absorbiera la música (con permiso de la orquesta, por supuesto) y así ella pudiese escucharla cuando le apeteciera. Esa noche, en cambio, a duras penas había oído la melodía. Solo había escuchado sus lúgubres pensamientos en bucle.

Deseaba poder hablar con Cassian de eso. De todo. Que el Caldero la maldijera, pero lo deseaba con todas sus fuerzas. Aunque ¿por dónde empezar? Cassian seguía furioso por lo de la Máscara. ¿Cómo reaccionaría si supiera que Nesta se transportaba, que quería ir a la Prisión, o de la cosa esa enorme que la agitaba por dentro?

Hacía semanas que no se acostaban. Desde que llegaron Ember y Randall. Cassian a veces dormía en la cama al lado de Nesta, pero no la buscaba. Casi no hablaba con ella. La conversación que habían mantenido el día anterior en el pasillo, por miserablemente

bochornosa y desagradable que hubiese sido, fue lo único que se habían dicho en días.

¿Las parejas podían… dejar de serlo? ¿Podía fracturarse tantísimo el vínculo que no hubiera forma de repararlo?

Cuando Nesta se encaró con Cassian y le habló de la distancia que él había puesto entre ellos y de su ira contenida, este respondió: «Esconderle las cosas a Rhys es una cosa. Escondérmelas a mí es otra totalmente distinta».

Pero es que Nesta nunca tuvo la posibilidad de plantearse siquiera el esconderle sus planes a Cassian, o incluso de compartirlos con él. En un segundo se hallaba leyendo en la biblioteca de la Casa del Viento y, al siguiente, apareció Bryce rogándole que le dejara la Máscara y poniendo a sus padres no solo como aval, sino también para refugiarlos de la ira de los asteri.

Nesta vio la desesperación en los ojos color ámbar de Bryce y supo lo que tenía que hacer. No tuvo tiempo para meditarlo. Aunque tampoco le hizo falta.

Poco importó que, más adelante, Bryce saliera victoriosa de su lucha contra los asteri. O que hubiese devuelto lo que había robado y lo que le habían prestado, y que hubiese llevado algo más. O que sus padres hubiesen desaparecido como el rocío del alba para regresar a su propio mundo. A nadie le importó que Nesta hubiese encontrado algo en Ember que ni siquiera ella sabía que anhelaba tanto.

«Encontrarás tu camino».

Luego, Nesta intentó explicárselo todo, literalmente todo, a Cassian. Él no quiso escucharla.

«Por fin estábamos llevándolo todo de nuevo por el buen camino», le dijo él antes de marcharse. «No entiendo por qué tenías que…». Dejó la frase a medias y Nesta no tuvo el valor para pedirle que la acabara.

«Cargártelo». Eso fue lo que Cassian estuvo a punto de añadir. Nesta se había cargado esa paz y ese afecto provisional con Rhys y los demás. Todo lo positivo que había logrado al salvar a Nyx y a Feyre (y, a su vez, a Rhys) quedó aniquilado. Incluso Elain seguía

mirándola con recelo. Cuando se enteró de lo de la Máscara, se quedó atónita y decepcionada.

De modo que, en el fondo, Nesta ni siquiera tenía a quién pedirle que la acompañara al teatro. Tal vez pudiera echar mano de Feyre, pero sabía lo ajetreada que iba su hermana, y pretender que fuera a la sala de conciertos con ella habría sido otra carga más, ¿o no?

Nesta se sentó en la parte más alta del teatro porque quería pasar tan desapercibida como fuera posible y que no la molestaran. Aunque esa noche no parecía que fuera a ser un problema. La sala estaba medio llena y casi todos los asistentes se habían sentado en las zonas inferiores. Las funciones que se celebraban en mitad de la semana no solían atraer a grandes multitudes, pero a Nesta le gustaba más así. Le daba la sensación de que la música era única y exclusivamente suya.

Podría disfrutar de asientos mejores. De hecho, unos pisos más abajo había un palco dorado que, técnicamente, era de Nesta. Había ido donando casi todo lo que le pagaba la corte a esa orquesta y a algunas otras de Velaris. ¿Qué otra cosa iba a hacer con el dinero? Tenía todo lo que necesitaba y, por más que Rhys y Feyre destinaran una buena cantidad de su propia fortuna a causas artísticas de la ciudad, Nesta había visto, de primera mano, la cantidad de reparaciones que había que hacer a todas horas y lo poco que ganaban los músicos.

Sus melodías le aportaban muchísima alegría, paz y tranquilidad. ¿Cómo no iba a ofrecerles algo a cambio?

Había hecho sus donaciones desde el anonimato, pero por lo visto alguien la había descubierto. Recibió una carta en la que se le informaba de que le ofrecían ese palco en señal de agradecimiento por su generosidad.

«Generosidad». Cuando leyó esa palabra, rio. Nesta también había percibido el gesto de darle la Máscara a Bryce como algo generoso.

Cerró los ojos un segundo. Se centró en la música. En su día, eso conseguía que le entrasen ganas de bailar, de abrirse paso por el mundo con unos rápidos movimientos. Ahora solo servía para llenar el eterno vacío que habitaba en su cabeza.

Bajó la vista de nuevo hacia el Symphonia. Había salvado un mundo, pero, al hacerlo, había perdido partes de sí misma. No se arrepentía de la decisión que había tomado; nunca se arrepentiría. Aun así, de haber sabido cuáles iban a ser las repercusiones de ofrecerle la Máscara a Bryce Quinlan, ¿habría seguido haciéndolo?

Sí, le respondió una pequeña voz. Sí que lo habría hecho. ¿Darle la espalda a un mundo que la necesitaba, por más que no fuera el suyo? No habría podido vivir con la conciencia tranquila.

La sinfonía terminó. Nesta no había estado pendiente de las últimas notas finales. Y casi ni se dio cuenta de los aplausos que retumbaban por aquel enorme espacio mientras se levantaba con el Symphonia metido en el bolsillo del abrigo.

Se marchó por una de las puertas traseras. Y solo cuando estuvo fuera, envuelta por el fresco y neblinoso aire de la noche, solo cuando estuvo segura de que ese estrecho callejón estaba vacío, volvió a sacar el Symphonia.

No le hizo falta comprobar nada para saber que la esfera había capturado toda la sinfonía, había eliminado cualquier ruido proveniente de la multitud y había dejado solo la pureza de la música. Nunca había capturado ninguna tos ni ningún roce de la ropa, ni tampoco el murmullo de alguien del público.

Excepto una vez.

Al pensar en eso, el Symphonia sacó ese sonido a relucir. Nesta le dio un golpecito con el dedo y lo oyó en medio de esa fría y vacía noche.

Te amo, le susurró la voz de Cassian.

Aquella noche, habían ido juntos a la sala de conciertos. Sentados en ese palco donde hacía un mes que Nesta no se sentaba, Cassian se había inclinado hacia ella en una breve pausa entre movimientos y le había susurrado esas palabras al oído.

Ella no se dio cuenta de lo ocurrido hasta que procedió a escuchar la sinfonía al día siguiente y, de pronto, las palabras de Cassian reverberaron por la habitación.

Te amo. Más que a la vida misma.

El Symphonia nunca había captado ni una sola palabra pronunciada en voz alta hasta entonces. Sin embargo, fue como si,

en cierto modo, hubiera sabido que aquellas palabras, articuladas con la voz de Cassian, eran la melodía más bonita que Nesta había oído jamás.

De modo que, ahora que todas sus acciones se erigían como un impenetrable muro entre ellos… Nesta volvió a reproducir esas palabras.

Te amo. Más que a la vida misma.

En ese callejón vacío y con el frío calándole hasta los huesos, Nesta se aferró a esas palabras. Al tesoro que había roto por hacer lo correcto.

Se dio un segundo más para volver a sentir aquellas emociones, ese ardor en la garganta, en el cuello. Acto seguido, se guardó el dispositivo. Levantó la cabeza hacia el río de estrellas que brillaba en lo alto.

Y echó a andar sola en esa amarga noche.



Esa noche Cassian no regresó a la Casa del Viento. Otra vez.

Y, como era así de ingenua, Nesta se pasó casi toda la noche esperándolo. Atenta por si oía crujir un tablón de madera o los pasos ya familiares de Cassian al pavonearse al final de pasillo.

Cuando al final dejó de esperar a que volviera su pareja, el sueño no consiguió sumergirla y Nesta no paró de dar vueltas en la cama hasta que acabó con las sábanas enredadas. Lo único que la sacó de la habitación fue la apremiante necesidad que sintió por ir a por una taza de té. Y la apremiante necesidad que sintió por tener algo de compañía la llevó a marcharse a la otra punta de la ciudad, a la casa del río.

Cuando abrió las puertas con el hombro, comprobó que Feyre y Elain no estaban en el comedor. Inhaló el ahumado aunque dulce aroma de su té y de sus delicias favoritas para el desayuno.

Azriel, en cambio, sí que estaba sentado al final de una de esas largas mesas, envuelto entre sombras, por más que en el exterior brillase el sol otoñal. A pesar de que seguro que sabía que Nesta estaba a punto de entrar, Az no levantó la vista.

—Buenos días —lo saludó ella.

Azriel parecía más que dispuesto a ignorarla, pero Nesta lo había hecho más que nada para provocarlo.

Él levantó la vista y murmuró:

—Buenos días.

No había ni tocado el plato repleto de comida que tenía delante. Lo que sí había apurado hasta el fondo era su taza de té.

—¿La comida no está a la altura? —preguntó Nesta mientras se sentaba a la punta opuesta de la mesa.

Az desvió la vista hacia el plato y pestañeó. Como si estuviese sorprendido de ver, efectivamente, que había comida frente a él. Pero no respondió. Sus sombras cOlgaban de sus hombros; a ellas también les daba todo igual.

—¿Dónde están los demás? —se interesó Nesta mientras se servía un poco de comida: huevos revueltos, queso curado, ensalada de rúcula especiada y tostadas.

—Cassian ha ido a ver a Eris. Aunque eso seguro que ya lo sabías.

Azriel miró a Nesta de nuevo.

Punto para el cantor de sombras.

Az prosiguió:

—Amren se ha marchado a la Corte Día para buscar en las bibliotecas de Helion con el propósito de encontrar una pista sobre los objetos Hechos que puede que se hayan despertado o vayan a hacerlo pronto, en el caso de que el dios de la muerte esté moviendo los hilos.

Nesta frunció el ceño. Podría haber ido con ella y ayudarla; le habría encantado tener una excusa para rebuscar entre la amplia y fascinante colección del alto lord de Día. O entre lo que quedaba de esa colección después de que Amarantha y sus secuaces saquearan muchas de las mil bibliotecas de Helion. Habría tenido que concentrarse tantísimo que habría logrado no pensar en su pareja. No plantearse preguntas.

—Y Feyre y Rhys —continuó Azriel— están preparándose para ir a reunirse con Jurian y Vassa, y preguntarles por Koschei.

Dio unos golpecitos en la mesa, al lado de su taza de té, con uno de esos dedos repletos de cicatrices.

Nesta miró a los fríos ojos de Azriel y añadió:

—Y para ver a Lucien.

El cantor de sombras apretó los labios. Sus sombras se agitaron.

Punto para la valquiria.

Nesta había visto lo suficiente y se había inmiscuido lo bastante como para intuir qué opinaba Azriel de Lucien Vanserra. Y por qué se sentía así, quizá. Nunca le había dicho ni una palabra a nadie, ni a él ni a Elain. Habían intercambiado más de una mirada con segundas con Feyre, pero nada más.

A Azriel se le afiló la mirada y el sifón azul que tenía en el dorso de la mano le centelleó para sumar énfasis a su reacción.

—¿Y tú? ¿Qué harás hoy? —preguntó con un tono monocorde.

Nesta se llevó una pizca de huevos revueltos y ensalada a la boca antes de responder. Por lo menos había alguien en esa corte con el mismo humor de perros que ella; no era demasiado consuelo, pero ya era algo. Al final respondió:

—Pues hoy tengo que hacer varios recados en Velaris. En realidad, la mitad son míos y la otra mitad, de Amren, pero mañana Clotho necesita que vaya a comprarle un regalo a Nyx, así que voy a ir a la biblioteca. Y, ya de paso, buscaré a Gwyn allí. Tengo que pedirle algo.

Daba igual que llevase semanas sin ver o hablar con su amiga. Eso Az, no tenía por qué saberlo. No era asunto suyo y, teniendo en cuenta lo frío que se había mostrado con ella desde que Bryce Quinlan se había marchado, Nesta no tenía pensado contárselo.

Azriel la observó. Probablemente sus sombras le estuviesen dando algún tipo de información adicional que habían recopilado. ¿Le estarían informando que Nesta casi no había hablado con Gwyn desde el Rito de Sangre? ¿Que echaba tantísimo de menos a su amiga que le dolía físicamente, por más que supiera que tenía que darle espacio sí o sí? A Gwyn la había aliviado ver salir a Nesta del Rito de Sangre, por supuesto, pero no por eso sintió menos rabia

ante el hecho de que Nesta hubiese escogido por ella, en contra de los deseos de la sacerdotisa.

¿Estarían susurrándole esas sombras a Azriel que Nesta estaba carcomida por dentro todos los días que había pasado sin su amiga? Tenía a Feyre y a Elain y, en ocasiones, a Amren, pero nada de eso podía compararse con la amistad que había forjado con Emerie y Gwyn; sobre todo con esta última. Su hermandad.

—¿Qué tienes que pedirle a Gwyn? —se interesó al fin Az con cautela.

Fue como si sus sombras le hubiesen revelado que tal vez Nesta hubiera planeado algo infame.

A pesar de que esa acusación avivó un fuego abrasador en el estómago de Nesta, respondió con ternura:

—Quiero que deje por escrito todo lo que sucedió en las cuevas con Bryce Quinlan.

Sorprender a Azriel fue tan gratificante como Nesta había esperado. Igual que lo fue ver cómo las sombras resbalaban de sus hombros y se amontonaban en el suelo, alrededor de la mesa.

—¿Tienes permiso para eso? —preguntó serio.

—Sí —mintió.

A Azriel se le contrajeron las alas y sus sombras volvieron a subir a sus hombros, como si estuvieran susurrándole algo. Aun así, Azriel no le dio ningún toque de alerta. Nesta respondió con aspereza:

—¿Quieres venir?

—No.

Agitó la taza de té una vez, dos. El sifón de su mano centelleó.

Como todavía no había acabado de meterse con esa bestia (metafóricamente hablando) y quería deshacerse un poco de la miseria que sentía ella misma, preguntó con una melindrosa sonrisa:

—¿No se suponía que tú irías a los territorios humanos?

Azriel volvió a agitar la taza, pero no mordió el anzuelo. En realidad, ni siquiera parecía que se hubiese dado cuenta de que seguían jugando a ese juego.

—Han decidido sustituirme.

Nesta se quedó petrificada. Tanto por lo que acababa de oír como por el hecho de que Azriel se lo hubiese confesado, para empezar.

Echó esas ofensivas a un lado y preguntó:

—¿Por?

Azriel no contestó. Las sombras sisearon a su alrededor como un enjambre de abejas enfadadas. Tendría que ver con Rhys, sin duda. Y como Nesta había sufrido muchas veces el enfado y el desprecio de aquel, se ablandó un poco y manifestó:

—En este caso, hoy deberías ayudarme a recordar todo lo que sucedió con Bryce y acompañarme a la biblioteca mañana a contárselo en detalle a Gwyn.

Azriel levantó sus ojos hacia los de Nesta y sus sombras se relajaron, como si la curiosidad las hubiese tranquilizado.

—¿Por qué te molestas en dejarlo por escrito siquiera?

—Porque quiero contarlo todo —le dio un sorbo al té—. Y creo… —Dio otro sorbo mientras pensaba en cómo decirlo—. Creo que debería quedar constancia de lo ocurrido. Porque forma parte de la historia y porque así nosotros lo tenemos de referente. Esa información se perdió en su día; no deberíamos volver a perderla.

«Creo que tenías esa estrella de ocho puntas tatuada por algún motivo».

Bloqueó ese recuerdo y, levantando el mentón con los ojos puestos en Azriel, añadió:

—Quien encontró a Bryce en el jardín fuiste tú. Seguramente deberíamos empezar a contar la historia a partir de ahí.

Mientras pensaba, Az repiqueteó con un dedo lleno de cicatrices en la mesa. Nesta lo había visto jugando al ajedrez con la misma intensidad. Al final, Azriel respondió:

—¿En lugar de empezar por hace dieciséis mil años?

—No lo sé —reconoció Nesta, agradecida por la relativa normalidad de la conversación, pese a lo enervante que fuese el tema—. ¿Qué es mejor, que empecemos por nosotros y por cómo descubrimos la verdad sobre lo ocurrido, o por lo que sabemos acerca de Theia, Fionn, los daglan y todo lo demás?

«Todo lo demás». Como si tres palabras pudieran englobar lo sucedido en los inicios de este mundo.

Nesta ya les había contado a Rhys y a Feyre la historia que habían descubierto con Azriel y Bryce Quinlan en los túneles que había bajo

la Prisión. Aun así, le resultaba imposible dejar de dar vueltas a los pormenores una y otra vez, como si fueran las piezas de uno de los rompecabezas de Amren.

Debería haber tenido a Cassian a su lado para ayudarla. Debería haber tenido allí a su pareja para analizar hasta la última pizca de información. Le había dado tantísimas vueltas mentalmente, fingiendo como una estúpida estar hablando con Cassian e intentando pensar en cómo lo explicaría todo, que casi podía recitarlo de memoria.

Hacía dieciséis mil años, este mundo estuvo en manos de unos amos crueles y ruines: los daglan. Eran casi imposibles de derrotar y, antes de eso, reinaron sobre fae y humanos durante incontables milenios. Hasta que Fionn (un guerrero legendario que tipos como Cassian o Rhys todavía veneraban) lideró la coalición que acabó por cargárselos, junto con el Tesoro y un sinfín de armas mágicas.

La Madre sabía las ganas que tenía Nesta de preguntarle a Cassian dónde podían localizarse esas armas; cómo un ejército de fae, inferiores en poder y tamaño, fue capaz de enfrentarse a seres prácticamente divinos y vencerlos. Nesta sospechaba que el muy imbécil había hablado del tema con Rhys. Y lo más seguro era que con Az también.

Era parte de la historia que ni siquiera Amren sabía porque, en esa época, ella estuvo en la Prisión. Había sobrevivido algo de información, un tanto ambigua y para nada tan detallada como la que tenían ahora ellos. Tras derrotar a los daglan, los fae se establecieron como el poder dominante de este mundo, esclavizando a los humanos de la misma forma en la que, en su día, los habían esclavizado a ellos mismos.

Por más vueltas que le diera Nesta a esa historia, seguía dejándole mal sabor de boca. Otro tema más para hablar con Cassian: ¿cómo podía aceptar ser una nueva fae y llevarse bien con su gente a sabiendas de lo que les hicieron antaño a sus antepasados? ¿A sabiendas de lo que muchos de ellos querían seguir haciéndoles? ¿Cómo se sentía Cassian al respecto? ¿Qué le parecía que los antiguos héroes a los que tanto adoraba se hubieran aprovechado

de su libertad para esclavizar a otros? Fionn, el gran guerrero y salvador de los fae: un esclavista para los humanos.

Nesta era incapaz de interpretar los matices. Estas cosas siempre se le habían dado mejor a Cassian; tal vez él habría podido explicarle cómo era posible que, en su día, Fionn fuese bueno y, aun así, hiciera cosas terribles.

Humanos aparte, habían mantenido cierta paz durante mil años. Los fae formaron reinos y territorios, y Prythian fue gobernado por un alto rey con una alta reina a su lado: Theia. La primera y última alta reina de Prythian.

Amarantha, que se autoproclamó alta reina de Prythian durante su reinado, no contaba. Ese monstruo nunca fue una verdadera reina en ningún sentido.

Pero Theia gobernó esas tierras. Y, en los túneles que había bajo la Prisión, Nesta y Azriel descubrieron la historia secreta de la corte olvidada que Theia estableció única y exclusivamente para refugiarse y para uso personal. Algo que, en la actualidad, tal vez pudiera considerarse una octava corte: la Prisión.

La Prisión, que en su día fue un lugar fértil y repleto de vida. La Prisión, que en su día fue gobernada por una alta lady con luzastral en las venas.

No obstante, al final, esa luzastral fue una especie de veneno que avivó y justificó una ambición de poder despiadada. Theia había traicionado a su marido, Fionn, al apoderarse de la gran espada de este: Gwydion.

Tal vez fuera mejor que Nesta no hubiese hablado de ello con Cassian. Seguro que él habría soltado alguna crítica argumentando que Theia se adueñó de los objetos mágicos que le apetecieron, y que Nesta usó el Tesoro a su antojo y le dio la Máscara a Bryce. Al imaginarse cómo iría esa discusión, apretó los dientes.

Cassian seguramente habría mencionado, de forma deliberada, que Theia no pudo salvarse de esa traición ni siquiera con Gwydion, y que al final tuvo que pagar las consecuencias. Tras guiar a su gente, incluidas sus dos hijas, a otro mundo, ella nunca regresó a este. Sin embargo, Silene, la hija más joven de Theia, consiguió alcanzar este mundo, aunque tuvo que separarse de su hermana y

de su madre, y se vio obligada a dejarlas atrás. Entonces Silene se encargó de dejar constancia de la historia, tallándola en una roca, con magia, en las catacumbas que había bajo la Prisión. Y allí cayó en el olvido hasta que Nesta, Az y Bryce Quinlan la encontraron.

Por supuesto, de haber tratado esto con Cassian, habría llegado un punto en el que Nesta habría puesto el grito en el cielo por si él realmente la consideraba tan monstruosa como Theia. Por si Cassian realmente creía que prestarle la Máscara a Bryce Quinlan era proporcional a cómo había traicionado Theia a su marido, su mundo y su gente.

Nesta tenía clarísimo que no quería oír la respuesta de su pareja.

Al enderezarse, se fijó en que Az la estaba estudiando con atención. Casi con toda seguridad sus sombras le estarían susurrando que se había vuelto a perder entre recuerdos del pasado y pensamientos de su pareja. Y, tal vez porque Az era una de las pocas personas con quienes podía ser sincera, dijo:

—¿Te pasas las noches pensando en el tiempo que estuvimos con Bryce en las cuevas? Porque yo no puedo dejar de darle vueltas.

Az lo meditó, y cualquier rastro de mal humor que hubiese atisbado antes en su rostro desapareció.

—¿Porque te sientes culpable por haberle dado la Máscara?

—No. —Nesta nunca había hablado así con nadie del tema—. Pero me da la impresión de que aún hay más por descubrir.

Los sifones de Azriel centellearon, pero el cantor de sombras mantuvo el rostro impasible y preguntó:

—¿Como qué?

Nesta se encogió de hombros y se sirvió un poco más de té.

—Todavía tenemos muy poca información sobre cómo usar el Tesoro. Sobre la Prisión; sobre lo que fue en su día. Hay un sinfín de cámaras y túneles; muchos han caído en el olvido o están escondidos. Lleváis cinco siglos yendo allí, todos vosotros, y nunca fuisteis conscientes de lo que había; ni siquiera lo notasteis. ¿Y si hay algo más escondido allí dentro?

Azriel se quedó helado y empezaron a parpadearle los sifones.

—¿Has notado algo?

—No lo sé —admitió. ¿Cómo podía explicarle siquiera lo que había visto y notado bajo el mar cuando se estaba ahogando? A lo mejor, como había estado a las puertas de la muerte, no habían sido más que alucinaciones…—. Tengo una… sensación que no puedo quitarme de encima. Nada más.

—Y quieres que Gwyn deje todo esto por escrito para poder centrarte en esa sensación.

Nesta se encogió de hombros e ignoró el tono de incredulidad de Azriel, aunque solo fuera porque ella misma sabía que parecía que hubiese perdido la cabeza.

—A lo mejor, al contarlo, ato cabos. —Que era justo lo que tan desesperadamente quería y necesitaba hacer con su pareja—. Pero, como mínimo, debería quedar constancia de ello para futuras generaciones. Por si… —No quiso terminar la frase; pronunciarlo en voz alta.

Aun así, prácticamente retándola, Azriel insistió:

—¿Por si qué?

Nesta apretó la mandíbula.

—Por si no salimos con vida del conflicto que está a punto de estallar contra el continente. Por si lo necesitan las futuras generaciones.

Az, cuyas sombras se estaban arremolinando, le examinó el rostro. Nesta aguantó el escrutinio. Permitió que viera lo que quisiera. Tampoco tenía mucho que esconder.

No obstante, Az se limitó a decir:

—Estoy seguro de que, cuando se lo cuentes a Gwyn, podrás acordarte de todo tú sola.

A pesar de su tamaño, se levantó en silencio y echó a andar hacia las puertas que daban a la terraza. Sus sombras lo siguieron como si del vaivén de una larga capa se tratase.

Y puede que Nesta fuera demasiado ingenua, tal vez muy compasiva, pero le preguntó:

—¿Estás bien?

Si lo habían relegado de una de sus habituales tareas para recopilar información, tenía que haber ocurrido algo con Rhys. Algo que le hubiese helado tanto la mirada a Az que le hubiera robado el

apetito y quitado el interés en mantener cualquier tipo de conversación.

Az se detuvo frente a las puertas de cristal. Al frenar en seco, sus sombras formaron un remolino. Sin darse la vuelta, Az preguntó en voz baja:

—¿Crees que Rhys te perdonará algún día? ¿Por haberle dado la Máscara a Bryce Quinlan?

Nesta sabía que no estaba hablando ni de ella ni de la Máscara. Pero Az era su amigo, más o menos. Fue su amigo hasta que ella le proporcionó la Máscara a Bryce. Como mínimo, tenía que ser sincera con él. Así que Nesta respondió:

—No. No lo creo. Puede que algún día consiga que vuelva a hablarme con cordialidad, pero dudo que llegue a perdonarme nunca. No creo que sea capaz.

Az lo conocía desde hacía cinco siglos. Ya debería haber sabido la respuesta a su pregunta. Aunque puede que ya la supiera y, simplemente, necesitara oírsela decir a otra persona.

Nesta esperó a que respondiera, pero él no medió ni una sola palabra más antes de dirigirse, decidido, al jardín delantero. Allí, bajo la luz, parecía una tormenta de un inquietante tono negro, cuyo único resplandor procedía de los sifones azules que llevaba en las manos llenas de cicatrices. Az cerró delicadamente las puertas tras él.

CAPÍTULO 8

Cassian

Cassian detestaba reconocerlo, pero la Corte Otoño era preciosa. Más que eso. Era como adentrarse en un sueño. El rojo, el dorado y el naranja lo envolvían todo; los árboles se alzaban como pilares de templos hacia un cielo devastadoramente azul; ese aterciopelado verdín acallaba todos y cada uno de sus pasos, y cada inhalación le llevaba el fresco olor a pinos.

Puede que, de no ser porque se encontraba frente a una de las personas que peor le caían de todo Prythian, lo hubiese disfrutado. Puede que se hubiese tumbado en la hierba para disfrutar de la densa calidez del sol que se colaba a través de los robles y los pinos.

Eris iba más engalanado que de costumbre, que ya era decir mucho. Unos anillos dorados adornaban sus largos dedos y, a pesar de que solía llevar el pelo suelto, se lo había recogido en una recargada trenza de guerrero. Y se había puesto una chaqueta plateada de la que no colgaba ni un hilo y cuyos bordados eran tan delicados que centelleaban igual que el arroyo susurrante que atravesaba el prado en el que se encontraban.

—Llegas tarde —le dijo Eris a modo de bienvenida—. Llevo quince minutos esperando.

Cassian pasó el peso de un pie al otro para controlar su mal humor.

—Tenía los vientos de Ilyria en contra.

Eso era quedarse muy corto. Se había topado con unas ráfagas brutales. Había aterrizado con solo quince minutos de retraso porque

casi había llegado a su límite, y ahora estaba agotado.

Pero no pensaba dejar que Eris viera cómo le temblaban los brazos y las piernas o cuánto le dolían los abdominales por el esfuerzo que había tenido que hacer para mantener la espalda recta mientras volaba. Ni que tenía las alas tan cansadas que a duras penas podía aguantarlas en alto y evitar que rozaran ese musgoso prado cubierto de hojas.

Si seguía con las alas desplegadas era por una simple cuestión de orgullo. Por más que ese gesto requiriera casi toda su atención. Aun así, Cassian consiguió preguntar:

—¿Acaso tienes algo más importante que hacer?

—Sí. Ir al salón de mi padre. Ayudarlo a preparar la celebración más sagrada y respetable de todo el año.

—Cierto. El Equinoccio de Otoño —respondió Cassian con un tono que le hacía parecer tan simplista y estúpido como lo consideraba Eris—. ¿Y no estamos invitados a la fiesta?

—Me han comentado que ese día vosotros también tenéis vuestra propia fiesta —contestó Eris con frialdad—. ¿No estamos nosotros invitados? El Día del Nombre del hijo de un alto lord suele ser la clase de acontecimiento al que asistimos todos.

Cassian sonrió con suficiencia. Sabía que un cabrón noble como Eris se sentiría despechado por un don nadie cualquiera como él.

—Sois nuestros enemigos, ¿lo recuerdas? ¿Por qué deberíamos invitaros? —Le guiñó un ojo y señaló la despoblada naturaleza que los rodeaba—. ¿Acaso te sientes solo entre tanto bosque últimamente, Eris?

Este jugueteó con un botón plateado de su chaqueta, delicadamente grabado, y respondió:

—Y yo que pensaba que me veías como un buen macho. —Levantó la vista hacia Cassian—. Creía que hoy se reuniría conmigo la alta lady en persona.

—Cambio de planes.

Cassian no tenía ni idea de por qué. Feyre y Rhys habían decidido reunirse con Lucien y Jurian, cosa que en un principio habían reservado para Az. Pero, al parecer, lo habían relegado de esa tarea y lo habían sustituido los propios Rhys y Feyre. De modo que a

Cassian le había correspondido ir a ver a ese pedazo de mierda insoportable.

Con un tono aburrido y mosqueado, Eris preguntó:

—¿A qué has venido?

—A informarte de lo que se ha liado en el continente —contestó Cassian sin malgastar más saliva de la necesaria con ese capullo—. Están movilizando tropas para dirigirse al sur. Koschei también está medio metido en todo esto y necesitamos encontrar pruebas sólidas para convencer al resto y que presionen a los territorios para que den marcha atrás. ¿Tu padre sabe algo al respecto?

—Si lo sabe, a mí no me ha dicho nada.

Cuando, el día anterior, Feyre le envió la orden a Cassian de que se trasladase hasta allí (lo cual, en caso de que Eris no tuviera nada más que añadir, habría sido en vano), él se encontraba en Ilyria. Cassian se había planteado regresar a Velaris la noche anterior y volar por la mañana, pero ¿para qué? Solo habría vuelto a Velaris para ver a Nesta, y últimamente…

Últimamente ni siquiera sabía qué decirle a su pareja. De modo que había extendido su estadía en el Refugio del Viento. La casa de la madre de Rhys se le antojó más fría y grande que en el pasado. Al alba puso rumbo hacia allí y agradeció la compleja ferocidad del viento que soplaba en su contra, porque así tenía con qué ocupar la mente.

Hasta que dejó de volar. Y, ahora, todos los músculos del cuerpo le gritaban que se relajara y no volviera a moverse nunca más.

Eris frunció el ceño.

—A mi padre le beneficia más que el continente salga victorioso de este conflicto que unirse a vosotros, con o sin Koschei. Eso no hace falta que me lo diga. A estas alturas ya ha establecido un patrón lo suficientemente claro como para que puedas intuir de parte de quién se pondrá.

—Y supongo que tú no vas a molestarte en mover ni un dedo para intentar convencerlo de lo contrario. —Cassian se cruzó de brazos y los músculos le aullaron en señal de protesta—. Tal vez podrías decirle que intente persuadir a los territorios del continente para que no avancen hacia el sur. Y que aliarse con Koschei es peligroso.

—Ni que esto fuera una opción…

Cassian se puso a la defensiva.

—Vale. No sé ni por qué nos hemos molestado en pedírtelo. Mor va a ir una última vez a Vallahan para intentar conseguir que cambien de opinión.

Eso, entre otras cosas. Pero no hacía falta que Eris supiera que también entraba un objeto Hecho en la ecuación.

A Eris se le tensó un músculo en la mejilla.

—No lo conseguirá.

Puede que Cassian opinara lo mismo, pero el otro lo había expresado con un tono tan petulante y burlón… que escupió:

—Cuando Mor se propone algo, lo consigue.

—A los otros les pasa igual.

Cassian esbozó una sonrisa que era todo dientes y preguntó:

—¿Cuándo harás tú algo para destituir a tu queridísimo papi?

—¿Y a ti qué más te da?

—Un Prythian unido es muchísimo más formidable frente al continente que un montón de cortes desperdigadas. Si piensas asesinar a tu padre a sangre fría, ahora es cuando más nos beneficiaría al resto.

Eris no mordió el anzuelo. En lugar de eso, se estudió las uñas, perfectamente cortadas, y al hacerlo le centellearon los anillos de los dedos.

—¿Y supongo que en Primavera están demasiado ocupados meando en árboles y arbustos como para ayudar a unificar Prythian?

—Algo así —respondió Cassian.

A Eris se le incendiaron sus ojos color ámbar. Eran puro fuego.

—¿Y quieres decirme que Thesan ha accedido a ponerse de vuestro lado? Amanecer es incluso más precavida que nosotros con este tipo de conflictos.

—Thesan no ha descartado la idea —mintió Cassian.

Todavía no se lo habían comentado al alto lord de Amanecer. Pero lo necesitarían. Y a su legión de peregryns también. Thesan se había unido al conflicto contra Hybern de forma voluntaria, pero eso supuso una amenaza que los ponía a todos en peligro con

consecuencias inmediatas. Esto era distinto. Tendrían que andarse con pies de plomo cuando se lo expusieran a Thesan.

—Pero está preocupado por la implicación de Koschei, como tiene que ser. De ahí que necesitemos pruebas que demuestren su alianza. Así conseguiríamos convencerlo para que se pusiera de nuestra parte.

Eris sonrió, como si oliese las mentiras de Cassian con la misma facilidad que uno de sus famosos sabuesos de humo.

—Te voy a ahorrar el discursito ese de que «Juntos ganamos, separados nos hundimos», y te diré la verdad —contestó el otro macho fríamente—. Por más que todas las legiones de las cortes de Prythian se unieran para hacerle frente a la amenaza de Koschei, nunca podríamos enfrentarnos al poder combinado de Rask, Vallahan, Montesere y los fae libres que decidan unírseles. Esté usándolos el lord de la muerte como marionetas o no.

—Precisamente por eso tenemos que demostrarles a los otros territorios que Koschei está metido en todo esto. Y conseguir que presionen a Rask, Vallahan y Montesere para que se echen atrás.

—Puede —dijo Eris con tanta templanza que Cassian apretó los dientes—. Pero ¿cabe la posibilidad de que los mismos territorios con los que contáis para frenar la invasión hagan justo lo contrario? ¿Que, cuando tuvieran la oportunidad, se arriesgaran a enfrentarse a la amenaza que supone Koschei y decidieran avanzar también hacia el sur para conquistar territorio humano antes de que alguien se lo apropie del todo? Muchos son lo bastante arrogantes como para pensar que podrían hacer frente solos a Koschei… Después de recuperar las viejas tierras.

Cassian negó con la cabeza; el asco que sentía le revolvió el estómago.

—Es una posibilidad, por supuesto.

¿No era eso lo que había oído Az hacía unos días en las montañas de Montesere? ¿Que sus enemigos estaban buscando la caja que contenía el hilo de vida de Koschei para poder controlarlo? Eran todos unos insensatos por jugar a dos bandas con un dios de la muerte.

Cassian suspiró.

—Pero echarnos a un lado y dejar que esto ocurra…

—Sería lo más inteligente. Aunque ya sé que la inteligencia y tú no vais de la mano —lo cortó Eris, aguantándole la mirada con una intensidad que dejaba entrever el alto lord en el que tal vez se convertiría algún día, si Cassian no lo mataba primero—. Sois unos estúpidos por permitir que Morrigan regrese a Vallahan cuando está a punto de estallar la guerra. Y sois unos estúpidos por meteros en un conflicto que no tiene nada que ver con vuestras tierras.

—No es la primera vez que oímos algo así —se defendió Cassian con una arrogancia desdeñosa y calculada para enervar a Eris—. Pero esta clase de situaciones suelen acabar beneficiándonos.

—Esta vez no ocurrirá. No si Koschei está involucrado.

Cassian bufó y respondió:

—Gracias por tu ayuda.

—No te lo digo por ser cruel —espetó Eris—. Lo hago para que no acabéis todos muertos. O peor.

—Pues yo diría que te encantaría —lo provocó Cassian.

Habría jurado que una pizca de dolor le atravesó la mirada a Eris.

—Si, después de todo, de verdad crees esto, es que eres tonto de remate.

Cassian adoptó una expresión neutral. Eris había estado a puntísimo de confesar que le caían bien. Que se preocupaba por el bienestar de todos ellos.

Para evitar tener que plantearse seriamente si Eris los consideraba amigos de verdad, Cassian se dio la vuelta y desplegó las alas. ¿Por qué cojones lo había enviado Feyre a hacer esto? A lo mejor no era más que una tarea pesada, como las que les encargaba él a los gruñones de sus tropas para cansarlos y que dejaran de quejarse.

Una mano fuerte e implacable lo agarró por el antebrazo. Cassian bajó la vista hacia ese punto y pestañeó a la vez que se llevaba la otra mano a la daga que tenía en un costado.

Eris tenía la mirada incendiada.

—Rhysand es inteligente, eso es cierto. Pero a lo largo de los últimos años ha demostrado ser demasiado compasivo. Peligrosamente compasivo. Este conflicto no lo vamos a resolver a base de conversaciones civilizadas en Storr.

¿Cómo se había enterado Eris de esa reunión? Cassian se zafó de él.

—Como me vuelvas a tocar, te corto la mano.

Eris no cedió, aunque lo soltó y los anillos le centellearon de nuevo bajo la luz del sol.

—El Equinoccio de Otoño es un momento de equilibrio: luz y oscuridad perfectamente unidas en un solo día.

—¿Adónde coño quieres llegar?

—A que tal vez deberíais pensarlo un poco. Todos. No se puede tener demasiado ni de una cosa ni de la otra. La luz hace que valoremos la oscuridad y la oscuridad hace que valoremos la luz. Hace quinientos años, después de la guerra, la balanza se decantó demasiado. Ahora quieren volver a equilibrarla y puede que Koschei sea el medio para hacerlo. Puede que no sea tan mala idea.

A Cassian se le agitaron las alas.

—Eso díselo a los humanos que están a punto de perder la vida y sus casas.

—Díselo tú a los fae que perdieron las suyas hace quinientos años.

Cassian frunció los labios.

—No he venido aquí para hablar de las cuestiones éticas de esta invasión. Y, a no ser que tengas algo útil que contarme, ya hemos terminado. Disfruta de tu festividad de mierda tan bien equilibrada.

Eris gruñó.

—Yo que tú vigilaría con los insultos hacia la Madre y sus días sagrados. Sobre todo después de lo que te ha dado a ti, nada menos.

—¿A qué cojones te refieres?

Eris se encogió de hombros y su refinada chaqueta resplandeció.

—La Madre os hizo un regalo cuando os dio a tu pareja. No solo a tu corte, sino también a ti. Si yo fuera tú, me pasaría los días arrodillado dándole las gracias a la Madre por eso.

Efectivamente, antes de que Bryce Quinlan llegara, Cassian se pasaba los días arrodillado. No solo para agradecerle a la Madre que le hubiese dado a Nesta, sino además para demostrarle a su pareja lo muchísimo que la apreciaba.

Pero no le pasó desapercibida la dureza que se escondía en los ojos de Eris. Y no pudo evitar regodearse en la miseria de este y preguntar:

—¿Celoso?

—Hice una oferta por ella —espetó Eris mientras se metía las manos en los bolsillos.

Se le movió la daga Hecha que llevaba en el costado y el sencillo mango titiló bajo el sol.

¿La habría blandido ya, el noblecillo? ¿Habría descubierto los poderes que tenía; esos que le otorgó Nesta, fueran los que fuesen? ¿Se había atrevido siquiera a llevarla encima en presencia de su padre o le daban miedo las preguntas que pudiera suscitar? Se la habían devuelto hacía meses, después de todo el tema de Briallyn. Pero seguro que Eris no sería tan estúpido como para llevar la daga delante de Beron. O de cualquier otra persona de la Corte Otoño. A lo mejor por eso había accedido a reunirse ese día: para tener la oportunidad de llevar la daga encima y fanfarronear de poseerla. Cassian lo veía capaz.

Eris volvió a encogerse de hombros.

—Parejas aparte, cuando Nesta se canse de ti, mi oferta seguirá en pie.

Una rabia apabullante se adueñó de Cassian y el poder hizo que le chisporrotearan los sifones.

—No va a pasar.

Eris sonrió con picardía.

—¿Dónde está, pues? Nos hemos reunido en cuatro ocasiones y no la he visto ni una sola vez. Me pregunto por qué será…

Cassian no se molestó en responder. Daba igual lo que dijera o hiciera Eris, o en quién se convirtiera. Nunca serían amigos; no en el verdadero sentido de la palabra. El noblecillo ese podía irse a la mierda.

Eris entornó los ojos con la vista puesta en el cielo que se atisbaba en lo alto del follaje y añadió:

—Te voy a advertir de algo: como provoquéis al continente para ir a la guerra, como traigáis ese conflicto a las puertas de Prythian… —

Bajó la mirada, férrea y abrasadora, hacia Cassian—. Ni siquiera el poder de tu pareja podrá salvaros.

Dicho eso, el muy cabrón se transportó, dejando un torbellino de hojas rojas y doradas a su paso.

Azriel

¡Intruso! ¡Viajero! ¡Desconocido!

Azriel estaba en la casa de la ciudad, leyendo los informes diarios de Nuala y Cerridwen (de momento no había recibido nada relevante ni de Rask ni de Montesere) cuando sus sombras empezaron a envolverlo y a gritar.

¡Intruso! ¡Viajero! ¡Desconocido!

Az salió al exterior, frente a la puerta de entrada, y echó a volar antes de que pudiera pensárselo dos veces.

Hacía un día soleado, la ciudad estaba calmadamente llena de vida, y no notó ni una pizca de descontento en el aire.

Desconocido. Río. Miedo.

Giró las alas, empezó a descender y el agudo sonido del viento le inundó los tímpanos mientras sobrevolaba el Sidra. El agua era de un nítido turquesa claro; había varias barcas en la superficie y los puentes estaban repletos de peatones que no parecían preocupados en absoluto.

Se abalanzó hacia delante para estudiar el agua; era tan cristalina que se podía ver con suma claridad lo que había sumergido a casi diez metros.

Había aprendido a volar de pequeño. Sin embargo, tardó varias décadas en entender el viento, las nubes y la luz de forma instintiva; en confiar en su propio cuerpo para que hiciera aquello para lo que había nacido.

Miedo. Sombras. Escondido…

Le vino una imagen a la cabeza, cortesía de sus sombras. Había algo, alguien, oculto en la sombra de uno de los buques mercantes

atracados, agazapado entre la pared del muelle y la nave en sí. Agarrándose a las piedras con unos dedos largos con garras.

Las sombras de Az se acercaron, le enseñaron aquella distintiva proa tallada con ese caballo rampante con cola de pez y él estudió la orilla en busca de… Ahí. Los sifones se le activaron mientras Az aunaba su poder y se preparaba para atacar.

Mor estaba en la ciudad. En algún sitio. Y Nesta se encontraba en la Casa del Viento. Todos los demás estaban fuera; sin embargo, si las sombras de Az conseguían avisar a ambas hembras, tal vez podrían hacer frente a esa criatura los tres juntos. Antes de que supusiera una amenaza para Nyx y la gente de la ciudad.

Cuando pasó volando, los marineros y los mercantes más curiosos alzaron la vista hacia él. Una intensa ráfaga de viento proveniente del río desequilibró a Az, que tuvo que estabilizarse con tanta fuerza que se le tensaron las alas. Aquel gigante de madera y velas que andaba buscando se alzó ante él y Az puso todos sus sentidos en el punto en que el casco de la nave tocaba el río, en la sombra que ofrecía justo detrás…

Ahí, ahí, insistieron sus sombras. *Miedo. Vivo, pero no del todo. Muerto, pero no del todo.*

Azriel se llevó una mano al hombro para asir la espada ilyria. La desenfundó con un silencioso gesto. Ni siquiera se molestó en agarrar El que dice la verdad. Por él, la daga podía desintegrarse.

Aterrizó en la orilla sin hacer ruido e inspeccionó el barco y el río antes de camuflarse con las sombras. No había nada mejor que ser una mancha de oscuridad en medio de la luz. Se perdió entre la penumbra del muelle. Una habilidad que Devlon le había hecho aprender por las malas prácticamente desde el primer día en que llegó al Refugio del Viento.

Y cuando superó los conocimientos de Devlon sobre cómo entrenar a cantores de sombras, los otros tutores que llevaron allí consiguieron que Az añorase los días en los que aquel quisquilloso lord ilyrio había estado a cargo de su educación.

Escondido, Az miró hacia el punto que quedaba entre la pared de piedra y el casco de la nave.

Una cara blanca le devolvió la mirada.

Si Az se mantuvo inmóvil por completo y sin hacer caso a sus instintos (que le gritaban que retrocediera, echara a correr y alzara el vuelo) fue porque estaba muy bien entrenado. Y, como permaneció quieto, siguió sin ser más que una sombra. Nada.

Aquel rostro blanco con ojos de pez extremadamente grandes pasó por delante de él, inspeccionando el cielo y el barco. Como si supiera que Az se estaba acercando pero no fuera consciente de que ya se encontraba allí, a escasos centímetros.

Esa criatura era un poco macho y un poco fae. Blanca como los huesos, larguirucha y con unos dedos con membranas y garras en los extremos. No paraba de juntar y separar los labios, y los tenía tan hinchados que parecía que le fueran a estallar. Un pez en tierra firme.

La criatura clavó las garras en el lateral del casco, repleto de percebes incrustados. Tenía la mitad del cuerpo dentro del agua y la otra mitad fuera, pero la que estaba sumergida en el río…

Un pez en tierra firme, efectivamente. Donde debería haber habido unas piernas, había una cola con escamas del mismo blanco espectral que el resto del cuerpo. Era como si hubiese salido a rastras de algún agujero del fondo del mar donde no llega la luz. «A lo mejor es eso», reflexionó Az mientras la criatura seguía escondida bajo la sombra, mirando el cielo, el barco y el muelle con los ojos entornados.

Vivo, pero no del todo. Muerto, pero no del todo.

Az no acababa de entender a sus sombras mientras estas intentaban descifrar de qué se trataba. La criatura en cuestión observó todo a su alrededor, moviendo la cola debajo del agua para mantenerse a flote. Sus sombras tenían razón al mencionarle el miedo. La cosa que se hallaba delante de él estaba asustadísima. Y, aun así… A Az no le dio la impresión de que estuviera perdida.

Ha venido aquí; la han enviado, le confirmaron sus sombras. Y eso significaba que había llegado la hora de las preguntas.

Los sifones de Az se iluminaron enseguida y emitieron una potente luz azul. Una luz que se aferró alrededor de una de las muñecas de la criatura y la incrustó al casco de la nave.

La criatura se sacudió y con la cola azotó el barco, el muelle y el agua de forma tan enérgica que seguro que alguien se daría cuenta.

—Cálmate —le ordenó Azriel, saliendo finalmente de entre las sombras.

La criatura arañó los grilletes azules que la sujetaban por la muñeca con tanta fuerza que empezó a sangrar. También le sangraba la cola en el punto en que se le habían desprendido las escamas.

—No te voy a hacer daño —dijo Azriel, a pesar de que su entonación fue dura.

Y, sinceramente, supuso que lo que le había expresado tampoco era del todo cierto. No le haría daño a esa cosa… Todavía. El honor era un lujo que no solía permitirse a menudo.

La criatura se sacudió de nuevo, estampando su flaquísimo cuerpo contra el barco una sola vez antes de flaquear. Despacio, la cosa giró la cara hacia Az y parpadeó un segundo con sus enormes ojos.

—Dime qué haces aquí —le ordenó Azriel.

La criatura cerró su hinchada boca. El miedo seguía impregnándole su olor. Aun así, con la voz áspera, como si proviniera de lo más profundo de su garganta, respondió:

—Traigo un mensaje para el alto lord y la alta lady de la Corte Noche.

Az mantuvo una expresión neutral.

Es verdad, le confirmaron sus sombras.

Az se aseguró de que no hubiese ni pizca de curiosidad o sorpresa en su tono, y respondió:

—Has escogido un lugar peculiar para ello.

Esa extraña voz habló de nuevo:

—Demasiada gente. Demasiado ruido. Demasiado todo.

Por eso había buscado una sombra en la que esconderse.

—¿Quién te ha enviado?

En su día, se habría llevado a la cosa esa a la mazmorra más cercana y habría procedido a interrogarla siguiendo su método habitual. Pero ahora… Después de haber visto cómo se estremecía Feyre cuando él interrogaba a sus enemigos, debía intentarlo de otra forma. Una vez, al menos. Se lo debía a ella.

La criatura se fijó minuciosamente en el rostro, en las alas. Abrió la boca y volvió a cerrarla, como si le costara respirar.

—Hybern.

Az tuvo que controlarse como el que más para no pestañear sorprendido. Para no levantar la espada que seguía teniendo en la mano y blandirla para acabar con la miserable vida de esta criatura con un solo movimiento. En lugar de eso, Az, sin mostrar emoción alguna, se obligó a preguntar:

—¿Y por qué Hybern quiere enviar un mensaje a la Corte Noche?

La cosa gorjeó. La saliva se amontonaba en las comisuras de sus circulares labios.

—Quieren… Reunirse.

—Ni hablar.

Az no tenía autoridad para decidirlo, pero se apostaba lo que fuera a que esa sería la respuesta de Rhys y Feyre.

La criatura aleteó la cola una vez, dos. Intentó zafarse de los grilletes de nuevo, pero su esfuerzo volvió a ser en vano. Se quedó inmóvil un segundo.

—Hybern… Quiere… —Tenía que coger aire a cada palabra que pronunciaba—. Formar… Una alianza.

Az se quedó petrificado ahí mismo a causa de la estupefacción.

—Una alianza… —repitió el cantor de sombras remarcando bien esas palabras.

Sin embargo, antes de que pudiera terminar, antes de que pudiera dominar su propia estupefacción, la criatura se estremeció y desfalleció. Con un último suspiro, cerró los ojos casi aliviada y su blanca piel comenzó a formar burbujas y espuma. Y se derritió en el agua. Donde antes había habido una criatura medio colgando de esos grilletes azules, ahora solo quedaba espuma.

Vivo, pero no del todo. Muerto, pero no del todo, habían susurrado las sombras de Az. Como si esta criatura existiera entre dos estados y, ahora que había cumplido con su propósito, hubiera dejado de existir por completo.

Sus sombras barrieron la espuma, el agua.

Ha desaparecido, le informaron. *Ha vuelto a su lugar de origen. Sal a la sal; agua al agua.*

O sea que se trataba de una especie de creación mágica. Az se frotó la nuca. Para crear algo que pudiera pensar y sobrevivir por sí solo había que recurrir a hechizos complicados. Aunque al final esa criatura solo tuviera una razón de ser y fuera a desaparecer en cuanto cumpliera su misión. Una criatura a la que, pese a no tener alma, la movía la necesidad.

Az permaneció con la vista puesta en la espuma del mar hasta que las burbujas empequeñecieron y se separaron; hasta que el Sidra recuperó su prístino color turquesa. Hasta que lo único que le devolvió Az fue su propio reflejo.

CAPÍTULO 9

Feyre

Se me había olvidado lo implacable que podía ser el frío otoñal en tierras humanas. Era como si la muerte estuviera acechando en todas partes; esperando, con las manos heladas, a que pudiera arrebatar cualquier pizca de vida y calidez.

Hacía pocos años, yo misma había temido este gélido aire. Cada año me despertaba absolutamente aterrada con esa primera helada centelleando en los secos prados que se extendían detrás de nuestra choza. No podía hacer nada para evitar la llegada de ese invierno letal.

Parecía que Lucien estuviera haciendo todo lo posible por intentar que sus compañeros no notaran el frío, que no paraba de aumentar. En cada hogar chisporroteaba una hoguera extraordinariamente grande (sin leña) y hacía un calor sofocante en todas las estancias.

Aun así, a Vassa, con la vista puesta en el ocaso y apoyada en una ventana que necesitaba una limpieza urgente, no daba la impresión de que le importara el calor. Tampoco era ninguna sorpresa, puesto que lucía su aspecto de pájaro de fuego y ella misma parecía poco más que una llama con vida.

Jurian, en cambio, se había arremangado y ahora estaba de pie al lado del largo escritorio que había cerca de la pared del fondo. Estaba observando el mapa que Rhys y yo habíamos desplegado sobre la superficie para que pudiéramos echarle todos una ojeada.

Jurian hizo una mueca y se le marcaron las rígidas líneas del rostro.

—Habría pensado que al menos tú, Rhysand, te acordarías de lo poco que les importó la diplomacia a los otros durante la última guerra.

—Teníamos que intentarlo —se defendió Rhys, que se apoyaba en el escritorio.

—Llevas prácticamente dos años intentándolo —argumentó Jurian. Clavó un dedo lleno de cicatrices en el mapa, justo donde el muro atravesaba el continente—. No ha servido de nada.

Yo, que estaba al otro lado del escritorio, lo señalé con la cabeza y tercié:

—No recuerdo haberte visto en las negociaciones.

Jurian resopló y contestó:

—Porque sabía que no serviría de nada.

—Además, el resto no se habría dignado a reunirse con él —añadió Lucien.

Estaba mirando el mapa con la frente arrugada y su metálico ojo dorado emitió un chasquido.

Jurian hizo otra mueca, pero se quedó callado.

Se suponía que quien tenía que venir a esta reunión era Az, pero Rhys me comentó la tarde anterior que, debido a todo lo que estaba ocurriendo, teníamos que asistir nosotros en su lugar. Había otra razón, lo notaba, pero Rhys no entró en detalles. Ya me lo contaría cuando estuviera preparado.

Y, a decir verdad, me alegré de tener una excusa para salir de Velaris, por más que mi pareja me dijera justo después de que nos transportáramos aquí que Amren se encontraba en la Corte Día. Visto lo visto, también estaba intentando evitarme. Bien.

Un destello de luz hizo que desviáramos la atención hacia la ventana en la que se había apoyado Vassa. El sol ya se había puesto en el horizonte y una llama cada vez más y más grande se convirtió en…

—Sinceramente —intervino Vassa, adoptando su forma humana y vestida con unas prendas de gamuza y cuero que habían visto días mejores—, yo tampoco habría accedido a reunirme con Jurian. Y menos ahora que se ha cortado así el pelo.

Jurian puso los ojos en blanco ante esa burla y volvió a guardar silencio.

Vassa asintió hacia mí y luego, con cierto brillo en sus ojos color cobalto, hacia Rhysand.

—No poder decir ni pío mientras este par de idiotas hablan de cosas importantes es una agonía.

Lucien la miró exasperado.

—Has tenido que esperar tres minutos desde que han llegado hasta que se ha puesto el sol —señaló.

Vassa hizo caso omiso de su comentario y se acercó para inspeccionar el mapa. Me fijé en qué punto posaba primero la vista: el amplio y gigantesco lago que había en medio del continente, justo donde estaba el territorio de fae sin Corte.

—Koschei está manipulando los territorios; eso seguro —comentó retomando la información que les habíamos dado nada más llegar. Jugueteó con un dedo con una esquina desgastada del mapa y prosiguió—: Os lo puedo confirmar sin lugar a dudas. Lleva haciendo lo mismo para divertirse desde hace muchísimo tiempo.

—Pero necesitamos pruebas —indicó Rhys—. Pruebas reales, tangibles.

—¿Como qué? —quiso saber Vassa—. ¿No basta con mi palabra?

—Ojalá bastara —respondió Rhys con delicadeza, irguiéndose y adoptando una postura más formal—. Pero, para convencer a los territorios fae, necesitamos a alguien que no vaya a beneficiarse de su fracaso; alguien a quien Koschei no tenga esclavizado.

—Pero ¿acaso es distinto a lo que ha hecho en el pasado? —preguntó Vassa.

Rhys señaló los tres territorios uno a uno y luego, las extensas tierras libres debajo.

—Sí. Está presionándolos para la invasión. Esto ya no es mero divertimiento. Y tenemos que saber por qué.

—Dudo que los territorios necesiten que Koschei les insista demasiado para hacerlo —contraargumentó Vassa, sin miedo alguno del alto lord que tenía delante, con toda su gloria. Aun así, apretó la mandíbula mientras desviaba la vista hacia el lago—. Pero si los objetos Hechos y, sobre todo, los malvados, se están despertando y

quieren que los encuentren… —añadió señalando a la distancia con un gesto de mentón—. Sí. Eso implicaría que, en efecto, Koschei está intentando hacer algo para escapar por fin del lago. Quiere un arsenal.

—Es posible que nuestros enemigos sean plenamente conscientes de que tiene la intención de liberarse —comentó Rhys—. Y de la amenaza que supondría esto para ellos, por más que cumplieran con la parte del trato que les corresponda, sea lo que sea. Están buscando la caja que contiene la muerte de Koschei para poder usarla y controlarlo en caso de que se muestre… inflexible.

—Pues encontradla primero —sugirió Jurian.

En esta ocasión, quien puso los ojos en blanco fue Vassa.

—Es imposible. —Nos señaló a mi pareja y a mí con la cabeza—. La escondió el mismísimo Koschei. Y nunca le he oído mencionar ni siquiera una pista que pudiese indicar dónde se halla.

—Pero ¿qué es un hilo de vida? —pregunté—. ¿Alguna vez escuchaste que Koschei lo nombrara cuando estabas en su lago?

Vassa negó con la cabeza y respondió:

—No. Nunca, pero hilo de vida o no, si vuestros enemigos están buscando la caja, están perdiendo el tiempo. Nadie puede encontrarla. Y cuando Koschei descubra que lo están traicionando, les hará pagar por ello; haya escapado del lago o no.

Ni siquiera Amren, que les había dicho que tenían que actuar de inmediato, había sugerido la opción de ir a por la caja. Debería saber lo que acababa de declarar Vassa: que era imposible. Aunque tampoco es que yo pensara preguntárselo pronto a Amren.

—Está todo relacionado —comenté—. Que Koschei esté instando a esta invasión y quiera salir del lago. Por qué lo está haciendo ahora cuando tuvo la oportunidad perfecta para llevarlo a cabo durante la guerra contra Hybern, mientras estábamos todos distraídos. Además, ¿qué espera ganar con esta invasión en concreto? Tenemos que dar con ella antes de que nos explote en la cara.

Rhys no perdió ni un segundo y aclaró:

—Pero, primero, hemos de conseguir pruebas que demuestren que Koschei está manipulando Rask, Montesere y Vallahan para que los demás territorios los presionen y se echen atrás. Y debemos pararle

los pies a Koschei para evitar que escape del lago y se haga con los objetos Hechos que se están despertando.

—¿Pararle los pies? ¿No cargárnoslo? —preguntó Vassa.

—En el mejor de los casos, cargárnoslo. Pero, si es cierto que nunca nadie podrá encontrar esa caja de la muerte, de momento me conformaré con pararle los pies. —Coloqué una mano en el brazo de Vassa y le pregunté—: ¿Has descubierto algo más sobre cómo acabar con tu maldición?

Sabía que era un tema delicado, pero tenía que preguntárselo.

Lucien hizo una mueca. Incluso Jurian miró a Vassa con recelo. Sin embargo, la reina (la antigua reina, supuse) levantó el mentón y respondió:

—Han venido un sinfín de chamanes y adivinos a casa. Ninguno le ve el sentido a mi maldición.

Al detectar la pena que transmitía su tono, debería haber dejado el tema ahí. Sin embargo, me encontré preguntando:

—Las demás reinas no te han entregado a Koschei, pero ¿por qué le interesabas tanto a él, para empezar? ¿Por qué preocuparse por cualquiera de las hembras a las que atrapó allí?

—¿Aparte de porque es un monstruo narcisista? —sugirió Jurian.

Lucien soltó un gruñido para darle la razón.

Vassa desvió la vista hacia la zona este del mapa. Por un segundo, pensé que tal vez ignoraría mi pregunta, pero entonces contestó:

—Soy descendiente lejana de la hembra fae que atrapó a Koschei. Todas las mujeres que hay atrapadas actualmente en el lago también son descendientes suyas. Todas humanas; todas con una simple traza fae corriéndoles por las venas. Koschei delira y piensa que tenemos algo que ver con su libertad. Por nuestro antiguo linaje. Y… —Su voz se llenó de enfado—. Siente un placer enfermizo cuando atrapa a descendientes de la hembra que lo maldijo. Es como si, en cierto modo, sintiera que así puede vengarse de ella.

—Es deleznable. —Exhalé.

—Para deleznable, él —me corrigió Vassa—. No es más que una criatura llena de odio, codicia y putrefacción.

Rhys estaba observando atentamente el rostro de Vassa.

—¿Te has reunido otra vez con Helion para que vuelva a intentar romper tu maldición?

Vassa se pasó la mano por su pelirroja cabellera, que le llegaba a la altura de los hombros.

—Sí. Más bien le rogué que acudiese y lo intentara de nuevo. Vino pavoneándose hace unos meses, me miró una única vez y afirmó que era una causa perdida.

Tuve que esforzarme para no mirar a Lucien para ver si mostraba algún signo de incomodidad. ¿Habría presenciado él dicho encuentro?

Todavía no sabe que Helion es su verdadero padre, me dijo Rhys de mente a mente*. Dejémoslo así.*

¿Por qué?, le pregunté a través del vínculo.

Porque es una información valiosa que deberíamos desvelar a su debido tiempo.

Reí por lo bajo mentalmente y respondí: *Menudo conspirador estás hecho.*

Siempre.

—Vassa tiene que andarse con cuidado a la hora de buscar a alguien que la ayude a deshacerse de la maldición —argumentó Lucien. Estudió el mapa y su ojo dorado emitió un zumbido—. En cuanto Koschei descubra que está intentando romper el hechizo, la volverá a llamar.

—Pero hiciste un trato —le dije a Vassa—. Tienes derecho a pasar algo de tiempo en el exterior antes de regresar al lago.

Los ojos azules de la antigua reina se ensombrecieron como las aguas de un mar en plena tempestad.

—Cierto, pero también prometí que no intentaría acabar con la maldición.

—De modo que si Koschei descubre que ha vulnerado su parte del trato, él hará lo mismo con la suya —concluyó Lucien con seriedad.

Yo sabía de primera mano lo poderosos que podían ser los tratos con los fae. Sabía que, si los rompías, tal vez tuvieras que pagar un precio terrible a causa de la magia vinculante.

Rhys carraspeó.

—Vassa, dime una cosa: cuando Koschei te dejó marchar la primera vez, ¿te dijo por qué? No puede ser que lo hiciera por bondad. ¿Por qué accedió?

Vassa recorrió el río que iba de la costa oeste hasta el lago de Koschei con el dedo y respondió:

—Tu padre, Feyre… —Se le coló algo en la voz; algo que yo habría jurado que era dolor—. Era muy bueno haciendo tratos.

Se me encogió un poco el corazón. Al igual que ocurría cada vez que visitaba aquella lápida solitaria que había en las verdes colinas a las afueras de Velaris.

—Pero ¿en qué beneficia esto a Koschei? —insistió Rhys—. ¿Por qué dejarte salir si estaba clarísimo que nos ayudarías a nosotros, a la misma gente que querría cargarse luego a Briallyn? —Mi pareja ladeó la cabeza y se giró hacia Lucien—. ¿Alguno de los tuyos le dio algo a cambio?

—Koschei no ha recibido nada —contestó Lucien sombríamente—. Por lo visto, le pareció divertido.

Estudié la genérica representación del amplio lago. No el que se hallaba cerca del palacio de Briallyn, donde Cassian y Azriel se habían cruzado con el espectro de Koschei, sino más bien el verdadero lugar donde residía el lord de la muerte. Una simple y minúscula mancha representaba la ubicación de su castillo. Ni un solo detalle más, aunque bien que haría falta. Y no solo eso. Como si estuviera pensando lo mismo, Rhys interpeló a Lucien:

—No sabía que te hubieses acercado tanto a él ese día como para poder fijarte en todo eso.

—No me acerqué —argumentó Lucien—. Solo lo vi un segundo y a lo lejos, pero oí su risa reverberando por el lago. —Me señaló con el mentón—. El único de nosotros que tuvo la valentía suficiente para aproximarse a él fue tu padre. La mismísima presencia de Koschei parecía drenarnos toda la alegría, todo el valor, toda la esperanza. —Tragó saliva y se le movió la nuez. Acto seguido añadió con delicadeza—: Pero tu padre estaba tan desesperado por ayudaros a ti y a tus hermanas que superó el miedo al lord de la muerte. Os quería muchísimo.

Sus palabras iban cargadas de dolor. Tal vez porque Lucien nunca había tenido un padre que se preocupara así por él. Aunque al mío le hubiese costado toda una vida intentarlo siquiera.

Rhys le dijo a Vassa:

—Pero tú sí que has estado cerca de Koschei a menudo.

Vassa negó con la cabeza.

—Koschei se mantenía alejado. Usaba la magia para que la voz le sonara alta y clara por todo el lago. Creo que le gustaba que nadie lo viera, porque así nos imaginábamos lo peor. Porque así nos imaginábamos nuestras peores pesadillas. Había chicas que temblaban y sollozaban con solo oírle la voz. A veces, Koschei susurraba a través del viento que se colaba por los árboles para atormentarlas.

Rhys apretó los labios.

—¿Puedo meterme en tu mente? ¿Para verlo yo mismo?

Vassa entró en tensión. Lucien y Jurian la miraron con recelo, protectores.

—No —contestó Vassa, palideciendo desmesuradamente hasta que sus pecas parecieron manchas de barro—. Lo-lo siento, pero me…

Empezaron a temblarle las manos.

Esta guerrera había luchado en batallas por nosotros, había peleado codo con codo con mi pareja y nunca se había echado atrás. Sin embargo, resultaba evidente que esta petición la superaba.

—Demasiadas criaturas fae me han… tocado con su magia —nos contó con la voz rasposa.

Olía muchísimo a miedo.

Jurian apoyó una mano demacrada en su hombro y desvió su abrasadora mirada hacia Rhys.

—Te dirá lo que sabe, pero ya está. Y tú no harás nada más invasivo.

Miré a Lucien justo a tiempo para descubrir que él también tragaba saliva y se le movía la nuez al oler el terror que seguía emanando de Vassa. Lucien añadió:

—Si Vassa no quiere, tampoco tiene por qué hacerlo.

Me deshice de la curiosidad que sentía por aquella pizca de protección y comenté:

—Pero, si quisieras, podrías contárnoslo solo a uno de nosotros. Incluso podrías hablar con Mor. —Le dediqué una sonrisa—. Suele caer mejor a la gente.

—Me acabas de ofender —terció Rhys, y yo supe que había soltado esa pullita por Vassa.

Para destensar un poco más el ambiente, señalé a mi pareja y proseguí:

—Tú eres demasiado astuto. Az da demasiado miedo. Y Cassian seguramente acabaría metiéndonos en otro conflicto cuando a duras penas podemos lidiar con uno.

—No me sorprendería lo más mínimo —respondió Lucien.

A lo mejor también lo hizo por el bien de Vassa.

De todos modos, Rhys se dirigió a Lucien con un poco menos de jocosidad en la voz.

—Si Vassa no puede decirnos nada nuevo sobre Koschei, supongo que ahora solo quedas tú.

Lucien se movió un poco.

—¿Yo no soy ya vuestro emisario en tierras humanas?

—Tenemos que encontrar algo que demuestre que Koschei está aliado con nuestros enemigos. Beron ha dejado claro que está más que dispuesto a dejarse influir por Koschei. Y este seguro que sabe que estamos conspirando contra él. Así que, si pretende actuar contra Prythian, lo hará pronto. Quiero que te vayas a la Corte Otoño hasta que llegue el momento. Y que uses esto —Rhys se llevó la mano al bolsillo— para capturar tus memorias y así los demás podamos verlo.

Depositó el Veritas encima de la mesa, con delicadeza.

Al ver el orbe, no pude evitar mostrar mi sorpresa. Aparentemente, a Vassa y a Jurian les sucedió lo mismo.

—Podrían matarlo si Beron lo descubre, Rhys —protesté.

Rhys hizo un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto y manifestó:

—No si va a la Corte Otoño bajo el pretexto adecuado.

—¿Y qué pretexto es ese? —quise saber.

Rhys volvió a apoyarse en el escritorio y se dirigió de nuevo a Lucien.

—Técnicamente sigues trabajando como el segundo al mando de Tamlin. Tamlin, que tiene cierta tendencia a aliarse con enemigos por más que eso ponga en jaque la seguridad de Prythian. A nadie le parecerá sospechoso que, de pronto, envíe a su mano derecha a la Corte Otoño para intentar encontrar la forma de unirse a esta infame alianza con Koschei.

Ahora quien negó con la cabeza fui yo.

—Como Tamlin se entere de todo esto, lo matará…

—Tamlin está demasiado ocupado persiguiendo conejos y ardillas por ahí como para darse cuenta de lo que ocurre fuera de sus fronteras. O de lo que hace su segundo al mando en su nombre. Y la gente de la Corte Otoño está demasiado ocupada intentando sacarles provecho a sus tierras como para preocuparse por quién los gobierna o qué hacen.

—Te has vuelto loco —opinó Vassa vacilante. Lucien parecía querer darle la razón—. ¿A quién intentas engañar exactamente?

Rhys plantó un dedo en el recuadro de Prythian que había a la izquierda del mapa.

—La corte de Tamlin es la única que perdió terreno después de la Guerra de la División. Tiene sentido que, como alto lord, salte a la primera de cambio para reclamar sus fronteras ancestrales. Al menos para alguien como Beron, que luego se dedicaría a esparcir los detalles y las pruebas que necesitamos, tendría sentido.

Lucien miró sombrío el Veritas, que seguía en la mesa.

Mi pareja no había ideado un mal plan, pero algo parecido a la culpa me inundó la consciencia.

—Pensaba que intentabas… ayudar a Tamlin —señalé.

—Si dispusiera de años, lo haría. —Apartó la mano del mapa y me dio un apretón en la mía, con mucha delicadeza. He aquí toda la confirmación que me hacía falta para saber que Rhys era consciente de cómo me sentía—. Pero está yendo todo más deprisa de lo que había imaginado. Si Tamlin necesita hundirse en la amargura y la desesperación, que lo haga. Nos da la coartada perfecta para que su mano derecha se ocupe de cuestiones más importantes.

Lucien miró a Rhys boquiabierto, como si acabaran de salirle diez cabezas.

En voz baja le dije a mi compañero, con la vista nuevamente puesta en el recuadro de Prythian en el mapa:

—Eso convertiría a Lucien en un traidor. Y como los demás descubran que nosotros estábamos involucrados, perderemos cualquier lazo de confianza que hayamos podido estrechar con las demás cortes.

De hecho, lo mismo podría decirse de Eris. Aunque si pillaban a Eris… Tampoco es que yo fuera a echarlo demasiado de menos.

Rhys me respondió a través del vínculo: *Eris no puede gestionar esto; no está preparado y se arriesga a perder demasiado dentro de la misma corte. Cassian ha dicho que la reunión de hoy no ha sido productiva.*

Rhys señaló a Lucien con la cabeza.

—Todo esto con tu consentimiento, por supuesto.

—¿Quieres que finja actuar en nombre de Tamlin —empezó a decir Lucien en un tono grave y lleno de incredulidad—, que entre en casa de mi padre y le mienta a la cara? ¿Que le mienta a la cara a un alto lord en nombre de otro alto lord? ¿Quién iba a creerme?

Rhys no sonrió.

—Todo el mundo sabe lo leal que te mantuviste con Tamlin durante todas esas décadas con Amarantha. —Detestaba oír el nombre de esa hembra en boca de mi pareja—. Tu padre lo presenció a lo largo de esos últimos meses en Bajo la Montaña. Y sé que Eris no ha dicho nada sobre lo mal que le ha estado yendo a Tamlin últimamente.

Yo no quería saber los pormenores de la situación. No del todo. Una parte de mí se alegraba de que Tamlin sufriera. La otra, en cambio…

Lucien negó con la cabeza despacio y preguntó:

—¿Cómo te metiste a Eris en el bolsillo?

Reí entre dientes y respondí:

—Si algún día ves bailar a Nesta, lo entenderás. —Lucien enarcó las cejas al máximo y añadí—: Eso ya te lo contaremos otro día y, si

vas a la Casa del Bosque, no se te ocurra decir nada. Ni siquiera intentes hablar del tema con Eris.

—Créeme, no tengo ninguna intención de hablar con él.

Vassa nos miró con frialdad e intervino:

—O sea que queréis que Lucien haga de espía en la Corte Otoño y, de paso, traicione a su propio alto lord.

—Dudo que te suponga un gran esfuerzo —le dijo Jurian a Lucien con una sonrisa.

A pesar de que se le encorvaron los labios, este último lo fulminó con la mirada.

—Sé que es mucho pedir —prosiguió Rhys—. Pero necesitamos hasta la más mínima prueba que podamos encontrar. Necesitamos aliados, tanto aquí como fuera de Prythian. Es importante que Prythian muestre un frente unido, sí, pero tenemos que conseguir más territorios dispuestos a unirse a nosotros. Y, para ello, primero debemos obtener pruebas.

Lucien volvió a desviar la vista hacia el mapa. Tanto Jurian como Vassa parecieron acercársele, hecho que no me pasó desapercibido; fue como si quisieran formar un muro defensivo contra Rhys y yo, por si acaso.

—Déjame que lo piense —respondió Lucien en voz baja; cada palabra parecía pesarle—. Me decanto por decirte que sí, que la Madre me salve, pero déjame que lo piense.

—Por supuesto —contestó Rhys arrastrando las palabras—. Pero piénsalo rápido. Los territorios ya están empezando a moverse. Tenemos hasta primavera como máximo.

—¿Primavera? —preguntó Vassa.

Jurian respondió por mi pareja:

—Puede que sean tropas mágicas, pero todavía tienen que ceñirse a ciertas limitaciones de la naturaleza. Viajarán tan al sur como puedan hasta las tierras libres, acamparán allí para pasar el invierno y continuarán avanzando cuando empiece el deshielo en primavera y abran las vías entre las montañas. La topografía entre esos territorios y la frontera humana más cercana es traicionera incluso cuando hay buenas condiciones meteorológicas.

Asentí y me dirigí a Jurian y a Vassa para decirles:

—Si podéis, contactad con los humanos del continente, de la forma que tengáis… Aconsejadlos lo mejor que podáis. Recomendadles que no reúnan ningún ejército.

—¿Para que los asesinen a todos? —espetó Vassa.

No me estremecí. Y hay que reconocer que, antes de que me diera tiempo a contestar, Jurian le contó tranquilamente a la mujer:

—Para que los fae no tengan ningún modo de justificar su avance contra ellos. Los territorios fae pueden tergiversar las cosas para usar la situación a su favor, incluido el hecho de que los humanos reúnan un ejército.

Unas llamas azules cubrieron la mirada de Vassa.

—¿Y qué hacemos? ¿Les decimos que esperen sentados a que los maten?

—Ojalá lo supiera —reconocí señalando la mitad inferior del mapa donde, en su día, se había hallado el muro—. Tal vez podrían escapar e ir más al sur, pero, a la larga, los fae también los alcanzarán.

Rhys, con la atención puesta en Jurian y Vassa, añadió:

—Seguramente vosotros dos sois las personas más cualificadas para encontrar la forma de ayudar a los humanos. Ocupáis un espacio entre los mundos fae y humanos. Y nosotros os brindaremos todos los recursos que necesitéis, claro está.

—Los humanos no aceptarán esos recursos —evidenció Vassa—. No si vienen de los fae.

Jurian, sin embargo, contraargumentó con seriedad:

—Si están a punto de esclavizar o matar a sus hijos, sí que los aceptarán.

Vassa arrugó los labios con repugnancia. Por la situación en sí o por el papel que debía desempeñar, eso yo no lo sabía. Enroscó el mapa sin mediar ni una sola palabra más y lo puso en brazos de Rhys de malas maneras.

Después de eso, hubo más bien poco que añadir y Lucien nos acompañó hasta la puerta delantera. Había rodeado la casa de protecciones, aunque de nada servían contra Rhys o contra mí. De haber querido, habríamos podido transportarnos para salir del

estudio. Sin embargo, nos pareció que lo más educado era irnos por la puerta principal.

Ya en el umbral y con el frío de la noche azotándonos con fuerza, me giré hacia Lucien y le pregunté:

—¿Estás dispuesto a hacerlo de verdad?

Había dejado el orbe Veritas en la mesa. No lo había tocado, pero tampoco lo había devuelto.

Atisbé algo en su ojo rojizo: recelo. Resignación.

—¿Acaso puedo elegir?

—Sí —contesté.

Rhys, que estaba a unos pasos de distancia y que ahora parecía poco más que una sombra bajo el manto de la noche, se detuvo para mirarnos.

—Ya nos has ayudado muchísimo. Lo que te estamos pidiendo es… muy peligroso —admití.

Lucien tragó saliva y asintió evasivamente con la cabeza.

—De todos modos… —musitó Lucien—. Tampoco cambiará demasiado las cosas, ¿no?

Yo tenía clarísimo a qué se refería. A Elain.

—Nunca se sabe —respondí.

Tras mi intento por mantener la positividad, me dedicó una ligera y apesadumbrada sonrisa y su ojo dorado emitió un zumbido. El simple hecho de imaginarme cómo debía de sentirse me pareció tan terrible que solté:

—Ven en el Equinoccio de Otoño a la fiesta del Día del Nombre de Nyx. No es una fiesta como tal y no estamos celebrando el equinoccio como tal; es más bien una ceremonia y, luego, algunos de nosotros comeremos juntos, pero… Deberías asistir.

Noté la sorpresa de Rhys a través del vínculo de pareja, pero no dijo nada.

Lucien arqueó una ceja y nos observó con recelo.

—¿Me dejaréis estar cerca de vuestro hijo?

Hasta ahora no habíamos permitido que se aproximara a él. No habíamos dejado estar cerca de Nyx a casi nadie, y menos a los machos fae. La razón me decía que estaba siendo extremadamente irracional, pero todos los instintos fae me gritaban que mantuviera a

mi hijo alejado de los demás tanto tiempo como pudiera. Solo estaba dispuesta a llevármelo a mis clases de arte. Y, de momento, había aprendido lo suficiente acerca de la maternidad como para seguir mis instintos.

—A ver, igual no vamos a dejar que Nyx descanse en tus brazos —reconocí enfatizando bien ese último verbo—, pero sí, deberías venir. Puedes pasar la noche en nuestra casa.

Rhys se sorprendió más aún. Sabía que, si me daba la vuelta, lo vería ridículamente boquiabierto. Pero no pensaba dejar que me convenciera para que me retractara, aunque notaba que se moría de ganas de hacerlo.

Lucien estaba arriesgándolo literalmente todo por ayudarnos, e ir pidiéndole más y más favores sin ofrecerle nada a cambio ni demostrarle ni pizca de agradecimiento u hospitalidad… No me parecía que fuese lo correcto. Y si algo quería Lucien era una única cosa: una oportunidad para ver a Elain. Nada más.

Eso, al menos, sí podía ofrecérselo.

Así que aclaré:

—La ceremonia empieza a las diez en el templo de la ciudad. Pero ven a la casa del río antes, cuando quieras, y así te acomodas.

CAPÍTULO 10

Nesta

—¿De verdad creéis que Tarquin no se aliará con nosotros en este conflicto? —De pie en el recibidor de la casa del río, Nesta le frunció el ceño a su hermana y luego a Rhys. Feyre llevaba un vestido de gasa color verde mar muy similar a los que le gustaban a Mor, seguramente en previsión del calor que haría en la Corte Verano. Sin embargo, Rhys iba de negro de los pies a la cabeza, como de costumbre—. Nos apoyó contra Hybern.

Feyre jugueteó con la diadema de oro y perlas que llevaba sobre su suelta melena.

Al bajar la escalera unos momentos antes, había aparecido con los ojos llorosos tras despedirse de Nyx en la habitación de este antes de su siesta matutina.

—Merece la pena confirmarlo. Y formalizarlo —dijo su hermana haciendo una mueca con los labios.

Aquello era quedarse corto. Para Nesta, que hubieran encontrado un hueco para aquella visita cuando faltaba tan poco para la celebración, y que se marcharan justo cuando estaban decorándolo todo (había jarrones repletos de flores otoñales en cada superficie y centelleantes banderines plateados que colgaban de paredes y arcos), indicaba lo urgente que era para su propósito asegurarse una alianza con Tarquin.

Nesta no pudo evitar reparar en lo joven que era su hermana, pese a ser madre, alta lady y salvadora de aquellas tierras. Joven, bella y con demasiado peso sobre sus delgados hombros.

—¿Os acompañará Amren? —se atrevió a preguntar Nesta.

Como amante de Varian, pasaba bastante tiempo en la Corte Verano, y era posible que tuviera más influencia allí que su hermana.

—No —negó Feyre alzando el mentón—. Volverá de la Corte Día dentro de una hora y ayudará a Ana a cuidar de Nyx.

Ella, por supuesto, proporcionaría cualquier asistencia adicional que necesitasen. Aunque pensar en la «tía Amren» le provocase escalofríos. Sin embargo, el bebé la adoraba. Y Nesta nunca la había visto sonreír tanto como cuando estaba con él.

No le pasó desapercibido que, por alguna razón, Rhys se había alejado para estudiar uno de los cuadros de Feyre al otro lado del recibidor. Cobarde. Tras fulminarlo con la mirada, Nesta le dijo a su hermana:

—Puede que si le explicas a Amren con más detalle tu razonamiento para unir Prythian antes de buscar ayuda en Fomoria…

Irritada, Feyre desechó la idea con un gesto de la mano.

—Aunque le suplicase a Amren que viniera a ayudarme para que pudiera desenvolverme mejor en la Corte Verano, se negaría.

—Me sorprende que la dejes ayudar siquiera con Nyx.

Feyre alzó la mirada hacia la escalera, como si desde allí pudiera ver la habitación del bebé y a su hijo en ella.

—Nuestro desacuerdo no tiene nada que ver con Nyx. Es su tía, no pienso alejarla de él solo porque nosotras hayamos discutido.

—Bueno, siempre podrías intentar disculparte —dijo Nesta hablando claro.

—¿Disculparme por qué? ¿Por no coincidir con ella?

—Yo choco con Amren a menudo. —La Madre sabía que se habían pasado buena parte del año anterior sin hablarse—. No creo que sea eso lo que la ha molestado.

—¿Y qué ha sido? —preguntó Feyre de mal humor, dando golpecitos en el suelo con su zapatilla de tela—. Necesitamos un Prythian unido. No solo porque nos hagan falta más armas, sino también para proyectar nuestra fuerza ante posibles aliados del continente a quienes les asuste alzarse contra la horrible tríada que se está formando allí. Además, en última instancia, eso contribuiría al plan de Amren de atraer a Fomoria, ¿no?

Nesta sabía que Rhys estaba prestando atención a cada palabra, pese a que había decidido mantenerse al margen. Sin embargo, tenía las alas tensas y recogidas contra la espalda. ¿De qué lado estaba?

Feyre suspiró, más para sí misma que para Nesta.

—Necesitamos que la Corte Verano se ponga de nuestra parte. También Invierno y Amanecer, pero parece que es Tarquin quien más influencia ejerce sobre los demás. Haga lo que haga, los otros lo imitarán. Amren insiste en que no disponemos de mucho tiempo, así que esta debería ser, con suerte, una visita rápida pero efectiva. Tarquin ya sabe a qué vamos.

Nesta señaló la indumentaria de su hermana.

—¿Y se te ha ocurrido complacerlo vistiéndote con los colores de la Corte Verano? —Por lo general, Feyre no tenía problema en llevar prendas negras rutilantes y sus magníficas joyas de alta lady a juego.

Feyre le dedicó una media sonrisa. Cualquier rastro de su enfado se había disipado.

—Me ha parecido que no haría ningún daño que le recordara a Tarquin que apreciamos su corte. —Se tocó la tela de la falda y le guiñó un ojo a Nesta—. Y me moría de ganas de tener una excusa para lucir este color.

Era un tono encantador, justo del tipo que atraería al alma artística de su hermana.

Rhys se acercó con tranquilidad, considerando que por fin era seguro volver a su lado. Feyre entrelazó sus tatuados dedos con los de su pareja antes de preguntar:

—¿Nos transportas tú o lo hago yo?

Rhys le hizo una reverencia y la besó en la mano.

—Por favor, mi señora, llévanos tú.

Inclinó la cabeza en dirección a Nesta a modo de distante reconocimiento y de despedida. Ella supuso que aquello era mejor que si la ignoraba.

Feyre puso los ojos en blanco ante la frialdad de Rhys, pero le dedicó a Nesta una esperanzada sonrisa de despedida antes de desaparecer.



Una hora después, sentada en un banco al fondo del pequeño templo ubicado bajo la Casa del Viento, rodeada tan solo de música y la luz de las velas, Nesta encontró, por fin, un poco de paz. Era posible que se debiera a las tres voces que se mezclaban en aquel espacio, ninguna más encantadora y clara que la de Gwyn.

Pese a que no era el momento de las oraciones diarias de las sacerdotisas, que llevaban a cabo al atardecer o al amanecer, cuando Nesta había preguntado por su amiga, la habían enviado allí. Lo que estaba presenciando en aquel instante parecía ser un ensayo de vestuario para la ceremonia del Equinoccio de Otoño del día siguiente. Velas blancas y negras para representar el equilibrio entre el día y la noche del equinoccio. Una balanza de plata adornaba el altar; los platos de esta estaban llenos de objetos que representaban los cuatro elementos: plumas, piedras, cenizas y diminutos frascos de agua. Ambos lados de la balanza rebosaban ofrendas que habían sido colocadas con sumo cuidado y detalle para equilibrarlos en absoluta armonía.

Gwyn se hallaba entre otras dos sacerdotisas a las que Nesta conocía de vista (ninguna de ellas valquiria), con los ojos cerrados en señal de reverente gozo mientras entretejían juntas su canción. Si su amiga había reparado en su presencia, no lo había dejado entrever. No había dirigido una sola mirada hacia el fondo de la cámara, donde Nesta saboreaba la música junto a un puñado de personas.

Para ser sincera, Gwyn podría haberse encargado ella sola de toda la canción. Tenía una voz de *mezzosoprano* tan exquisita y reverberante que parecía emergerle de la garganta sin esfuerzo alguno. Pero las otras dos (una contralto y una soprano respectivamente) aportaban detalles dulces e interesantes.

No obstante, Gwyn… Gwyn brillaba. A pesar de la penumbra de la montaña, su amiga parecía irradiar luz. Color. Su humilde e insulsa

túnica era idéntica a las de las demás, y no llevaba ninguna joya (ni siquiera la piedra de invocación que las otras sacerdotisas lucían en la frente), y aun así la luz de las velas parecía inclinarse hacia ella. Como si la reflejara. O tal vez se debiera a su extraordinaria melena cobriza. O a sus ojos. Cuando su amiga los abría, regalaba a los presentes la visión de un tono verde azulado tan intenso que a Nesta le recordaba a las aguas del Sidra.

La belleza de su amiga era asombrosa. Sin embargo, Nesta sabía que lo que la hacía brillar era su interior. Lo que hacía que pareciera que había sido pintada a todo color mientras que todos los demás daban la impresión de ser bocetos a carboncillo era el interior de Gwyn. Y nunca resultaba tan patente como cuando se ponía a cantar.

Nesta sintió una opresión en el pecho. ¿Cuánto tiempo hacía que no oía su voz? ¿O que la había visto siquiera? Había sentido el dolor de su ausencia en incontables ocasiones antes de aquel momento, pero estar allí… lo empeoraba. Lo único que quería era acercarse a su amiga y empezar a hablar y a reírse y a provocarse la una a la otra como lo habían hecho durante meses. Y el no poder hacerlo con libertad, pero sí con dudas, generó que algo vital se resquebrajara en su interior.

Hacía semanas que Nesta no asistía a ninguna sesión de entrenamiento de las valquirias. No desde la llegada de Bryce. No sabía si Azriel y Cassian (se levantaba pronto todas las mañanas, al margen del entrenamiento) seguían instruyendo a las sacerdotisas, pero Gwyn no había acudido a entrenar desde el Rito de Sangre.

Por lo que ella sabía, su amiga no había puesto un pie fuera de la biblioteca desde el Rito. Ni siquiera para asistir a la ceremonia de apareamiento de Nesta. Era consciente de que Gwyn se había sentido traicionada cuando la dejó inconsciente durante el Rito de Sangre y Emerie la cargó hasta la cima de Ramiel, negándole así la posibilidad de seguir luchando a su lado. Pero le había sorprendido que su amiga hubiera dejado de asistir por completo a los entrenamientos.

Emerie le había aconsejado que le diera tiempo. Y Nesta lo había hecho, reconfortada por la presencia de Emerie en el entrenamiento,

por la constancia de su amistad.

No obstante, justo antes de que Bryce Quinlan irrumpiera en su mundo, Emerie le había escrito para explicarle que, como el invierno era inminente y tenía más trabajo que nunca en la tienda, iba a tomarse un descanso de unos pocos meses del entrenamiento para asegurarse de que todos los pedidos estuvieran preparados antes de Samhain. El invierno llegaba pronto a las montañas ilyrias, y Emerie quería cerciorarse de que su gente estuviera preparada. Aunque muchos de ellos fueran unos imbéciles desagradecidos.

De modo que, esa última mañana, horas antes de que Bryce apareciera, Nesta había subido al campo de entrenamiento y había descubierto que se encontraba sola. Bueno, no del todo. Las otras sacerdotisas, aquellas que eran valquirias, estaban presentes. Pero no Emerie ni Gwyn. Y a pesar de que Cassian y Azriel se habían mostrado casi desagradablemente amables con ella esa mañana, Nesta no había logrado deshacerse de la pesadez que sentía en las extremidades, en el corazón.

De vuelta en el presente, al detectar el susurro de una túnica a la derecha, se giró y vio que Clotho tomaba asiento a su lado. La alta sacerdotisa de la biblioteca, con el rostro oculto tras sombras profundas y su pálida capucha, le tocó el hombro a Nesta con una nudosa mano en señal de bienvenida. Ella le dedicó una inclinación de cabeza, a sabiendas de que no serviría de nada hablarle a Clotho antes de que la canción acabase.

Por eso se sorprendió cuando un pedazo de pergamino apareció en su regazo, con la tinta todavía fresca. La pluma hechizada de Clotho flotaba en el aire sobre sus rodillas, aunque la sacerdotisa la mantenía lo bastante baja para que nadie del estrado ni de los bancos adyacentes se fijara en ella.

Nesta echó un vistazo a la nota, escrita en un papel con membrete debajo del símbolo de una luna llena flanqueada por dos medias lunas. La caligrafía estaba repleta de florituras:

«Resulta apropiado que hayas llegado ahora. Esta canción llama a las hermanas perdidas para que vuelvan a casa».

Nesta susurró para que solo Clotho pudiera oírla:

—¿Lo tenías planeado?

Le dio la impresión de que la sacerdotisa sonreía bajo la capucha. La pluma danzó sobre el papel.

«Ojalá poseyera semejante habilidad. Pero no, siempre cantamos esta canción durante el Equinoccio de Otoño. Es una plegaria para pedir plenitud y que las cosas y personas perdidas vuelvan a nosotras, para restaurar el equilibrio».

Nesta asintió mientras la canción llegaba a su fin. Gwyn y las otras dos cantantes se apiñaron para charlar. Dos sacerdotisas más (una de ellas, Ananke, con su melena dorada) se acercaron al estrado para unirse a la conversación.

—Entonces, ¿es una festividad importante para vosotras?

«Todas las festividades son importantes —escribió Clotho—. Especialmente el ciclo del desvanecimiento: el paso del Equinoccio de Otoño a Samhain y luego al Solsticio de Invierno».

A continuación añadió:

«Pero en esta corte, sí. Después de mañana, la noche reclamará la mayor parte del día. La luz empezará a ceder el paso, a abandonar la vida, y morirá por completo en Samhain, para atravesar después el mundo de los muertos antes de renacer en este mundo tras la larga noche del Solsticio de Invierno».

—No estoy segura de que me guste cómo suena eso —farfulló Nesta.

De debajo de la capucha surgió un resoplido de diversión.

—Me encanta el solsticio —admitió ella—, y entiendo por qué las noches más largas hacen que el Equinoccio de Otoño sea importante para la Corte Noche. Pero ¿Samhain? El año pasado fue muy… lúgubre. —A duras penas le había prestado atención.

«En efecto, para algunos es una celebración sombría. Es cuando el velo entre la vida y la muerte, entre mundos, es más fino. Sin embargo, hay gente que ve como una bendición la posibilidad de comunicarse con los seres queridos a los que ha perdido. Algunos lo consideran una oportunidad para darles la bienvenida a casa, para celebrar vínculos eternos que traspasan las fronteras de los mundos. Deberías asistir a nuestra ceremonia; las canciones son diferentes. Más antiguas, extrañas. Inquietantes, incluso».

—¿Insinúas que puedo sentirme identificada? —bromeó Nesta.

Clotho le dio una palmada en la rodilla con una de sus nudosas manos.

«Por supuesto que no», escribió la alta sacerdotisa.

En el estrado, Gwyn y las otras dos empezaron a cantar de nuevo; esta vez, una canción que inició la contralto del grupo. Gwyn la siguió y la soprano se unió en último lugar, cada una de ellas abriendo su propio camino a través de la melodía antes de armonizar todas a la vez.

En esa ocasión, Nesta reparó en que la contralto bajaba el volumen hasta quedarse completamente callada.

Clotho, que pareció entender la pregunta que no había formulado en voz alta, escribió:

«Representa a la hermana perdida. Al final, las otras dos conseguirán que encuentre el camino de vuelta gracias a la canción».

Cuánta riqueza, conocimiento y tradición. Todo oculto bajo aquellas antiguas piedras.

—¿Escucharé esto mañana en el templo durante el equinoccio?

«No. La mayor parte de los templos no recuerdan esta canción, o no ven la necesidad de cantarla».

—¿Y vosotras sí?

Clotho mantuvo la mirada fija al frente, a pesar de que su pluma siguió deslizándose sobre el papel.

«Siempre tendremos hermanas perdidas, y rezamos todos los días para que encuentren el camino de vuelta a nuestro lado. No solo en el sentido físico y mortal, sino también en el emocional y espiritual. Es posible que otros templos no comprendan la importancia y la necesidad de tales plegarias igual que nosotras. Este año, cuando parece que más lo necesitamos, he animado a las sacerdotisas a imbuir una pizca de magia en la melodía. Un pequeño deseo para que la Madre lo escuche. Y mañana añadiré un poco de mi propia magia a su canción, pese a lo silenciosa que es mi voz ahora».

Nesta sintió una opresión en el pecho. Aquellas sacerdotisas habían construido una comunidad basada en el amor y el apoyo para sanar de los horrores que habían soportado, incluida su amiga, que ahora se encontraba en el estrado. ¿Qué sentía Gwyn al cantar una

canción sobre llamar a casa a las hermanas perdidas, teniendo en cuenta que le habían arrebatado a su gemela de un modo tan violento? Deseó poder preguntárselo. Ofrecerle cualquier consuelo que pudiese necesitar.

—Mañana deberías ser tú quien dirigiera la ceremonia del Día del Nombre de Nyx.

Clotho negó con la cabeza.

«La alta lady me ofreció ese honor, pero le expliqué que me necesitan aquí. Por si acaso alguna hermana vuelve mañana tras escuchar la *Canción del retorno*».

¿Cuándo había abandonado la alta sacerdotisa esa montaña por última vez? ¿Cuánto hacía que no sentía el viento y el sol en la cara?

Antes de que Nesta se atreviese a preguntar, Clotho escribió:

«Te he citado aquí para que les entregues esto al alto lord y a la alta lady. Puede que no me sea posible concederles el honor de presidir el Día del Nombre de su hijo, pero puedo ofrecerles esto a cambio».

La alta sacerdotisa rebuscó en los bolsillos hasta sacar un pedazo trenzado de tela plateada. Era tan delicada como la escarcha y relucía incluso bajo aquella tenue luz.

Nesta parpadeó, incapaz de ocultar su asombro.

—¿Qué es?

«Igual que tu pareja y tú sellasteis la unión mediante una cinta durante vuestra ceremonia de apareamiento, también el niño se une a sus padres, y a la Madre. Este es mi regalo: la cinta que utilizarán mañana».

Nesta la aceptó con cautela. Era ligera como el aire, tanto que, si no hubiera estado mirándola, podría no haberse dado cuenta de que estaba sosteniendo algo.

—Es preciosa. ¿Se parece a las que usáis aquí abajo para vuestras propias ceremonias?

«No, es un regalo para el hijo del alto lord y la alta lady. Nunca se ha confeccionado una igual, y es posible que jamás vuelva a hacerse».

—¿La…? ¿La has hecho tú? —tartamudeó Nesta lo bastante alto como para que Gwyn mirase al fin en su dirección.

Su amiga arqueó las cejas al verla, aunque no falló ni una sola nota. Pese a ello, Nesta se fijó en las líneas de tensión que le habían aparecido de repente alrededor de la boca.

Clotho escribió:

«Es lo mínimo que puedo hacer a cambio del hogar que el alto lord me ofreció hace ya tanto tiempo».

Nesta echó un vistazo a la brillante cinta que sostenía. Aunque no palpitaba con ninguna magia especial, parecía… viva. Consciente, de alguna forma.

—Se sentirán conmovidos —atinó a decir al pensar en Clotho creando aquel objeto tan exquisito.

Con magia o con sus propias manos, que en aquel estado debían de dolerle, se había esforzado muchísimo motivada por la gratitud y el amor.

La alta sacerdotisa volvió a darle una palmadita en la rodilla a Nesta y, en silencio, escucharon el eco de la canción a través de aquel espacio. La contralto volvió a unirse para el último coro, el más alto y alegre de todos. La *Canción del retorno*. Que hablaba de hermanas que por fin regresaban al hogar.

Por lo menos una hermana volvería a casa al día siguiente. Emerie iría a Velaris para la ceremonia de Nyx, se recordó Nesta con inmensa alegría.

Clotho ya se había puesto de pie y se dirigía al estrado, y Nesta se levantó del banco, pensando en las palabras que había preparado para Gwyn. Un equilibrio entre la diplomacia y la súplica.

Pero una voz femenina exclamó a su espalda:

—¡Nesta! Hace semanas que no te vemos.

Se giró y vio a Roslin y Deirdre de brazos cruzados. Ambas seguían llevando un pedazo de sus cintas blancas entre los mechones de las trenzas.

Dioses, ¿dónde había dejado ella la suya? En el armario, muchos pisos más arriba, recordó. Después de aquella noche en la que Rhys había estado a punto de matarla por prestar la Máscara, se sintió tan disgustada con todo que se arrancó la cinta de la muñeca, donde se había acostumbrado a llevarla, y la arrojó dentro del armario. En las

semanas que habían transcurrido desde entonces, ni siquiera la había mirado.

¿Qué diría Emerie cuando viera que no la llevaba puesta? Nesta seguía luciendo el brazalete con el dije que habían trenzado aquella noche tan feliz, pero no le cabía duda de que su amiga repararía en la ausencia de la cinta blanca. Emerie no estaba al tanto de todos los detalles sobre lo que había ocurrido con la Máscara; Nesta no había encontrado el momento adecuado para explicárselo. Ni siquiera la había visto desde entonces. ¿Se enfadaría Emerie con ella tanto como los demás miembros de la Corte Noche? Sintió náuseas ante aquella posibilidad.

Se giró para saludar a las dos sacerdotisas.

—Siento no haber podido ir a entrenar últimamente. Vosotras seguís yendo, ¿no?

—Todas las mañanas. Aunque hace varias semanas que nuestros instructores no se molestan en aparecer —respondió Deirdre, a todas luces enfadada.

Nesta no se lo reprochaba. ¿De verdad había abandonado Cassian el entrenamiento? Seguro que era por ella. Y supuso que Azriel seguía lo bastante cabreado por todo el asunto de Bryce como para tampoco querer verla.

No obstante, abandonar al resto de las sacerdotisas y valquirias era imperdonable.

Roslin suspiró, sin ser consciente del enfado que se estaba apoderando de Nesta.

—Puedo vivir sin Cassian. Sin ofender —añadió dirigiéndose a Nesta, que se quitó el enfado de encima lo suficiente como para reírse—. Pero Azriel… —Roslin volvió a suspirar agitando las pestañas.

Nesta no pudo evitar reírse otra vez.

Sin embargo, Deirdre frunció profundamente el ceño.

—Si estás aquí ahora, podrías haber venido a entrenar esta mañana, ¿no?

—He estado ocupada con los preparativos para el Día del Nombre de Nyx —mintió Nesta.

Lo cierto era que, tras lo sucedido con Bryce y la Máscara…, se le habían quitado las ganas de ir a entrenar. No había querido acercarse al enfado y resentimiento de Cassian y Azriel; no había querido mirar a la cara a las sacerdotisas, sus compañeras valquirias, sabiendo que había elegido las vidas de unos extraños por encima de las suyas. Que ni por un momento había considerado su bienestar o el de nadie más antes de entregar la Máscara.

Por lo tanto, se había ausentado durante unos pocos días. Y esos pocos días se habían convertido en una semana. Y la semana en…, bueno, varias semanas. Pero al parecer, su pareja y el hermano de este tampoco habían acudido. Lo cual la irritaba a más no poder. Aunque tuviera poco derecho a sentirse así.

—Volveré pronto —mintió de nuevo.

—Eso mismo repite ella sin parar —replicó Roslin pasándose su trenza roja por encima del hombro mientras señalaba a alguien que estaba detrás de Nesta—. Ven, Deirdre, quiero consultarle a Ananke el horario de mañana.

Las dos sacerdotisas se alejaron en busca de Ananke, y Nesta se giró para descubrir a Gwyn avanzando por el pasillo. Por algún motivo, siempre se le olvidaba que su amiga era más alta que ella. Solo unos tres o cuatro centímetros, pero lo suficiente para sorprenderla, incluso en situaciones como esa. Gwyn se movía con una fluida elegancia, probablemente gracias a que su abuela había sido una ninfa, y se detuvo frente a ella casi sin hacer ruido.

Nesta se preparó, sin saber qué hacer con las manos, la cara, la postura. Era como conocer a alguien por primera vez.

Gwyn le ofreció una sonrisa adusta que sugería que se sentía igual.

—No sabía que ibas a venir hoy.

Nesta odió la tensión, la cautela, con todo su ser. Sin embargo, contestó con muchísima indiferencia:

—Tenía que recoger algo para la ceremonia del Día del Nombre de Nyx. —Levantó el trozo de cinta plateada que había hecho Clotho.

Gwyn abrió los ojos como platos. El asombro hizo que por un segundo se olvidara de la distancia entre ambas.

—Es… extraordinaria —jadeó. Parpadeó mientras movía la cabeza —. En Sangravah, la ciudad, no el complejo del templo, había tejedores exquisitos. A veces venían a vendernos sus confecciones o incluso a darnos clase para aprender a utilizar un telar, pero nunca había visto nada parecido.

—Está claro que nuestros brazaletes se le parecen más bien poco —dijo Nesta con ironía.

Levantó ligeramente la muñeca y los hilos azul marino, carmesí y plateado que Emerie le había trenzado con un pequeño dije de plata brillaron con fuerza a la luz de las velas.

Gwyn bajó la vista hacia su propia muñeca, al brazalete que, pese a todo, aún llevaba puesto. Era un pequeño consuelo que no se lo hubiera quitado, un rayo de esperanza. Algo sobre lo que construir.

Sin embargo, Nesta no pudo evitar fijarse en que su amiga tampoco portaba la cinta blanca.

Gwyn esbozó una sonrisa torcida:

—Nuestros brazaletes dan un poco de pena al lado de la cinta de Nyx.

—Se la ha hecho Clotho —explicó Nesta, aliviada de que su amiga estuviera dispuesta a seguirle el juego, a intentar comportarse con normalidad—. No creo que los nuestros pudieran competir con esto.

Gwyn tragó saliva mientras admiraba, todavía impresionada, el trabajo de la alta sacerdotisa.

—Asegúrate de que el alto lord y la alta lady sepan lo valiosa que es —le recomendó.

Nesta asintió, con el pulso acelerado.

—También he venido porque quería pedirte un favor. Que me ayudes a trabajar en algo.

Toda la alegría desapareció de su mirada.

—Has venido a pedirme que trabaje para ti.

El resto quedó sin expresarse: «No hemos hablado en meses y ¿de repente apareces para pedirme un favor?».

Nesta tragó saliva, sentía la boca seca. Incluso a aquellas alturas, le suponía un esfuerzo decantarse por una explicación calmada antes que por una réplica hiriente. Pero por Gwyn siempre merecería la pena.

—Necesito que alguien deje por escrito mi relato de lo ocurrido recientemente. Con discreción.

La curiosidad y una incredulidad sarcástica se entremezclaron en las delicadas facciones de su amiga.

Así que Nesta prosiguió, buscando las palabras con torpeza:

—Fue… Fue lo bastante grande, lo bastante importante, para que crea que deberíamos registrarlo de forma oficial para las futuras generaciones. Esperaba contar con la ayuda de la mejor para una tarea como esta.

Nesta lo dijo de todo corazón, pero Gwyn no se dejó conmover lo más mínimo. Se mantuvo inexpresiva. Muy distante, muy diferente de la amiga que había irradiado aquella alegría mientras cantaba.

Aquella imagen le dolió. Había sucedido algo más, aparte de que Nesta hubiese hecho oídos sordos a sus deseos en la ladera de Ramiel. Sin embargo, no podía intentar averiguarlo. Su pregunta no sería bien recibida, claramente.

Gwyn se limitó a sostenerle la mirada, a la espera de una explicación.

—No… —Nesta abrió y cerró los puños a los costados—. No estaba lista para volver aquí, ni siquiera para hablar contigo sobre hacer esto hasta que… —No se sintió preparada hasta que estuvo a punto de ahogarse en el mar y se dio cuenta de que, si moría, aquella historia moriría con ella. Ni siquiera Azriel la conocía en su totalidad —. Simplemente, no estaba preparada. —Le ofreció una sonrisa insegura y rezó para que su amiga se la devolviera—. Pero ya lo estoy.

Gwyn seguía sin esbozar ninguna sonrisa.

—Me temo que me necesitan para los preparativos del equinoccio. Después, quizá, si Merrill puede prescindir de mí.

Nesta entendió a la perfección lo que quería decir su amiga: «No».

El silencio que se extendió entre ellas fue tan espantoso que Nesta soltó de forma abrupta:

—Sabes que estás invitada. Al Día del Nombre de Nyx. Emerie va a venir. Le… Nos encantaría verte.

Gwyn se metió las manos en los bolsillos de la túnica, seguro que para juguetear con la piedra de invocación que siempre guardaba allí

en lugar de llevarla en la frente como llevaban las demás.

—Como ya te he dicho, me necesitan aquí. —La misma excusa que había ofrecido Clotho.

—No puedes esconderte aquí abajo para siempre —le dijo en voz baja.

Gwyn se quedó inmóvil. Nesta se arrepintió de sus palabras al instante, aunque no necesariamente del mensaje.

—No era consciente de que me estaba escondiendo.

—Me refería a que… deberías vivir tu vida —contestó Nesta intentando enmendar la respuesta anterior.

—Eso hace todo el mundo por aquí —dijo su amiga—. Viven sus vidas en la biblioteca. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?

Aunque no era el momento ni el lugar para aquella conversación, Nesta no consiguió reprimir las palabras que le salieron de la boca:

—Porque tú saliste al mundo y triunfaste, y… ¿de qué ha servido, si vas a quedarte aquí abajo, en la oscuridad?

—Me siento satisfecha aquí abajo, en la oscuridad —declaró Gwyn con una aspereza impropia de ella—. Mi trabajo hace que me sienta realizada, pese a lo que puedas pensar.

Nesta abrió la boca, pero alguien que tenía detrás habló primero.

—Si hace que te sientas tan realizada, Gwyneth —manifestó Merrill con desprecio—, ¿cómo es que no estás trabajando?

Nesta hizo una mueca y se giró hacia la belleza de cabellos blancos que parecía acercarse a ellas flotando sobre un viento fantasmal.

—Merrill.

La aludida resolló a través de su respingona nariz y señaló las puertas del templo con una esbelta mano.

—Llevo una hora esperando a que corrijas el último capítulo, Gwyneth. ¿Acaso tengo que esperar otra más?

Nesta volvió a cerrar la mano en un puño.

Sin embargo, Gwyn permaneció inexpresiva.

—No, Merrill. —Cualquier rastro de enfado, de querer pelear, se convirtió en resignación—. Ya nos veremos —se despidió de su amiga sin muchas ganas.

Nesta sabía que aquello no sería pronto. Pero no podía soportarlo, no soportaba que Gwyn cediese, no soportaba aquella fría distancia, su resignación ante la crueldad de Merrill.

Así que la llamó, aunque ella ya le había dado la espalda.

—Ven mañana al Día del Nombre de Nyx, por favor.

Merrill soltó una risa desagradable y afilada.

—Me moriría de la conmoción si lo hiciese.

Nesta se giró despacio hacia ella, concentrando toda su furia.

—No hace falta que demuestres lo cabrona que eres, Merrill. Todas las presentes somos perfectamente conscientes de ello.

Con un grito ahogado, dos sacerdotisas que se encontraban cerca, Lorelei y Ananke, se volvieron en redondo para mirarlas. Pero Nesta le mantuvo la mirada a Merrill.

Merrill chasqueó la lengua.

—Menudo lenguaje, pese a estar en un lugar sagrado.

Nesta le hizo un gesto que mancillaba incluso más aquel lugar. Sin embargo, antes de que Merrill pudiera responder, se giró de nuevo hacia Gwyn. Su amiga seguía alejándose de ellas. Como si no hubiera oído o no le importase la observación mordaz de su superior.

De modo que ella volvió a encararse con Merrill. Dejó que las ascuas de las llamas plateadas que le quedaban se reflejasen en sus ojos mientras le prometía, en voz baja pero feroz:

—Si me entero de que has tenido algo que ver con que se quede aquí abajo, responderás ante mí.

—¿Algo que ver con qué? —le espetó la otra—. ¿Con que Gwyneth sea una cobarde? Para eso se basta y se sobra ella solita, no le hace falta ninguna ayuda por mi parte.

Aunque dio la sensación de que Gwyn se detenía en el umbral, como si fuera a darse la vuelta y a decirle cuatro cosas a Merrill, su amiga continuó caminando. Hasta que desapareció de la vista.

Nesta calmó la rabia que bullía en su interior. O lo intentó.

La puñetera Merrill tenía razón en una cosa: aquel no era el lugar adecuado para emplear ese tipo de lenguaje soez. Para una confrontación. Las sacerdotisas ya habían sido testigos de suficiente violencia. Puede que algunas de ellas se entrenaran cada día para defenderse a sí mismas, pero que la vieran enzarzada con Merrill…

Nesta no quería llevar la oscuridad a aquel lugar. La Madre sabía que ya había morado en el interior de esa montaña, muy por debajo de la biblioteca, el tiempo suficiente.

De modo que giró sobre los talones y se marchó, bloqueando la risotada burlona de Merrill, que flotó en el aire a su espalda.

Se aferró a la cinta de Clotho, que le transmitió una sensación casi metálica al tacto. Y podría haber jurado que un pálpito de aprobación recorrió su cuerpo. Como si la misma alta sacerdotisa apreciase su contención. Su equilibrio.

Quizá Nesta pudiera dar las gracias por ello al Equinoccio de Otoño. Desde luego, no podía agradecérselo a sí misma.

CAPÍTULO 11

Azriel

Hybern quería reunirse con ellos; quería una alianza, de hecho, si podía confiar en lo que había dicho aquella criatura extraña. Lo más probable era que se tratase de una trampa.

Azriel había decidido, mientras contemplaba los restos de espuma de mar sobre la superficie del Sidra que se alejaban flotando, que no se lo contaría ni a Rhys ni a Feyre hasta después de la celebración del Día del Nombre, que tendría lugar la jornada siguiente. Incluso era probable que esperase un día más, para concederles la oportunidad de disfrutar de la ocasión como merecía.

Hybern, el responsable de gran parte de su sufrimiento y sus pérdidas. Era ridículo.

No obstante, Az desterró ese pensamiento. Cassian le había pedido que lo acompañara al Refugio del Viento. Y, aunque Rhys lo hubiera apartado de su deber en territorio humano, quizá con motivo, Az podía por lo menos ayudar a su otro hermano, por desagradable que resultase esa tarea.

El Refugio del Viento apenas había cambiado en los quinientos años que hacía que Azriel conocía el lugar.

No tenía nada de especial; ni la ubicación, ni su sencilla estructura de madera, ni la gente horrible que lo habitaba. La primera vez que puso un pie allí hacía tantos siglos, con su madre temblando y sollozando de alivio y terror, era poco más que un asentamiento cuyo propósito principal era entrenar a mocosos ilyrios para convertirlos en guerreros sedientos de sangre y ofrecerles un lugar

donde pernoctar cuando estuvieran en mitad de sus extensas patrullas por el territorio de la Corte Noche.

Desde entonces, las tiendas habían sido reemplazadas por edificios; aun así, incluso ahora seguía transmitiendo aquella sensación de páramo remoto. Para empezar, siempre estaba embarrado. Incluso en pleno invierno, con la crudeza que lo caracterizaba, de alguna forma siempre daba la sensación de estar enfangado.

Y era pequeño. Aunque no cabía duda de que el Refugio del Viento se había expandido a medida que su población había ido aumentando al asentarse familias de forma permanente, allí no había nada que se pareciese vagamente a una buena vida. Los baños de vapor eran lo más cercano que tenían a un lugar donde reunirse en comunidad. No había restaurantes. Ni siquiera una mísera taberna.

Lo más parecido a la cerveza de verdad era el hidromiel ceremonial que tomaban en las distintas celebraciones, que era prácticamente imbebible.

A Azriel le hacía tanta falta alguna manera de olvidar el encuentro de esa mañana que casi se había sentido tentado de buscar a una de las hembras que servían a los guerreros y suplicarle una copa. Un cubo. Pero todas estaban ocupadas preparando el festín del Equinoccio de Otoño del día siguiente. Si es que uno podía calificar de festín a un despliegue de estofados sin condimentar acompañados de pan duro.

No había señal de Cassian, aunque ya se lo esperaba. *Está discutiendo con Devlon*, le susurraron sus sombras. *Todavía no te necesita como refuerzo, pero lo hará pronto.*

Mientras tanto, Az se descubrió recorriendo la que hacía las veces de calle principal del pueblo (aunque se parecía más a un camino de tierra embarrado que a una calle) y se dirigió a una tienda que era posible que tuviera algo comestible. O potable.

Sus sombras permanecieron pegadas a sus pies y a sus hombros. No le pasó por alto el hecho de que todas las madres del pueblo llamaran a sus hijos para que se metieran dentro de las casas. Era lo mismo que ocurría siempre que iba allí.

«Monstruo». «Demonio». Incluso cinco siglos después, Azriel seguía despertándoles un miedo primitivo que a él lo ponía de los nervios. Sabía que Cassian lo había llamado justo por ese motivo: para aprovechar ese miedo en su beneficio y manipular a aquellos imbéciles sin cerebro para que hicieran lo que Rhys necesitaba. Si no lo reconocían a simple vista, un único vistazo a El que dice la verdad en su cadera o al conjunto de sifones azules que llevaba les indicaría sin asomo de duda quién se había colado entre ellos.

La campanilla encima de la puerta de la tienda de Emerie repicó jovialmente en lo que quizá fuera el único sonido alegre entre aquel lugar y Velaris. Emerie estaba detrás del mostrador, garabateando en el libro de contabilidad. Levantó la cabeza para hacerle una evaluación franca y rápida, y solo desvió la mirada hacia las sombras de sus hombros una vez.

—Creía que el Día del Nombre era mañana, en el equinoccio.

Az casi encogió los hombros, un gesto que provocó que sus sombras se desperdigasen.

—Lo es. He venido a ayudar a Cassian, solo que no aguantaba seguir ahí fuera más rato.

—Hace frío —comentó Emerie mientras volvía a sus cuentas. Az no se refería a eso, pero no la corrigió—. Hay guiso de conejo en la trastienda —añadió sin levantar la mirada—. Sírvete tú mismo.

—Estoy bien, gracias.

Tal vez pedir un vaso de hidromiel o una botella del vino de Rhys (Emerie había adquirido una colección gracias a Nesta) resultara extraño. Al fin y al cabo, solo eran las once de la mañana.

—En ese caso, ponte cómodo donde más te plazca —dijo la valquiria, con su melena oscura reluciente a la luz que entraba por el cristal de la ventana. El cristal en sí mismo era un lujo, incluso una novedad, en aquel lugar.

Az hizo lo que le había indicado y las sombras se acomodaron a sus pies cuando reclamó una de las sillas que había junto a un despliegue de pesadas y oscuras capas de lana. Prendas lisas y sencillas.

—¿Va bien… el negocio? —preguntó en mitad del silencio.

Por lo general, no lo incomodaba el silencio; de hecho, lo prefería. No obstante, había entrenado con Emerie, tenían una relación amistosa. Después de todo lo que había sufrido ella a manos de los ilyrios, Azriel podía ofrecerle algunas palabras amables.

Emerie refunfuñó. Nunca se había mostrado tímida con él y, sin duda, jamás la había puesto nerviosa, no como sucedía con el resto del Refugio del Viento.

—Me tiene lo bastante ocupada como para estar a punto de plantearme cederle la tienda a mi odioso tío solo para dormir a pierna suelta una noche entera, sin preguntarme si he hecho mal las cuentas.

Azriel se rio por lo bajo. Pero ladeó la cabeza cuando asimiló sus palabras y movió ligeramente las alas.

—¿Te ha estado dando problemas?

—No. Se rumorea que, desde que murió su hijo durante el Rito, el dolor lo ha vuelto loco. Se ha hecho un ovillo y no sale de la cama más que para mear y comer.

Az asintió, sin tener claro qué decir. Gracias a Rhys, había visto una recopilación de lo sucedido durante el último Rito de Sangre, todo a través de los ojos de Nesta, Gwyn y Emerie. Las pruebas a las que habían tenido que enfrentarse habían ido más allá de la depravación habitual del Rito.

Az estudió a Emerie tras el mostrador. Técnicamente era la primera hembra ilyria que había ganado jamás el Rito. La primera hembra ilyria que había competido en él. Y teniendo en cuenta que solo seis machos lo habían ganado antes (los que habían alcanzado el monolito en la cumbre de Ramiel), aquello eran palabras mayores.

No obstante, después Emerie había regresado allí y había retomado su trabajo como si nunca se hubiese ido. Bajo la sospecha de que tuviera magia sin descubrir, Rhys le había ofrecido que reclamara un sifón de las llamas sagradas, como cualquier otro ilyrio que hubiese completado el Rito, pero se había negado, y no lo había mencionado desde entonces. Az la había visto en los entrenamientos antes de dejar de acudir él mismo, después de la llegada de Bryce Quinlan, pero parecía que ella había vuelto a la misma vida que tenía antes del Rito.

Quizá se tratara de una forma de autoconservación. Para demostrarle a aquel pueblo que no era alguien especial, que no tenían nada por lo que sentirse inquietos. No, no era para tanto que hubiera ganado el Rito de Sangre. Ella no iba a hablar del tema, y desde luego no iba a empezar a reclutar hembras para alejarlas de sus mal llamados «deberes tradicionales» y que se unieran a las valquirias.

Porque Emerie, al igual que Az, sabía cuál era la alternativa. La habrían expulsado del Refugio del Viento, si era lo bastante afortunada para marcharse viva de allí. Y perder aquella tienda después de haber luchado tanto para conservarla habría sido devastador.

No la culpaba por ello ni lo más mínimo, pero aborrecía que aquella fuera la decisión que se había visto obligada a tomar. Rhys desperdiciaba el tiempo con aquellos imbéciles. Si alguien como Emerie no conseguía que cambiasen su forma de proceder, que viesen el valor innato que poseían todas y cada una de las hembras más allá de su capacidad para alumbrar, si Emerie había vuelto allí después de ganar el puñetero Rito de Sangre y aun así tenía que seguir empequeñeciéndose para sobrevivir… entonces nunca cambiarían.

—¿Esto es apropiado? —preguntó ella de repente, y Az se dio cuenta de que se había quedado mirando fijamente el despliegue de velas durante varios minutos, y apretando también la mandíbula con tanta fuerza como para hacerse daño—. Se me ha ocurrido probármelo hoy para asegurarme antes de mañana de que todavía me queda bien.

Az la miró mientras sus sombras también le echaban un vistazo, y la vio señalando un vestido azul oscuro, sencillo y de corte elegante, que se ajustaba a su esbelta figura.

—No tengo nada tan elegante como puede serlo vuestra ropa, pero este por lo menos no tiene ninguna mancha…

—Es perfecto —le dijo con una leve sonrisa.

Ella se la devolvió, un tanto cohibida.

—Ya sé cómo vestís vosotros.

Nerviosa, dijeron sus sombras*. Entusiasmada pero nerviosa*. Dejando de lado la furia que despertaba en él su gente, Azriel preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en Velaris? Y no me refiero para entrenar, sino para dar un paseo por la ciudad.

—En la ceremonia de apareamiento de Nesta y Cassian —respondió ella con una mueca—. Así que… Ya hace un tiempo. Y no he ido a entrenar desde hace casi un mes.

—¿El trabajo te ha tenido muy ocupada?

—Justo —confirmó Emerie, y él supo por su tono que no debía presionar.

Ya era bastante extraño que estuviera dispuesta a salir del territorio ilyrio cuando la mayoría de las hembras nunca cruzaba las fronteras de Ilyria.

Sus alas permanecían rectas a su espalda en ese preciso instante, aunque Az distinguió, incluso a aquella distancia, la asimetría en su envergadura. Esa diferencia se había equilibrado durante los meses de entrenamiento con las valquirias, a medida que fortalecía su zona media y los músculos de la espalda; no obstante, como había transcurrido tanto tiempo sin ejercitarse, la cosa había vuelto a empeorar.

Menos mal que el padre de Emerie ya estaba muerto. De lo contrario, Azriel se habría encargado personalmente de él. Ese macho había sido un cabrón. Allí, y a lo largo y ancho de Ilyria, todos eran unos cabrones.

Se puso de pie, incapaz de continuar sentado un solo segundo más mientras aquel pensamiento tomaba forma en su cabeza, y sus sombras lo siguieron.

—Debería ir a comprobar cómo está Cassian —mintió, antes de añadir—: Volveré mañana por la mañana para recogerte.

Ella alzó una mano a modo de despedida, demasiado concentrada como para levantar la vista de su libro de cuentas. Estaba claro que no le daba demasiadas vueltas al hecho de tener a un cantor de sombras en su tienda, algo que a él le resultó ligeramente reconfortante.

Ya casi había alcanzado la puerta cuando Emerie lo interpeló:

—Azriel, tu vaina. La correa está desgastada.

Se llevó la mano hacia El que dice la verdad, dado que la única otra arma que portaba era su espada ilyria, cuya vaina llevaba incorporada en la armadura, a la espalda. Y era cierto, el cuero viejo que rodeaba la hebilla era muy fino. ¿Cuándo había sucedido?

—Puedo encargar un reemplazo —se ofreció Emerie, quien volvió a concentrarse en su libro de cuentas—. Aunque no me llegaría hasta Samhain. El proveedor al que le hago los pedidos es bueno, pero trabaja despacio.

Az no tocó la vaina ni el arma de empuñadura negra que contenía. Hacía más de cinco siglos había vuelto del Rito de Sangre a aquel mismo pueblo portando aquella daga. Aquel día triunfal, en el que sus hermanos y él habían sido tan estúpidos como para creer que habían demostrado su valía a los imbéciles que llevaban años atormentándolos, se había transformado en uno de confusión. De vergüenza. Pero previamente habían ganado, habían tocado el monolito en la cima de Ramiel antes del amanecer del último día del Rito.

Al emerger en el Refugio del Viento, Az había descubierto la daga, con aquella extraña empuñadura negra y la hoja a juego, en su mano. Aunque no parecía Hecha y ni siquiera emitía ningún latido mágico, era diferente. Lo presentía. Al igual que lo presintieron el resto de los ilyrios, que exigieron saber lo que era y de dónde la había sacado, puesto que las armas estaban prohibidas en el Rito.

A Azriel no debería haberle sorprendido su odio y su miedo cuando les explicó que le había aparecido en la mano al tocar el monolito, como si el mismo Ramiel se la hubiera regalado. Después, cuando se había hecho más que evidente que tanto él como Cassian necesitarían sifones para controlar sus poderes y Az introdujo la mano en el brasero de llamas sagradas para sacar su sifón y, en vez de eso, la Madre le concedió siete piedras azules… Bloqueó el recuerdo del odio puro y sin adulterar que se había apoderado de sus caras; ya había pensado suficiente en ello en los últimos días.

Había llevado varias vainas a lo largo de los siglos. Aquella, de cuero negro tan desgastado que había perdido color en algunas zonas, era la que más le había durado.

—No te molestes —se descubrió diciendo. Y una mierda iba a darle una nueva vaina a la daga, como si fuera una especie de recompensa tras su traición—. Pero gracias.

Emerie no respondió y él abandonó raudo la tienda.

Cuando salió al camino embarrado, un viento penetrante le dio de lleno en la cara. A su izquierda estaba el centro del pueblo, donde Cassian le estaba explicando a Devon por enésima vez las nuevas rutas que debía patrullar, dado que el día anterior los guerreros parecían haber olvidado el significado de «este» y «oeste». Y a su derecha se alzaba un bosque de pinos. Vacío. Haría un frío de narices, pero no se toparía con nadie entre los árboles.

Por lo general, los guerreros ilyrios evitaban adentrarse bajo las copas de los árboles, ya que limitaban el vuelo. Pero valoraban los bosquecillos de pinos, abedules y álamos temblones de Ilyria para obtener leña y construir casas. Aquellas zonas eran lo más cerca que estaban los ilyrios de la agricultura, al margen de las pequeñas parcelas y campos que atendían como si fuesen sus jardines personales: replantar bosquecillos en sustitución de los que habían agotado, eligiendo con cuidado dónde y cuándo recolectar de ellos lo que necesitaban para que siguieran produciendo lo que les hacía falta.

Incluso su modesta celebración del Equinoccio de Otoño se centraba más bien en los árboles que en los frutos de la cosecha. En el amanecer del día del equinoccio, talarían un árbol enorme y antiguo para distribuir la leña entre las familias y que cada una la quemara en su chimenea en un rito sagrado. Al atardecer, plantarían un retoño cerca y cada familia le echaría un cazo de agua para que creciera y les trajera buena suerte. Rhys siempre había dicho que era la forma que tenían los ilyrios de representar el equilibrio de la vida que debían honrar en el equinoccio, pero Az no podía evitar reparar en el hecho de que sus rituales implicaban matar innecesariamente a un ser vivo.

A pesar de las tradiciones festivas, el bosque ilyrio le proporcionaba a Azriel calma suficiente y multitud de lugares vacíos por los que vagar durante todo el año. Allí incluso sus sombras se alejaron alegremente de él para corretear entre los árboles como

perros de caza y adentrarse en la salvaje espesura. Un aroma dulce y fresco lo envolvió mientras recorría la alfombra de agujas secas y partía ramitas con las botas.

Había recorrido aquella zona tantas veces que no pudo evitar preguntarse si aquel estrecho sendero se debía tan solo a su paso. Incluso después de encontrar a Cassian y a Rhys, siguió necesitando espacio, tiempo a solas. Conocía cada roca de aquel lugar, aunque los árboles habían cambiado bastante y los riachuelos habían modificado su curso más de un par de veces a lo largo de los siglos. Pero el olor, el aire… le eran familiares.

Familiares aunque no amados. Aquel lugar, aquella gente, jamás ocuparían un lugar en su corazón.

Algunos días, la mayoría, odiaba sus tatuajes de guerrero. Rhys y Cassian los llevaban con honor, pero Az había querido borrárselos desde el momento en que le habían marcado el cuerpo con tinta después del Rito de Sangre. Sus hermanos los veían como una señal de victoria, de que habían triunfado sobre toda la mierda que habían tenido que superar por ser diferentes, por ser mejores que el resto de aquellos capullos. Sin embargo, en el caso de Az, sentía como si, en cierto modo, lo hubieran marcado a fuego.

Había intentado, en batallas y refriegas, que le destrozasen la piel. En una ocasión, incluso dejó que una lanza le atravesase el hombro deliberadamente con la esperanza de que la herida destruyese los tatuajes. Pero se los habían hecho con magia, la misma magia extraña que concedía a los ilyrios más poderosos la habilidad de portar sifones y que mantenía el fuego eterno del brasero encendido durante todo el año. La que suprimía sus poderes durante el Rito de Sangre. De modo que, cada vez que se le desgarraba la piel, cuando el cuerpo se le curaba, los tatuajes regresaban.

Podría haber buscado a alguna hechicera o mago que deshiciera la magia, quizá incluso consultar a Helion, aquel jactancioso pavo real, pero se le antojaba imposible explicarles a Rhys y a Cass por qué quería deshacerse de ellos. Sabía que aquello les haría daño.

Aunque a Rhys le había importado una mierda hacerle daño a él cuando lo había pillado en la cocina con Elain.

En cuanto la luz que se colaba entre los árboles se tornó más brillante y Az alcanzó el final del bosque, rotó los hombros.

De no haberlo detenido el precipicio, puede que hubiese continuado andando para siempre. Aquel punto de observación dejaba a la vista montañas, valles y colinas coronadas por miles y miles de coníferas, interrumpidas solo por piedras grises y la ocasional salpicadura de una pradera verde.

Y a lo lejos, perforando el horizonte como la aleta de un tiburón… Ramiel. Sus áridas laderas grises ya estaban cubiertas de nieve. La montaña parecía devolverle la mirada incluso a la distancia.

Azriel había derrotado a la montaña. Igual que había derrotado a los desgraciados e imbéciles de los guerreros ilyrios.

Se pasó una mano llena de cicatrices por el pelo y los mechones sedosos se le engancharon en algunas de las zonas más abultadas. Mientras la bajaba a un costado, la luz del sol incidió en su sifón y la piedra brilló como el Sidra. Az bajó la mirada con el ceño fruncido. Un fuego azul parpadeaba en ella.

Si hubiese alguna forma de deshacerse de sus siete sifones, de arrojarlos de vuelta al fuego del brasero sagrado, se habría librado de ellos junto con sus tatuajes. Junto con sus sombras. Sus alas. Y junto con cualquier rastro de aquel lugar y de aquella gente que le quedara en el cuerpo y en la sangre.

A veces pensaba que el odio acabaría por asfixiarlo. Estar allí, entre aquellos guerreros, y ser testigo de lo que le habían hecho a Emerie y a tantas otras hembras… A duras penas lograba soportarlo.

Pero se avecinaba una guerra. De nuevo. Y, le gustase o no, odiase o no a aquella gente, iban a necesitar que los ilyrios luchasen. Tendría que trabajar con ellos. Liderarlos, aunque a las órdenes de Cassian.

Suponía que lo único positivo de ir a la guerra con los ilyrios era ver morir a tantos. Así quedaban menos machos rencorosos y de mentalidad anticuada que pudieran volver a casa para engendrar hijos que fuesen exactamente iguales que ellos.

Azriel jamás había compartido ni con Rhys ni con Cassian aquel odioso pensamiento. Que, durante la guerra contra Hybern, había habido ocasiones en las que se alegró de ver en las montañas a

ilyrios caídos a su alrededor, despedazados o aullando de dolor. No le había hecho gracia la pérdida que eso supuso para su ejército, evidentemente, pero no había sentido nada al verlos muertos o moribundos. Solo una especie de alegría. De satisfacción.

Era un monstruo. Sostuvo la vetusta mirada de Ramiel, a sabiendas de que la montaña también creía lo mismo de él.

Pero ¿acaso no era lo que aquella gente ansiaba? ¿Morir en la batalla? Para ellos, el mayor de los honores era caer en combate. Morir de viejos tras una vida feliz rodeados por sus seres queridos era una afrenta. ¿Qué clase de personas deseaban algo así? ¿Quiénes vivían de aquel modo?

Azriel nunca lo había entendido. Ni siquiera cuando era un simple muchacho que todavía se entrenaba para ser guerrero.

Y mucho menos una vez finalizado su entrenamiento, cuando había visto de primera mano lo violentos y despiadados que podían ser. Le habían dicho que el primer cantor de sombras en una generación debía estar preparado. El padre de Rhys había insistido en ello. Devlon se encargó de que así fuera.

Aquel entrenamiento fue distinto del que llevaba a cabo la mayoría de los días con Rhys y Cassian. Con el tiempo habían recibido lecciones similares: cómo rebanar a alguien sin matarlo, cómo infligir dolor con movimientos tan precisos que quebrasen a los enemigos con el mínimo esfuerzo. No obstante, la educación de Azriel había empezado mucho antes. Cuando era más joven.

Todas las semanas Devlon le había proporcionado «enemigos» para que aprendiera con ellos. Él y sus sombras habían destrozado a personas, habían aprendido a leerlas y habían bloqueado sus gritos y súplicas.

Se le daba bien. Demasiado bien. En ocasiones, incluso Devlon había tenido que marcharse antes de que Az acabara.

No importaba que a veces los alaridos de esas personas atadas a mesas o sillas o colgando de alguna viga le recordaran a sus propios gritos cuando sus hermanastros le quemaron las manos. Por aquel entonces ya había tomado una decisión: haría lo que fuese necesario para impedir que su madre y él mismo tuvieran que regresar a la fortaleza.

Y había aprendido todo lo que había podido para hacerles pagar por cada segundo de sufrimiento cuando por fin volviera.

Se lo hiciste pagar, le pareció que le susurraba Ramiel desde el horizonte. *Y no lo lamentas, ¿verdad?*

No sentía el mordisco del frío en la cara. No, no se arrepentía. Volvería a hacerlo si pudiera.

Monstruo. Demonio.

Sí, le dijo a la montaña. *Sí, lo soy. Tú y tu gente me habéis hecho así. Me regalaste esa daga el día que me convertí en guerrero. Tú querías que fuera así.*

Unas nubes distantes se desplazaron por el cielo y ocultaron a Ramiel. Como si la montaña no soportase seguir mirándolo ni un segundo más.

En ese caso, podía irse a compadecerse de sí mismo con Rhys.

Az le dio la espalda a la montaña sagrada y volvió a adentrarse entre los árboles. Nunca tenía claro por qué se molestaba en recorrer el camino hasta aquel mirador. Por qué lo había hecho tantas veces a lo largo de los siglos. Siempre acababa de la misma forma: dándole la espalda a Ramiel, lleno de odio y disgusto.

Sintiendo como si la montaña también le diese la espalda a él.

Seguro que Mor o Feyre sugerirían que si seguía acudiendo a aquel lugar era por el misterio inherente que rodeaba a la montaña: ¿quién había colocado el monolito en su cumbre? ¿Qué había debajo? Nadie se había adentrado jamás en su interior.

Pero si Az tenía que ser sincero, albergaba el presentimiento de que la montaña estaba vacía. Hueca. Por eso lo atraía. Porque Ramiel era igual que él: estaba resentida, fría y vacía.

Feyre

—Es extraordinario lo mucho que habéis reconstruido desde nuestra última visita —le comenté a Tarquin mientras estábamos en el enorme balcón de su comedor oficial.

Su pálido castillo se alzaba a nuestra espalda y la bahía turquesa resplandecía enfrente. La costa más lejana de Adriata rebosaba vida. El castillo del alto lord de Verano, que conectaba con la península mediante un paso elevado, se alzaba en su propia isla montañosa en el corazón de la bahía, sobre cuyas bajas colinas descansaban las fincas de la nobleza.

Tarquin, resplandeciente con su atuendo cobalto ribeteado con hilo dorado y llevando el pelo del mismo blanco que la luna afeitado casi al ras, lo que permitía verle la piel morena de la cabeza, me sonrió con amabilidad.

—Creo que, dentro de otro año, le habremos devuelto a la ciudad su esplendor original.

Volvería a ser como antes de que Amarantha, de que Hybern, la destrozaran y saquearan la mayor parte.

En el puerto, embarcaciones de diversos tamaños iban y venían. Las velas blancas relucían contra aquel azul devastador.

—¿Ves aquel barco grande en la entrada del puerto, el de las velas dobles? —dijo Tarquin haciendo que yo dirigiera la mirada hacia el oeste—. Un joven carpintero naval se las apañó para construirlo. Es una embarcación que navega sola. Solo necesita dos tripulantes. Un navío tan grande y solo hace falta magia para gobernarlo. Es un arte que creíamos perdido por culpa de Amarantha. Quemó todas las embarcaciones de ese tipo desde el principio y también descuartizó a los carpinteros que conocían el oficio. No me cabe duda de que lo hizo para impedir que huyéramos de ella por mar. —Un suspiro triste y amargo—. No obstante, el joven que te digo viajó a la Corte Día, trabajó con los bibliotecarios de Helion y descubrió algunas de las técnicas secretas que empleaban nuestros ancestros para construirlos. Amarantha quemó buena parte de los libros especializados en el tema, pero él y los bibliotecarios encontraron la poca aunque valiosa información que había sobrevivido en las bibliotecas de la Corte Día.

El barco surcaba las olas, veloz y estable, entre las dos montañas que flanqueaban la bocana del puerto.

—Pidió a los escribas que hicieran copias de los planos y todo lo que pudieran sacar en claro acerca del hechizo —continuó Tarquin—.

Luego, se trajo toda la información de vuelta y ha estado trabajando en ello durante más de un año ya, rellenando los vacíos de conocimiento con sus propios experimentos y conjeturas. Ahora mismo, él y su tripulación llevan a cabo la tercera prueba piloto. —Su sonrisa adquirió un matiz tenso—. Mientras hablamos, están construyendo dos más. Espero que tengan la ocasión de navegarlos.

Le entendía perfectamente.

Detrás de nosotros, Rhys permanecía en el interior del comedor, hablando en esa encantadora manera típica suya con la hermana de Varian, Cresseida. De él no había ni rastro. Ignoré la punzada de alivio que sentí al pensar que no tendría que enfrentarme al amante de mi amiga, quien seguro que a aquellas alturas ya había oído todo lo referente a nuestra fea discusión. Nos habían preparado un opulento festín a base de marisco fresco y la primera captura del día, junto con un vino pálido lleno de burbujas procedente de la zona más septentrional de la Corte Verano.

Estaban inmersos en un baile complicado, uno cuyos pasos había discutido largo y tendido con Rhys. Tarquin parecía ser bien consciente de ello cuando murmuró:

—¿Podemos dejar de fingir que esto no es más que una visita amistosa?

No logré contener una media sonrisa.

—Sabes que la intención es que sea amistosa.

El atractivo alto lord se rio entre dientes.

—Aunque estoy seguro de que eso es lo que pretendéis, solo un asunto grave os alejaría de casa, y mucho más teniendo en cuenta que la ceremonia del Día del Nombre de Nyx es mañana. ¿Cómo está el pequeño?

Tenía razón. Otra hora más y los pechos empezarían a dolerme por la cantidad de leche acumulada. Me había llevado botellas para extraérmela a mano, pero si no volvíamos a casa hasta tarde, no tendría la oportunidad de darle un beso de buenas noches en su suave cabecita, que siempre olía dulce. No podría acunarlo contra mi cuerpo, dejarlo beber hasta que cayera presa de un placentero estupor y…

Aparté aquel anhelo tan insoportable. Una extraña mezcla de terror, pena y el dolor más absoluto. Me obligué a mirar a mi viejo amigo y a dedicarle una auténtica sonrisa.

—Está bien, gracias por preguntar. Y gracias por el regalo. —Tarquin asintió, con los ojos brillantes. Me cuadré de hombros y desterré cualquier pensamiento sobre mi hijo—. Precisamente por nuestra amistad y por lo agradecidos que nos sentimos por tu presencia en nuestras vidas, queríamos hablar contigo, Tarquin.

Parte del brillo de sus ojos se apagó. Y fue entonces cuando noté el peso que llevaba sobre los hombros. La decepción que le tensaba la boca.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿No vas a aliarte a nosotros?

Tarquin tragó con fuerza.

—Cuando me miras así, Feyre Rompemaldiciones, haces que sea una decisión imposible.

—¿Qué ha cambiado? Luchaste a nuestro lado contra Hybern.

Tarquin dirigió la mirada hacia la resplandeciente bahía, hacia los barcos y la ciudad que se veía más allá.

—Es cierto, pero Hybern quería apoderarse de nuestras tierras. Atacó esta ciudad. —Aunque aquella dulce brisa salada hizo ondular el dobladillo de su regio atuendo, él permaneció inmóvil como una estatua mientras decía—: Los peligros del continente no nos afectan, y tampoco lo harán en el futuro. —Me miró a los ojos con los suyos llenos de arrepentimiento. Y miedo—. Me pides que envíe a mis soldados a morir en una guerra que no podemos ganar por unas tierras que no nos atañen. Me pides que destroce familias por lo que tú consideras que es correcto.

No pude evitar erguirme cuan alta era, igual que tampoco pude evitar el deje afilado de mis palabras cuando pregunté:

—¿Y tú no consideras correcto ayudar a los humanos a defender sus tierras y su derecho a autogobernarse?

La pena invadió su mirada.

—Considero que sabemos muy poco sobre los humanos del continente. Son perfectamente conscientes de quién marcha hacia su territorio, y aun así no han pedido ayuda.

—¿Y qué pretendes decir con eso?

Tarquin contempló de nuevo su encantadora y dinámica ciudad.

—Seguro que los humanos han oído hablar de la guerra que libramos aquí contra Hybern hace dos años. Para defender a los humanos de esta tierra, para impedir que Hybern se expandiera más allá. Los humanos del continente saben que en Prythian somos compasivos y que estamos dispuestos a morir por ellos. Sin embargo, no han enviado a ningún emisario a pedirnos ayuda en contra de la invasión. ¿Por qué?

Es una muy buena pregunta, dijo Rhys en mi cabeza.

¿Cómo puedes estar escuchándome y hablando con Cresseida al mismo tiempo?

Soy el alto lord más talentoso, encantador y fascinante que ha existido nunca, ¿lo recuerdas?

Le mandé un gesto grosero a través de la conexión entre nuestras mentes y en respuesta me llegó enseguida una risa besada por la noche.

Gracias a que la broma de mi pareja me había subido los ánimos, volví a intentarlo con Tarquin.

—Créeme, tengo multitud de razones para no involucrarme en una guerra, para no afrontar esta situación, para quedarme tan tranquila en Prythian con mi hijo, escondiéndome del mundo y disfrutando de la comodidad de mis lujos. Pero ¿cómo voy a mirar a la cara a Nyx cuando sea mayor y decirle: «Ya habíamos hecho suficiente. Le correspondía a otro»?

Con el rabillo del ojo vi que Cresseida se apartaba de Rhys y se acercaba a nosotros con su vestido rosa coral flotando detrás de ella. Acortó las distancias y nos interrumpió antes de que Tarquin pudiera contestar.

—Si este conflicto es tan funesto como sospecháis, entonces me alegraré de evitarlo y de vivir lo suficiente como para que mis futuros hijos me planteen esas preguntas. —Sus ojos contenían tormentas capaces de destrozar la piedra.

Tarquin no la contradijo. No asintió, pero tampoco le llevó la contraria.

Aunque negué con la cabeza, incapaz de evitar mi decepción, Rhys, que había seguido a Cresseida, habló con calma y con la más absoluta serenidad.

—Para conseguir nuestros propios aliados más allá de nuestras fronteras, aliados que logren que Rask, Montesere y Vallahan se echen atrás, necesitamos un Prythian unido. Un Prythian cuyos ejércitos, a ojos de nuestros enemigos y potenciales aliados, tengan un mismo objetivo y estén dispuestos a actuar juntos.

—Y si nos unimos —intervino Tarquin apoyándose de espaldas en la barandilla de piedra del balcón con una indiferencia que sus palabras desmentían— solo para que nuestros enemigos sepan que vamos de farol y marchen de todas formas hacia el sur, ¿seguiremos adelante y llevaremos a nuestros pueblos al matadero para salvar una tierra lejana, a unos humanos que nos odian? —El alto lord de Verano negó con la cabeza. El viento zarandeó sus prendas azules como una ola a su alrededor—. Esta guerra sería muy distinta del conflicto con Hybern, amigo mío. Y muy diferente de la Gran Guerra de hace cinco siglos.

Yo sabía que esas palabras, «amigo mío», se le clavarían directas en el corazón a Rhys.

Mi pareja no dijo nada. Su cara tampoco reveló expresión alguna.

Tarquin prosiguió mientras el cielo le hacía relucir el pelo blanco casi como si tuviera un halo.

—Durante esa guerra, los humanos del continente por lo menos estaban acostumbrados a los de nuestra especie. Nos toleraban e incluso veían a algunos de los nuestros como aliados y familia. Ahora han tenido quinientos años para olvidarse de nosotros. Para odiarnos. Puede que no estén dispuestos a aceptarnos y a confiar en nuestra ayuda.

Rhys metió las manos en los bolsillos y respondió:

—Sospecho que cuando las hordas de Rask, Vallahan y Montesere asedien sus amuralladas ciudades, se sentirán más que felices de aceptar cualquier ayuda que puedan conseguir.

Tarquin permaneció en silencio.

No me podía creer que mi valiente, honorable y buen amigo (porque eso había sido siempre Tarquin) estuviera pronunciando

aquellas palabras.

¿Lo sabía Amren? ¿Por eso había presionado para que acudiéramos a Fomoria en vez de a la Corte Verano? Por muy cabreada que estuviese con ella, no creía que se hubiese guardado aquella información para sí misma. ¿Estaba Varian al tanto y se lo había ocultado a su amante? ¿Por este motivo no se hallaba presente, para poder negarlo luego? Tratándose de Amren, era posible que hubiese intuido que algo no cuadraba, aunque no tuviese pruebas de sus intenciones.

—¿Qué les debemos a esos desconocidos? —le exigió Cresseida a mi pareja, completamente impertérrita ante su oscura y amenazante figura—. Los humanos de Prythian, los que han vivido a nuestra sombra y han sufrido por ello, son nuestros vecinos y debíamos luchar por su seguridad y su libertad contra Hybern. Sin embargo, los humanos del continente están al otro lado del océano. E, incluso si fuésemos allí, ni siquiera todos los ejércitos de Prythian podrían contra las fuerzas de esos tres territorios. ¿Y quién nos asegura que esos supuestos aliados que buscáis más allá de nuestras fronteras se nos unirán en la batalla? ¿Marcharíamos a la guerra de todas formas, incluso sin ellos, solo para demostrar nuestro honor? —La princesa le lanzó a Rhys una mirada desdeñosa, y luego a mí—. Moriríamos solo para sentirnos moralmente superiores.

Le devolví una mirada fulminante. Incluso puede que le enseñase un poco los dientes.

Un tenso silencio, lleno de resentimiento, cayó sobre nosotros.

Tienen parte de razón, me dijo Rhys, de mente a mente. *Entiendo su razonamiento aunque no lo comparta.*

No respondí. Ni siquiera miré a mi pareja para leer su expresión.

Debía intentarlo otra vez. Teníamos hasta esa noche, y a lo mejor, si me quedaba con Tarquin a solas, lejos del rango auditivo de Cresseida, este atendería a razones y se comportaría de forma valiente y misericordiosa…

—Mi señora Feyre —dijo Tarquin, y supe que me había leído las intenciones en el rostro. Empleó un tono más amable, de nuevo con ese horrible deje apenado—. Si se tratase de una causa que pudiéramos ganar, una causa sobre la que dispusiésemos de toda la

información, entonces sí, lucharía hasta la muerte a tu lado. Pero ahora mismo solo nos basamos en suposiciones y esperanzas. No puedo mandar a mi pueblo a una muerte segura por culpa de un rumor. ¿Vosotros sí, amigos míos?

Otra vez esas palabras. Y por un momento, al contemplar la expresión abierta y hermosa de Tarquin… dudé si realmente podría vivir con ello. Con cualquiera de las cosas que había ido allí a pedirle que hiciera. Llevar a aquel alto lord y a su gente a una tierra lejana para hacer frente a un lord de la muerte con un poder cuya magnitud aún no habíamos podido comprobar y librar una guerra que con toda probabilidad perderíamos, aunque por lo menos tendríamos la superioridad moral de nuestra parte. ¿Podría mirar a mi hijo a la cara, cuando fuese más mayor, y explicarle que habíamos conducido a nuestros amigos a una muerte segura solo para sentirnos mejor con nosotros mismos? ¿Acaso no sería peor que explicarle que nos habíamos quedado de brazos cruzados?

La mirada de Tarquin se dulcificó y me ofreció el brazo para acompañarme hasta el comedor. Como si supiese que ya habíamos puesto punto final a aquella discusión.

Acepté su brazo por educación. El músculo que escondía bajo su manga era tan inflexible como el mar a nuestro alrededor.

—Nos falta mucha información, Feyre, como para arriesgarnos a meternos en una guerra que, según todos mis generales, no tenemos ninguna posibilidad de ganar —dijo Tarquin con una amabilidad cargada de compasión. Un pesado e infinito entumecimiento se apoderó de mí. A duras penas lo oí mientras concluía—: Y, por mucho que admire vuestros principios, no tengo claro que podamos llegar a ponernos de acuerdo en esto.

CAPÍTULO 12

Nesta

La puesta de sol roció de salpicaduras doradas el mar que Nesta tenía a su izquierda. Se arrodilló al borde del acantilado. El horizonte septentrional se le antojó una línea imposiblemente lejana. Más allá, se alzaba la Prisión.

Entre la Prisión y donde se hallaba ella, aguardaba la muerte.

Tomó una bocanada de aire e intentó levantarse, jadeante y dolorida por culpa de la transportación que la había llevado hasta el norte de Velaris. Ni sus rodillas ni sus muslos cooperaron.

Ve, le susurró su sangre. *Da el salto.*

¿Por qué?, susurró ella a su vez. *¿Por qué?*

Sin embargo, no obtuvo respuesta. Incluso su sangre pareció quedarse en silencio y la dejó temblando, empapada en sudor frío, al borde de aquel acantilado.

Sola.

Echó un vistazo a la derecha, al cielo púrpura del este. A la primera estrella vespertina. A la oscuridad, a la noche que crecía más allá.

Suspendida entre la noche a un lado y los vestigios del día al otro, Nesta se descubrió incapaz de moverse en ninguna dirección.

Bufó con amargura. Qué apropiado. Llevaba semanas bloqueada, intentando hallar la forma de recuperar aquello que había alcanzado en el pasado, ese momento en el tiempo en el que había creído que tenía un hogar, una pareja y una familia a la que amaba. Era lo único

que deseaba: esas cosas, esa gente. Entregarles su amor y recibir el suyo a cambio, mantenerlos a salvo y felices.

Los últimos rayos del sol hicieron resplandecer el horizonte dorado a su izquierda.

Solo estaba segura de eso, de ese amor. Lo sabía porque aquellas semanas sin Cassian, en las que él la había tratado como poco más que a una extraña, habían sido las más duras de su vida. Ese tiempo sin Gwyn y Emerie y sin entrenar con las valquirias la estaba devorando hasta dejarla en los huesos, cansada y dolorida.

La antigua Nesta habría rehuido aquellos sentimientos e incluso era posible que se hubiese dicho con desprecio que era débil, patética, que estaba necesitada. No obstante, esos vínculos la habían ayudado a sobrevivir a Ramiel. La habían ayudado a sobrevivir a Briallyn y la Corona. Esos vínculos habían salvado a Feyre y a Nyx. Nunca se avergonzaría de eso. Y se sentía agradecida, inmensamente agradecida, de tener gente que la quisiera. Gente a la que valía la pena proteger, por quienes valía la pena morir.

Con las piernas temblorosas y la cabeza dándole vueltas, Nesta logró ponerse de pie. A lo mejor lo que fuera que la estuviese llamando desde el norte solo era un canto de sirena que la atraía para que se alejase de lo que importaba, de quienes importaban. *Ven*, la llamaba, pero ¿adónde? ¿Con qué propósito? ¿Más sombras, soledad y secretos?

Si se lo permitía, la consumirían.

De modo que Nesta ignoró ese horizonte septentrional, manchado con una deslumbrante mezcla de la inminente noche y el reacio día. Alejarse del confín del mundo y volver con sus seres queridos.

Las colinas verdes y resplandecientes de las tierras bajas de la Corte Noche se extendían hacia el sur. Y más allá… Velaris. Su hogar.

Echó una ojeada por encima del hombro, solo una vez, justo cuando los rayos del sol se colaron bajo el mar. Podría haber jurado que, en aquel preciso instante, las aguas emitieron un destello verde a modo de despedida definitiva.

A continuación se permitió un último vistazo hacia el este, hacia ese atardecer que empezaba a emerger. Centelleante, como si le

diera la bienvenida o le dijera adiós. Casi se sintió tentada de levantar la mano para saludar o despedirse en respuesta.

No obstante, se resistió y, con la sangre goteándole por la nariz y su fuerte sabor en la boca, Nesta se transportó a casa. Tal vez Gwyn no le dirigiese la palabra, pero Cassian… Cassian era su pareja. Si la celebración de Nyx era al día siguiente, esa noche seguro que regresaría. Y dado que ambos debían acudir juntos al templo por la mañana, lo más probable era que al menos se pasase por la Casa del Viento para recoger su ropa.

Nesta ya no aguantaba ni un segundo más separada de él porque el enfado de ambos los mantenía alejados.

Si la Casa del Viento estaba en silencio, su dormitorio todavía lo estaba más mientras se ponía el camisón. Se metió entre las sábanas, plenamente consciente de la colcha sin tocar y de la almohada ahuecada en el otro lado de la cama. Se quedó allí tumbada durante un buen rato, con el silencio presionándole la piel, taladrándole la cabeza.

—Todo es un desastre —soltó al final, en mitad de aquella quietud.

No tenía claro por qué le estaba hablando a la Casa de sus problemas personales, pero se descubrió susurrando:

—No consigo averiguar cómo arreglarlo.

En respuesta, un puñado de astillas le cayeron en el regazo y cubrieron de madera y cenizas la colcha blanca.

Nesta soltó un profundo suspiro.

—¿Es esto lo que opinas del estado actual de mi relación con mi pareja? —La Casa, por supuesto, no contestó. Nesta echó un vistazo a aquellos residuos—. ¿Qué es esto exactamente? O, mejor dicho, ¿qué era?

Un viento fantasmal hizo que las astillas flotasen sobre las sábanas y les dio forma en el aire, más allá de la cama.

—Como me enseñes la estúpida cara de Cassian… —empezó a decir.

De todos modos, se detuvo al comprender qué le estaba mostrando la Casa. Un pilar de madera, el tronco tallado de un árbol. Uno que le resultaba muy familiar; sobre todo a medida que

empezó a doblarse y una hendidura apareció en la superficie, en un punto muy particular del centro.

—¿Es… el poste que utilizábamos el año pasado cuando entrenábamos asestando golpes? —preguntó Nesta.

Ella misma lo había vapuleado hasta que se derrumbó, convertido en un montón de astillas y humeantes brasas de fuego plateado. La Casa debía de haber escondido los restos al limpiar después.

La Casa repitió lo que acababa de hacer y reconstruyó el poste de entrenamiento para enseñarle cómo se había venido abajo tras aquellos golpes invisibles, y acabó desintegrándolo de nuevo en una pila de astillas.

Nesta cerró los ojos después de aquella segunda vez.

—Llévatelo —dijo—. Ya lo entiendo. —No obstante, cuando abrió los ojos de nuevo, la Casa no había hecho desaparecer las astillas. Solo había depositado el impresionante montón en su regazo—. Llévatelo —siseó—. No quiero verlo. —En esa ocasión, la obedeció.

Era perfecto, en realidad. La Casa no podría haber elegido mejor simbolismo para representar su relación con Cassian. El entrenamiento, la determinación, el amor que había crecido entre ambos. Todo había estallado; no a causa de alguna fuerza externa, sino por culpa de Nesta. De sus decisiones. Su poder. Su cabezonería.

Así que sí, le correspondía a ella reconstruir un todo aparentemente imposible a partir de un montón de fragmentos. Pero para ello iba a necesitar que su pareja hiciese acto de presencia.

Esperó a Cassian hasta altas horas de la noche, acurrucada en su cama con una novela de Sellyn Drake y una taza de chocolate caliente. Como mínimo, la Casa sí que había acertado con aquella petición. Sin embargo, su pareja no apareció. Permaneció despierta tanto rato como pudo, con los ojos ardiéndole por culpa del cansancio. No obstante, al final Nesta se quedó dormida sola, con la mano sobre la almohada de Cassian, en el lado vacío de la cama.

Feyre

Caminé sola por la franja salvaje de playa al norte de Adriata. Me había transportado allí hacía media hora porque necesitaba un poco de espacio, aire y tranquilidad.

Vadeé las olas mientras me mojaba hasta la pantorrilla y me recogía con una mano las capas de la ligera falda que llevaba. El sol me dio de lleno en la parte izquierda del rostro. Existían únicamente el murmullo de las olas y la suave y húmeda brisa marina que jugaba con mi pelo.

No veía la forma de seguir avanzando. Habíamos hablado, comido y conversado un poco más, todo en vano. Incluso había conseguido quedarme a solas con él durante una buena media hora cuando Rhys le pidió a su prima que le enseñase alguno de esos barcos que navegaban solos. Sin embargo, la conversación con Tarquin había resultado infructuosa. Y cuando Rhys había vuelto con una expresión cuidadosamente neutral, yo le respondí negando con la cabeza. No había cambiado nada.

Ni siquiera me quedaban fuerzas para enfadarme. Sus motivos para evitar el conflicto eran sensatos. El pueblo de Tarquin ya había sufrido suficientes pérdidas. No solo contra Hybern, sino también durante los cincuenta años previos bajo el yugo de Amarantha.

Peor era lo que me había revelado Tarquin durante nuestra conversación privada: Kallias, alto lord de la Corte Invierno, estaba de acuerdo con él. Y por lo que había insinuado la princesa Cresseida después de volver con Rhys, también era el caso de Thesan, de la Corte Amanecer.

Si no establecíamos una alianza formal con Tarquin para hacer frente a aquel conflicto, no había ninguna posibilidad de que Invierno o Amanecer accediesen.

Una ola se estrelló contra mis piernas y me detuve a recuperar el equilibrio mientras el mar retrocedía, arrancándome la arena de debajo de los pies. Allí el agua era cristalina, muy cálida. Unos cuantos peces plateados se deslizaban raudos por aquellas aguas poco profundas, con sus largas aletas tras de sí como si de lazos se tratara. Los veía con tanta claridad como si los observase a través de una ventana.

—Si estás pensando en quitarte el vestido y nadar desnuda —dijo Rhys a mi espalda arrastrando las palabras—, la respuesta es afirmativa. Adelante, por favor.

Me reí entre dientes mientras lo miraba por encima del hombro. Mi pareja iba descalza y se había arremangado los pantalones negros hasta las rodillas y la camisa hasta los codos, prenda que también se había desabrochado lo suficiente como para dejar a la vista algunas líneas de sus tatuajes ilyrios.

Otra ola rompió contra mí y me roció el vestido.

Rhys me ofreció una media sonrisa.

—Qué expresión tan triste para un rostro tan hermoso…

Me giré de nuevo hacia la playa y retomé mi paseo en silencio. Mi pareja se colocó a mi altura y, durante un rato, ninguno de los dos dijo nada.

—No sé qué hacer —confesé al fin con voz ronca—. Hay tres cortes que no van a ayudarnos. Cuatro si contamos a Otoño, lo cual es probable; o cinco si añadimos la Corte Primavera. En vista de cómo va todo, Helion tampoco accederá. No conseguiremos nada si no demostramos que Prythian es fuerte, si no nos presentamos al mundo como un frente unido. Ni siquiera Miryam y Drakon se nos unirán.

—Efectivamente, estamos en desventaja numérica —coincidió Rhys.

Di una patada a las olas mientras lo miraba, deseando, rezando para encontrar en su rostro esa sonrisa de suficiencia, esa amplia sonrisa que significaba que tenía un plan y que al final todo saldría bien. Pero la expresión de Rhys era grave, afligida. Me tragué el nudo que se me empezaba a formar en la garganta.

—¿Estamos siendo unos necios? No me refiero a no haber seguido el consejo de Amren de ir primero a Fomoria. ¿Somos unos necios por involucrarnos siquiera en este conflicto?

—Hay una solución —contestó Rhys en voz muy queda. Demasiado. Sus ojos violeta-azulado relucían llenos de dolor—: Reconstruiremos el muro.

Me giré hacia él como un torbellino.

—¿Qué?

No podía estar hablando en serio. No obstante, esa tristeza continuaba grabada en sus preciosos rasgos.

—Es lo único que los detuvo en el pasado. Reconstruiremos el muro y, esta vez, lo haremos incluso más resistente para que nadie cruce de un lado al otro.

A pesar del sol, de la calidez de la brisa y del suave vaivén del agua, se me heló la sangre.

—¿Cómo? —susurré. Pero ya lo sabía—. Con el Tesoro. Y el Caldero. Conmigo… y Nesta.

—Hace cinco siglos, fue necesario aunar el poder de casi todos los líderes fae que firmaron el tratado para levantar el muro original. Hará falta mucho más poder, no solo el tuyo y el de tu hermana, pero sí… En esencia, lo haremos así.

Tenía que sentarme. Volver a la línea de la marea alta, hundirme en la arena y obligarme a soltar el aire que estaba conteniendo con fuerza. El sol me quemaba las mejillas, las sienes. Me abrasaba el pelo, el cuero cabelludo de debajo.

—Creía que estábamos de acuerdo en que un mundo dividido no podría prosperar —le recordé desolada.

Rhys se sentó a mi lado y se rodeó las rodillas con los brazos, con los tatuajes al desnudo bajo la luz crepuscular. Cuando abrió y cerró las manos, como si intentase capturar una respuesta que se le escurría entre los dedos, se le movieron los músculos de los antebrazos.

—Es posible, querida Feyre, que sea demasiado peligroso que exista un mundo sin muro. Los fae hemos vivido mucho; la inmortalidad nos aburre. Establecemos reglas que luego cambiamos y, por último, rompemos. ¿Qué es el honor cuando uno vive mil años o más? El tiempo lo devora todo. Devora el valor del honor, de la bondad e incluso de la vida. Aunque tú y yo consiguiéramos que todos los territorios se adhiriesen al tratado, dentro de una década podrían renegar de él igualmente.

—¿Y esa es la respuesta? ¿Decidir que los humanos y los fae no podrán coexistir nunca y mantener ambos mundos separados para siempre? —Se me quebró la voz y sentí un escozor en los ojos—.

¿Qué ocurre con la gente de Miryam y Drakon? Allí fae y humanos han convivido durante quinientos años y han prosperado.

—Cretea es una isla pequeña —me dijo Rhys con gentileza—, con un único soberano. El continente consta de varios reinos, fae y humanos, todos con su propia forma de ver el mundo y sus objetivos particulares. La paz raramente perdura.

Parpadeé para deshacerme del escozor de las lágrimas y me obligué a considerarlo.

Rhys acarició mi ardiente mejilla con un nudillo. El rastro de frescor que dejó su contacto me alivió. Como la primera brisa nocturna tras un día abrasador. Me incliné hacia él sin dejar de contemplar el mar.

—Si construimos un muro —cavilé—, si impedimos que sus ejércitos avancen antes de poder poner un pie en territorio humano, es posible que se enfurezcan tanto como para que nos convirtamos en su nuevo objetivo. —Miré de reojo a mi pareja, con las cejas enarcadas en un gesto inquisitivo y preocupado.

—Soy consciente de ello.

Ahí estaba: el precio que había que pagar.

Empezaron a temblarme los labios y los apreté con fuerza.

—De modo que o luchamos y morimos por una causa perdida y dejamos que los humanos sean esclavizados de nuevo en el proceso, o reconstruimos el muro para detener la invasión antes de que suceda y esperamos a que nuestros enemigos se venguen de la Corte Noche. —No soportaba ninguna de las dos opciones.

—O no hacemos nada —sugirió Rhys—. Nos retiramos. Miramos hacia otro lado.

No me hacía falta verle la cara para saber que odiaba esa alternativa tanto como yo. Me tembló la voz cuando pregunté abiertamente:

—¿Cómo puedo esperar que nuestro hijo crezca y se convierta en alguien que defiende a quienes más lo necesitan si yo no hago lo mismo? ¿Cómo podré seguir mirándolo a los ojos sabiendo que he condenado a miles, a millones de niños humanos, incluso a bebés, a sufrir un destino tan aciago? —Me limpié la lágrima que me rodaba por la mejilla—. No puedo, Rhys. No puedo.

Él extendió la mano y capturó mi siguiente lágrima errante.

—Lo sé. —Me besó con dulzura en los labios.

Lo rodeé con los brazos, necesitada de su cercanía, su calidez, su fuerza. Y cuando me estrechó contra él, no reprimí las lágrimas.

Había sido una ingenua al pensar que unas pocas alianzas solventarían el problema. Pero sola en aquella playa, en un extremo de Prythian… Allí podía derrumbarme. Con mi pareja, podía derrumbarme y saber que seguía queriéndome, que seguía apoyándome.

Cuando el llanto cesó, cuando calmé la respiración, me separé de él. En los ojos de Rhys brillaban lágrimas sin derramar.

—Necesitamos un plan de contingencia —manifesté, con la voz ligeramente temblorosa pero más firme que hacía unos minutos. Tragué con fuerza y le cogí la mano entre las mías—. En cuanto levantemos el muro, debemos tener nuestras defensas listas. Utilizaremos el Tesoro otra vez para construir un muro impenetrable a nuestro alrededor. —Hice una pausa antes de continuar cuando me asaltó otra horrible e inevitable idea.

Rhys asintió, intuyendo el rumbo que habían tomado mis pensamientos.

—Esa es la cuestión, ¿verdad? ¿Ese segundo muro rodeará solo la Corte Noche? ¿O todo Prythian?

—¿Podríamos sobrevivir si cortamos lazos con el resto de las cortes?

—Podríamos, y ya lo hemos hecho. Ahora bien, ¿a nivel cultural y espiritual? No lo sé.

—Pero es posible que nuestros enemigos se rebelen contra Prythian de todas formas. Que la tomen contra el resto de las cortes como represalia. Que intenten hacernos cruzar el muro asesinando a todos los demás.

Un nuevo asentimiento. Él ya era consciente de todo aquello.

—Sin embargo, si aislamos del mundo a Prythian… ¿Nos considerarán las otras cortes el enemigo? ¿Nos atacarán? —Le solté la mano y me froté la cara—. ¿Cómo lograremos hacerles entender por qué lo hemos hecho? ¿Cómo conseguiremos que lo acepten?

Rhys negó con la cabeza y el sol poniente le arrancó destellos rojos y dorados a su pelo negro como las plumas de un cuervo.

—Ese es un debate para otro día. Sea como sea, tendremos que dar con la forma de quitarles el Caldero a Miryam y Drakon.

—¿Crees que no nos lo darán? Técnicamente no les pertenece. —Y si intentaban quedárselo para sí mismos…

—Tampoco es nuestro —me recordó Rhys—. Creo que es probable que nos lo entreguen, pero conseguir que el proceso sea pacífico y con las mínimas preguntas posibles será difícil.

Después de cómo habían ido las cosas con Tarquin, no podía seguir dando por hecho que toda aquella situación sería fácil. Ni siquiera con nuestros amigos.

Sentí un nudo en el estómago. Y por primera vez en todos esos meses, me atreví a decir:

—Evitaríamos muchos de estos problemas si fueses el alto rey, Rhys…

Él giró la cabeza en mi dirección de forma brusca, la furia clara en su rostro, junto con el más puro terror.

—Eso queda descartado.

—¿Por qué? —le exigí igualando su furia con la mía—. Amren dice que tenemos poco tiempo y que debemos aprovecharlo al máximo. Podríamos dedicar los próximos meses a planear el modo de reinstaurar el trono, de que tú te sientes en él y de que todos estén conformes con ello. No nos molestaremos en conseguir aliados, ni aquí ni en Fomoria. Manipularemos sin piedad a las cortes de Prythian hasta que nos entreguen gustosas la corona, hasta que hagan una para ti, lo cual nos convertirá en una potencia unida hacia la que otros territorios volverán la mirada, con quien busquen aliarse…

—Nos arruinará la vida —gruñó él.

Me quedé inmóvil.

Rhys me enseñó los dientes. Estaba respirando con dificultad, pese a que el tono de sus palabras resultaba letalmente bajo.

—¿No te parece ya bastante peligroso tener que gobernar una corte y encargarnos de todas nuestras responsabilidades? ¿Que apenas tengamos tiempo para el otro, para Nyx? ¿Cargar con el

peso de todas las vidas que dependen de nosotros? Imagina si añadiésemos seis cortes más. No podríamos quedarnos cómodamente en la Corte Noche, tendríamos que dejarnos ver por todo el territorio. Y si crees que ahora mismo nos sobran enemigos, imagínate los que tendríamos si reinásemos. No vendrían corriendo a aliarse con nosotros. —Soltó una risotada amarga—. Fíjate en cualquiera de los reinos al otro lado del océano y comprobarás que solo unos pocos han logrado conservar el trono hasta la vejez. —Negó despacio con la cabeza, el disgusto inundaba sus perfectas facciones—. No lo haré. Ni siquiera por esto.

—Pero si todo el mundo te apoyase, si de alguna forma todos lo vieran como algo predestinado…

Su poder retumbó como una tormenta nocturna e hizo temblar la arena que teníamos detrás, que acabó deslizándose hacia delante.

—No. Pienso. Hacerlo.

Retrocedí. Rara vez nos habíamos hablado así. Discutíamos, pero nada parecido a aquello. No con semejante ferocidad.

Por algún motivo, aquello me cabreó todavía más e hizo que odiara aquel conflicto con una renovada intensidad.

Me puse de pie y la arena me cayó en cascada por el vestido.

—De acuerdo. —Lo miré desde arriba sin una pizca de amabilidad —. Si te niegas, tú mismo. —Él se limitó a alzar la cabeza y fulminarme con la mirada. Le devolví el gesto mientras declaraba—: Sigo queriendo encontrar la forma de que el continente recule; quiero hacer un último intento. Idealmente, lo conseguiríamos con un Prythian unido y con los posibles aliados que atrajésemos así. Tenemos… Tengo que agotar esa posibilidad antes de plantearme cualquier opción diferente, ya sea el muro u otra. Aquí hemos fracasado, pero puede que aún tengamos posibilidades con Invierno y Amanecer.

—De acuerdo —repitió él—. Pero no me hago ilusiones. —Odiaba la amarga desesperanza en su tono y el hecho de que, en el fondo, yo también era consciente de que se trataba de una esperanza fútil —. Y cuando todos demuestren que son unos desalmados y unos cobardes, cuando nos quedemos sin opciones y sin tiempo, reconstruiremos el muro en el territorio humano. Luego

levantaremos otro alrededor de Prythian. Y si el resto de las cortes la toma con nosotros, también uno alrededor de la Corte Noche.

El sol iluminó la línea del horizonte y empezó a desparecer tras ella. Rhys no hizo ademán de levantarse.

En su poder no resplandecían las estrellas. No había ni rastro de la vibrante gama de tonalidades nocturnas que lo caracterizaba. Era pura negrura, tan oscura como el fondo de un insondable pozo.

—Muros dentro de muros —dije retrocediendo hacia el agua. Una ola rompió alrededor de mis pies, más fría que hacía un rato. Rhys desvió la mirada hacia el horizonte, reacio a mirarme a los ojos o incapaz de hacerlo—. No sé si quiero que nuestro hijo crezca en un mundo tan reducido y triste.

En aquel instante, Rhys me sostuvo la mirada. Oscura como la noche cerrada.

—En ese mundo tan reducido y triste, por lo menos tendrá la oportunidad de crecer.

No había nada más que añadir. No me molesté ni con un gesto de la cabeza para decirle adiós antes de transportarme al palacio de Tarquin para despedirme.

Azriel

Sentado en el tejado de la casa de la ciudad, Az contemplaba cómo las primeras estrellas de la noche iban despertando con un parpadeo. La fresca brisa otoñal que le revolvía el pelo llevaba consigo el aroma de las hogueras crepitantes y una mezcla de especias (nuez moscada, canela y cardamomo) de los muchos hogares que seguían horneando para la celebración del día siguiente.

No se atrevía a regresar a la casa del río hasta por la mañana, y no solo a causa de Elain. Ya le había costado bastante ver a Cassian esa tarde y no hablarle del emisario de Hybern. No tenía ni idea de cómo podría mirar a los demás a la cara y tampoco contárselo.

Una alianza con su enemigo más odiado. Tendría que decírselo, y pronto. Pero no esa noche. Ni al día siguiente.

Podían esperar. Hybern podía esperar.

Su familia se merecía una celebración llena de dicha. Una vida rebosante de ella. Aunque él no fuera digno de lo mismo.

CAPÍTULO 13

Cassian

—Odio tener que emperifollarme —le dijo Cassian a Nesta a la mañana siguiente mientras se pasaba las manos por el pelo húmedo.

Acababa de volver de otra visita al Refugio del Viento a tiempo para bañarse y así desprenderse de la maldad de lord Devlon, y para enfundarse lo que esperaba que fuesen una chaqueta y unos pantalones lo bastante decentes. Negro sobre negro, y desde luego no tan elegantes como las prendas bordadas de Rhys, pero… Sonrió frente al espejo de cuerpo entero que tenía en su dormitorio de la Casa del Viento. Le sentaba bien arreglarse. Incluso había sacado un poco de brillo a las puntas de las alas.

Nesta pasó por su lado ataviada con una bata de seda gris paloma y con la melena peinada en un moño elegante en lo alto de la cabeza que dejaba al descubierto las impresionantes líneas de su largo cuello.

—No nos hemos emperifollado —le dijo sin mirarlo y dirigiéndose al baño—. Ha dado la casualidad de que tú te has lavado antes de la ceremonia y, por una vez, te has quitado la ropa de cuero.

Todas y cada una de sus palabras fueron cortantes. Apenas había hablado desde que Cassian entró en la habitación. Irradiaba una furia nueva e incandescente que resplandecía a su alrededor. Había pasado algo desde la última vez que se vieron. Estaba dispuesto a apostar a que había hecho algo para cabrearla.

Cassian estuvo pendiente de los movimientos de Nesta a través del reflejo del espejo de pie tanto como este se lo permitió, y se giró cuando ella se plantó ante el que había sobre el lavabo y se aplicó con presteza el maquillaje negro sobre la línea de las pestañas. A continuación, se pintó los labios de un glorioso tono rojo.

Sin embargo, Nesta ni se dignó mirarlo cuando terminó y volvió a dirigirse al armario de la habitación. Como si Cassian fuera un cuadro en la pared. Aunque se había acostumbrado a la tensión que había entre ambos en los últimos tiempos, parecía especialmente irritada. Crispada.

Él había vuelto a pasar la noche anterior en el Refugio del Viento. E… Hizo cálculos mentales. Hasta hacía unos minutos, tres habían sido los días sin verla; desde aquella conversación que habían mantenido abajo, en el vestíbulo. Lo destrozó ser consciente de ello, y el macho primario y emparejado que había en su interior rugió.

Solo la Madre sabía qué había ocurrido para irritar todavía más a Nesta. Él, desde luego, no tenía ni idea.

Era lo bastante preocupante como para impulsarlo a preguntar, con toda la indiferencia que fue capaz de mostrar:

—¿Qué sucede, Nes?

Su pareja abrió con violencia las puertas del armario y examinó la selección de vestidos.

—Nada.

—Mentira.

Ella no le respondió, pero se desató la bata de seda y la dejó caer al suelo.

A Cassian se le secó la boca al contemplar su cuerpo desnudo en plena exhibición. La línea de su espalda, la curva de su trasero, esos exuberantes pechos que veía de refilón desde aquel ángulo. El tatuaje de la estrella de ocho puntas que le adornó la columna durante tantos meses había desaparecido, dejando tras de sí una piel resplandeciente que Cassian se moría de ganas de acariciar. Se le endureció la polla y cambió de postura.

Dioses, era preciosa. El capullo de Eris tenía razón: había días en los que, si era sincero, no tenía claro qué había visto la Madre en él

para considerarlo digno de semejante pareja. No solo por su belleza física, sino también por su espíritu…

Aunque ese mismo espíritu hubiese tomado decisiones increíblemente estúpidas en los últimos tiempos.

Al pensar en eso, el deseo que empezaba a acumularse en su interior se extinguió y lo reemplazó un peso en el pecho que le resultaba demasiado familiar. De modo que Cassian volvió a concentrarse en su propio reflejo mientras Nesta se vestía. Si ella no quería hablar, pues muy bien. Podían coexistir en aquel deprimente silencio.

Solo se giró cuando oyó el susurro de las faldas y la descubrió acercándose con un vestido de seda gris crepuscular, un tono más oscuro que la bata, con un escote lo bastante bajo como para exhibir los pechos de una forma devastadora. A lo mejor deberían ir al templo más a menudo, si aquello era lo que se consideraba un atuendo casto hoy en día.

Apretó la mandíbula. Quizá su deseo no estuviera completamente extinguido. Antes no habría tenido ningún problema en acercarse a ella, rodearle la cintura con los brazos y explorar la extensión desnuda y cremosa del cuello y los pechos de su pareja. Acariciar con la nariz aquella piel sedosa y saborear cada centímetro. En aquel instante, dudó.

Levantó la vista para mirarla a los ojos y descubrió algo hirviendo a fuego lento en ellos que, no obstante, desapareció en un parpadeo.

Se cruzó de brazos.

—¿Así que ya no hablamos absolutamente de nada?

Nesta imitó su postura.

—¿De qué hay que hablar?

—En los últimos días ha ocurrido algo. Lo veo escrito en tu cara.

—No ha pasado nada. Aunque, de todos modos, tampoco es que te hayas molestado en estar por aquí.

Abrió un cajón de su tocador con semejante tirón que las joyas del interior tintinearon. Joyas bajo las que Rhys la había sepultado después de que salvase a su pareja y a su hijo. Nesta eligió un collar de diamantes pequeños de corte cuadrado engarzados en una única

tira flexible, delicado y resplandeciente, pensado para llamar la atención sobre ese cuello largo que a él tanto le gustaba besar.

Nesta se lo colocó alrededor del cuello y alzó los brazos para abrochárselo, pero no consiguió atinar con el cierre.

Él no pensaba ayudarla, ni mucho menos. A ella le temblaron las aletas de la nariz, como si fuera consciente de ello.

—El cargo que ocupo en esta corte requiere mi tiempo, ¿sabes? —dijo con los dientes apretados.

—Día y noche, por lo que parece. —Se le acercó con el andar fluido de una pantera y se plantó delante de sus narices para soltarle, con una dulzura edulcorada y marcando bien la última palabra—: Apártate, general.

Cassian le dedicó una reverencia exagerada y plegó con cuidado las alas a la espalda para hacerle sitio frente al espejo. Ella casi se giró y manipuló el cierre, moviendo sus pálidos dedos con torpeza. Irritada, Nesta entornó los ojos hasta casi cerrarlos mientras lo intentaba de nuevo.

—Háblame —le imploró Cassian—. ¿Por qué hoy estás incluso más cabreada conmigo?

Nesta giró el collar para intentar cerrarlo por delante.

—¿Acaso debería estar cabreada por algo más? ¿Además del hecho de que estas últimas semanas te has cerrado completamente en banda para poder enfurruñarte a gusto? ¿O de que cuando me hablas finges que todo va bien hasta que las cosas cambian y vuelves a ignorarme? ¿O del hecho de que te repugno tanto que ya ni siquiera me tocas? —Señaló la cama—. Han pasado semanas. No has venido a buscarme ni una sola vez.

—¿Quieres que te toque? —le preguntó Cassian con la voz una octava más baja, alzando la comisura de los labios.

Ella bufó.

—No, ahora mismo no.

Se rindió con el collar e hizo ademán de quitárselo, pero Cassian fue más rápido.

—Permíteme —le dijo pronunciando cada sílaba con extremada lentitud.

Tomó el collar y se lo colocó con delicadeza sobre el cuello y el pecho. Le rozó la piel cálida de la nuca con los dedos.

Se le puso dura en cuanto la tocó. También por la forma en que Nesta se quedó inmóvil y contuvo el aliento. Se inclinó ligeramente hacia ella, incapaz de evitar inhalar con fuerza y llenarse los pulmones con su aroma.

—¿Lo echas de menos? ¿Llevas días esperando justo esto?

Tal y como había deseado hacía unos instantes, arrastró los dedos por su columna y se la acarició con la ligereza de una pluma.

La excitación impregnó el aroma de Nesta. Pero la muy bruja le soltó:

—No.

—Mmm —murmuró él, que se apresuró a abrocharle el collar. No obstante, dejó los dedos apoyados en la base del cuello de Nesta y solo los apartó cuando se inclinó para arrastrar la nariz por el mismo punto—. ¿Y esto? —Sus palabras eran una presión cálida contra la piel de su pareja—. ¿Esto lo has echado de menos?

A Nesta la recorrió un pequeño escalofrío. Cassian sabía que, si le arrancaba ese vestido, encontraría sus gloriosos pezones duros y listos para que él los probara.

—Esto es lo último que echo de menos —le espetó ella a pesar de todo.

—Qué pena —susurró Cassian contra su nuca.

Pasó la lengua por la piel de aquella zona. Ella se estremeció y él repitió el movimiento: un lametón largo y curvo alrededor del cuello que siguió una trayectoria ascendente hacia su oreja. A aquellas alturas, ya le palpitaba el pene y le dolía tanto que sabía que, seguramente, le bastaría con que Nesta lo tocase para correrse con los pantalones puestos.

Ella le permitió jugar con su oreja y mordisquearle aquel lóbulo suave como el terciopelo.

—¿Quieres que te incline sobre la cómoda?

Nesta tragó saliva de forma audible.

Cassian sonrió contra su hombro.

—Podría levantarte estas bonitas faldas, Nes, y hundirme en ti hasta el fondo. ¿Te has molestado en ponerte ropa interior?

¿Esperabas que tuviese la oportunidad de descubrirlo?

La excitación de su pareja lo envolvió. Negarse ese placer sería una agonía para ambos. Y era posible que él se hubiese comportado como un idiota estúpido y cabezón al mantener las distancias durante esas últimas semanas, al aferrarse a su rabia.

Le bajó una mano por la pierna, recogiendo varias capas de falda en el proceso y levantándoselas cada vez más.

—Creo que tenemos tiempo para una pequeña degustación —ronroneó contra su cuello con un sonido casi gutural—. Algo que nos abra el apetito para luego…

Tenía a Nesta ahí, en sus brazos. Y, de pronto, desapareció.

Fue como si le hubiera echado un cubo de agua encima. Solo atinó a parpadear para recomponerse, tanto él como su cuerpo, y asimilar que no la tenía cerca, por más que Nesta estuviera tan dolorida y mojada que Cassian podía olerlo.

Sin embargo, ella ya estaba dando zancadas hacia la puerta. La abrió de un tirón y, en un tono gélido por encima del hombro, le soltó:

—Últimamente no me apetecen demasiado las pollas ilyrias.

Él se quedó mirándola boquiabierto. ¿Qué cojones acababa de pasar?

Con una sonrisa perversa, Nesta añadió:

—Y no, no llevo ropa interior. Aunque no vas a disfrutar de ello hasta dentro de un tiempo. —Un fuego profano ardía en sus ojos—. Llevo dos días queriendo hablar contigo. Hablar, Cassian. Pero no te has dignado a venir a casa y a darme la oportunidad; ni siquiera has intentado acercarte a mí.

Él abrió y cerró la boca, sin palabras. Nesta quería hablar, por fin quería hablar del tema, joder, pero…

Su pareja salió al recibidor y cerró de un portazo.

Feyre

Era posible que Nyx fuese el hijo de un alto lord y el presunto heredero, pero el deber primordial de la alta sacerdotisa de Velaris era honrar a la Madre. Por ello, la ceremonia de Nyx tendría lugar entre dos de los ritos del Equinoccio de Otoño, al amanecer y al atardecer. La ceremonia se había programado a la perfección entre siestas. Quizá se tratase de un regalo de la Madre, pues era un tema de fechas que ni siquiera me había planteado antes de dar a luz a Nyx y que, sin embargo, dictaba gran parte de mi vida diaria.

La intención de Rhys era celebrar una gran ceremonia en el templo de la ciudad, aunque solo asistiésemos nosotros y nuestros amigos más cercanos; y Elain, que se había encargado de la mayor parte de los preparativos, se había decantado por una mezcla entre lo razonable y lo extravagante. Había guirnaldas de flores otoñales dispuestas artísticamente alrededor de los imponentes pilares y, para que no parecieran un homenaje a una corte enemiga, también se había asegurado de que en los pasillos hubiese arcos de jazmines, cuyo familiar y reconfortante aroma inundaba el templo. Destacaban las peonías blancas, magentas y rojas como la sangre en ramos gigantes al pie de cada banco, y las parras de madreselva, lilas y rosas recorrían los arcos del techo abovedado. Había flores por todas partes, de todas las estaciones y cortes, al parecer. También podían admirarse ramitas de acebo y campanillas de invierno.

El resultado era encantador, aunque el esfuerzo parecía inútil, puesto que nuestra corte era la única presente. No habíamos invitado a nadie de ninguna otra que pudiera apreciar el respetuoso reconocimiento de mi hermana. Salvo Lucien, pese a que él ya no parecía pertenecer del todo a ninguna corte en concreto.

Aunque, mientras observaba el largo pasillo, pensé que a lo mejor sí que tenía sentido. Yo poseía los poderes de los siete altos lores. Era pronto para saberlo, pero existía la posibilidad de que Nyx los hubiera heredado. En ese sentido, tal vez fuese el hijo de todas las cortes de Prythian.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo que había sucedido el día anterior en la Corte Verano, no me sentía demasiado inclinada a enorgullecerme de algo así. Si hubiera podido arrancarme la parte

de mi magia que había pertenecido originalmente a Tarquin y estampársela en la cara, lo habría hecho.

Elain estaba de pie a un lado y esbozaba una sonrisa nerviosa mientras aguardaba nuestro veredicto sobre la decoración. Estaba preciosa, con su vaporoso vestido rosa y la melena suelta adornada tan solo con una corona de flores de lira.

Le dediqué una amplia sonrisa al tiempo que apartaba cualquier pensamiento sobre Tarquin y nuestro fracaso en la Corte Verano. Aquel era el día de mi hijo. No pensaba ensombrecerlo.

—Es perfecto. —Nyx se revolvió en mis brazos, con los ojos abiertos como platos ante todos los colores y las formas que nos rodeaban. Extendió una rechoncheta manita hacia uno de los conos violetas repletos de altramuces que había entrelazados en el arco más cercano, presumiblemente procedentes de los prados de la montaña que había detrás de nuestra cabaña—. Es más que perfecto, Elain.

Mi hermana ensanchó la sonrisa y los ojos se le iluminaron hasta adquirir la tonalidad del caramelo mientras observaba cómo Nyx manoseaba los altramuces.

—Gracias —le dijo Rhys apartando la vista del espectáculo y de nuestra familia, que se había reunido al final del templo mientras esperaban nuestra llegada.

—Después de esto, llevaremos las flores a hospitales y orfanatos —explicó Elain con dulzura—. Como regalo de Nyx hacia su pueblo.

Rhys asintió en señal de apreciación.

—Buena idea.

Mi pareja y yo habíamos hablado muy poco la noche anterior. Aunque no estaba enfadada con él y sabía que él tampoco lo estaba conmigo, ambos necesitábamos algo de tiempo para recomponernos después de la conversación que habíamos mantenido en la playa. Al levantarnos por la mañana seguíamos afectados, aunque estábamos más serenos. Éramos pareja. Estábamos juntos en aquello. Y ese día era en honor a nuestro hijo: lo más hermoso, perfecto y maravilloso de nuestra existencia. Nos encargaríamos de que fuera un día feliz y disfrutaríamos cada segundo.

Elain volvió a sonreír, radiante ante la alabanza de mi pareja.

—Debería ir a sentarme —dijo girándose hacia el pasillo.

No obstante, se detuvo y se quedó rígida.

—Elain —la llamé, antes de guardar silencio.

Se me ocurrió, demasiado tarde, que a lo mejor debería haberla advertido de antemano, pero el daño ya estaba hecho.

Lucien entró en el templo dando unas largas zancadas, vestido con una chaqueta azul oscuro, color que resaltaba los rojos y dorados sutiles de su pelo, y que se ajustaba a su musculado cuerpo. Parpadeó ante aquella exhibición tan surrealista y, acto seguido, su ojo mecánico zumbó cuando desvió la vista hacia nosotras. Hacia Elain.

Se quedó tan inmóvil como mi hermana, si no más.

Y debió de ver, con perfecta claridad, cómo todo rastro de alegría se desvanecía de la expresión de Elain. Fue testigo de lo deprisa que se marchitaba la radiante sonrisa que adornaba su rostro en el preciso instante en que lo vio. Lucien no pronunció palabra alguna. Ni siquiera levantó la mano para saludar a su pareja. O a mí. Permaneció quieto, como si estuviese esperando a que ella le gritase que se marchara, a que lo mandara a tomar viento.

Pero fue peor que eso. Elain ni siquiera reconoció su presencia con enfado. En lugar de eso, deslizó la mirada hacia mí. En sus ojos centelleaba algo parecido a la traición.

Me apresuré a hablarle mentalmente: *Siento mucho no habértelo dicho. Lo invitamos cuando nos reunimos con él en tierras humanas. Es importante tenerlo como…*

«Activo. Recurso. Herramienta».

Amigo de esta corte, terminé. Me contuve para no añadir: *Por favor, aunque solo sea por nuestro bien, dedícale alguna palabra amable. Con un «hola» bastará.*

Elain no dijo nada. No había levantado el escudo de piedra blanca con enredaderas y flores que rodeaba su mente. No obstante, al otro lado solo había silencio.

Me aseguraré de que no se siente cerca de ti, añadí lastimosamente.

En esta ocasión tampoco me contestó. Se limitó a recorrer el pasillo sin dedicarle una segunda mirada a Lucien.

Puesto que sabía que vería reflejado el dolor en su expresión, tuve que hacer un esfuerzo para girarme y saludarlo. Pero descubrí que, en vez de eso, Lucien estaba sonriéndole con ternura a Nyx mientras se acercaba, pese a que Rhys lo vigilaba como un halcón.

Bueno, en realidad se parecía más a un dragón escupefuego.

—Es guapísimo —nos dijo Lucien a Rhys y a mí.

Lo pronunció con calma, como si estuviera dirigiéndose a un superdepredador que le arrancaría la garganta de cuajo en cuanto emitiese un ruido fuerte. Que era justo lo que era mi pareja, por más que su aspecto fuera el epítome de la belleza y la gracia masculinas. Yo misma había visto cómo destripaba a un enemigo con un solo golpe de las garras. Y, de ser necesario, volvería a hacerlo allí, en ese preciso instante.

—Gracias —le contesté a Lucien pisando de forma intencionada a Rhys.

La expresión de mi pareja permaneció inalterable. Aunque había permitido a Lucien entrar en el templo, y pese a que ahora lo dejaba pasar a nuestro lado, nuestro aliado había interpuesto una distancia más que prudente entre nosotros.

—Me sentaré… por ahí —me indicó Lucien, todavía en un tono calmado, mientras señalaba la zona opuesta del templo en la que se había sentado Elain. Justo al lado de Nesta y Emerie.

Afortunada o desafortunadamente para Lucien, Amren se hallaba sentada justo donde él había señalado, con Az y Mor flanqueándola. Estaban todos hablando en susurros.

Amren, con quien no había cruzado una sola palabra en toda la mañana. A quien no quise ver la noche anterior, al regresar a casa, por lo que dejé que Rhys se encargara de acudir a su encuentro y ponerla al día. A lo mejor me estaba comportando de forma infantil, pero no me veía capaz de soportar ningún rastro de petulancia por su parte cuando oyese hablar de nuestro fracaso a la hora de intentar asegurarnos a Tarquin como aliado… Sabía cómo me habría sentado. Igual que le había sentado a Rhys mi sugerencia de que se convirtiese en alto rey.

Amren no había mirado ni una sola vez en nuestra dirección. En mi dirección. Seguro que tenía tan pocas ganas de hablar conmigo

como yo con ella. Cuando empezamos a planear la ceremonia semanas atrás, nuestra intención era invitar a Varian, pero Amren comentó que, de hacerlo, también tendríamos que invitar a Tarquin. Y si invitábamos a un alto lord, tendríamos que extender la invitación a todos los demás.

A veces, ser la alta lady era un verdadero incordio.

Sin embargo, tras lo que ocurrió el día anterior, me alegraba de no tener que ver a Tarquin o a los otros hasta al cabo de un tiempo. E incluso me satisfacía que Amren no contase con la compañía de su amante. Que estuviese sola, incluso entre nosotros.

Lucien continuó recorriendo el pasillo con pequeños y controlados movimientos, y tuve que plantearme si haberlo invitado era más un castigo que un gesto de buena fe. Por cómo habían reaccionado Elain y Rhys ante su presencia… A lo mejor no había merecido la pena. No me sorprendió que Lucien se decantase por un banco varias filas más atrás del que ocupaban Amren y los demás. Elain no echó ni un vistazo por encima del hombro para comprobar dónde se había sentado su pareja.

Una figura alta y de pelo oscuro subió al púlpito. Con todas las flores que entorpecían la vista, era casi imposible distinguirla. Cuando la alta sacerdotisa levantó las manos en señal de bienvenida, miré a Rhys.

¿Lista?, me preguntó a través del vínculo.

Todo esto me parece un sueño, le respondí con un nudo en la garganta mientras alzaba más los brazos, en los que sostenía a Nyx.

Uno bueno, espero. Yo estoy arrebatadoramente atractivo en ese sueño, ¿no?

Sus palabras me arrancaron una ligera sonrisa.

Y tú estás tan preciosa como siempre, querida Feyre.

A pesar de que me sonrojé, reí. Me había ataviado con mi vestido favorito para las grandes ocasiones: el que él me había regalado durante nuestra primera Caída de las Estrellas juntos. Igual que aquella noche, no me había maquillado demasiado y me había recogido el pelo con peinetas de plata y diamantes.

Había tenido que hacerle unos pequeños arreglos a la prenda para estar más cómoda con el nuevo tamaño de mis pechos. De todos

modos, teniendo en cuenta la cantidad de veces que había pillado a Rhys mirándome, estaba claro que ese vestido seguía surtiendo el mismo efecto.

A veces me preocupa que todo esto sea un sueño, le dije, pues él era la única persona a la que podía hablarle así. *Estar aquí ahora, de pie, con nuestro hijo en brazos. Me… Una parte de mí se pregunta si no seguiré en esa cama, desangrándome…*

No, me interrumpió*. Estás aquí. Igual que él. Estamos todos aquí.*

Noté otro nudo en la garganta y Rhys me acunó la mejilla con una de sus grandes manos. *Jamás pensé que se me concedería el honor de experimentar semejante felicidad. Deberías disfrutar de cada segundo del día de hoy. Yo pienso hacerlo.*

Me dio un delicado beso, dos. Sí, tendríamos que lidiar con lo sucedido el día anterior, para bien o para mal, pero podía esperar. Ese día era para nosotros. Para Nyx. Para nuestra familia.

En algún lugar del templo, alguien carraspeó y… Cierto. La sacerdotisa. El ritual.

Le sonreí a mi pareja, que me besó una tercera vez. A continuación Rhys le susurró a nuestro hijo:

—Cuando la cosa se ponga excesivamente aburrida, ponte a berrear. Cuando seas más mayor te deberé una copa.

Me reí y besé a Nyx en su suave cabecita. Rhys apoyó una mano en mi zona lumbar, con ternura, para guiarme. Y juntos, como una familia, caminamos bajo las flores de Prythian para darle, oficialmente, la bienvenida al mundo a nuestro hijo.

CAPÍTULO 14

Feyre

La ceremonia del nombre dio comienzo con el conjunto habitual de plegarias. Yo creía que avanzaríamos hasta el altar, que la sacerdotisa nos impondría una bendición mediante un gesto de manos y que luego nos iríamos a almorzar, pero no. Allí, al pie del altar, con Nyx retorciéndose en mis brazos, la duración del servicio fue la normal.

Te mataré por esto, le dije a Rhys mientras me cambiaba al bebé de una cadera a la otra. *Tu hijo está que se sube por las paredes.*

Le expliqué que quería una ceremonia corta, me respondió él con inocencia sin desviar la mirada de la alta sacerdotisa, que entonaba sus plegarias en lo alto del púlpito.

Ni siquiera nuestra ceremonia de apareamiento fue tan larga.

Uy, claro que sí. Solo que estabas demasiado ocupada pensando en llevarme luego a la cama como para darte cuenta.

Apreté la mandíbula para evitar que se me escapase una sonrisa. *Es posible.*

—La cinta para la unión, por favor —nos pidió al fin la sacerdotisa.

Rhys asintió con elegancia y sacó del bolsillo de la chaqueta negra que llevaba el paquete envuelto en terciopelo. Ese día exhibía las alas, resplandecientes y deslumbrantes, y yo sabía que había sacado brillo a las garras en honor a su hijo y al legado que compartían.

Eché un vistazo al banco donde estaban sentadas mis hermanas.

Elain estaba pálida; todo rastro de alegría se le había desvanecido del rostro. Tenía los brazos cruzados y la espalda tan recta que

parecía que estuviera sentada en una cama de clavos.

Fantástico.

Cerca de Elain se encontraba Cassian. Al otro lado del templo, Nesta mantenía una expresión pétrea pero calmada, por lo menos. A su lado se hallaba Emerie, con una sonrisa radiante, como la principal fuente de tranquilidad de Nesta. Si bien la amiga de mi hermana llevaba un vestido más sencillo que el resto, se había peinado el pelo hacia atrás, lo cual dejaba a la vista sus encantadoras facciones, una intrigante combinación de dulzura y planos afilados. No dejaba de lanzarle miradas de reojo a Mor, con las mejillas ruborizadas.

Pero ella, sentada junto a Az y Amren en la fila que quedaba enfrente de la de Nesta, tenía toda la atención puesta en la ceremonia, en nosotros. Lágrimas de felicidad sin derramar brillaban en sus resplandecientes ojos castaños. Como si supiese exactamente cuánto tiempo llevaba mi pareja esperando y soñando con un día como ese. Yo llevaba años deseando esta situación; Rhys se había pasado varios siglos anhelándola.

A la alta sacerdotisa se le escapó un leve jadeo cuando Rhys retiró el paño negro y reveló la extraordinaria cinta plateada que nos había regalado Clotho.

—Extraordinaria —murmuró antes de recomponerse, tomarla con delicadeza y levantarla con ambas manos por encima de la cabeza.

A continuación se sucedieron tres bendiciones. Un banco crujió cuando Amren se removió en su asiento y su collar de rubíes favorito destelló con el movimiento. Sin embargo, en lugar de mirarla, me decanté por observar a Az, que estaba junto a ella. Parecía estar observando con sombría diversión cómo la hembra cambiaba de postura, incómoda, mientras sus sombras se le arremolinaban a él sobre los hombros, sobre las alas.

Az me pilló mirando y clavó la vista en la sacerdotisa. «Presta atención, alta lady», parecía estar diciéndome el cantor de sombras. Me sonrojé y volví a girarme hacia la sacerdotisa.

La ceremonia era aburrida. Preciosa pero aburrida. Siguiendo la tradición del equinoccio, la alta sacerdotisa pesó cada elemento en la balanza de plata que había sobre el altar mientras honraba y daba

una explicación eterna de todos ellos. Un regalo de la Madre: equilibrio para el año que teníamos por delante.

Por lo menos podíamos esperar con ganas el almuerzo de después. Aunque la sacerdotisa también estuviese invitada, lo cual disminuiría la diversión y nos obligaría a celebrar la ocasión de un modo más respetuoso.

—Acercad al niño y colocadle las manos entre las vuestras —ordenó al fin la sacerdotisa.

Obedecimos, y no pasé por alto que a Rhys le temblaba un poco la mano mientras la ponía debajo de la de Nyx. Lo miré a los ojos y encontré en ellos un rastro plateado, además de las estrellas que titilaban en su interior. Pura dicha, al margen de si la ceremonia era aburrida o no.

Coloqué la mano encima de la de mi hijo, tan suave y achuchable que no pude evitar darle un pequeño apretón. A Rhys le brillaban los ojos, como si supiese perfectamente cuánto me estaba conteniendo para no agarrar esos dedos tan pequeños y darles un mordisquito juguetón. Nyx se limitó a examinar su propia mano, apresada entre las nuestras, con la cabeza ladeada en un ademán curioso tan parecido a su padre que no supe si reír o llorar de felicidad.

La sacerdotisa rodeó nuestras manos unidas con la cinta plateada.

—La Madre te da la bienvenida al mundo, Nyx, y te ofrece su sagrada bendición. —Me tendió la cinta de Clotho y me dedicó un asentimiento de ánimo—. Escucha los deseos de tus padres y sé consciente de que eres amado.

A mí también me temblaban un poco los dedos mientras rodeaba nuestras manos unidas con la cinta una segunda vez. El material con el que estaba hecha brillaba como la luz del sol al incidir en el mar.

—Te deseo una vida repleta de felicidad —le dije con voz ronca mientras mi hijo me ofrecía una sonrisa desdentada—. De coraje y amor infinito. —Sentí un nudo en la garganta y un hormigueo en los ojos mientras contemplaba esa carita perfecta.

Me habría gustado decirle mucho más, ofrecerle mucho más; sin embargo, como pronunciara otra sola palabra, especialmente ahora que se fraguaba aquel conflicto imposible a nuestro alrededor,

rompería a llorar. En vez de eso, me decanté por besarlo en la frente y respirar hondo para inhalar su dulce olor a bebé.

Le pasé la cinta a Rhys, cuya mano libre temblaba de lo lindo mientras rodeaba nuestras manos unidas una tercera vez. Nyx se removió un poco, pero a continuación se sintió fascinado por la cinta que brillaba entre nosotros.

—Te deseo sabiduría —dijo Rhys en voz tan baja que apenas alcancé a oírlo. Una lágrima le rodó por la mejilla—. Te deseo fuerza, no solo física, sino también espiritual. Y te deseo toda la felicidad que yo he conocido con tu madre. Espero que un día tú también tengas la suerte y el honor de encontrarla.

Miré a mi pareja a los ojos, incapaz de contener mis propias lágrimas mientras me resbalaban por la cara.

No quedaba ni rastro del enfado que había derivado de nuestra discusión del día anterior en la playa. Había desaparecido, se había olvidado, como una tormenta de verano que escampa con rapidez. Allí, en aquel momento, aquello era lo que más importaba.

La sacerdotisa tomó de los dedos de Rhys lo que quedaba de cinta y la ató al extremo suelto con el que había empezado ella.

—Bendecido por el amor, por los deseos de tus padres, te damos la bienvenida a la Corte Noche —declaró la alta sacerdotisa.

Me incliné hacia delante para volver a besar a Nyx en la suave cabecita. Mi hijo me miró y le di otro beso en la mejilla, rolliza y cálida. Él me agarró un mechón de pelo y tiró en un arrebato de repentina curiosidad.

—La familia y los amigos pueden acercarse para presentar sus regalos, bendiciones y deseos —indicó la sacerdotisa, con los brazos bien abiertos para darles la bienvenida al altar.

Mor prácticamente empujó a todo el mundo para que se apartase mientras corría para colocarse la primera. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas cuando nos dedicó una sonrisa deslumbrante; primero a mí, luego a Rhys y, por último, a Nyx antes de besar la rechoncha mejilla de mi hijo.

—Te ofrezco el don de la verdad. La reconocerás cuando la tengas delante y también conocerás siempre la verdad de tu interior.

Podría haber jurado que sentí magia revolotear entre nosotros cuando colocó la mano sobre las nuestras con delicadeza antes de dar un paso atrás.

El siguiente en acercarse fue Cassian, que apartó a Mor con un ala mientras colocaba su ancha palma sobre mi mano. Clavó sus ojos castaños en Nyx y, cuando habló, lo hizo con la voz cargada de emoción:

—Te deseo amistad, profunda y verdadera. Amigos que te ayuden a crecer y a convertirte en la persona que estás destinado a ser y que te lo reprochen cuando no estés a la altura.

Con un guiño dirigido a mí y una palmada en la espalda a Rhys, se alejó del altar.

La siguiente era Nesta, cuya mirada no se apartó de su pareja. Cassian ni siquiera la miró antes de regresar a su banco.

En ese momento, me impactó la realidad que tenía delante: era un milagro que Nesta estuviera presente. Que no solo hubiese acudido a la ceremonia, sino que además se hubiese transformado en alguien que de verdad quería estar allí. Alguien que en aquel momento miraba a mi hijo, a su sobrino, con los ojos repletos del amor más maravilloso. Aunque alcancé a ver el dolor en ellos mientras su pareja tomaba asiento en la zona del templo opuesta a donde había estado ella, negándose a mirarla.

Nesta levantó la cabeza hacia Rhys, que adoptó una expresión ligeramente más severa. Me puse tensa, pero mi hermana le sostuvo la mirada un instante y luego la desvió hacia mí. Fue entonces cuando detecté en sus ojos la genuina alegría que sentía por mi situación. La gratitud por tenerme allí, por tener a Nyx. Por estar ella misma presente. Nesta también era consciente del milagro que suponía.

Mi hermana colocó la mano sobre la mía y Nyx le dedicó a su tía una sonrisa de oreja a oreja apabullantemente alegre.

—A ti, pequeño guerrero —dijo ella, incapaz de reprimir una sonrisa propia como respuesta—, te concedo el don de…

Parpadeó.

Fue el instinto, grabado en la médula, lo que me hizo reconocer aquel parpadeo como lo que era: una advertencia.

Giré la cabeza con pánico hacia la puerta. Las ventanas. No vi más que la luz del sol y, aun así… Ahí. Lo sentí. La ondulación que había hecho vacilar a Nesta.

Mi hermana apartó la mano de encima de las nuestras mientras se giraba hacia la puerta.

—Ya… —empezó a decir.

Se me puso la piel de gallina.

—Quítanosla —le ordené a la sacerdotisa en voz baja, tirando de la cinta que nos unía—. Ahora mismo.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar ella, aunque siguió sin moverse.

—Ahora —exigí, con el corazón resonándome en el pecho.

El poder de Rhys retumbó en una nube oscura cuyo eco hizo temblar las incontables flores que nos rodeaban.

—¿Qué habéis detectado? —preguntó.

Los demás ya se habían puesto de pie y se habían girado hacia la puerta. Ninguno llevaba armas; estaba mal visto hacerlo en el templo.

Los sifones de Cassian y Az brillaban, como un par de llamas gemelas rojas y azules, respectivamente.

La sacerdotisa intentó desatar la cinta, pero los hilos parecían hechos de metal, y a juzgar por la magia que contenía, tenía el presentimiento de que solo el cuchillo mágico preparado para el final del ritual lograría cortarla. Hasta entonces, no se movería ni un ápice.

Elain ya estaba de pie, pálida a causa del miedo. Lucien había avanzado unas cuantas filas para estar más cerca de ella y había adoptado una postura defensiva.

—¿Qué ocurre? —exigió saber Mor, cuya magia cobró vida en sus manos.

—Ya… —repitió Nesta frunciendo el ceño—. He… Ya he sentido esto antes.

Como respuesta, una ráfaga de aire frío recorrió el templo. A mí también me resultaba familiar.

Nyx empezó a retorcerse, intentando retirar la mano de entre las nuestras.

—Es suficiente —le dijo Rhys a la sacerdotisa, y colocó la mano sobre la cinta. Invocó su magia, pero la tela permaneció inamovible —. Ve a por ese cuchillo —señaló con la cabeza la hoja que aguardaba en el altar que teníamos al lado. Me miró a los ojos, y vi los suyos oscurecidos por el poder y el impulso depredador de empezar a hacer trizas a quien supusiese una amenaza para mí o para Nyx—. Vamos a transportarnos…

No tuvo ocasión de acabar.

Un instante había luz. Al siguiente, oscuridad. Una oscuridad que hacía muchísimo tiempo que no experimentaba. Desde que le había suplicado ayuda en las entrañas de la Casa del Viento. Desde que la había visto volando hacia la espesura, libre de sus cadenas después de que la hubiera soltado contra Hybern.

Sabía lo que traía consigo aquella oscuridad. Sabía de qué estaba hecha.

De miedo.

CAPÍTULO 15

Azriel

Azriel estaba haciendo cola (tan dolorosamente cerca de Elain que había podido saborear su aroma, incluso con su pareja a unos pocos pasos de distancia) cuando Nesta captó algo antes que los demás. Incluso antes que sus sombras.

Claro que sus sombras no estaban allí. Elain las había ahuyentado con su cercanía, aportando luz a su oscuridad, obligándolas a desperdigarse por los confines del templo.

Cuando el primer fragmento de oscuridad se coló por la puerta abierta del templo, por un instante creyó que se trataba de sus propias sombras, que acudían a imponer su bendición. Después, la negrura lo engulló todo.

Él conocía a aquella oscuridad; sabía cómo se llamaba: Bryaxis.

Su poder era el del miedo puro y sin adulterar. El terror más profundo de cada uno personificado y amplificado hasta volverse mortal. Hizo falta un segundo entero para que alguien (Elain) chillara. No un grito de alarma, sino de absoluto pavor.

El poder de Azriel se alzó en respuesta y un rayo de luz azul salió disparado con la misión de matar para proteger, pero la oscuridad era impenetrable. Se tragó la luz de su sifón de un solo mordisco.

Cassian gritó, presa de un tormento desgarrador.

¿Rhys y Feyre habían podido sacar a Nyx? ¿Habían desgarrado esa cinta con sus propias manos para poder enfrentarse a aquella pesadilla corpórea?

Elain volvió a chillar y Az se giró en redondo, iluminando la oscuridad con una oleada de luz azul gracias a sus sifones. Sus sombras habían desaparecido, no lograban encontrarlo, no podían acercarse por algún motivo…

Lucien llamaba a su pareja a gritos, pero su voz dio paso a un rugido agónico.

Az extrajo energía del sifón que llevaba en la mano derecha y moldeó su poder para concederle la forma de una espada de luz azul. Cuando la blandió, la oscuridad se disipó. La escena que reveló lo dejó petrificado. Lo convirtió en un muerto en vida.

Había cadáveres desperdigados por todo el suelo del templo, desmembrados y ensangrentados. Rhys. Cassian. Feyre, que cubría el cuerpo diminuto y frágil de Nyx, a quien le sangraban las manos.

Az bajó la mirada para examinarse a sí mismo. Él también estaba cubierto de sangre. Las manos. El que dice la verdad, que de algún modo había vuelto a su puño. Era él quien les había hecho aquello, igual que se lo había hecho a sus parientes hacía mucho tiempo, con la misma daga.

El día anterior estaba convencido de que no se arrepentía. De hecho, insistió en que no le importaba mientras le sostenía la mirada a Ramiel. Sin embargo, en esa ocasión, con sus amigos, con aquel precioso bebé, muertos a sus manos, manos que ahora eran incapaces de soltar la empuñadura resbaladiza y sangrienta de El que dice la verdad…

Aquello no era real.

Elain se le acercaba arrastrándose por la sangre derramada, alargando sus dedos teñidos de rojo hacia las botas manchadas de Az.

—Por favor —le suplicó, aunque no tenía claro si lo hacía para que la perdonase o para que terminase con su sufrimiento.

Él era el culpable; había acabado en ese lugar de su interior que temía que Rhys o cualquier otro descubriera algún día, un lugar tan hueco como Ramiel. Era incapaz de soltar a El que dice la verdad. La daga parecía fusionada con su propia piel.

Rhys empezó a gritar. No el cadáver boca abajo que tenía ante sí, sino a lo lejos.

Aquello no era real. Pero el grito de sufrimiento de su alto lord sí que lo era, y su templo, su ciudad, estaban siendo atacados. Bryaxis, el miedo personificado, se encontraba allí.

Feyre sollozaba en alguna parte, más allá de aquel insoportable campo sembrado de muerte.

—No —decía la alta lady entre sollozos—. No, no, no.

Az tenía que luchar contra aquello. Dejar de verlo. Sin embargo, allí estaba Mor, a unos centímetros de sus ensangrentadas botas, con el cuerpo desnudo y destrozado de nuevo y una nota clavada en el abdomen.

En esa ocasión rezaba: «Esto es culpa tuya».

Az cayó de rodillas, con El que dice la verdad todavía en la mano derecha. Aterrizó en un charco de sangre, tan real que sintió cómo le empapaba las piernas.

No había nada por lo que mereciese la pena luchar. Ya no. Lo había destruido todo. No quedaba nada en el mundo por lo que preocuparse, si es que poseía dicha capacidad siquiera.

En aquel momento, Nyx soltó un lamento de puro terror, de nuevo procedente de ese lugar lejano y no de la visión que tenía delante. Y entonces empezó el dolor.

Un dolor atroz. Az lo sintió en las manos. Levantó aquella con la que no sostenía a El que dice la verdad, a sabiendas de lo que encontraría. Los restos brillantes del aceite sobre lo poco que quedaba de músculo. Huesos y tendones allí donde el fuego lo había consumido.

El lamento de Nyx se convirtió en un grito, en un alarido. Era el mismo alarido que había proferido en una ocasión el propio Azriel, varios siglos atrás, cuando sus hermanastros le cubrieron las manos primero con aceite y luego con fuego.

Alaridos por la madre que no había podido salvarlo.

Sus manos, sus manos, sus manos…

Feyre

Mi hijo estaba gritando y yo no podía llegar hasta él.

No sabía que pudiese emitir semejante sonido, no era consciente de que mi bebé, tan dulce y feliz, tuviese la capacidad de asustarse tanto, de acabar tan herido. Me llamaba a mí con esos gritos, frenético, y hasta el último músculo de mi cuerpo bramó en respuesta, impulsándome a moverme, a levantarme del suelo, a llegar hasta él…

Se había desvanecido. Un momento antes lo tenía en brazos, unidos por la cinta, y al siguiente había desaparecido. Lo único que quedaba era aquella fétida oscuridad. Mi hijo estaba sufriendo y yo no podía hacer nada.

Intenté, sin éxito alguno, levantarme de aquel suelo de piedra. Dar con él en mitad de aquella turbulenta e interminable noche.

Sus alaridos reverberaban a mi alrededor. Alguien le estaba haciendo daño; alguien a quien le traía sin cuidado lo pequeño, indefenso e inocente que era; alguien que disfrutaría destrozándolo poco a poco, rompiéndole las extremidades y las alas…

Mi cuerpo no reaccionaba. No podía moverme. No podía hacer nada para ayudarlo, absolutamente nada. Eso iba a acabar conmigo; esa mezcla de desesperación y agonía.

Por favor, intenté suplicarle a la oscuridad. *Por favor.*

Lo que fuera. Daría lo que fuera para que él estuviese a salvo. Mi vida, mi territorio, mi…

¿Eso también me lo entregarías?

Oí los gritos agonizantes de Rhys y de alguna manera supe que no gritaba a causa de su propio sufrimiento, sino como reacción a lo que estaba viendo.

¿Me entregarías a tu pareja a cambio de tu hijo?

Sollocé sin palabras, jadeante. Esto tenía que parar. Sabía que no era real, pero lo era. En cierto sentido sí que lo era, y ser testigo de ese posible e insoportable futuro me estaba destrozando. El precio de negarme a escuchar los sabios consejos de mis buenos amigos, el precio de malgastar el poco tiempo del que disponíamos con planes estúpidos, el precio de las decisiones que había tomado yo y solo yo.

La oscuridad se despejó. Ante mí estaba mi hijo. O, más bien, lo que quedaba de él.

Y el silencio descendió sobre toda mi existencia.

CAPÍTULO 16

Nesta

Nada de aquello era real.

Nesta estaba de rodillas, resollando, cuando la oscuridad se disolvió para revelar… nada.

Lo había visto todo. Hybern partiéndole el cuello a su padre. Su madre, marchita en su lecho de muerte, con los huesos marcados bajo la piel cetrina como una naturaleza muerta bajo la nieve que se va derritiendo. Feyre sangrando; Nyx inmóvil y en silencio al otro lado del templo. Elain estaba siendo secuestrada por un enemigo sin cara y suplicaba ayuda.

Ella ya lo había visto todo. Ya se había enfrentado a aquello.

Le había mostrado a Cassian, frío y distante. Un Cassian que odiaba la mismísima existencia de Nesta, consciente al fin de que ella no merecía la pena.

Había cerrado los ojos ante esa visión en concreto, pero ya se estaba enfrentando a ello, ¿no? Le había plantado cara a todo y había sobrevivido. Había hecho frente a todas sus pesadillas, había visto todas las partes de ella que estaban rotas y destrozadas y las había aceptado.

Y una mierda iba a permitir que aquella criatura volviese a ponerla de rodillas.

Gruñendo y jadeando entre dientes, se puso de pie.

Los envolvía una oscuridad total…

No. Era mentira. Nesta había visto la verdadera oscuridad, en el corazón del Caldero. Y había sobrevivido.

También saldría con vida de aquello.

Cerró los ojos, tomó aire durante tres segundos y después lo expulsó. Repitió la misma acción. Y otra vez. Durante la tercera exhalación, consiguió serenar la mente, y fue entonces cuando volvió a abrirlos. La luz entró a raudales.

Sus amigos, su familia, estaban desperdigados por el templo. De rodillas o encogidos de miedo; sollozando, chillando ante cualquiera que fuese el invisible horror que contemplaban.

Cassian estaba hecho un ovillo, envolviéndose firmemente con las alas, como si estas fueran un escudo. Y el brillo rojo de los sifones iluminaba los delicados conjuntos de sus venas y músculos.

Nesta sintió cómo se le vaciaba la mente. Estaban todos perdidos en sus peores miedos, sus peores pesadillas.

No era la primera vez que veía cómo sucedía. Bryaxis había estado presente durante la batalla final contra Hybern. Nesta había sido testigo de la nube oscura que había descendido sobre sus enemigos y que no había dejado más que gritos de locura y la más horrible de las muertes a su paso.

Nyx estaba chillando. Seguía en brazos de Rhys y Feyre, acurrucado entre ellos, los tres unidos por la cinta de Clotho. Sin embargo, ambos progenitores parecían perdidos en sus propias mentes, en su propio pánico. Y fue el sonido del llanto aterrorizado de su sobrino, ese niño que todavía era demasiado pequeño para saber lo que era el verdadero miedo, lo que provocó que Nesta viese las cosas con una claridad letal.

—¿Ahora te dedicas a aterrorizar a un bebé? —le preguntó a la oscuridad, con la voz ronca y hueca—. Ven a enfrentarte a alguien de tu tamaño.

Una risa grave parecida a un siseo surgió del techo abovedado. Allí, enroscado como si de un gran dragón hecho de sombras y humo se tratase, acechaba Bryaxis.

—Te voy a matar —le espetó Nesta cerrando los puños a los costados—. A matar.

Bryaxis agitó su larga y serpenteante cola cual gato antes de que una voz que sonaba como el viento entre la hierba seca preguntase:

—¿En serio? Pues acércate y demuéstralo.

Nesta se arriesgó a mirar a Rhys, su aliado más mortífero en aquella situación. Pero el alto lord seguía atado a su hijo y a su pareja, con un charco de vómito al lado y lágrimas corriéndole por la cara macilenta mientras contemplaba algo que había en el suelo, algo que iba más allá de sus peores temores. No veía al bebé ni a la pareja a la que abrazaba, no los sentía. No le sería útil a Nesta, por lo menos hasta que consiguiese liberarse de las garras de Bryaxis.

Nesta le enseñó los dientes a la criatura que se agazapaba en el techo.

—¿A qué has venido?

La criatura volvió a menear su larga cola, rozando el mosaico de las estrellas y la luna que adornaba la cúpula del techo.

—¿Cómo es que tú puedes plantarme cara cuando los demás ni siquiera se tienen en pie? —exigió saber Bryaxis, en un tono tan afilado como el sonido de unas garras al arrastrarlas por la piedra.

Nyx volvió a gimotear. Nesta tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no correr a su lado, cortar la cinta que lo ataba a sus padres y cogerlo en brazos. No obstante, aquello implicaría dejar a su sobrino peligrosamente expuesto y ella debería luchar con una sola mano.

Aunque tampoco es que tuviese ninguna arma con la que luchar. Y con aquel vestido, con las ballenas del corsé y las faldas… ¿Cómo iba a moverse siquiera? Aunque Rhys se liberara, ¿cómo…?

Algo repiqueteó cerca de ella y Nesta se atrevió a apartar los ojos de Bryaxis una vez más.

Ataraxia yacía en el suelo, frente a Rhys, que estaba temblando, con las comisuras de la boca cubiertas de vómito y babas, tan desquiciado que parecía medio salvaje, pero…

—Mátalo —gruñó el alto lord antes de volver a sufrir una convulsión y retraerse al tiempo que un grito quebrado escapaba de sus labios.

Nesta le había conseguido el tiempo suficiente para liberarse de la trampa de Bryaxis, aunque solo durante un instante.

Ese instante era lo único que le hacía falta. Extendió la mano y Ataraxia obedeció. La empuñadura voló hasta su palma justo en el instante en que Bryaxis se precipitaba sobre ella.

Mandíbula prominente y chasqueante, cola puntiaguda, garras diseñadas para despedazar, todo hecho de humo y noche…

Nesta alzó a Ataraxia y la blandió a ciegas.

La luz rasgó la oscuridad y la criatura rugió. Del techo llovieron escombros acompañados de flores y pétalos. Bryaxis se alejó de un salto y aterrizó sobre los bancos, ágil como una sombra.

Nesta dispuso de un segundo para colocar a Ataraxia en el ángulo correcto antes de que la criatura arremetiese con la cola, apuntándole a la cabeza. Ella se agachó e intentó rodar…

Lo intentó.

No podía doblar adecuadamente el torso con aquel vestido. A duras penas podía mover las piernas. Se dio un golpe en la cara contra el banco más cercano y la nariz le crujió. Sintió que la sangre caliente le inundaba la boca y le dejaba un regusto metálico.

Bryaxis soltó una nueva carcajada que pudrió las flores que quedaban intactas y las convirtió en polvo.

—Te ayudamos —resolló Nesta, con la voz pastosa por culpa de la sangre mientras volvía a ponerse de pie, obligando a sus temblorosas piernas a mantenerse firmes. Obligando a su mano a situar a Ataraxia delante del cuerpo.

La criatura ladeó su serpentina cabeza hacia un lado, revelando una cresta repleta de cuernos grandes y afilados.

—Y, aun así, hoy me has vuelto a llamar. —Su voz era una verdadera pesadilla.

Nesta escupió sangre en el suelo de piedra y roció de rojo las flores marchitas que había cerca.

—Para nada.

Una risa grave la sacudió hasta la médula.

—He vuelto a casa, donde me esperan mis hermanas.

Como respuesta, Elain gritó. Luego, Mor. La magia palpitó alrededor de Nesta y se desplazó en espiral hacia la figura en cuclillas de Bryaxis. La sombra respondió creciendo, hinchándose. Se estaba alimentando de su terror.

Nesta miró de reojo a Cassian. Seguía acurrucado sobre sí mismo, con la cabeza en las manos; temblaba y gritaba. Sus sifones

parpadeaban como velas a merced de una tormenta bajo el cobijo de sus alas. Se había perdido allí donde ella no podía encontrarlo.

Emerie también estaba tirada, con las alas heridas y desplegadas en el suelo. Incluso Amren se estremecía contra un banco, tapándose los ojos con las manos y susurrándose a sí misma una y otra vez:

—Sobreviviste, lo superaste. —Los labios, pintados de rojo, le temblaban con cada palabra que pronunciaba—. Monstruo, monstruo, monstruo.

De modo que Nesta estaba sola.

Nyx volvió a gimotear, con la cara enterrada en el cuello de su madre, que no lo veía.

Bryaxis giró su poderosa cabeza hacia el bebé, hacia la hermana de Nesta y su pareja. Agitó la cola grande y puntiaguda adelante y atrás, una y otra vez.

—El miedo de la criatura es dulce como la miel.

Algo afilado como el cristal recorrió a Nesta de los pies a la cabeza.

—El tuyo también lo será —le prometió, y no le concedió a Bryaxis tiempo para reaccionar antes de atacarlo.

Ataraxia chocó con lo que podría ser una zarpa de su mismo tamaño. No obstante, las sombras se separaron y Bryaxis soltó un bramido. Volvieron a llover escombros, el suelo acabó cubierto de azulejos y las piedras amenazaron con aplastar a sus seres queridos. Pusieron en peligro a Nyx, pese a que seguía en brazos de sus padres.

Tenía que sacarlo del templo. Pero enfrentarse a Bryaxis en la ciudad, sobre la gente inocente de Velaris…

Rhys se resistió lo suficiente a su pesadilla como para volver a rugirle:

—¡¡¡Mátalo!!!

Bryaxis reculó cual áspid dispuesto a atacar y salió disparado hacia Mor, que estaba arrodillada en la otra punta del templo.

Nesta se transportó. Justo cuando esa garra hecha de oscuridad descendía sobre Mor, presumiblemente para provocar que el terror le

desgarrase el alma, Nesta se lanzó de cabeza contra Bryaxis. Hundió a Ataraxia en lo más parecido que pudo encontrar a una pata.

Tras un estallido de luz, una fuerza similar a la de una avalancha la obligó a retroceder entre tambaleos.

No, no era real. Esa fuerza era imaginaria. No podía tocarla, solo se lo estaba haciendo creer para que Nesta se alejara. Reconectó con sus pies, sus piernas, su fuerza. Serenó la mente con una sola inspiración y calmó todo el cuerpo.

Se abalanzó sobre aquella serpentina criatura que se estaba encabritando de nuevo.

Bryaxis saltó hacia ella con su enorme mandíbula abierta a más no poder. Nesta volvió a transportarse y apareció justo en el punto en que la cresta de su gigantesca cabeza conectaba con la columna. Clavó allí a Ataraxia…

La espada solo hendió el aire y ella cayó a plomo a una velocidad vertiginosa antes de estrellarse contra un banco.

Percibió un chasquido que le recorrió el brazo y el hombro. Sin embargo, cuando se puso de pie y giró la cabeza para localizar a Bryaxis, que escapaba del templo en una nube de oscuridad y soltaba carcajadas burlonas, no lo notó.

Apretó los dientes mientras un reguero de sangre le goteaba por la mejilla, y fue vagamente consciente de que le colgaba el brazo izquierdo a un costado mientras saltaba por encima de un banco (con torpeza, gracias al vestido) y aplastaba todas las flores y lazos que con tanto amor había dispuesto Elain. Ahora no eran más que pequeños y marchitos obstáculos en su camino.

Detrás de ella, en el templo, los gritos cesaron. Ninguno de sus amigos emitió un solo ruido.

Pero en aquel momento los alaridos inundaron las calles.

Nesta salió a la luz del sol justo a tiempo para ver cómo flotaba aquella nube oscura hacia el deslumbrante cielo azul.

No dudó. Se transportó directamente al tejado del edificio de al lado. A ras del suelo, la gente huía de las calles en manada. No les serviría de nada. No contra el mismísimo miedo.

Sin embargo, Bryaxis parecía tener claro su destino, puesto que esa oscura nube se dirigía hacia el norte, hacia…

La Casa del Viento. Hacia la gran fuente de miedo que habitaba allí.

«A casa», había dicho.

Nesta echó a correr antes de idear un plan, y se deslizó sobre las tejas de terracota con sus endebles zapatillas de tela y el vestido, que le entorpecían todos y cada uno de los pasos. Alcanzó el borde del tejado y saltó por encima de un estrecho callejón hasta el siguiente. Se puso en pie con dificultad sobre aquellas traicioneras tejas; las capas de la falda le impedían mover bien las rodillas, los pies, y le ponían trabas para incorporarse con rapidez.

Prefería morir a dejar que Bryaxis alcanzase la montaña. Prefería morir a permitir que les pusiera una zarpa encima a las sacerdotisas. Había vivido con ellas durante siglos; ¿por qué pretendía convertirlas en su alimento ahora? ¿Por qué había vuelto para causar tantos estragos y tanto dolor?

Nesta saltó al siguiente tejado. Y a otro más. Cada inspiración le abrasaba la garganta. Sintió un entumecido hormigueo en uno de los brazos, aunque no se molestó en discernir cuál. No importaba. Tenía que ser la primera en llegar a la Casa del Viento. Tenía que encontrar la concentración necesaria para transportarse hasta allí.

Pero, si se detenía, le concedería a Bryaxis unos segundos cruciales de ventaja. Y ya se había transportado tanto que sus reservas se habían convertido en un pozo seco.

Nesta aterrizó en el siguiente tejado, escaló la empinada pendiente del gablete y corrió a lo largo de la estrecha superficie. No podía seguir transportándose. Pero a Ataraxia…

Si lo calculaba bien, si apuntaba bien…

El borde del tejado dejó a la vista un salto que no tenía ninguna esperanza de salvar, no así de agotada, no con aquel vestido.

Nesta dio la vuelta a Ataraxia en la mano y le ardieron los músculos al echar hacia atrás el brazo con el que la sostenía (con cuyo gesto se le rompieron las costuras de las mangas) y dejar de mover las piernas.

A pocos centímetros de una caída en picado, aprovechó toda la fuerza de su impulso para lanzar la espada al aire. Y utilizó las pocas reservas mágicas que le quedaban para abrir un agujero en el cielo.

A lo lejos, justo delante de la sombra que huía a la carrera, se abrió otro agujero idéntico.

Ataraxia atravesó ambas aberturas girando sobre sí misma y emergió a lo lejos como un destello de luz para luego caer con toda esa fuerza en el costado de Bryaxis.

La criatura aulló mientras se arqueaba y emitió un sonido como el de una nube de tormenta al estallar la lluvia. No obstante, la espada cayó a la tierra. La sombra se retorció y le gruñó a Nesta con tanto odio que, pese a estar a tanta distancia, le chamuscó los huesos.

No le había parado los pies. Ataraxia apenas le había hecho un rasguño y no quedaba nada ni nadie que pudiese defender la montaña.

Con un restallido burlón de la cola, Bryaxis se impulsó hacia delante, en dirección a la Casa del Viento.

Nesta había fracasado, incluso con una espada capaz de matar lo que no se puede matar.

Una mano la sujetó por el hombro. Feyre, con la cara pálida y surcada por las lágrimas. Había conseguido cortar la cinta de alguna forma y la había rastreado hasta allí. Seguro que Nyx ya estaba a salvo; con Rhys, seguramente.

—Deprisa —jadeó su hermana, y las transportó a ambas.

Se estrellaron contra las guardas de la Casa con tanta fuerza que a Nesta se le escapó el aire de los pulmones. Su hermana gritó un «¡mierda!» y, de repente, se hallaron las dos cayendo hacia la despiadada fortaleza de piedra que había debajo.

Feyre invocó una ráfaga de viento helado que frenó lo suficiente la caída como para que aterrizaran con facilidad en el balcón de piedra del salón, cuyas puertas de cristal ya se estaban abriendo; era como si la Casa las apremiara a entrar. Nesta echó a correr antes incluso de haber plantado ambos pies en el suelo, con Feyre a su lado.

No había ni rastro de aquella oscura y sinuosa criatura hecha de sombras.

—Creo que Bryaxis va a por las sacerdotisas —se las apañó para decir Nesta, con la voz rasposa y nasal.

Apenas reparó en el entumecimiento que se extendía por todo su cuerpo mientras se catapultaban con Feyre a través del salón, salían

al recibidor, recorrían el pasillo y bajaban por la escalera, directas hacia las puertas de la biblioteca.

El silencio que reinaba allí era peor que los gritos. Las puertas estaban abiertas y Clotho aguardaba en el umbral.

—¡Corre! —le gritó Nesta con la voz rota.

La sacerdotisa levantó una mano nudosa.

—Bryaxis viene hacia aquí —resolló Feyre, con el horror de lo que había visto aún pintado en el rostro, así como la desolación que había experimentado su hijo. No flaqueó ni un paso en su carrera hacia Clotho y las puertas—. Bryaxis se acer…

Nesta lanzó una mirada de reojo a las armas de su hermana. De algún modo, se había hecho con una espada ilyria. Pero si Ataraxia no había podido herir a la criatura, la espada de Feyre sería del todo inútil.

Clotho seguía sin moverse. En vez de eso, ante ella apareció un pedazo de papel.

—¡Corre! —le rugió Nesta, que ya estaba a muy pocos pasos de la alta sacerdotisa.

No vio a nadie tras ella, en la biblioteca. Ni un solo ruido provenía del interior. ¿Dónde estaba Gwyn? Tenía que advertirla y reunir a las demás valquirias…

En el papel de Clotho aparecieron algunas palabras. Nesta se detuvo en seco y tuvo que leerlas dos veces para entender lo que decían.

«Bryaxis ha regresado al nivel más profundo de la biblioteca».

—Va a alimentarse de vosotras… —jadeó Nesta irguiéndose.

A su lado, Feyre hizo lo mismo mientras leía el mensaje.

«No va a ocurrir. Hemos llegado a un acuerdo».

—Bryaxis acaba de atacarnos durante la ceremonia del Día del Nombre de Nyx —replicó Feyre, respirando de forma entrecortada—. No podemos permitir que viva, que vuelva aquí.

Nesta cogió de la mano a su hermana. O lo intentó. Por algún motivo, no lograba mover el brazo. Lo tenía totalmente entumecido. Pero mantuvo la vista clavada en el papel de Clotho a medida que unas nuevas palabras aparecían en él:

«Lamento vuestro sufrimiento…».

—¡Mi hijo estaba gritando! —exclamó Feyre. Temblaba tanto que Nesta alcanzó a oír cómo le castañeteaban los dientes. La conmoción estaba empezando a adueñarse de ella—. Lo tenía en brazos y ni siquiera era consciente. Y él tampoco era consciente de que yo lo sostenía. Vamos a bajar ahí ahora mismo y voy a destruir a esa cosa de una puñetera vez…

Una oleada de poder reverberó a través de la piedra de la Casa del Viento. Suficiente poder como para que Nesta lanzase una mirada a su hermana. A veces se le olvidaba lo letal que era Feyre.

No obstante, Clotho se mantuvo firme en el umbral, bloqueándoles el paso.

El papel rezaba:

«No puedo dejaros entrar. Bryaxis ha respondido a la llamada y debemos honrar su decisión».

—¿Qué llamada? —exigió Feyre, pero Nesta sintió que un escalofrío le recorría la columna.

—La canción —murmuró—. La que llama a las hermanas perdidas para que regresen a casa.

Clotho asintió.

«Bryaxis ha residido en este lugar durante milenios. Si ella desea regresar, no seré yo quien se lo impida».

—¿Ella? —repitió Feyre.

—Nos ha atacado —intervino Nesta.

—Me traen sin cuidado los juramentos que hayáis hecho —espetó Feyre—. Ella es la que ha ido a por mi hijo y…

«La Madre ha ofrecido su protección a Bryaxis. No vais a vulnerarla».

Feyre se puso rígida. El poder se arremolinó a su alrededor como si de una niebla viviente se tratara.

A esa mínima distancia, Nesta habría jurado que Clotho irradiaba algo cercano a la ira. La sacerdotisa escribió:

«Este es mi hogar. Tú no tienes autoridad más allá de este umbral, alta lady. Yo decido qué almas cruzan mi puerta. Qué almas acojo bajo mi protección».

Feyre parpadeó increíblemente despacio. La furia llevó su poder al punto de ebullición.

Nesta no pudo evitar quedarse boquiabierta. Que Clotho tomara partido justo a favor de Bryaxis…

«Todas las criaturas de la Madre tienen su valor. Aunque nosotros no lo veamos. Ella ha vuelto al único hogar que ha conocido. Y me disculpo de nuevo por el miedo de tu hijo».

Los dientes de Feyre destellaron entre tanta penumbra.

—¿Quieres tener a esa criatura ahí abajo otra vez? Tú misma. Pero como abandone esta biblioteca, la mato.

Nesta no tenía ni idea de qué hacer. Había llegado allí frenética, furiosa; lista para eliminar a aquella criatura a la que era imposible matar; preparada para vengar el miedo y el sufrimiento de su familia y sus amigos.

Y ahora Clotho se interponía en su camino. Defendía a aquella criatura con su fuerza y elegancia habituales. La alta sacerdotisa se había plantado al otro lado de la línea. Se había convertido en alguien desconocido para ella.

Con la respiración más acompasada que antes, Nesta le preguntó:

—¿Les ha sucedido algo a las demás sacerdotisas? ¿Gwyn está bien?

Clotho giró su encapuchada cabeza hacia ella.

«Bryaxis ha accedido a no hacer daño a nadie entre estas cuatro paredes, a menos que se aventuren en su pozo. Las demás han sido advertidas y se mantendrán alejadas, como han hecho siempre. Ahora mismo se han refugiado en sus aposentos hasta que os marchéis».

—¿Que nos marchemos nosotras? —protestó Feyre, cuyo poder se avivó como unas brasas, marcando bien la última palabra.

«No deseaba que presenciaran nuestra diferencia de opiniones».

Desde debajo de la capucha, le dedicó un asentimiento a Nesta.

«Gwyn está bien; la noticia no le ha causado ningún tipo de conmoción. Retomaremos la ceremonia y las celebraciones tan pronto como nos sea posible».

En cuanto Feyre y Nesta se marchasen de allí.

Su hermana dio un paso adelante, como si estuviera dispuesta a romper la ancestral promesa de autonomía entre esas cuatro paredes, y Nesta intentó agarrarla del hombro. Como su brazo no

cooperó, utilizó el otro. Descubrió que tenía los dedos sucios y cubiertos con su propia sangre.

—Vámonos —le dijo en un tono ronco a Feyre—. Nyx te necesita.

—Bryaxis ha ido a por mi hijo.

A Feyre le temblaba la voz tanto como el resto de su cuerpo. Tenía los ojos, entre azules y grises, abiertos como platos. Era como si no pudiera deshacerse del terror que había sentido. Como si siguiera corriéndole desenfrenado por las venas.

En el papel de Clotho no aparecieron más palabras. La conversación había llegado a su fin.

Con una última mirada fulminante, Feyre se dirigió hacia la escalera mientras su poder ondeaba tras ella. Nesta se quedó unos segundos más. Clotho permaneció inmóvil, callada.

—Por favor, tened cuidado —le susurró Nesta.

No obstante, la alta sacerdotisa se limitó a girar sobre los talones con un revoloteo de su túnica y se adentró en sus dominios.

Las puertas de la biblioteca se cerraron con un reverberante gemido. Nesta cayó en la cuenta de que nunca las había visto cerradas. Ni una sola vez.

Sin embargo, mientras seguía a su hermana, oyó el chirrido metálico del pestillo.

CAPÍTULO 17

Feyre

Bryaxis había regresado. Lo único que nos había mantenido unidos a Nyx mientras Rhys y yo permanecíamos cegados por nuestras propias pesadillas había sido la cinta de Clotho. De no ser así, ¿lo habría dejado caer? ¿Habría sido consciente de que se me escurría entre los brazos mientras me hallaba perdida en mis propios temores y Bryaxis se alimentaba de él?

Supuse que debería sentirme agradecida con Clotho, aunque no nos la hubiera regalado específicamente para proteger a nuestro hijo y era imposible que supiera que la íbamos a necesitar para dicho propósito. Aunque bien que había elegido permitir que Bryaxis volviera a la Casa del Viento. Refugiarla.

Era la alta lady de cada rincón de aquel territorio con una única excepción: esa biblioteca. Mi poder no servía de nada al otro lado de esas puertas. Sin embargo, acababa de caer en la cuenta de que me daban absolutamente igual los límites o términos de cualquier acuerdo, e incluso el bien y el mal, si alguien ponía en jaque la seguridad de mi hijo.

Aun así, Bryaxis se quedaría allí. De momento. Primero tenía que hablar con Rhys y recomponerme.

Si pude centrarme fue gracias a aquella rabia contenida y al eco infinito del miedo. Me ayudaron a recordar que tenía más gente de la que ocuparme, además de mí misma. Que no podía ceder al impulso de dar vueltas a lo sucedido sin parar, replegarme o destrozar esa maldita montaña piedra a piedra hasta que no

quedase biblioteca ni límites que mi poder no pudiese cruzar; hasta que tan solo existiésemos Bryaxis y yo y la muerte que le iba a conceder.

A ella. Al parecer, Bryaxis era una hembra. No suponía ni la más mínima diferencia.

Por lo menos, Nyx no había sufrido ningún daño. Lo único que me había permitido alejarme de las puertas de la biblioteca y no apartar a Clotho de mi camino de un empujón había sido el instinto maternal que me exigía confirmar que mi hijo estaba a salvo.

Lo encontré en la casa del río, con Rhys. Nyx no sonreía, pero estaba tranquilo. Mi pareja, sin embargo, mostraba una expresión vacía y seguía teniendo manchas de vómito en la ropa.

Madja ya había llegado y cuando acabó de examinar a Nyx con delicadeza y nos confirmó que se encontraba bien, tanto mental como físicamente, casi me puse a sollozar. Lo que le hacía falta, nos dijo, era una buena siesta para no alterar sus horarios. Por suerte, eso sí que podía ofrecérselo a mi hijo. De modo que lo amamanté, acariciándole la cabeza sin cesar y luchando por contener las lágrimas mientras observaba su preciosa cara y le cantaba la nana más tierna que conocía. Rhys permaneció junto a mi silla en todo momento. Se marchó antes de que dejara a Nyx en su cuna; cuando salí de la habitación, mi pareja había desaparecido. Supuse que había ido a encargarse de los deberes de ambos y a asegurarse de que la ciudad, nuestro pueblo, nuestra familia y nuestros amigos estuvieran a salvo.

Ese pensamiento me impulsó a alejarme también de la habitación pues recordé, de nuevo, que no había sido la única que había sufrido bajo el peso de las visiones de Bryaxis en ese templo.

Aunque había refrescado en el jardín, Elain no parecía haberse dado cuenta; ni de eso ni de que yo me estaba acercando cuando dejé atrás los macizos de flores que todavía se aferraban a un ligero rastro de color pese a que se estaban marchitando. Mi hermana seguía llevando el mismo vestido que antes: uno de manga larga, pero no lo bastante abrigado para aquel tiempo otoñal.

No obstante, entendía ese entumecimiento. Era tan intenso que la brisa fresca de la tarde se convertía en algo secundario, y dejaba

cuerpo y mente igual de alejados que las estrellas.

Sumida en un silencio terrible, Elain cortó una rosa que seguía en perfecto estado cerca de la base del tallo y la arrojó a lo que empezaba a ser una pila en la cesta de mimbre que había depositado a sus pies. Las últimas flores antes del invierno.

Me aclaré la garganta.

—¿Son para la cena de esta noche? —pregunté, aún con la voz ronca de tanto gritar.

Elain me miró por encima de su hombro esbelto; no parecía sorprendida en absoluto por mi repentina llegada. Sus ojos castaños estaban tan turbulentos y desolados como me sentía yo.

—Has quitado toda la decoración del salón —dijo con un hilillo de voz que a duras penas podía considerarse más que un susurro.

—No me parecía apropiada teniendo en cuenta lo que ha ocurrido esta mañana.

Al volver, lo último que me había apetecido era contemplar todo aquello. Con solo desearlo, la magia había recorrido nuestro hogar para hacer desaparecer toda la decoración. A lo mejor Rhys había ido al templo a hacer lo mismo; a reparar el daño que había causado Bryaxis.

Elain volvió a concentrarse en la maraña de rosales. Recortó espinas marrones y marchitas, y las arrojó a un lado hasta que dio con otra flor que se aferraba a la vida y también la cortó. A sus pies se alzaban dos pilas gemelas, una de cosas muertas y la otra de delicados rastros de vida. Una, horrenda y afilada; la otra, dulce y gentil.

—Bueno, he pensado que querrías tener algo en la mesa —comentó con su terrible calma.

Observé el jardín moribundo que tan cerca estaba de su letargo invernal. Elain ya había cubierto algunos de los arbustos con sacos de arpillera para protegerlos de la escarcha.

—No quiero flores —admití a regañadientes.

Aun así, Elain cortó otra rosa.

—Aquí fuera se pudrirán. Ya puestos, podemos aprovecharlas.

—De acuerdo —accedí distraídamente.

Si aquella era la forma que había elegido Elain para sobrellevar lo que había visto bajo la influencia de Bryaxis, no sería yo quien se lo impidiese. A pesar de que sospechaba que colocaría las rosas en la mesa del comedor entre Lucien y ella para impedir que él la mirase.

—¿Has ido a ver cómo está Nesta? —me preguntó en voz baja.

—No. —Por algún motivo, seguía sintiendo la boca entumecida—. Madja se está encargando del brazo que se ha roto. —Y de la fractura de nariz, pero no hacía falta enumerar todas las lesiones horripilantes que había sufrido mi hermana mientras nos salvaba la vida—. Además, no he creído que fuera necesario.

De todos nosotros, quien había resistido ante la oscuridad de Bryaxis había sido Nesta.

—Pero ¿conmigo sí? —inquirió Elain sin mirarme.

—Estabas gritando. —¿Se había enfadado porque me preocupaba por cómo se encontraba?—. No quería que estuvieses aquí fuera, lidiando con las consecuencias tú sola.

Puso otra rosa en la cesta.

—Te parezco patética.

—En absoluto. Lo de hoy nos ha afectado a todos.

Elain no respondió y yo me lo tomé como una aceptación de mis palabras.

—Aquí fuera está congelado —comenté cuando la intensidad de aquel aire gélido al fin logró atravesarme la piel—. Deberías entrar.

—Estoy perfectamente. Y, de todas formas, alguien tiene que hacer este trabajo.

Eché un vistazo al jardín con el ceño fruncido.

—No es tan importante como para que tengas que estar aquí fuera congelándote.

—Sí que es importante —respondió mi hermana en voz baja pero ni mucho menos débil—. Me deshago de lo viejo para hacer sitio a lo nuevo. —Partió una maraña de espinas marchitas para dar énfasis a sus palabras—. La muerte puede generar vida. Sin ella, habría que desviar muchos recursos a partes innecesarias de la planta. Se acerca el invierno; necesitan todo el sustento posible.

Estaba claro que seguía alterada. Sin embargo, yo no disponía de la energía necesaria para debatir si debería estar allí fuera, o para

preocuparme por si se había ofendido por que me hubiese interesado por cómo estaba.

De modo que reprimí un bostezo antes de decir:

—Solo quería que supieras que prefiero que mi hermana esté calentita y cómoda a que se dedique a podar plantas con este frío.

Elain no añadió nada más. Se limitó a seguir cortando, limpiando y recolectando.

Me marché con un tenue:

—Te veo en la cena. No hagas un arreglo demasiado grande.

Solo me había adentrado unos pasos en la deliciosa calidez de la casa del río cuando me topé con la siguiente persona en mi lista de gente por la que estaba preocupada bajando por la gran escalera. La mirada de Amren delataba su abatimiento, y llevaba su lisa melena, cortada a la altura de los hombros, más lacia que de costumbre. Incluso los rubíes que le adornaban el cuello parecían apagados, como si el fuego innato que contenían se hubiese extinguido.

—A juzgar por tu aspecto, parece que nos sentimos igual —le dije a modo de saludo, incapaz de ocultar una mueca.

Amren levantó la cabeza con brusquedad y atisbé un destello en sus ojos plateados.

—Vengo de comprobar cómo está Nyx —me informó en un tono inusualmente bajo tratándose de ella.

—¿Sigue dormido?

Ella se miró la mano, con la que se aferraba a la barandilla pulida.

—Sí. Lo está vigilando Rhys.

Llegó al pie de la escalera y, aunque hacía años que la conocía, a veces todavía me sorprendía lo baja que era y el hecho de que apenas me llegaba a los hombros. Tuve la extraña sensación de estar mirándola desde las alturas cuando le pregunté:

—¿Estás bien?

No podía ni imaginarme los horrores que Bryaxis le habría enseñado a mi amiga. Sus más de quince mil años de pasado de los que extraer sufrimiento la convertían en una buena presa.

—Sí —contestó Amren suspirando.

No habíamos hablado desde esa discusión tan desafortunada, motivo por el cual la había situado en los puestos más altos de mi

lista de gente por la que preocuparme. Así que levanté el mentón. Me desprendí de parte del entumecimiento en el que me había envuelto para decirle claramente:

—Lamento que discutiéramos después de la reunión de Storr. Te dije todo aquello porque estaba asustada, y lo siento. No mereces que te trate así.

A Amren le centellearon los ojos de tristeza.

—No tienes nada por lo que disculparte, muchacha.

—No. Sí que lo tengo. Todo lo que dijiste era verdad. Lo que ha ocurrido hoy lo confirma. —Negué con la cabeza—. La visita a la Corte Verano ha sido infructuosa; Tarquin no piensa aliarse con nosotros. Y es posible que Fomoria no me parezca la mejor alianza posible a nuestra disposición, pero ahora entiendo a qué te referías con lo de que no nos queda tiempo. Con lo de que tenemos que pensar y actuar a mayor escala. —Tragué saliva con fuerza—. Hoy me he sentido exactamente como me advertiste. —Bloqueé las imágenes de mi hijo que me había enseñado Bryaxis—. He visto lo que intentabas explicarme. Debería haberte hecho caso.

Amren levantó la mano y en su expresión vi un dolor genuino.

—Ahora solo nos queda seguir avanzando. Pero por mi parte… —Ella también tragó saliva, con sus ojos del color del mercurio brillantes—. Yo también lo siento, Feyre. Lo siento muchísimo.

Su disculpa (tan poco habitual en alguien tan feroz) me calmó, me estabilizó y me serenó pese a todo lo que habíamos vivido unas horas antes. Sabía lo que tenía que hacer a continuación y me consideraba afortunada de contar con la ayuda de Amren.

—¿Vendrás a cenar esta noche? Me gustaría que te sentaras a mi lado y…

—Me marcho a ver a Varian. —Amren miró a todas partes menos a mí—. Tengo… Necesito verlo.

Asentí, pero estaba desilusionada.

—Lo entiendo. —No sabía a qué había tenido que hacer frente ella, pero quería procesarlo junto a la persona que le era más cercana, la persona que la hacía sentir más segura que nadie y que le había regalado esos rubíes que rara vez se quitaba—. Aunque te

echaremos de menos. Y, cuando regreses —añadí con una sonrisa sombría—, hablaremos de estrategia.

Amren correspondió a mi sonrisa con otra tensa y compungida, soltó un largo suspiro y se dirigió a la puerta de entrada. Estaba extendiendo la mano hacia el pomo cuando de repente le solté:

—¿Sabes? Me siento agradecida. —Amren se detuvo y me miró—. Por tener una amiga sincera como tú. Alguien a quien no le da miedo llamarme la atención cuando me equivoco. Que me dice la verdad, aunque no quiera oírla. —Me llevé una mano al pecho y la coloqué justo encima del corazón. Sentí la frialdad de las gemas diminutas que adornaban mi vestido bajo la palma tatuada—. Me siento agradecida por tenerte, Amren.

Ella solo bajó la cabeza un poco, sus ojos plateados desolados. Se marchó sin añadir nada más.

Azriel

Sentado a la mesa del comedor de la casa del río, Azriel no podía dejar de mirarse las manos para asegurarse de que no las tuviera cubiertas de sangre, tal y como había visto en el templo. Que no le habían quedado reducidas a unos colgajos de carne y al reluciente hueso blanco de debajo.

Bryaxis había regresado. El miedo personificado.

Le había pasado algo desde la guerra contra Hybern. Adondequiera que hubiese ido, lo que quiera que hubiese hecho con su libertad, la había retorcido hasta acabar convertida en algo peor. Lo que en su día había sido un horror en las profundidades de la biblioteca se había transformado ahora en algo diferente.

Aunque por lo menos volvía a estar contenida en la biblioteca, si es que podían fiarse de Clotho. Feyre les había explicado mentalmente a todos, en tono cortante, lo que había ocurrido allí.

Mientras caía la noche, Rhys había escrito a los líderes de la ciudad para informarles de que iban a alzar nuevos escudos, del tipo que no permitirían entrar ni salir a nadie, salvo a los miembros de su

círculo íntimo. Ni siquiera a un pájaro. Si Bryaxis se había colado sin que la detectasen, ¿qué más podría atravesar sus salvaguardas? ¿Y si ella solo era la primera de una oleada de asaltantes?

A Amren la habían afectado profundamente los acontecimientos de esa mañana. Al parecer, se había marchado en busca de cualquier consuelo que pudiera proporcionarle Varian. Az nunca la había visto tan blanquecina, con los labios tan pálidos como los de un espectro mientras todos volvían en sí después del terror que les había hecho sentir Bryaxis. No había dejado de murmurar «Has sobrevivido; lo has superado» para sí misma. Una y otra vez.

—Si nos limitamos a empujar la comida de un lado a otro del plato en silencio —dijo Feyre sin alzar la voz desde un extremo de la mesa del comedor—, va a ser una cena deprimente.

Azriel y los demás se habían reunido en el comedor, aunque solo fuese porque la comida ya estaba preparada. ¿Qué otra cosa iban a hacer? ¿Mortificarse por los matices de sus miedos?

El simple hecho de pensar que esa esencia oscura volvía a acechar desde la biblioteca le había provocado unas ligeras náuseas. Clotho había dicho que a Bryaxis la había convocado la canción que llamaba a las hermanas perdidas de vuelta a casa, pero le resultaba imposible sentir ningún tipo de empatía hacia esa criatura.

Bryaxis les había arrebatado lo que debería haber sido un recuerdo eterno de felicidad. El porqué era lo que estaba consumiendo vivo a Azriel. Se había pasado las horas posteriores al ataque peinando la ciudad, sobrevolando en círculos la Casa del Viento, ordenando a sus sombras que descubriesen todo lo que les fuera posible. Habían vuelto sin nada que contarle. Absolutamente nada.

No le habían sido de ninguna utilidad contra Bryaxis. Tampoco tenía claro por qué había esperado algo mejor de ellas tras el ataque.

—Después del día que hemos tenido —le dijo Rhys a su pareja mientras dejaba el tenedor a un lado con la gracia de un cortesano —, ¿de verdad estás de humor para trivialidades?

—No —respondió Feyre torciendo la boca en una mueca ladeada —, pero me encantaría dejar de pensar en ciertas cosas. Así que no diría que no a unas cuantas trivialidades.

Se había cambiado y ahora llevaba un sencillo vestido de terciopelo plateado, de manga larga para protegerse del frío otoñal nocturno, y se había hecho un bonito recogido en lo alto de la cabeza. La única joya que lucía era su anillo de apareamiento, el zafiro en forma de estrella. Se había deshecho de todo el esplendor de por la mañana.

Incluso Rhys se había desabotonado el cuello, dejando a la vista la camisa y el torso tatuado de debajo. Él también se había cambiado, pero tenía el pelo hecho un desastre y la piel salada por culpa del sudor seco. Az no pudo evitar pensar que su hermano tenía aspecto de no haberse podido sentar hasta aquel momento.

El único ausente era Nyx, quien, según Rhys, ya estaba dormido. Az sabía que ambos padres tenían sus habilidades daemati centradas con extrema precisión en el cuarto infantil, junto a su dormitorio, para detectar hasta el más mínimo gimoteo.

No obstante, costaba imaginar que cualquier oscuridad, incluso la de Bryaxis, fuese a hallar la forma de colarse en aquel encantador hogar. Las luces inmortales del comedor desprendían un brillo suave y cálido, y conferían a la seda púrpura del tapiz un seductor tono amatista. En la tela, con abalorios dorados y plateados, habían bordado estrellas, lunas y remolinos celestiales, y en las molduras que quedaban por encima y por debajo habían tallado una sucesión de flores nocturnas.

Al llegar, Az apenas había podido lanzarle una mirada de reojo a Elain, pese a que sus sombras le habían revelado todo lo que necesitaba saber. O, más bien, el silencio de estas, su negativa a poner un solo pie en la misma habitación, hablaba a gritos de la presencia de Elain. Ella estaba allí, lo cual implicaba que sus sombras no. Estaban arremolinadas justo al otro lado de la puerta del comedor. Bien.

El hecho de no haber podido acercarse antes a ella había estado a punto de matarlo, pero no podía, no con Lucien allí. Lo último que les hacía falta ese día era una pelea entre aliados como guinda del pastel.

—Trivialidades, trivialidades… Deja que piense… —intervino Cassian despacio, dando golpecitos con el tenedor en la mesa.

Az se preparó para el desastre. Cuando Cassian empleaba ese tono y lo acompañaba de esa media sonrisa y ese brillo en la mirada, lo más seguro era apostar a que sus próximas palabras iban a traer problemas. Si había alguien capaz de fingir normalidad tras el ataque, ese era Cassian.

El susodicho se giró hacia Lucien y le soltó:

—Pareces bastante sereno aunque hoy hayas tenido que enfrentarte a tu peor temor. ¿Te gustaría compartir lo que has visto?

—No me refería a eso, capullo —siseó Feyre mientras Lucien apretaba los labios.

A Az se le escapó una sonrisa de satisfacción. No podía mostrarse hostil con Lucien (de lo contrario, la situación sería demasiado obvia), pero le parecía perfecto cederle ese papel a Cassian.

Elain estaba sentada entre Nesta y Mor, tan lejos de Lucien como había podido. Y dado que Azriel también se había colocado lo más lejos posible de él, había acabado sentado justo enfrente de ella. Aunque no era que Elain hubiera reconocido su presencia de ningún modo. Tenía la vista clavada en el plato y, de vez en cuando, movía sus largas y espesas pestañas mientras murmuraba un agradecimiento a Nesta y a Mor por ponerle la comida delante.

¿Qué había visto ella? ¿Qué pesadillas la habían hecho gritar tan fuerte? ¿Se lo había preguntado alguien? Seguía llevando el mismo vestido que antes. ¿Se había fijado alguien en que estaba manchado de tierra? ¿En los arañazos que cubrían sus manos de marfil? Había estado en el jardín.

—Gracias por permitir… que me recuperase en tu estudio —le dijo Lucien a Feyre en un tono de lo más cortés, haciendo caso omiso de Cassian—. El tapiz que tienes colgado detrás del escritorio es impresionante.

Tenía cortes en la cara, aunque ya se le estaban curando. Daba la impresión de que él mismo se había arañado la piel y el ojo dorado, el metálico. Era atractivo, Azriel podía concederle al menos eso. De algún modo, su ojo mágico y la cicatriz que lo rodeaba solo aumentaban dicho atractivo. Se vestía con tanto esmero como Rhys, y seguía llevando la chaqueta azul cobalto con bordados de un tono dorado muy suave en las solapas, mientras que la larga melena

pelirroja le caía como una cortina de seda por debajo de los hombros.

Y sabía luchar. Lucien era capaz de desenvolverse en una pelea; aunque, al igual que Eris, su hermano mayor, parecía más un cortesano mimado que cualquier otra cosa.

—Gracias —le respondió Feyre—. Me alegro de que te guste. —Señaló a Mor—. Hace poco que lo he puesto ahí, ya que algunas personas lo consideran deprimente y me recomendaron que no lo dejase en mi estudio de arte, que fue donde lo colgué en primer lugar. Según me dijeron, iba a deprimir a los niños.

—No me puedes negar que tanto negro es desolador —protestó Mor.

—Vivimos en la Corte Noche —le contestó Feyre—. Eso es lo que representa el tapiz.

Y, aun así, lo había retirado de su lugar original hacía unas pocas semanas. Era una obra preciosa, y también impactante, pero Feyre había dicho que allí podrían apreciarla mejor. Desde luego, ahora también estaba mejor protegida contra salpicaduras errantes de pintura.

Lucien añadió con suma cortesía:

—Bueno, me parece que ese es el objetivo. La oscuridad del tapiz está ahí para que brille ese hilo plateado tan extraordinario. —Cuando Feyre enarcó una ceja, él se dio unos golpecitos junto al ojo metálico—. Con esto parece un río de luz; es incluso más espectacular. —Le lanzó una ojeada a Elain, que lo estaba ignorando. O, por lo menos, no se dignaba mirar en su dirección a pesar de que aquel arreglo floral entre ambos la ocultara casi por completo de Lucien. Es posible que eso también haya sido intencionado, pensó Azriel con no poca petulancia. Especialmente cuando Lucien volvió a mirar a Feyre, derrotado, y añadió—: Si alguna vez hablas con el artista, dile por favor que hoy, después de lo de Bryaxis, el tapiz ha significado mucho para mí. Me… ha ayudado de un modo que no soy capaz de explicar.

Azriel reprimió el impulso de poner los ojos en blanco. Lucien siempre había poseído la habilidad de soltar disparates pretenciosos sin pensárselo dos veces.

Pese a ello, Feyre asintió y respondió:

—Yo hoy también he hallado fuerza en él.

Un silencio pesado y tenso cayó sobre ellos. *Miedo y pavor y agotamiento…*

Azriel bloqueó las voces de sus sombras cuando se dio cuenta de que se habían arrastrado lo suficientemente cerca como para escuchar e informarlo a pesar de seguir manteniéndose bastante alejadas de Elain.

Lucien se pasó una mano por el pelo en un movimiento delicado y atractivo. Az no pudo evitar mirar de reojo a Elain. Aunque una parte de él se relajó al comprobar que seguía haciendo caso omiso de su pareja, sintió un desagradable vuelco en el estómago ante la carne y el puré de patatas que ni siquiera había tocado, pese a que tanto Mor como Nesta le habían servido montañas cómicamente altas de ambos alimentos.

—Si lo preferís, puedo marcharme… —le dijo Lucien a Feyre un tanto cohibido, como si acabara de ocurrírsele que había alargado demasiado la visita.

—Quédate —insistió ella.

Rhys se recostó en la silla y bebió un trago de vino antes de añadir:

—Esta noche no me opongo a contar con un guerrero más en la casa.

—Creía que íbamos a intentar que la cena fuera agradable —murmuró Cassian con los labios pegados a su copa, y a continuación la apuró de un trago.

Tras mirar de reojo a Elain por encima de las rosas que ella misma había dispuesto de forma artística para impedir que se vieran el uno al otro, Lucien dijo con esa fluidez suya tan ensayada:

—Aquí estoy para lo que haga falta.

Por suerte, Elain apretó los labios. Aunque estaba claro que sabía que le había dirigido esas palabras a ella, ni lo miró. Y Az no era lo bastante noble como para no regodearse en la satisfacción que le produjo ver cómo se apagaba la luz en el ojo rojizo que le quedaba a Lucien.

Sin embargo, este se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y colocó una figurilla de madera sobre la superficie lacada de la mesa.

—Sé que lo más probable es que los regalos sean vuestra última preocupación ahora mismo, pero quería entregaros esto —le dijo a Feyre, y también a Elain y a Nesta—. Lo talló vuestro padre mientras viajábamos juntos.

Todos se inclinaron para admirar de cerca la intrincada y pequeña talla en forma de conejo.

Lucien prosiguió con el mismo tono elegante de siempre:

—Lo talló para pasar el rato en los varios campamentos en los que estuvimos, pero es un trabajo tan exquisito que me lo quedé cuando terminó. Se me ha ocurrido que podría ser un buen regalo para tu hijo. Así tendrá algo de parte de su abuelo.

Az se habría sentido predispuesto a ignorarlo de no ser porque Feyre tragó saliva con fuerza. Su alta lady inclinó la cabeza en señal de agradecimiento mientras cogía la figurita.

—El juguete favorito de Nyx es su conejito de peluche. Es como si mi padre lo hubiese sabido.

—Era un buen hombre —declaró Lucien, que le lanzó una mirada anhelante a Elain—. Lo admiraba.

Az no pudo evitar agarrar el tenedor con la suficiente fuerza como para hacerse daño. Junto a él, Cassian se removió en la silla, y Az lo descubrió observando a Nesta, que estaba rígida en su silla. *No sabe cómo sentirse*, le murmuraron las sombras. *Dolor y furia y pena y culpa…*

Cassian se sirvió otra copa de vino, con las alas y la espalda tiesas. Como si el dolor de Nesta no fuera problema suyo, como si no le importara lo más mínimo. ¿Habían hablado siquiera desde el ataque?

Nesta se quedó observando el conejo de madera, aunque Az sabía que tenía la atención puesta en su pareja. *Apenas se hablan, casi no se tocan, y eso la está matando, destrozando…*

Azriel obligó a sus sombras a retroceder a la fuerza y las mandó a toda prisa de vuelta al rellano. No le hacía falta saber lo que sucedía entre ambos miembros de la pareja. Si se tratase de enemigos o incluso de posibles aliados, sí. Pero Cassian y Nesta merecían privacidad.

—Gracias —le dijo por fin Feyre a Lucien, antes de guardarse el conejo en un bolsillo del vestido.

Lucien asintió y se mantuvo en silencio mientras se comía la cena con una elegancia digna de la corte. Az no pudo evitar bajar la mirada hacia el tenedor y el cuchillo que él aferraba con firmeza. A la luz de las velas, las cicatrices que tenía en las manos destacaban todavía más; sus dedos eran un desastre en comparación con la inmaculada piel dorada de Lucien.

—Cuando Tamlin y tú os aliasteis con Hybern, ¿quién era vuestro contacto? —preguntó Az de sopetón al noblecillo de la Corte Otoño.

Todo el mundo, a excepción de Elain, giró la cabeza hacia él con brusquedad. Lucien se sonrojó un poco y tragó saliva.

¿Qué cojones haces?, le gruñó Rhys mentalmente.

No obstante, Lucien le sostuvo la mirada a Az y su ojo metálico emitió un chasquido:

—¿Por qué lo preguntas?

Había llegado el momento.

—El otro día llegó un emisario con el mensaje de que Hybern quería reunirse con nosotros para discutir una posible alianza.

El tenedor de alguien repiqueteó contra el plato.

—Repite eso —jadeó Feyre, tan pálida que las pecas le resaltaban contra la piel.

—¿Y cuándo pensabas contárnoslo, exactamente? —exigió saber Rhys en cambio.

—Mañana —respondió Az mientras le sostenía la mirada a su hermano y lo retaba a soltarle una reprimenda—. No quería estropearos la celebración de hoy, pero ahora ya no importa. Bryaxis se me ha adelantado.

—¿De parte de quién venía el emisario? —preguntó Cassian, cuyos ojos castaños ya estaban urdiendo un plan tras haberse olvidado de la copa de vino, que ahora estaba a un lado.

—No lo dijo. Solo que lo mandaba Hybern. —A Az no le importó caer lo bastante bajo como para volver a señalar a Lucien con la cabeza—. Así que se me ha ocurrido que sería útil saber con quién contactasteis vosotros antes de la guerra.

Esto no es propio de ti, lo reprendió Rhys de mente a mente. *¿De verdad tienes que hacer que quede mal delante de su pareja solo para sentirte mejor contigo mismo?*

Az ignoró las palabras de su hermano. Mantuvo una expresión apacible, curiosa, mientras esperaba la respuesta de Lucien.

—Hablábamos con el propio rey —explicó este al fin, con cierta tensión en la voz—. Tamlin lo conocía un poco a raíz de la alianza de su propio padre con Hybern durante la Guerra de la División, así que solo hizo falta un mensaje para establecer contacto.

El rubor que le coloreaba las mejillas se oscureció y se extendió.

—¿Y dónde quedabais? ¿Cómo os comunicabais?

Azriel. Déjalo. Cada palabra estaba impregnada de puro poder. Az también lo ignoró.

Lucien echó un vistazo alrededor de la mesa y se fijó en las expresiones de todo el mundo. Por último, posó la mirada en Elain, que seguía con la vista clavada en el plato; con suerte, estaría recordando una vez más que su propia pareja era el artífice de gran parte de su sufrimiento. No obstante, Lucien contestó con una firmeza que Azriel no pudo evitar admirar a regañadientes.

—Puedo contároslo con todo lujo de detalles, si es lo que deseáis. Pero tal vez sea mejor dejarlo para después de la cena. —Señaló con la cabeza a Feyre, que seguía mortalmente pálida—. Al fin y al cabo, hemos recibido órdenes de charlar de trivialidades.

En la otra punta de la mesa, Cassian se rascó la mandíbula. Ya no parecía sentir la inclinación de obedecer a su alta lady, porque se dirigió a Rhys:

—¿Crees que esos imbéciles en serio quieren una alianza?

Por lo que Azriel había podido averiguar, después de la guerra, un reducido grupo de nobles había llegado a un acuerdo para gobernar Hybern en coalición; por lo menos, hasta que coronasen a un nuevo rey. Había informado a los demás de que dicho grupo operaba desde el antiguo castillo del monarca y, aunque ninguno había reclamado todavía el título, parecía que un macho joven estaba haciendo avances en ese sentido. Pese a ello, el pueblo de Hybern no había salido beneficiado. Az había averiguado que el reino había sufrido varias cosechas malas y unos cuantos desaires comerciales

descarados por parte de otros países. El país había conocido tiempos mejores, y se lo merecía.

Feyre intervino mientras cogía sus cubiertos:

—Hablaremos del tema mañana por la mañana. —Así como de lo ocurrido en la Corte Verano, sin duda.

Az tenía el presentimiento de que no había ido bien, dado que ni ella ni Rhys habían hablado aún del tema.

Pero en aquel momento Feyre se limitó a taladrar a Az con la mirada de tal forma que este tuvo que reprimir una mueca, avergonzado.

—No sé yo si confío en ellos.

Nesta gruñó para expresar que estaba de acuerdo. Rhys y Mor se miraron a los ojos y Az sospechó que estaban manteniendo una conversación mental de la que lo habían excluido.

Después de eso, se quedó callado, puesto que no confiaba en sí mismo para pronunciar ni una palabra más. No se atrevía. Echó un vistazo rápido a Elain, al otro lado de la mesa. Apenas se había movido y seguía sin tocar la comida.

Como si sintiera su mirada sobre ella, Elain movió las pestañas y levantó un poco sus ojos de cervatillo para mirarlo a la cara. Az sintió que se le tensaba piel. Elain era preciosa, tan perfecta, pura y encantadora como un amanecer primaveral. Sus altos y delicados pechos se hincharon cuando tomó aire…

La mirada de Rhys aterrizó sobre él como un hierro de marcar.

Az desvió al instante la atención hacia su propio plato, aunque aferró la copa de vino con fuerza.

Rhys no tenía ningún puto derecho a impedirle mirar a Elain. Igual que Lucien no tenía ningún puto derecho a ser su pareja, o a su afecto, ni siquiera a recibir ni una piza de atención por su parte. Az aguardó la reprimenda mental de su alto lord, pero esta no llegó.

Comieron y bebieron hasta que las velas se consumieron prácticamente del todo.

Y aunque Feyre había insistido en que lo discutirían por la mañana, la conversación volvió a girar en torno a Hybern. Todos se mostraron inflexibles, iban a mandarlos a la mierda. No responderían a su petición. Ni siquiera con una negativa. Si Hybern necesitaba

aliados, era su problema. Ellos mismos habían cavado su propia tumba. Les tocaba revolcarse en ella.

Az le lanzó una última mirada a Elain antes de que dieran la cena por terminada.

Descubrió que ella ya lo estaba observando. Y pese a que su pareja se encontraba a unos pocos metros, Az no pasó por alto la forma en que se humedeció el labio inferior con la lengua.

No pasó por alto el anhelo, el deseo que derretía el marrón de sus ojos hasta convertirlo en chocolate fundido.

Sí, deseó poder decirle mentalmente. *Sí.*

Rhys podía irse a la mierda. Igual que Bryaxis y la visión que le había mostrado.

Resultaba que sí que le quedaba algo por lo que luchar.

CAPÍTULO 18

Nesta

—Me sorprende que te quedes aquí esta noche —le dijo Cassian como quien no quiere la cosa en el silencio terriblemente espeso de su dormitorio de la casa del río—. Estaba seguro de que volverías a la Casa a toda prisa después de la cena, al margen de lo que haya pasado con Bryaxis.

Al oír ese intento de provocación, tan poco habitual en los últimos tiempos, Nesta lo miró desde el asiento de su tocador, donde estaba en camisón y quitándose las horquillas que le recogían los tirabuzones en lo alto de la cabeza.

Muy bien, pues.

Él ya se había despatarrado en mitad de la cama, sin camisa, con las alas desplegadas debajo del cuerpo. Cassian sabía exactamente qué aspecto tenía, con todos esos músculos relucientes bajo las doradas luces inmortales y esa media sonrisa arrogante en los labios. Un verdadero festín de masculinidad ilyria.

Nesta se obligó a concentrarse de nuevo en su reflejo y se quitó una horquilla con un rubí en la punta.

—Lucien se queda a dormir.

—¿Y qué?

Nesta captó movimiento con el rabillo del ojo y miró de reojo a Cassian, al que descubrió lanzando y atrapando el cuchillo como si de una pelota se tratara. Chaqueó la lengua.

—Pues que quiero estar aquí por si Elain me necesita.

Él se quedó inmóvil y Nesta se fijó en que sostenía el cuchillo por la punta, como si lo hubiese atrapado de esa forma.

—¿Elain necesita que la protejas de Lucien? —La expresión de Cassian era totalmente seria.

Al margen de la situación actual de su lazo de pareja, si su hermana necesitaba ayuda, él se la ofrecería al instante. Sin pedir explicaciones.

Él era así. Bueno. Valiente. Leal. Nesta sintió que tenía el corazón en un puño.

La noche anterior, había preparado lo que iba a decir y había estado dispuesta a abrirle el corazón, que sentía que le iba a estallar (en especial, después de que la Casa le dejara tan claro con aquel montón de astillas que la causante de aquello había sido ella misma y que solo ella podía arreglarlo), pero Cassian no había regresado a su lado. Y esa mañana, cuando había aparecido fanfarroneando y actuando con total normalidad, Nesta se había enfadado. Se había enfurecido tanto con él que le habían entrado ganas de ponerse a gritar. O a llorar. O ambas cosas a la vez.

—No —respondió con la voz ronca mientras dejaba la horquilla junto a las demás en el cajón del tocador—. Pero Elain siempre se pone de los nervios cuando él anda cerca.

Podría haberlo dejado ahí, podría haber caído de nuevo en ese tenso silencio, pero se descubrió a sí misma intentando ir más allá.

—Creo que la consuela saber que estoy cerca. Sobre todo después del día que hemos tenido.

—Mmm.

Cassian volvió a lanzar el cuchillo.

Nesta cerró el cajón y miró su propio reflejo en el espejo. Tenía los ojos demacrados, vacíos y… tristes. Lo odiaba. Odiaba todo lo relacionado con aquel vínculo retorcido y espinoso que compartían ahora.

Él ni siquiera había estado presente esa tarde mientras Madja le curaba el brazo roto y la fractura nasal. Ya no quedaba ni rastro de esas lesiones. Como si los horrores por los que la había hecho pasar Bryaxis no hubieran sido reales.

Sin embargo, como mínimo, daba la sensación de que Cassian intentaba charlar con normalidad. Y parecía albergar la intención de quedarse allí esa noche. En la cama que compartían. Con ella.

—¿Qué has visto hoy? —le preguntó Nesta mientras sacudía la melena y disfrutaba del placer de sentir el cuero cabelludo libre tras haberse soltado el recogido.

Él volvió a dejar quieto el cuchillo.

—No me apetece hablar de eso —contestó con aspereza.

—¿Era lo mismo que viste hace tantos años en la biblioteca?

—No. Ha sido peor.

Ella lo miró a los ojos a través del espejo.

—¿En qué sentido?

Su hermoso rostro palideció y sus ojos castaños mostraron una mirada distante mientras murmuraba:

—Cuanto más tienes en la vida, a cuantas más personas amas, peores son tus miedos.

Nesta no soportaba ver en sus ojos la respuesta a la pregunta que se moría de ganas de plantearle: «¿Sigo estando en esa lista de gente?». De modo que volvió a girarse hacia el espejo y empezó a cepillarse el pelo.

No sabía qué pensar de ese día. Por lo menos, Nyx parecía estar tranquilo y no haber sufrido ningún daño, y Nesta rezaba por que siguiera siendo así. La cena había ido… bien. Aunque no había sido una reunión precisamente alegre, estaba claro que tampoco había sido el lúgubre sufrimiento que ella esperaba.

Sin embargo, Amren no había hecho acto de presencia. Se había marchado a ver a Varian para recomponerse. Algo que a Nesta le habría gustado poder hacer con Cassian, pero no había logrado encontrarlo antes de la cena. Y no habían tenido ocasión de hablar hasta ese momento.

Él carraspeó. Nesta sabía que estaba buscando algo que decir. Cuando por fin habló, lo hizo en voz baja.

—¿Qué ibas a regalarle a Nyx?

Ella volvió a contemplarse en el espejo. Examinó cada ángulo de su expresión triste y su mirada vacía antes de responder:

—Ataraxia.

Oyó el movimiento de las sábanas cuando él se sobresaltó.

—¿Tu espada?

—No. —Acarició las cerdas finas del cepillo con un dedo —. Iba a desearle que encontrara ataraxia: paz interior.

Cassian se sumió en un silencio breve y ella volvió a peinarse el pelo.

—¿Estás… Estás bien? ¿Después de lo de hoy? —le preguntó por fin.

Nesta dejó el cepillo en el tocador.

—No ha ocurrido nada. —Sintió la garganta atenazada por la tensión que suponía contener las emociones y hablar en tono inexpresivo—. He intentado matar a Bryaxis y he fracasado, fin de la historia.

Cassian se incorporó en la cama y pasó las piernas por el borde hasta tocar el suelo con los pies, pero se quedó allí sentado.

—Nadie esperaba que la matases…

—Yo sí.

Él se pasó las manos por el pelo, que ya casi le rozaba los hombros.

—No es necesario que cargues con ese peso sobre los hombros.

Nesta se giró para mirarlo a la cara.

—¿De modo que este fracaso no te supone un problema, pero sí el hecho de que consiguiera salvar el mundo de Bryce Quinlan?

No había podido evitarlo. Ya lo había soltado.

Él plegó las alas de golpe, pero guardó silencio.

Nesta echó su silla hacia atrás. Se acercó a la cama con un andar amenazador. Se detuvo a treinta centímetros de él.

Cassian siguió cada uno de sus movimientos mientras una rabia al rojo vivo le burbujeaba en los ojos.

—De acuerdo, Nes, vamos a sacarlo todo. No te contengas.

Involuntariamente, ella bajó los puños a los costados. Él no lo pasó por alto.

—Adelante —la provocó—. Rodéame el cuello con las manos y aprieta. —Le ofreció la garganta.

Nesta se abalanzó sobre él. No para estrangularlo, sino para acunarle el rostro suavemente y acercar la boca a la suya.

Cassian se quedó rígido. Ella se apartó y le apretó la mandíbula con los dedos.

—¿De verdad crees que te estrangularía? —le preguntó.

Él tenía los ojos muy abiertos, estaba anonadado. Nesta le enseñó los dientes mientras su furia ardía como un incendio forestal e hizo ademán de levantarse de su regazo.

Él apoyó las manos en sus caderas y la retuvo con firmeza.

—¿Quieres que lo resolvamos así? —Su tono gutural derritió el sexo de Nesta. Empezó a respirar con dificultad, como si le costase contener todas las palabras en el pecho, y Cassian bajó la mirada para observarla con atención—. ¿Cómo quieres que lo hagamos, Nes?

Con el pulgar, trazó unos círculos lentos sobre las caderas y la cintura de ella.

Nesta sintió un nudo en la garganta. No había pensado tan allá. Solo que verlo allí, mirándola de ese modo… No había podido soportarlo más.

Cassian pasó los labios por su cuello. Con aquella suave caricia, ella estuvo a punto de poner los ojos en blanco.

—¿Quieres que hagamos el amor y lloriqueemos sobre lo mucho que nos hemos echado de menos y que prometamos no volver a pelearnos nunca más?

Detuvo los dientes en el mismo punto que acababa de besar y le dio un pequeño mordisco.

—¿O… —añadió contra su piel— quieres que follemos hasta que los dos acabemos gritando y el primero que se corra será quien tenga que arrodillarse y humillarse por lo que ha ocurrido estas últimas semanas?

Nesta volvió a levantar las manos hasta su cara. Le clavó las uñas en las mejillas, como pago al mordisco que él le había dado en el cuello. Lo obligó a mirarla a los ojos. Vio todo el deseo, la ira y el anhelo que contenían. Y supo que sus propios ojos reflejaban lo mismo.

Era posible que, un año atrás, le hubiera dicho que no deseaba ni una cosa ni la otra; que se las hubiera negado a ambos. Se habría

convencido de que lo estaba castigando solo a él, que ella tenía la ventaja y que había ganado aquella pelea en particular.

Pero no quería ganar ninguna pelea si era contra él. De hecho, no quería pelearse con él; no de aquel modo. Provocarse el uno al otro y discutir por nimiedades, sí, pero aquello… Ese día Cassian no había estado a su lado. Cuando por fin había asimilado lo mucho que le dolían el brazo y la nariz. Cuando la había aturdido la conmoción de lo sucedido con Bryaxis. Incluso durante el ataque propiamente dicho, ni Cassian había estado ahí ni ella había estado ahí para él.

Se sintió mortificada al sentir que le ardían los ojos por culpa de las lágrimas.

—Eh —le dijo Cassian, que suavizó el tono al instante—. Nes…, Nes.

Ella cerró los ojos, como si así pudiese evitar echarse a llorar.

—Nesta —la llamó su pareja, y al instante notó que le acunaba el rostro entre sus tiernas y dulces manos—. Nesta…

Sentía tal nudo en la garganta que fue incapaz de seguir conteniéndose, y en la siguiente exhalación soltó un sollozo estrangulado.

Cassian la rodeó con los brazos y las alas, y curvó el cuerpo sobre el suyo, atrayéndola hacia esos músculos y esa calidez y ese aroma que se habían convertido en su hogar. Había echado tanto de menos todo eso que cada día había tenido la sensación de que se moría.

—Te amo —confesó Nesta con la cara enterrada en su cuello y temblando de los pies a la cabeza—. Por eso estaba enfadada contigo esta mañana, porque necesitaba que anoche volvieras a casa para poder decírtelo a la cara. Te amo y siento lo que pasó con la Máscara. Todavía hay muchas cosas que no entiendo sobre el Tesoro, muchas cosas que me aterran más de lo que me atrevo a expresar, pero es que sentí que tenía que dársela. Fue como si percibiese que la Máscara necesitaba ir allí, aunque sea el objeto más poderoso del Tesoro. Aunque a mí me perturbe utilizarla. Así que te pido perdón por no avisarte antes, no tuve tiempo y estaba intentando hacer lo correc…

—Para.

Cassian le echó la cabeza hacia atrás para quedar cara a cara. Y, joder, eso era lo último que quería, porque estaba hecha un desastre y no dejaba de llorar y gimotear, pero lo hizo. Lo miró a los ojos.

—Estaba molesto —admitió él mientras le limpiaba las lágrimas—. Estaba molesto porque hiciste algo muy gordo y me asusté. Me asusté porque éramos un equipo y tú… decidiste que ya no lo éramos. Y no me refiero a Rhys, Feyre y todos los demás, sino a ti y a mí. Y sí, darle la Máscara a Bryce Quinlan fue impulsivo y una imprudencia, y no estoy completamente seguro de que yo hubiese hecho lo mismo, pero, por encima de todo, me sentí dolido. Fue como si volvieses a alejarme.

—No…

—Aunque sé que no era tu intención, yo me sentí así. Y a lo mejor es todo culpa mía, y puede que deba aceptar que siempre habrá una parte de ti que no compartirás con nadie y que nunca responderá ante nadie. Es solo que… Todo iba de maravilla después del Rito de Sangre. Hostia puta, si es que todo parecía perfecto, hasta que dejó de serlo. —Volvió a negar con la cabeza—. Se me da fatal explicarme. Pero me desestabilizó y todo se convirtió en ira y… Siento mucho haberme comportado así estas últimas semanas. Y confío en ti. Joder, después de lo de hoy, es posible que confíe en ti más que en nadie para que te encargues del Tesoro. Le has plantado cara a Bryaxis, has sido la única capaz de ponerse en pie. Ese es el tipo de persona que quiero que se encargue del Tesoro. Siento no haberme dado cuenta antes.

Nesta notó cómo se le iba formando una sonrisa en los labios. Le dio un beso en la boca y otro en la mejilla, y le susurró al oído:

—Vaya, quién lo iba a decir. Ni siquiera he tenido que hacer que te corrieses primero y ya te estás humillando.

Él se echó hacia atrás, con los ojos como platos y… brillantes.

Nesta sonrió de oreja a oreja y lo besó con suavidad, provocándolo.

—Creo que fui una estúpida al pensar que ser pareja significaba que todo iba a resultar perfecto y que siempre seríamos felices.

—Demasiadas novelas románticas —respondió Cassian, que ladeó la boca en una sonrisa torcida—. Pienso mandarle una carta muy

tajante a Sellyn Drake para acusarla de engañar descaradamente a sus lectoras.

Nesta recorrió con un dedo la sonrisa de su pareja, una sonrisa que era para ella.

—Debes de estar agotado de tanto volar al Refugio del Viento solo para evitarme.

Él le tomó la mano y le besó las yemas de los dedos.

—Tengo un buen motivo para estar tumbado en la cama. —Nesta enarcó una ceja y él aclaró—: Tengo tantas agujetas que no puedo ni moverme.

—Mi pobrecito ilyrio —canturreó ella, y extendió la mano por encima de la cabeza para tocarle la punta de un ala—. ¿Dónde quieres que te dé un besito primero para que te sientas mejor? —Le acarició el centro del ala con un dedo y, como era de esperar, Cassian se empalmó debajo de ella.

—Estoy bastante seguro de que puedes adivinarlo solita —respondió de nuevo con voz gutural.

En esa ocasión, le pasó una uña por el ala y su pareja soltó un siseo.

—No quiero hacer el amor y llorar, pero tampoco quiero follar hasta que acabemos gritando.

A Cassian se le habían vuelto los ojos completamente negros.

—¿Qué quieres entonces, Nes?

—Quiero tocarte. —Trazó un circulo perezoso sobre el ala que lo hizo tragar saliva con fuerza—. Quiero redescubrir cada centímetro de tu cuerpo. —Bajó la mirada de forma provocativa—. Me da la sensación de que hay unos pocos centímetros que ya esperan con ansia el reencuentro.

—Son más de unos pocos —replicó él con picardía.

Nesta resopló y acarició con una mano la erección que le tensaba los pantalones de cuero. Su propio sexo palpitó en respuesta y tuvo que hacer acopio de toda su concentración para que no le temblasen las manos y que sus siguientes palabras sonasen como un ronroneo bajo.

—Deja que compruebe que sabe tan bien como lo recuerdo.

Se deslizó hasta la alfombra y le separó las piernas lo bastante como para arrodillarse entre ellas. Aquel magnífico macho era suyo de los pies a la cabeza. Y tenía pensado disfrutar de hasta el último centímetro de su cuerpo.

—Y yo que creía —dijo él, cuya respiración se volvió jadeante cuando Nesta le desabrochó el cinturón de la espada y pasó a los pantalones— que últimamente no te apetecían demasiado las pollas ilyrias.

—No recuerdo haber dicho eso —repuso ella con delicadeza, pese a que se encargó de los botones de la bragueta con la mano aún temblorosa.

Nada más dejarle el miembro a la vista, Nesta se quedó sin palabras. Respirando con dificultad, Cassian le gruñó:

—Quiero estar dentro de ti.

—Qué pena —se burló ella, y se concedió el placer de observar su expresión segundo a segundo mientras se inclinaba y acercaba la boca a él.

Se esforzó en percibir la línea tensa alrededor de sus labios, la forma en que entrecerró los ojos de puro placer. Pero, dioses, su sabor, su tamaño, su dureza y su calidez…

Nesta tenía la intención de provocarlo, de jugar con él, de chuparlo poco a poco. No obstante, en el momento en que lo acarició con la lengua no pudo hacer otra cosa que metérselo hasta el fondo, todo lo que pudo, mientras le rodeaba la base con la mano y apretaba con fuerza.

Él levantó las caderas de la cama, pero Nesta utilizó la mano que tenía libre para empujarlo con suavidad contra el colchón y recorrerle la erección con la boca de nuevo.

—Joder —soltó Cassian en algo más parecido a una exhalación que a cualquier otra cosa al notar que ella pasaba la lengua por el grueso glande de su pene y le daba un lametón, dos, en la punta—. Nesta…

Ella volvió a metérselo entero en la boca y, esa vez, su sexo pareció clamar como respuesta, tan desesperado por cualquier fricción, por cualquier roce, que incluso la costura del camisón contra

los muslos empezó a enloquecerla. Lo necesitaba enterrado en su cuerpo, lo necesitaba a su alrededor y sobre ella, llenándola…

Unas manos anchas y fuertes la agarraron por debajo de los brazos para sacarle el miembro de la boca.

Cuando Nesta se puso de pie entre sus piernas, Cassian tenía la cara tensa de puro placer. Él soltó un gemido al inclinarse hacia delante y la acarició con las manos temblorosas por debajo del camisón antes de subírselas por los muslos. Más arriba. Se le entrecortó la respiración.

—¿Sigues sin llevar ropa interior, Nes?

A ella le costó entender sus palabras cargadas de deseo. No se le ocurrió ninguna réplica, no mientras daba un paso hacia él, que la detuvo.

—Esto estorba —afirmó, y empezó a desabrocharle los botones del camisón.

Le sostuvo la mirada en todo momento. Era como si Cassian supiera con exactitud dónde estaba cada botón. Como si llevase estudiando para aquello toda su vida y pudiera hacerlo a oscuras.

El camisón cayó al suelo. Desnuda y mirando desde arriba a Cassian, que seguía apoyado en la cama y cuya erección se asomaba como la más apetecible de las invitaciones, Nesta sintió que se le volvía a cerrar la garganta.

—No sé qué hacer —confesó con voz ronca.

Él hizo un gesto hacia su polla.

Nesta, sin embargo, reprimió una risa, negó con la cabeza y encontró las palabras necesarias para explicarle aquello de lo que se había dado cuenta el día anterior, en el risco:

—No sé qué hacer aquí. En esta corte. Conmigo misma. Con mi vida.

Él ladeó la cabeza y la escuchó con atención; la escuchó de verdad.

—Creía que todo acabaría por encajar, y resulta que… —Se frotó el pecho, a la altura del corazón—. No ha sido el caso. Tengo todo esto —dijo señalándose a sí misma, el poder de su magia, su cuerpo, su corazón—, pero ¿de qué me sirve?

Cassian suavizó la mirada.

—Encontrarás un propósito. Te lo prometo.

Nesta sorbió por la nariz.

—Lo sé. Es solo que… Me siento insegura por todo. No sé cuál es mi cometido. —Intentó dar con las palabras adecuadas—. Solo estoy segura de que te amo. Y de que amo a Feyre y a Nyx, y a Emerie y a Gwyn. Y a los demás también, cuando no me tocan las narices.

—Entonces, permite que sea eso lo que te guíe. Puede que el amor te lleve a encontrar tu cometido.

—Te he echado de menos —consiguió decir Nesta—. Ya casi no podía soportarlo. Pero es que… No sabía cómo hablar contigo del tema o cómo reunir la suficiente entereza para hacerlo sin desmoronarme.

—Supongo que podemos darle las gracias a Bryaxis, aunque solo sea por esto.

—En realidad, deberías dárselas a Gwyn.

—¿Y eso? —Pero entonces Cassian detectó la pena y la tensión en la expresión de su pareja—. ¿Qué ha ocurrido entre vosotras?

Era consciente de que Nesta había dejado de acudir a los entrenamientos después del Rito de Sangre, pero no sabía nada más porque le había concedido tiempo y espacio para que solucionase las cosas con su amiga. O para que no las solucionase, al parecer.

Nesta movió la cabeza de un lado a otro y volvió a notar aquella insoportable presión en la garganta.

—No lo sé. Se ha apartado de mí y yo de ella, y ayer le dije varias cosas que a lo mejor debería haberme callado, aunque solo intentaba arreglarlo todo. Pero no quiso escucharme. Y yo ya no lo soportaba más, porque no podía hablar ni con ella ni contigo. Ni reír con vosotros. No lo aguantaba —susurró—. Ni un segundo más.

—Ven aquí —le dijo mientras la cogía de la mano. Nesta notó la calidez de sus firmes dedos—. No dudes ni te preocupes nunca por esto. —Los señaló a ambos—. Aunque discutamos, y te garantizo que esta no ha sido nuestra última pelea, siempre encontraremos el camino de vuelta hacia el otro. Hacia nosotros, Nes. Porque te amo, y tú a mí, y eso seguiría siendo verdad incluso aunque no fuéramos pareja. Siempre. Para siempre.

Nesta asintió, sin palabras, y Cassian tiró de ella para sentársela en el regazo. La miró a los ojos mientras se posicionaba en su entrada. Le colocó las manos en las caderas con delicadeza y la hizo descender sobre él con suavidad.

Las lágrimas de Nesta volvieron a aflorar con el primer roce del miembro de Cassian en el interior de su cuerpo. Su hogar, su hogar, su hogar…

Cassian apartó las manos de las caderas y le acunó la cara. La besó con tanto amor que a ella la sorprendió que semejante intensidad no le destrozase el cuerpo. Abrió la boca para él, lo dejó entrar y, cuando entrelazaron las lenguas, Nesta bajó del todo.

Cassian gimió y se quedó muy quieto.

—Joder. —Echó la cabeza hacia delante para apoyarla en el hombro de su pareja—. Joder…

—Sí, eso es lo que intento —se burló ella elevando las comisuras de los labios.

Él tomó dos grandes bocanadas de aire con cierta dificultad y sacudió las alas antes de levantar la cabeza. Una sonrisa perversa le iluminaba la cara. Alzó las caderas para enterrarse más en ella y el jadeo de Nesta resonó por toda la habitación. Cassian le cubrió la boca con los labios, como para engullir ese sonido.

Y, cuando él volvió a meterle la lengua en la boca, Nesta empezó a moverse.

Aunque solo habían pasado unas pocas semanas, por algún motivo se le había olvidado lo grande que la tenía Cassian, la perfección con que la llenaba. Se le había olvidado lo que sentía cuando él la abrazaba con fuerza y ternura a la vez, permitiendo que se moviera al ritmo que ella deseara.

Cassian emitió otro gruñido desde el fondo de la garganta y, a Nesta, ese sonido le reverberó por todo el cuerpo, por el alma. Él le agarró las caderas con más fuerza y ese fue su único aviso antes de cambiar de posición para colocarse encima.

El mundo se inclinó. Cuando volvió a su lugar, Nesta estaba tumbada de espaldas y Cassian estaba sobre ella, a pocos centímetros de su rostro, mientras sus alas bloqueaban las luces inmortales.

—Te amo —le dijo sacándosela casi por completo.

Volvió a penetrarla con la suficiente fuerza como para que ella se deslizase unos centímetros por el colchón.

Cassian le cogió las rodillas y le abrió aún más las piernas al tiempo que la embestía más fuerte, más profundo.

Dioses, iba a explotar. Necesitaba más, lo necesitaba dentro de sí para siempre, porque no podía haber nada más que la hiciese sentir tan bien…

Cassian se pasó una de las piernas de Nesta alrededor de la cintura e hizo algo increíble con las caderas mientras volvía a metérsela. Ante el gemido que se le escapó a ella, le dijo en un tono suave:

—Así, Nesta. Muy bien.

La pura satisfacción masculina que oyó en su voz, el saber que se pertenecían el uno a la otra, y que él y solo él podía darle esa clase de placer…

El orgasmo la hizo estallar y Nesta fue vagamente consciente de estar clavándole las uñas en la espalda y de que Cassian se convertía en el centro de todo su universo. Él volvió a penetrarla con embestidas fuertes y profundas y, cuando se le aceleró la respiración, Nesta supo que no le faltaba mucho, supo que se moría por correrse dentro de ella, pero que seguiría follándosela si ella quería otro orgasmo, que no pararía nunca si con eso la satisfacía.

Ese pensamiento la impulsó a meter la mano entre sus cuerpos para acariciarle los testículos, suaves, que le rozaban el sexo con cada empellón. Levantó la mirada hacia Cassian mientras se los apretaba. Así pudo disfrutar del placer de ver cómo tragaba con fuerza antes de estallar y correrse en su interior.

Esa imagen hizo que se le contrajera el sexo alrededor de su miembro y la llevó a igualar las embestidas frenéticas de las caderas de Cassian mientras este la llenaba con su semen. Hasta que ella también se corrió otra vez, sin dejar de abrazarlo con fuerza para que sus corazones latiesen juntos en un vaivén que existiría incluso cuando aquel mundo llegase a su fin.

Y cuando ambos se quedaron quietos, cuando sus respiraciones fueron lo único que se oía en la habitación, Nesta siguió

impidiéndole que se la sacara. Cassian se apoyó en los codos y se incorporó lo suficiente para estudiar su expresión.

Ella le regaló una sonrisa que rara vez enseñaba a nadie más. Lo besó una vez en la boca, dos. Y susurró:

—De haber sabido que entregarle la Máscara a Bryce significaría que acabarías follándome así, le habría ofrecido también el Arpa y la Corona.

Él sonrió con suficiencia, se levantó de la cama y la alzó en brazos sin esfuerzo alguno.

—Uy, Nesta, si solo acabo de empezar —murmuró mientras la llevaba hasta el sofá.

Feyre

—Sigue dormido —me dijo Rhys en voz baja mientras se acercaba, silencioso cual felino, a la butaca donde me hallaba sentada, delante de la chimenea de nuestra habitación—. Por lo que he podido percibir, Madja tiene razón: su mente ya se ha reorganizado para identificar lo que ha pasado hoy como una especie de pesadilla. No lo recordará. El miedo no le dejará huella.

Yo seguí contemplando cómo las llamas lamían aquellos fragantes troncos.

—Debería acercarme a la Casa del Viento y sacar a Bryaxis a rastras de la biblioteca. Encerrarla en la Prisión y tirar la llave.

Había conseguido serenarme durante la tarde y la cena, pero la rabia esclarecedora que sentía había seguido hirviendo a fuego lento. Sin embargo, solo podía dejarla salir a la superficie en aquel momento, con mi pareja.

Rhys se dejó caer en la butaca que había enfrente de la mía y también se puso a observar las llamas.

—Te ayudaría a hacerlo.

—Es como si Bryaxis supiera que la biblioteca era el único sitio en el que podía esconderse de nosotros.

—Ha pasado suficiente tiempo con las sacerdotisas, con Clotho, sobre todo, como para entenderlas. Es posible que contara con que le mostrasen compasión.

Al fin desvié la mirada hacia mi pareja. No me molesté en parecer ni medianamente civilizada al decir:

—Encontraré la forma de matarla. No me importa cómo o por qué ha aparecido hoy. La mataré.

—Por supuesto, pero sopesa lo que ha ocurrido. Ha venido a por nosotros. ¿Y si la ha mandado alguien? Parecía… diferente de cuando escapó después de la guerra. Más oscura. —Las estrellas habían desaparecido de sus ojos color violeta—. Seguro que la creciente influencia de Koschei en el mundo ha tenido algo que ver.

Otro argumento más para reconstruir el muro. Para erigir múltiples muros. Nuestros enemigos estaban creciendo, adaptándose, volviéndose más malvados. Y, hablando de enemigos…

—¿Y qué hay de Hybern? —pregunté—. Puede que tengan algo que ver con que Bryaxis haya acabado aquí hoy.

—Puede —reconoció—. Nos piden una reunión para hablar de una alianza, no llegamos a ningún lado con Tarquin y la Corte Verano, de modo que nuestra lista de aliados se reduce, y de repente aparece Bryaxis y nos aterroriza… ¿Por qué? ¿Para que cale la apremiante necesidad de conseguir apoyo y que estemos más dispuestos a llegar a un acuerdo con Hybern?

—Si es cosa suya, reduciré a escombros esa isla —prometí de forma amenazante.

—Repito: cuenta conmigo. Pero esperemos a saberlo con certeza. A lo mejor podemos enviar a Az y a sus espías para descubrir qué está pasando en Hybern. Ha ocurrido en un día demasiado señalado como para que se trate de una mera coincidencia.

—No sé si ni siquiera puedo sentarme a la misma mesa que quien esté gobernando Hybern ahora mismo.

—Ya somos dos —confesó Rhys—. Y menos después de lo que he… —Dejó la frase a medias y yo sentí el corazón en un puño por él, pero cambió el rumbo de la frase—: Bryaxis utiliza su don con una destreza alarmante.

Tenía algunas conjeturas sobre lo que podría haberle enseñado a Rhys, pero pregunté:

—¿Qué has visto?

Él tragó saliva con fuerza.

—Voy a necesitar… unos días antes de poder hablar del tema.

Asentí, aunque el horror se adueñó de mi estómago. Teniendo en cuenta lo que había visto yo, me hacía una idea de lo que podía haber afrontado mi pareja.

Nos quedamos en un silencio que ninguno de los dos se sintió inclinado a romper. ¿Qué más quedaba por decir?

Una nueva entidad residía en mi cuerpo tras los acontecimientos de ese día, algo que me había arrancado un trozo del alma y había anidado en el hueco. De vez en cuando abría las fauces y rugía, y los sonidos que emitía eran los gritos de pánico de Nyx. El eco se alargaba sin fin y esa cosa que habitaba ahora en mí se enterraba aún más en mi interior.

Y, mientras el fuego devoraba los troncos y dejaba que la madera ardiese hasta quedar reducida a cenizas, sin molestarme en añadir más, me pregunté si Clotho estaría en lo cierto y no todo era lo que parecía.

Al margen de si Hybern estaba involucrado en esto o no, puede que el ataque de Bryaxis fuese un regalo para mí. Un regalo que necesitaba desesperadamente, aunque yo no fuera consciente de ello.

Porque ahora sabía lo que tenía que hacer. Y no me asustaba ni lo más mínimo.

CAPÍTULO 19

Lucien

Lucien odiaba hasta el último detalle de la casa de Rhysand y Feyre.

Sobre todo porque le encantaba hasta el último detalle.

Si él hubiese podido diseñar su propia residencia, aquel habría sido el resultado. La mezcla de lo excesivo y lo acogedor, la fusión natural del esplendor y la intimidad. La mansión de la Corte Primavera era un conjunto de mármol duro y filigranas de oro. Y pese a que la casa del río no era menos opulenta…, era un hogar.

La Madre sabía que hacía muchísimo tiempo que no tenía uno propio.

Estaba tumbado en la cama de aquella agradable habitación con vistas al río Sidra, que se hallaba más allá del jardín, y el aroma de su pareja flotaba en el aire cual lazo primaveral y llegaba hasta el ala de invitados donde se encontraba él.

Había olido a Elain nada más poner un pie en el templo.

No la había visto desde el Solsticio de Invierno, hacía más de nueve meses. En aquella ocasión ella había fruncido el ceño ante el regalo que le había llevado, como si de veneno se tratase, lo había rechazado y lo había dejado en la mesa que quedaba junto a su silla.

No esperaba nada de ella. Sabía perfectamente que no la merecía. No tenía ni idea de por qué la Madre los había hecho pareja. Estaba claro que ella no estaba interesada en él, y aunque Lucien había tratado de conocerla… La cosa no había salido bien.

Claro que eso no impedía que se le hiciese la boca agua cuando estaba cerca de ella y que todos sus instintos depredadores tomasen el control mientras la sangre le rugía que la encontrase, que la cortejase, que la reclamase.

Lucien se consideraba razonable y civilizado. Lo que experimentaba cuando pensaba en Elain y en su aroma floral era todo lo contrario. Su polla empalmada era todo lo contrario.

Se giró de lado y apretó los dientes. ¿Sería una deshonra para Elain si se ocupaba él mismo de sus necesidades? Aunque jamás se permitía hacerlo pensando en ella, aquel había sido el período más largo de su existencia sin sexo, sin ningún tipo de contacto físico. Y ver a Elain ese día, pese al terror que Bryaxis les había hecho sentir a todos, pese a que ella no le había dirigido la palabra durante la cena y ni siquiera se había dignado a mirarlo… Dioses, cuánto la deseaba.

Lucien se concentró en las elegantes molduras del techo y su dorado ojo de metal, el mágico, emitió un chasquido. *Belleza artesana*, lo informó. Ni rastro de ningún hechizo.

Aquel ojo era tanto un regalo como una maldición. Le permitía ver igual que antes de que Amarantha le arrancase el auténtico de la cuenca con la uña, pero también hacía que viera la magia a su propia manera. Auras, por lo general.

La de Feyre era un arcoíris de colores, por las magias que los altos lores le habían concedido, con cierto toque plateado y radiante que provenía únicamente de ella. Era diferente del plateado ardiente de Nesta. O del aura de Elain: una mezcla de dorado centelleante y rosa, como el mismo amanecer. No, la de Feyre era singular, sin duda.

La chica famélica y taciturna a la que había conocido al principio había desaparecido. Quien había estado con él ese día, quien lo había guiado hasta el comedor para la cena, con plena confianza en su rol en aquel lugar, había sido una alta lady, una madre. Incluso su aroma proyectaba esa nueva esencia, junto con cierta novedad.

La primera capa de su aroma remitía a algo pequeño y suave (la fragancia de un bebé) envuelto alrededor de lo que Lucien dedujo que era el dulce olor de su leche. Después estaba el aroma de Rhys,

y la Madre sabía que aquello era una señal para que él y cualquier otro macho se mantuvieran alejados de su pareja.

Lucien se dio la vuelta hacia el otro lado, pegando patadas a las sábanas. ¿Era Feyre consciente de aquello?

Se rio por lo bajo. Por supuesto que sí. Como mínimo, sabía que los miembros de una pareja marcaban al otro con su aroma una vez que aceptaban el vínculo, pero Rhys era aterrador. ¿Se olvidaba Feyre alguna vez de quién era su pareja? ¿De quién era el padre de su hijo? ¿Del tipo de monstruo que acechaba bajo aquella superficie tranquila?

Sí, se habían convertido en una suerte de aliados. Sí, él mismo había sido testigo de la bondad de Rhys, aunque también había visto de lo que era capaz. Su crueldad, sus maquinaciones y la completa falta de misericordia. Había un motivo por el que la gente aún temblaba al oír el nombre de Rhysand, incluso después de la guerra contra Hybern.

Y, por último, debajo de todo aquello brillaba el aroma propio de Feyre, el que era inherentemente suyo. Ese resplandor plateado que Lucien había detectado cuando la conoció en la Corte Primavera, que se había amplificado y se había tornado más claro al convertirse en alta fae. En alta lady. Su aura parecía aumentar gracias a la felicidad que le hacía sentir la familia que la rodeaba. Las amistades que había forjado.

A Lucien le dolía recordar que, en el pasado, él mismo se había contado entre dichos amigos.

«Me abandonaste —le había siseado ella hacía tantos años—. Te lo rogué tantas veces, te pedí que me ayudaras …».

Apartó ese antiguo remordimiento. Por lo menos, la erección ya no era un problema.

Lucien soltó un largo suspiro. Su intención había sido ofrecerles ayuda después de la ceremonia para encontrar pruebas de que quien tiraba de los hilos en la corte de su padre era Koschei. Parte de él, una parte estúpida, tenía la esperanza de que acceder a manipular a la Corte Otoño consiguiese que, como mínimo, Elain lo mirase sin aquella expresión de desdén.

Sin embargo, el ataque de Bryaxis le había estropeado el plan. No le había parecido correcto sacar el tema cuando todos tenían los nervios a flor de piel, y se pasó la cena preguntándose si los gritos de Elain en el templo se debían a que se había visto a sí misma encadenada a él de por vida.

La Madre sabía que los gritos de su pareja habían hecho que sintiera la frenética necesidad de protegerla a pesar de que su propia pesadilla lo hubiera dejado hecho añicos. Aunque no tenía del todo claro si las visiones de Bryaxis habían sido peores que la realidad a la que debía enfrentarse.

No sabía si sería capaz de mantener aquel precario equilibrio mucho más tiempo. De todos modos, ¿cuál era su rol en la Corte Noche? ¿Dejarían de necesitarlo en algún momento o seguiría moviéndose entre diferentes tierras? ¿Primavera, el territorio humano y aquella corte? Y ahora también la Corte Otoño.

Pero ¿cómo iba a oponerse? Después de lo que Rhys y Feyre le habían contado sobre la inminente invasión de las tierras humanas en el continente, y teniendo en cuenta que dos de sus amigos (sus únicos amigos en aquel momento) eran humanos, ¿cómo iba a negarse a ayudarlos?

Sabía que Feyre no lo presionaría si decía que no. Incluso era probable que, pese a todo, Rhys tampoco lo hiciese. Por más monstruo que fuera, tenía conciencia.

Sin embargo, ni siquiera todo el poder de Rhys había servido contra Bryaxis. Sí, le había proporcionado la espada a Nesta (una espada claramente Hecha, detalle que nadie se había molestado en explicar), pero ni siquiera el alto lord de la Corte Noche era inmune al efecto del miedo.

Lucien no lo culpaba; no por ello. No cuando las cosas que él mismo había visto esa mañana… Bloqueó esos recuerdos. Seguía con la piel sensible en los puntos en los que él mismo se había clavado las uñas.

No era así como Lucien había visualizado el resto de sus días cuando habían salido de Bajo la Montaña, con Amarantha muerta y convertida ya en una mera mácula en el recuerdo de esas tierras. Se había imaginado una vida larga y feliz en la Corte Primavera, y que

quizá algún día encontraría a alguien que le hiciese sentirse vivo como no se había sentido desde la muerte de Jesminda…

Claro que Jesminda no había muerto sin más. La habían asesinado. El padre de Lucien la había ejecutado y sus hermanos no habían hecho nada para impedirlo.

Bryaxis le había enseñado aquel momento con todo lujo de detalles. Y le había mostrado cosas aún más duras, posibilidades que ni sus peores pesadillas eran capaces de evocar. Pese a que había sabido que lo que estaba viendo no era real, entre lo vívida que había sido la visión y que no tuvo forma de mirar a otro lado… Había acabado deseando que Amarantha le hubiese arrancado también el otro ojo.

Volvió a rechinar los dientes. Ahora era el turno de evocar un tipo de pesadilla diferente: la Casa del Bosque, donde había nacido. Donde lo habían atormentado y donde lo había perdido todo. No había puesto un solo pie allí desde que presenció cómo la vida abandonaba los ojos de su amante. Dejó de ser un hogar para él en ese preciso instante. Y dejó de tener familia cuando sus hermanos lo persiguieron por orden de su padre para arrastrarlo de vuelta a casa.

Se pasó una mano por el pelo. Tamlin lo había salvado. Y Lucien se había reconstruido a sí mismo; había reconstruido su vida.

Y luego Feyre la había hecho volar por los aires.

No, eso no era justo. Había sido Tamlin quien la había hecho saltar por los aires al aliarse con Hybern; pero Feyre, con toda su rabia y su venganza, se había asegurado de aniquilar la confianza entre el alto lord y él para siempre. Aunque hubiese sido un juego al que Feyre había recurrido para erosionar dicha confianza…, la realidad era que había roto algo entre ambos.

También era posible que Lucien hubiera permitido que se rompiese al elegir ir en pos de su pareja y dejar atrás la Corte Primavera.

Había albergado la estúpida esperanza de que encontraría a Elain… Y de que ella le sonreiría. De que a lo mejor ella también estaría buscando un hogar en el mundo y estaría deseosa de encontrarlo junto a él. Lucien no estaba enamorado de ella (todavía, al menos), pero, como mínimo, estaba abierto a la idea.

Habían transcurrido dos años desde aquello y ella no le había dedicado ni una sola sonrisa. Apenas habían intercambiado una docena de palabras. A Lucien, el corazón le pesaba como un ladrillo en el pecho.

Pero ¿acaso había intentado conocerla? ¿Lo había intentado de verdad? Aunque siempre se decantaba por mostrarse respetuoso y darle espacio, a lo mejor debería insistir en que por lo menos se sentaran a hablar y así poder explicarle que no esperaba nada, pero que quería ver si había algo entre ellos, algo que mereciese la pena construir juntos.

Como mínimo, hacía tiempo que le debía una disculpa por todo lo que había sucedido en Hybern. Lucien había sido el responsable del cambio trascendental que había sufrido Elain. Y Nesta. Ambas habían acabado en el Caldero como consecuencia de sus actos.

Y, después de lo que el cantor de sombras había comentado durante la cena, se había dado cuenta de que jamás se había disculpado con su pareja por aquello. ¿Acaso ella también revivía aquellos desdichados días y lo culpaba a él por el papel que había desempeñado? ¿Era eso lo que Elain había visto esa mañana?

Lucien se incorporó y soltó un pesado suspiro. El reloj había dado la medianoche hacía doce minutos, pero a lo mejor Elain seguía despierta. Una parte de él le susurró que sí lo estaba.

Si existía un momento propicio, era aquel, después de haberse enfrentado a sus peores pesadillas y de que estas lo hubiesen abierto en canal. A lo mejor Elain también lo veía todo más claro ahora. A lo mejor accedía a escuchar su explicación sobre lo que había hecho antes de la guerra contra Hybern; a lo mejor aceptaba sus disculpas. A lo mejor era justo lo que necesitaba oír ella.

Se puso los pantalones y la camisa, pero no se molestó con la chaqueta. Quizá se había mostrado demasiado reservado. Siempre le gustaba estar presentable, pero tal vez no fuese lo que ella quería o necesitaba. Puede que solo necesitase a una persona, no un título ni un cometido, sino a una persona real con quien hablar…

Lucien no se permitió cambiar de opinión mientras salía al pasillo.

Siguió el aroma de Elain hasta lo alto de la enorme escalera y, luego, por otro pasillo. En el ala privada de la casa de Rhys y Feyre

se alojaba la familia más cercana. Detectó una mezcla de los aromas de todos: Mor, Cassian, Nesta, Azriel y Amren.

El dormitorio de Elain era el último, pasado el de Nesta y Cassian.

A Lucien le retumbaba el corazón en el pecho y notó que se le secaba la garganta. Tal vez fuese una pésima idea. Incluso las sombras que había amontonadas en el pasillo parecían observarlo boquiabiertas, como si le dijeran: «¿Qué narices haces tú aquí? ¡Vuelve a tu habitación!».

Debería esperar hasta que amaneciera. O hasta… nunca.

Pero no. Tenía que hacer el esfuerzo; se lo debía a sí mismo y a aquel posible futuro.

Luchó contra el temblor de las manos mientras llamaba a la puerta con suavidad, dado que no quería despertar a los demás. En respuesta, oyó la voz amortiguada de alguien, de Elain.

Lucien había aprendido a dominar su dolor. Había sobrevivido a la crueldad de su padre y a un duelo tan profundo que le había modificado el alma. Después de los horrores que había visto aquel día, seguro que podía enfrentarse a su pareja y a todo lo que había hecho para contribuir a su sufrimiento.

Tras elevar una plegaria silenciosa a la Madre, abrió la puerta del dormitorio de Elain.

Tardó un segundo en entender lo que contemplaba en ese instante. No era una pesadilla conjurada por Bryaxis.

Aquellas monstruosas alas de murciélago pertenecían a un macho de cuerpo fuerte y tatuado.

Elain estaba debajo de él, con la cabeza girada hacia Lucien, las mejillas ruborizadas de placer y esos pechos que él nunca había visto al descubierto. Y tenía los pezones duros y resplandecientes, como si el otro se los hubiera estado chupando…

Azriel estaba en la cama de su pareja, desnudo. Igual de desnudo que Elain.

CAPÍTULO 20

Azriel

¿Cómo cojones se había colado Lucien en la habitación sin que Azriel tuviera ni la más remota idea de que andaba cerca hasta que se había plantado boquiabierto en el umbral?

Sabía cómo. En algún rincón de su mente, Azriel era consciente de que se debía a que sus sombras habían huido en cuanto él había acudido en busca de Elain. Se habían quedado en el pasillo, enfurruñadas, de modo que no habían estado allí para advertirlo de que Lucien se acercaba. Y ahora ya era demasiado tarde para fundirse con ellas, para negar que aquello había sucedido.

—Yo… —empezó a decir Elain mientras se incorporaba y se cubría con las sábanas.

Ocultó esos preciosos pechos pequeños que Az había estado explorando, los primeros pasos en el camino que conducía a aquel punto entre sus piernas y que, pese a la desnudez de ambos, todavía no había tocado, saboreado…

—Sal de su habitación.

Lucien habló tan bajo que las palabras apenas le resultaron audibles.

Azriel estaba familiarizado con ese gruñido. Delataba que un depredador estaba entrando en un estado de violencia primitiva al que solo ponía fin el derramamiento de sangre.

Az no apartó su atención de él mientras se alejaba de Elain. Ni mientras se ponía de pie, con la erección ya no tan prominente, y adoptaba una posición defensiva. Mientras preparaba las alas.

—Es… —susurró Elain frenética—. Es un malentendido…

Se puso de pie con dificultad y se colocó junto a Azriel, que extendió un ala para concederle privacidad mientras volvía a ponerse el camisón. Privacidad para resguardarse del macho, de su pareja, que seguía mirándolos como si no se creyese lo que veían sus ojos.

—¿Un malentendido de qué? —preguntó Lucien con un tono gélido, aunque Az habría jurado que en sus ojos parpadeaban llamas al rojo vivo.

¿Dónde cojones se habían metido sus sombras? Ahí… Estaban en el pasillo. Viéndolo todo.

Venid, les ordenó. Ellas se negaron. No se acercaron ni medio centímetro.

Lucien señaló a Azriel y se le avivó una llama en la punta del dedo. La luz que emitía rebotó en el ojo mecánico, el dorado. ¿O es que su magia también estaba acumulándose ahí?

—Largo.

—No pienso dejarla a solas contigo.

Lucien hizo una mueca que expuso los dientes.

—Que te largues.

Del hijo menor del alto lord de la Corte Otoño emanó una abrasadora llamarada de poder. Az cerró el puño a un costado y el sifón que llevaba en el dorso de la mano tronó. Pero si sacaba a relucir ese poder, si invocaba un arma…

¿Acaso podía hacerle más daño a Lucien? Ya lo había pillado en la cama con su pareja.

—Voy a arrancarte el puto cuello de cuajo —soltó Lucien en un tono bajo y amenazador.

Az no pudo evitar reírse.

—Me muero de ganas de ver cómo lo intentas.

—Por favor —suplicó Elain mientras se situaba entre ambos.

Iba vestida con su camisón blanco y puro como un rayo de luna. Az tiró de ella para protegerla detrás de su cuerpo.

El gruñido de Lucien reverberó en el suelo.

—No la toques. Ni se te ocurra tocarla.

En el pasillo empezaron a abrirse varias puertas.

Los sollozos bajos y desgraciados de Elain contrastaban con el placer absoluto que la había embriagado momentos antes. Az había cedido al impulso de ir a verla pese a que su pareja estuviera bajo el mismo techo. Su salvación. Porque eso era ella para él, y estaba dispuesto a luchar por ello.

Pues bien, parecía que iba a tener la oportunidad de hacerlo.

Se oyeron pasos en el pasillo.

—Pero ¿qué cojones…? —Cassian se atragantó cuando entró en la habitación y reparó en la semidesnudez de Az y Elain, y captó el aroma de su excitación, que seguía espesando el aire. Az nunca había visto a su hermano con los ojos tan abiertos—. ¿Qué cojones, Az?

A continuación apareció Nesta, que empujó a un lado a Cassian y a Lucien. Este último tuvo la audacia de intentar pararle los pies, pero se ganó una mirada de advertencia tanto de ella como de su pareja.

Nesta escrutó el rostro de Az mientras se acercaba a ellos con una expresión consternada y decepcionada.

Él fue el primero en apartar la mirada para centrarla en las dos figuras que aguardaban en la puerta.

—Será mejor que lo discutamos en el pasillo —le indicó Cassian a Lucien en un tono bajo y tranquilizador. Aun así, un fuego color rubí se agitó en el sifón que llevaba en la mano.

—Estoy de acuerdo —retumbó una voz oscura.

Az se preparó mentalmente. Había llegado Rhys, con Feyre a la zaga. Mor iba un paso por detrás de ellos cual destello de oro y color. Az no soportaba mirarla a la cara.

Lucien giró sobre los talones y obedeció al alto lord, soltando un puñado de chispas a su paso. Az se quedó con su familia en una habitación que, de repente, se le antojaba demasiado pequeña. Aunque sus sombras estuviesen dispuestas a acudir a su llamada, no había forma de esconderse de aquello. De ellos.

—Vístete de una puta vez —le espetó Rhys desde el umbral, que llenaba con su oscuridad.

—No le hables en ese tono —intervino Nesta, y Azriel la miró sorprendido.

Sin embargo, Nesta ya se había sentado junto a Elain en la cama y había apoyado la mano en la espalda de su hermana mientras esta se tapaba la cara y se echaba a temblar.

Una parte de Az seguía siendo lo bastante funcional como para decidir ahorrarle a Elain más fealdad, de modo que se enfundó los pantalones. La camisa y la chaqueta las dejó en el suelo.

Le pesaban las piernas y sentía que tenía la cabeza muy lejos de allí mientras cruzaba el opulento dormitorio, que olía a sexo en ciernes, y salía al enorme y oscuro pasillo, que olía a furia y a muerte. Sus sombras por fin se acercaron a él a toda prisa y se le enroscaron alrededor de los tobillos y las muñecas.

Las ignoró. Eran traidoras desalmadas y pusilánimes, todas ellas.

Feyre se colocó a su derecha con los brazos cruzados y una mueca en los labios. Alzó sus ojos de un azul grisáceo hacia él y le dirigió una mirada repleta de pena.

Az se puso a la defensiva. No le hacía ninguna falta su pena; no necesitaba nada de ellos, salvo…

—¿Lo sabías? —le preguntó Lucien a Rhys.

El noblecillo se había arrimado a la pared que quedaba enfrente de la puerta y arrugaba la nariz en un gesto furibundo.

No había nada que Az pudiera hacer mientras Rhys le sostenía la mirada y respondía con sencillez:

—Sí.

Cuando Cassian soltó el aire que estaba conteniendo, casi sonó como si dijese: «Hostia puta». Az no miró a ninguno de sus hermanos. Solo a Lucien, cuyo poder crepitaba incandescente.

Pero este se limitó a señalarlo sin dignarse mirar siquiera en su dirección. Az tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no partirle el dichoso dedo por la mitad.

—¿Has permitido que ese macho toque a mi pareja bajo tu techo y aun así me pides que haga el trabajo sucio por ti?

«Ese macho». Ese monstruo. Ese demonio. De no haber sabido que era verdad, Az le habría rugido.

A Rhys le latió un músculo de la mandíbula.

—Sí.

Lucien escupió a los pies del alto lord. Cerca de él, Mor le gruñó.

—Eres despreciable. —Lucien estaba que echaba humo. Lo que retorcía su atractivo rostro era pura repugnancia—. Tú y todos vosotros. —Posó la mirada en Feyre y tomó aire antes de acusarla—: Tú también lo sabías.

Az odió el dolor y la preocupación que tensaron la expresión de su alta lady.

—Tenía mis sospechas. —Miró de reojo a Nesta—. Ambas las teníamos. —Y no cabía duda de que se las habían guardado para sí mismas—. Pero yo… Lucien.

El susodicho también escupió a sus pies.

El rugido de Rhys ahogó el sonido que soltó Azriel. Pese a ello, su hermano empleó un tono terriblemente sereno al informar a Lucien:

—Échame en cara todo lo que quieras, noblecillo, pero como vuelvas a hacerle eso a mi pareja, acabarás sin lengua con la que escupir.

—Lucien. —Feyre lo intentó de nuevo, ignorando la amenaza de Rhysand—. Vamos abajo. Sé que es tarde, pero deberíamos hablarlo…

Azriel se cuidó de decir que no hacía falta hablar de nada. Se trataba de la vida de Elain, de su cuerpo. Ella era la única que podía decidir con quién lo compartía.

—Estoy harto de hablar contigo —le replicó Lucien respirando con dificultad—. Estoy harto de todos vosotros. ¿Queréis que alguien os encuentre pruebas de lo que maquina Koschei? ¿Queréis un espía en la Corte Otoño? Apañáoslas solitos. No contéis con mi ayuda. —El orbe Veritas apareció en sus manos y cayó al suelo con un golpe seco.

Se le está rompiendo el corazón, se le está partiendo el alma…

Az ignoró a sus sombras. Le importaban una mierda los sentimientos de Lucien.

—Lucien —le suplicó Feyre—. Escúchame.

Lucien volvió a apuntar a Azriel con aquel dedo acusador. Él sintió que se le tensaba todo el cuerpo, incluidas las alas; estaba listo para saltar. No obstante, el otro le habló en un tono espeluznantemente tranquilo:

—Espero que recibas tu merecido. Todo el sufrimiento que te has ganado.

Az le dedicó una burlona inclinación de cabeza.

Lucien se giró hacia la habitación, hacia Elain, que seguía llorando en la cama junto a Nesta.

—No volveré a llamar a tu puerta.

—No creo que esté llorando por eso —soltó Az sin poder evitarlo.

Lucien se volvió despacio. Y Az supo que, pese a que Rhys podría haberlo impedido, su hermano dejó que sucediese de todos modos. Lucien explotó en llamas.

Az apenas dispuso de un segundo para invocar un escudo de luz azul con su sifón. La luz se llevó la peor parte del impacto del fuego, pero resultó que Lucien también se había abalanzado sobre él en el mismo instante. Fue más rápido de lo que Az había previsto.

Lucien lo estrelló contra la pared con tal fuerza que la casa entera tembló. El yeso y la madera se resquebrajaron bajo el impacto de sus alas, de su espalda.

Feyre se ha ido a proteger al bebé. Lucien pretende matarte. Rhys se está planteando si permitírselo…, le susurraron sus sombras.

Solo hizo falta un segundo para que el entrenamiento de Azriel tomara el control. Le asestó un codazo en la cara a Lucien con tanta fuerza que se oyó el crujido del hueso. La sangre salió disparada y el olor de esta permeó el aire. Az retorció el cuerpo y se agachó para esquivar otra ráfaga de fuego que se dirigía directa a su cabeza.

La oscuridad sofocó las llamas.

Unos brazos fuertes como el acero rodearon a Azriel por el torso y lo obligaron a retroceder. Él hizo ademán de saltar hacia delante, pero Cassian lo retuvo con firmeza y le espetó al oído:

—Serás gilipollas...

Az se resistió, sin éxito. Al otro lado del muro de oscuridad, Rhys estaba hablando con Lucien, cuyas llamas rozaban el techo.

Luego, desparecieron. Y la oscuridad lo engulló todo.

Lucien se ha ido, lo informaron sus sombras. *Rhys va a hablarte a ti y solo a ti…*

—Largo de mi casa.

De la sorpresa, Cassian aflojó la fuerza con la que lo agarraba.

La voz de Rhys retumbó como un trueno desde detrás del muro de oscuridad. Cuando este cayera, no sería su hermano quien estaría al otro lado.

Una mano pequeña agarró la suya y le dio un buen tirón. Mor. En sus ojos como platos leyó una súplica.

—Tienes que marcharte. Ahora mismo.

Az no lo hizo. Que Rhys lo borrase de la faz de la tierra, que su hermano lo convirtiese en polvo de estrellas contra la pared.

—Azriel —le suplicó Mor, y lo que vio en su rostro fue genuino temor.

Elain seguía llorando en su cuarto. Empezó a girarse hacia ella.

—Imbécil de mierda… —lo insultó Mor.

Antes de que Az pudiera impedírselo, Mor lo transportó fuera de la casa. O, más bien, hasta la puerta de entrada, desde donde lo arrastró, escalón a escalón, pasada la valla del jardín.

El olor de Lucien flotaba en el aire, como cenizas en el viento. También se había marchado por allí.

No obstante, Mor agarró a Az por la nuca y siseó «Idiota» antes de volver a transportarlos.

Los envolvieron la oscuridad y un viento cortante, pero no fueron muy lejos. Aterrizaron en uno de los elegantes puentes de la ciudad que se alzaban a lo largo del Sidra. A esas horas, quedaban unas pocas personas en la calle que pudieran verlos aparecer, Mor con su camisón de seda roja y Azriel sin camisa y con los pantalones a duras penas abrochados.

Ella le arreó una bofetada. El ruido reverberó por la ciudad como el repique de unas campanas.

—¡¿Eres imbécil?! —le gritó—. ¿Has perdido la cabeza? —Az se limitó a mirarla mientras el dolor se le extendía por la mejilla y la mandíbula. Los ojos castaños de Mor reflejaban la angustia que sentía—. ¿En qué estabas pensando?

—Elain no es de su propiedad —gruñó Azriel, que reprimió el dolor gracias a cinco siglos de entrenamiento. Alejó con brusquedad a las sombras que se arremolinaban a su alrededor, dispuestas a revelarle una verdad que no soportaba tener que escuchar—. Puede hacer lo que le plazca. Puede elegir con quién comparte su cuerpo.

—Claro que puede, y eso hace, pero ¿tú no podías contenerte? ¿Solo por una noche? ¡¿No podías mantenerte alejado, joder?! —Mor nunca le había gritado de aquella forma—. ¿Por eso has provocado a Lucien de ese modo durante la cena con el tema de Hybern? ¿Tan bajo has caído? ¿Tan celoso estabas?

—¿Y a ti qué más te da? —No fue capaz de evitar la pregunta—. Si tampoco te importa.

Mor negó con la cabeza, injustamente preciosa a la luz de la luna y en camisón.

—Si necesitas preguntarlo es que no tienes ni idea de nada. —Lo miró de arriba abajo, sin pasar nada por alto—. No sé… No sé quién es la persona que tengo delante.

Él frunció el ceño y se giró hacia el río. No fue suficiente para bloquear el disgusto que manaba de ella en oleadas.

—Te sugiero que pases inadvertido durante un tiempo —le aconsejó ella con la voz igual de fría que la noche otoñal que los envolvía—. De hecho, si quieres evitar una paliza de Cassian, vete a la casa de la ciudad.

Le daba igual. Cassian podía hacer lo que se le antojara.

—¿Es por mí? —inquirió Mor al ver que no respondía.

Giró la cabeza hacia ella tan rápido como para que le diera un latigazo.

—¿Qué?

Ella abrió los brazos, tan pálidos como el alabastro bajo el manto de la noche.

—¿Esto es porque no te quiero? Por lo menos, no del modo en que a ti te gustaría. ¿Por eso has caído en esta conducta autodestructiva?

—No tiene nada que ver contigo —respondió en un tono frío como la muerte. Sus sombras se mantuvieron escondidas tras una de las farolas del puente—. ¿Y desde cuándo acostarse con alguien es autodestructivo?

—Desde que te has metido en la cama con la pareja de uno de nuestros principales aliados, que estaba a punto de ayudarnos a pesar de que fuera a correr un gran riesgo personal. Desde que te dijeron que buscaras a otra persona. A cualquier otra.

—¿Y si no quiero a nadie más?

Mor soltó una risa estrangulada.

—No te preocupes, estoy segura de que aparecerá alguna otra igual de poco disponible para tentarte.

Azriel la taladró con la mirada y un centenar de palabras, afiladas como cuchillos y aún más letales, flotaron entre ambos. Mor dio un paso atrás, no porque le tuviese miedo, sino por esas palabras. Las que no habían pronunciado.

Y como la situación ya no podía ir a peor, Az gruñó:

—Adelante, Mor, suéltalo.

Ella dio otro paso atrás, hacia la zona en penumbra que la farola no llegaba a iluminar, y el tono de su vestido se oscureció hasta recordarle al rojo de la sangre.

—No pienso darte el gusto de mantener esta conversación tan absurda. Si Lucien invoca el Duelo de Sangre, estarás solo.

Y, tras esas palabras, se transportó lejos de allí.

Las pocas personas que paseaban por la calle se detuvieron a mirar. Gracias a su fino oído de fae, debían de haber escuchado hasta la última palabra. Az los ignoró mientras desplegaba las alas y se lanzaba hacia el cielo. Sus sombras le concedieron unos segundos de ventaja más de lo habitual.

Como si les repugnase incluso a ellas.

Aterrizó en el tejado de la casa de la ciudad al cabo de unos instantes. Abrió la puerta de par en par y prácticamente se catapultó escalera abajo. Su habitación de siempre estaba en el tercer piso, y hacía tanto tiempo que nadie la usaba que olía a rancio. Le hacían falta varias cosas: ropa, armas…

Miró de reojo a El que dice la verdad, que seguía en su cintura, aunque aguantaba de milagro. Emerie no había mentido al afirmar que la correa estaba desgastada. Una de las tiras se había partido del todo, sin duda cuando Lucien se había abalanzado sobre él. La daga se balanceaba de forma precaria y le daba golpecitos en la pierna.

Un arma inútil y despreciable.

Az agarró la tira que quedaba, la vaina y la daga, y se lo quitó todo de un tirón. Lo lanzó al otro lado del cuarto con ese mismo

movimiento y el arma se estrelló contra la pared con tanta fuerza que agrietó el yeso. Y cayó al suelo seguida de una lluvia de escombros que la sepultaron bajo una fina capa blanca.

En lo que a él respectaba, ese sería el lugar de descanso eterno de la daga. Podía quedarse en aquel rincón polvoriento hasta que ella misma se convirtiese en polvo. Hasta que el mundo olvidase su existencia.

Con suerte, a lo mejor el mundo se olvidaba también de la existencia de Az.

CAPÍTULO 21

Nesta

Elain no paraba de llorar.

Tanto Azriel como Lucien se habían marchado ya de la casa y Feyre había vuelto a la habitación hacía un instante, después de asegurarse de que Nyx siguiera a salvo, durmiendo plácidamente. Nesta sabía que su hermana había tomado aquella precaución de forma instintiva al ver a esos dos machos sedientos de sangre dispuestos a enzarzarse en una pelea tan cerca de su bebé; en especial, después del encontronazo con Bryaxis.

Elain, que sollozaba en el regazo de Nesta, no se había movido del borde de la cama. Una cama que todavía olía a Azriel y a sexo. O, mejor dicho: a deseo. Nesta le sostuvo la mirada a Feyre por encima de la cabeza de Elain.

En los ojos de su hermana más joven brillaba la preocupación, además de una fuerza tenaz y cortante que antes no estaba ahí. En aquel momento Feyre le habló de mente a mente: *¿Qué hacemos?*

Nesta negó sutilmente con la cabeza. No habían comentado cómo se miraban Azriel y Elain ni cómo se comportaban cuando uno estaba cerca del otro. Pero aquello…

Para consolarla, Nesta acarició en círculos la esbelta espalda de Elain.

—Todo irá bien.

—Claro que no. —Fue la respuesta amortiguada de su hermana—. Nada va bien y nada irá nunca bien. Eso es lo que me ha enseñado hoy ese monstruo. La verdad.

Feyre pasó la mano por el pelo dorado de Elain.

—¿Estás enamorada de Az?

Elain sollozó más fuerte.

—No puedo quedarme aquí. —Lloriqueó—. No puedo estar aquí.

—Tranquila —la calmó Nesta, que intercambió una mirada de alarma con Feyre—. Dinos adónde quieres ir y te llevaremos allí.

—No tengo ningún sitio al que ir.

Cada palabra iba impregnada de la más absoluta desolación.

Nesta volvió a acariciarle la espalda.

—Podemos hablarlo por la mañana. Deberías intentar dormir un poco.

¿Adónde había ido Azriel? ¿Estaba bien? No conseguía deshacerse de ese pensamiento. ¿Había ido alguien a comprobar cómo se encontraba, igual que estaban haciendo ellas con Elain?

Me la llevaría a la cabaña de la montaña, pero no creo que la soledad vaya a sentarle bien ahora mismo, le dijo Feyre.

Podría llevármela a la Casa del Viento, se ofreció Nesta.

Bryaxis vive allí abajo ahora, así que no. Además, también está bastante apartado.

Nesta enarcó las cejas. *Pues no te supuso ningún impedimento para desterrarme a mí allí el año pasado.*

Elain no está hecha de acero como tú. Sois diferentes.

Era un cumplido, y aun así… Nesta sintió una punzada en el pecho al mirar a su otra hermana y verla abatida y alterada. Y aunque lo que más le apetecía era regresar con su propia pareja y acurrucarse en su calor y en su fuerza para desgranar juntos aquel desastre, le dijo a Elain:

—Métete en la cama. Esta noche me quedo contigo.

—Nos quedaremos las dos —declaró Feyre.

Elain no dijo nada, solo siguió llorando, pero obedeció. Nesta y Feyre se tumbaron con ella, igual que habían hecho en aquella tienda de guerra el día en que habían rescatado a Elain de las garras de Hybern e igual que habían hecho hacía tantos años en la choza.

Sobre ellas pesaba una inmensa pena, tan tangible como el edredón de plumas bajo el que se acurrucaron. Al cabo de un rato,

los sollozos de Elain se calmaron hasta adquirir la cadencia profunda del sueño.

Nesta permaneció despierta. Sabía que Feyre también lo estaba, y que seguramente estuviese hablando con su pareja a través del vínculo sobre cómo podían salvar la misión diplomática que tenían la esperanza de que Lucien llevara a cabo.

¿Había ido Cassian a buscar a Azriel? ¿Seguía Mor con él?

A pesar de que Nesta sabía que su obligación era para con la hermana que dormía a su lado, parte de ella se preguntaba si Azriel también necesitaba a alguien junto a él. En cierto modo, ahora era su hermano. Y estaba dispuesta a apostar a que se encontraba solo.

Azriel

Az aterrizó sin ningún cuidado en la terraza de la Casa del Viento, con la suficiente fuerza como para que las rodillas le crujieran con el impacto, pero echó a andar y aquel dolor punzante se desvaneció antes incluso de que pudiera ser consciente de él.

Había ido a recoger algo de ropa y varias armas (todo lo que tenía a su nombre y que realmente se preocupaba por llevarse a donde fuera), y luego volvería a bajar a la casa de la ciudad. No tenía ningún interés en quedarse allí; no cuando estaba claro que ahora era el hogar de Cassian y Nesta. No con Bryaxis morando de nuevo en las raíces de la montaña.

No cuando era incapaz de discernir si era su propia mente o una parte del poder de Bryaxis, que se abría paso hasta él desde allí abajo, lo que hacía que se planteara si la absoluta repugnancia que sentía Cassian lo llevaría a echarlo de la casa, igual que había hecho Rhys.

Az se dirigió a las puertas acristaladas del comedor, que eran la forma más rápida de llegar a su habitación, ubicada en el piso inferior. Si sus dos hermanos lo odiaban, no sabía si sobreviviría. O si podría superar el disgusto y la decepción de Mor.

No puedes, le susurraron sus sombras.

La Casa le abrió las puertas acristaladas antes de que él extendiera una mano cubierta de cicatrices hacia el pomo, y un aire cálido que contrastaba con el frescor otoñal lo atrajo hacia el interior. Dioses, seguía sin llevar camisa. Se estaba congelando.

Az recibió aquel frío con los brazos abiertos, sus huesos le dieron la bienvenida.

No le cabía la menor duda de que Elain estaba con sus hermanas, quienes, al contrario que los suyos propios, no parecían dispuestas a echarla a patadas de la casa. A lo mejor debería haberse llevado volando a Elain a… ¿Adónde?

Y si Lucien descubriera que Azriel había llevado a cabo tal acción, tendría todo el derecho a volver arrastrándose con su padre, revelarle todos sus planes y reunir un ejército para recuperarla.

Hostia puta, Lucien ya tenía todo el derecho a poner en práctica justo eso.

Az ralentizó el ritmo hasta detenerse antes de cruzar el umbral de la Casa. Cerró los ojos y respiró varias bocanadas de aquel gélido aire nocturno. Le perforó los pulmones como si de esquirlas de cristal se tratase. También le dio la bienvenida a ese dolor.

«Mierda. Joder».

No era la primera vez que cometía alguna estupidez, pero en esas ocasiones anteriores solo había puesto en riesgo su propia vida, que no valía nada. Ahora…

Una de sus sombras se estiró hacia arriba y se le apoyó con timidez en el hombro. Él se la sacudió de encima. Para lo que le habían servido, las muy desgraciadas…

Habría jurado que otra de sus sombras dejó escapar la encantadora nota aguda de una canción. Una melodía reconfortante y relajante. Eso también lo ignoró y se adentró en el interior iluminado de la Casa, un paso que se le antojó infinitamente más pesado que el anterior que había dado.

Sus sombras volvieron a cantar; más de una, esta vez. Una nota sin palabras.

Az se detuvo. Se dio la vuelta despacio. Sus sombras giraron y se arremolinaron tras él, y la melodía comenzó de nuevo.

Pero no procedía de ellas, que no proferían sonido alguno. Llegaba de algún lugar cercano.

Era una voz femenina. Cristalina pero suntuosa, potente.

En aquel momento comenzó la canción propiamente dicha, y Az se puso en movimiento al instante mientras se llevaba una mano al costado en busca de un arma que no estaba allí. Había alguien en la Casa. Y el muy tonto iba desarmado.

La voz flotó hasta él desde el otro extremo de la Casa, desde un balcón oculto a la vista que daba a un lado de la montaña.

Az acortó por el comedor y se dirigió al pasillo, tan silencioso como las sombras que le pisaban los talones. La Casa le abrió las ventanas a medida que avanzaba, permitiendo oír el sonido, guiándolo.

Era una voz etérea. Extraña y familiar al mismo tiempo. Un sencillo pensamiento consiguió que su sifón conjurase un cuchillo de luz azul. No era igual de bueno que El que dice la verdad pero, si se concentraba, podría infligir bastante daño.

De repente, sus sombras lo dejaron atrás y una ola de oscuridad lo adelantó enseguida. Cuando llegaron al siguiente recodo, se arremolinaron antes de impulsarse por el siguiente pasillo.

Contadme lo que veis, les exigió.

Sin embargo, sus sombras no le transmitieron ni una sola imagen mientras subían flotando por una angosta escalera que conducía a un pequeño balcón.

La luz de las estrellas se filtraba escalera abajo, casi como en respuesta a la canción. Az dobló la última esquina, apretando la mano alrededor del cuchillo mágico, y…

Una piedra impactó en su cabeza a toda velocidad y produjo un crujido reverberante.

—¡Ay!

La canción se interrumpió.

Quien estaba allí era Gwyn, vestida con su pálida túnica, con la capucha echada hacia atrás y el pelo resplandeciente bajo las estrellas. Sus sombras se acumularon a los pies de la sacerdotisa. Parecían perros meneando la cola, como si dijeran: «La hemos encontrado. ¿No vas a darnos un premio?».

—Lo… Lo siento mucho —tartamudeó ella, e hizo una mueca.

Az parpadeó y el cuchillo de luz azul se desvaneció.

No había ninguna amenaza, ningún enemigo. Solo era Gwyn.

Se agachó para recoger la piedra responsable mientras se frotaba la coronilla. La piedra azul pesaba más de lo que había previsto. A la luz de la luna, emitía un fuego turquesa que destacaba el relieve de las cicatrices que tenía en los dedos.

La piedra de invocación de una sacerdotisa.

Az nunca había tocado una. Jamás había sido consciente de cuánta presencia parecían tener; como sus sifones, pero totalmente diferente en cierto modo.

—¿Me has tirado esto?

Gwyn se atragantó.

—¡No! Solo estaba… jugando con ella mientras cantaba. Lanzándola al aire, más que nada. ¿Me la devuelves, por favor?

La sacerdotisa extendió una mano, pálida y delgada. Agitó los dedos en un énfasis silencioso.

Az calmó los latidos acelerados de su corazón y silenció el instinto que lo impulsaba a derramar sangre antes de lanzarle la piedra. Ella la atrapó con elegancia y la hizo desaparecer en su bolsillo con tanta destreza como si se tratase de un juego de manos.

Sus sombras seguían apostadas a los pies de Gwyn, mirándola desde abajo como si también les hubiese maravillado la habilidad de aquel movimiento.

La persona que tenía delante apenas se parecía a la sacerdotisa a la que había rescatado en Sangravah. Por un momento, y pese a que su mundo entero se estaba derrumbando a su alrededor, lo único que sintió fue admiración por lo diferente que era la sacerdotisa, la valquiria que tenía delante en aquel momento, de la que había sido en el pasado. No vio ni rastro de la cinta blanca, ni tampoco del collar que había dejado para ella durante el último solsticio, pero supuso que nada de aquello importaba. Era una valquiria, con o sin la cinta. Y en lo que respectaba a ese collar del que había estado tan ansioso por deshacerse y del que se había librado de forma precipitada a la primera de cambio después de que Elain lo rechazase…

Se obligó a concentrarse en la conversación actual.

Chasqueó los dedos y sus sombras se apresuraron a regresar junto a él, se apiñaron detrás de sus hombros; aparentemente más que dispuestas a obedecerlo de nuevo.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —Su voz le sonó desganada incluso a él mismo.

Los enormes ojos verde azulados de Gwyn brillaron con irritación.

—Yo también me alegro de verte, Azriel. —Señaló con la cabeza su torso desnudo, arrugando la nariz—. ¿No te parece que hace un poco de frío para ir con tan poca ropa?

Él se dio unos golpecitos en los sifones que llevaba en las manos y las placas de su armadura aparecieron para cubrirle los brazos tatuados y el resto del cuerpo. Sintió el frío mordisco del cuero y el metal contra la piel gélida. Aun así, ignoró la incomodidad del dolor punzante en la cabeza en el punto donde lo había golpeado, y le preguntó de nuevo:

—¿Qué estás haciendo aquí arriba?

Aquello era lo último con lo que le apetecía lidiar en aquel momento.

Gwyn se cruzó de brazos.

—Nesta me comentó que podía venir aquí cuando me apeteciese. Creía que no había nadie. —A pesar de que mantuvo esa calma tan propia de las valquirias, le centellearon los ojos bajo la luz de las estrellas—. ¿Te ha despertado mi canción?

—Es más de la una de la mañana —repuso él con una evasiva. Las sombras asomaron la cabeza por encima de su hombro para mirarla —. Deberías estar en la cama.

Lo estudió, poco convencida y molesta.

—Estás de muy buen humor.

Si ella supiera…

—Bryaxis ha regresado; ¿cómo quieres que esté?

—Bueno, no es que esté viviendo en tu casa precisamente, ¿no?

Él le lanzó una mirada inexpresiva.

—¿Por eso has subido aquí? ¿Te estás escondiendo de ella?

—No. —Pasó su cobriza melena por encima del hombro. Le había crecido desde la última vez que se habían visto y ya casi le llegaba hasta la mitad del pecho—. No me estoy escondiendo. —Utilizó un

tono más afilado al pronunciar esa última palabra—. Clotho dice que no va a molestarnos y yo la creo.

Una verdad a medias, le revelaron sus sombras.

No obstante, Gwyn continuó:

—¿A ti te preocupa que vuelva a atacar la ciudad?

—Me parece una posibilidad, diga lo que diga Clotho.

—Y de ahí que hayas llegado listo para destripar al enemigo.

Azriel no tenía ganas de sonreír.

—Sí.

Gwyn bajó su mirada brillante hasta la cadera de Az.

—¿Dónde está El que dice la verdad?

Que el Caldero tuviera clemencia… La sacerdotisa no pasaba nada por alto.

No le quedaban fuerzas para inventarse ninguna mentira, de modo que respondió:

—Decidió que ya no quería que la blandiera yo.

Gwyn enarcó tanto las cejas que resultó casi cómico. No obstante, Az se giró de nuevo hacia la escalera antes de que pudiera responder. Se sentía tan exhausto que le pesaban todos los huesos del cuerpo.

A lo mejor se quedaría esa noche allí y ya trasladaría sus cosas a la casa de la ciudad al amanecer. Después de eso, decidiría qué cojones hacer consigo mismo.

—Buenas noches —se despidió sin mirar hacia atrás.

—Perdona por haberte dado con la piedra —se disculpó ella.

—Me lo merecía —murmuró él mientras bajaba el primer escalón.

—Verás… —empezó a decir Gwyn, cuya voz sonó más cercana porque, dioses, lo estaba siguiendo. ¿Cómo podía ahorrarse aquello de forma educada pero firme?—. He subido aquí a lanzar la piedra porque Merrill quiere que reescriba un capítulo entero con una tesis distinta…

Az anduvo a paso ligero, con las alas bien plegadas para evitar rozar las paredes de la angosta escalera.

—Yo creo que modificar la tesis del capítulo creará una contradicción con la tesis general del libro, pero ella no está de

acuerdo. Nunca está de acuerdo, ni siquiera cuando un cambio de opinión podría beneficiarla.

¿Cómo de larga era aquella escalera? Por lo general, no le molestaba hablar con ella, pero en ese momento lo único que deseaba era estar solo, maldita fuera la Madre, y…

—Necesitaba alejarme un rato de la biblioteca, así que he subido a ver si las estrellas me ayudaban a despejarme la cabeza y a decidir qué hacer. Pero no solo con Merrill y el libro; también le he estado dando vueltas a lo que hago ahí abajo. Y estaba lanzando la piedra cuando se me ha ocurrido que a lo mejor sí que estoy evitando la biblioteca esta noche mientras Bryaxis se instala, pero… Entonces has aparecido tú. Justo en el peor momento posible. Lo siento.

Por fin. Habían llegado al pasillo que conducía a su dormitorio. Az se detuvo bajo el arco. Si Gwyn seguía bajando por la escalera, esta la llevaría de vuelta a la biblioteca.

—Buena suerte con tu trabajo —dijo con desgana—. Mantente alejada del fondo de ese pozo.

Cuando Az se adentró en el pasillo, la sacerdotisa no pronunció ninguna palabra más y, por suerte, tampoco lo siguió.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de entrar en su cuarto, juraría que la oyó murmurar con aspereza:

—Buenas noches a ti también. Gracias por el consejo.

Ignoró las palabras de Gwyn. Ignoró todas las palabras que le daban vueltas en la cabeza mientras abría la puerta de la habitación y sus sombras se escabullían dentro con él. Debería haberse ofrecido a escoltarla de vuelta a la biblioteca (la Madre sabía que Gwyn era una presa perfecta para Bryaxis), pero a duras penas se las apañó para cerrar la puerta del dormitorio. Apenas fue capaz de hacer que los sifones de las manos se tragaran de nuevo la armadura. O de pensar en nada antes de caerse redondo sobre la cama y prácticamente desmayarse por el cansancio.

Gwyn

El cantor de sombras no estaba en su mejor momento.

Pese a que solía ser parco en palabras, aquello había sido patético, incluso tratándose de Azriel. Por supuesto que no esperaba que se mostrase parlanchín, pero habría apreciado un mínimo de cortesía.

Gwyn chasqueó la lengua mientras introducía la llave dorada en la portezuela que se abría en mitad de otras dos más colosales que se alzaban imponentes ante ella. Las puertas de la biblioteca estaban cerradas. Por primera vez desde que vivía allí, estaban cerradas.

Clotho les había entregado a todas una copia de la llave que abría la diminuta puerta y les había pedido que la cerraran cada vez que la usasen para entrar o salir.

Ninguna se había atrevido a preguntar si el hecho de cerrarlas era para que Bryaxis no saliera o si era para impedir que alguien más entrara.

Gwyn cruzó la estrecha puerta, echó la llave y se apoyó contra aquella madera antigua. A aquellas horas, la biblioteca permanecía en penumbra y en silencio, puesto que la mayoría de las sacerdotisas ya se habían ido a dormir. Era tan tarde que incluso Merrill se habría apartado ya de su investigación y se habría acostado en el camastro que tenía junto al escritorio.

Gwyn sacó del bolsillo la piedra de invocación y un pedazo de cinta blanca. Su cinta blanca, la que había cortado en el campo de entrenamiento, muy por encima de la biblioteca. La llevaba consigo a todos lados, en el mismo bolsillo que la piedra.

—Anda que has servido de mucho —le murmuró a esta última—. Por poco le abres la cabeza.

Su piedra de invocación pareció parpadear divertida mientras se la volvía a guardar en el bolsillo, donde acabó envuelta de nuevo entre los pliegues de la cinta blanca. Gwyn seguía percibiendo el olor a cedro y a fría niebla nocturna de Azriel.

No le había contado el otro motivo por el que había subido hasta allí. Y es que, a pesar de que sabía que era poco probable que se topase con Nesta, puesto que seguramente se quedaría a pasar la noche en la casa del río después de lo sucedido en el Día del Nombre, Gwyn había ido en busca de su amiga de todas formas. Ese mismo día había notado un cosquilleo procedente del brazalete,

aunque había desaparecido casi al instante, y luego Merrill se había portado fatal con ella por la noche… Sintió que necesitaba a su amiga. Necesitaba decirle a Nesta que por supuesto que la ayudaría a dejar por escrito todo lo que quisiera y a organizar la información para que las futuras generaciones lo entendieran todo sin problemas.

Sin embargo, lo único que había encontrado Gwyn habían sido pasillos y habitaciones vacías. Se habían cernido sobre ella, enormes y a la vez demasiado pequeños, y le había hecho falta respirar aire fresco, contemplar las estrellas, de modo que había salido al primer balcón disponible y había tomado grandes bocanadas de aire.

Se había topado con una noche estrellada que ahora parecía estar a miles de kilómetros de esta montaña, de este silencio y pesadumbre tan particulares. La oscuridad se adentraba en la biblioteca, interrumpida solo por los recipientes dorados de luz inmortal en forma de manos ahuecadas.

Los dormitorios se localizaban cinco niveles por debajo. Cinco niveles, y únicamente se podía bajar dando vueltas y más vueltas alrededor del pozo que se hallaba en el corazón de la biblioteca.

Donde Bryaxis acechaba.

Clotho no les había proporcionado demasiados detalles, salvo: «Bryaxis ha vuelto a casa. No os hará daño a ninguna, siempre y cuando no os aventuréis en su guarida».

Gwyn echó un vistazo al río de oscuridad que se interponía entre el dormitorio y ella, y tragó saliva. ¿Cómo de segura estaba Clotho? Tenía una confianza casi ciega en la sacerdotisa, pero aquello…

Gwyn tomó impulso para alejarse de la puerta y echó a andar hacia la rampa que descendía en espiral con unos pasos demasiado ruidosos, demasiado rápidos.

¿Bryaxis dormía siquiera? ¿Estaba la criatura allí abajo, ojo avizor y escuchando cómo se acercaba Gwyn? ¿Conocía la forma y el sabor de su miedo? Se le secó la boca mientras extendía la mano para aferrarse a la barandilla que empezaba en lo alto de la rampa.

¿Las luces que iluminaban el descenso siempre habían estado tan separadas unas de otras?

—Ya basta —susurró para sí.

A pesar de ello, echó un vistazo hacia abajo, más y más abajo. Hasta que percibió una oscuridad más negra que nada que hubiese visto nunca.

Eso no era cierto. Ya se había enfrentado antes a aquella oscuridad, la noche en la que Hybern había hecho añicos su vida. La noche en que había conocido a Azriel o, más bien, la noche en que él la había encontrado. Salvado. Sí, esa misma oscuridad también había estado presente aquella noche.

Gwyn conocía la sensación, el peso, el sabor de la oscuridad. Conocía sus ruidos: los gritos aterrorizados de los niños, el rugido desafiante de su hermana mientras le ordenaba que no le contara nada al comandante, el golpe húmedo de una cabeza al caer al suelo de la cocina y, a continuación, la risa fría y cruel de un macho…

Notó algo caliente en el muslo y detectó con el rabillo del ojo el brillo de una luz turquesa.

Gwyn se alejó tambaleándose de la barandilla, de la oscuridad, y sacó la piedra de invocación del bolsillo con dedos torpes. La piedra brillaba y estaba caliente, aunque no tuviera nada que ver con que la hubiese llevado pegada al cuerpo.

Estás aquí, parecía susurrarle la piedra. *Estás a salvo. El pasado no puede hacerte daño.*

Gwyn negó con la cabeza. Discrepaba.

Había decidido que el Rito de Sangre le había enseñado una única cosa: que el mundo estaba repleto de odio, y que a lo mejor no le apetecía tener nada que ver con él. Y no era solo por los ilyrios que las habían perseguido y atormentado, tanto a ella como a Emerie y a Nesta, sino también por lo que había descubierto sobre sí misma cuando había sucedido. La facilidad con la que había matado a aquel macho. Con la que había herido a los otros. Lo mucho que lo había disfrutado.

Había sido una tonta al pensar que se estaba entrenando como valquiria con fines educativos. En su cabeza lo había clasificado todo como teoría y práctica. Había leído sobre los eficaces métodos para matar que habían desarrollado aquellas guerreras, pero nada de aquello había sido real. No había tomado verdadera conciencia de lo

que hacía hasta aquel primer corte que le infligió a su víctima. Hasta que sintió la calidez de su sangre, el choque del cuchillo contra el hueso, y se maravilló por la facilidad con la que se podían rebanar la piel y los músculos.

Y por si eso no fuera suficiente, al acabar le había robado la ropa. Se deshizo de su camisón, roto y manchado de sangre, desnudó al cadáver que ya empezaba a enfriarse y se enfundó sus ropas de cuero como si fuera algún tipo de parásito. Quemó aquellas prendas en cuanto regresó a casa después del Rito.

Para ella era mejor, más seguro, quedarse allí. Aunque Bryaxis acechase bajo la biblioteca.

Gwyn volvió a guardarse la piedra en el bolsillo. Esta continuó brillando. La luz turquesa que emitía quedó atenuada por la tela mientras descendía por la rampa, pero la ignoró. Ya le había acarreado suficientes problemas por una noche. Cerró los ojos un instante, respiró hondo, retuvo el aire y lo soltó poco a poco. Iba serenando la mente sobre la marcha.

Volvió a respirar profundamente y se concentró en cómo se le expandían las costillas, en la tirantez del torso.

«Soy la roca contra la que choca el oleaje. Nada puede romperme».

Esas palabras la calmaron en lo más profundo de su ser y, antes de haber terminado de exhalar, ya había echado a andar de nuevo. En esta ocasión puso todo su empeño en no mirar a la derecha, hacia la oscuridad que había en el corazón de la biblioteca.

Sin embargo, incluso mientras descendía, incluso cuando llegó a su habitación y se acurrucó en su estrecho colchón, podría haber jurado que la oscuridad se estaba riendo. Como si supiera la verdad.

Como si supiera que no era el único monstruo allí abajo.

CAPÍTULO 22

Nesta

El Equinoccio de Otoño había sido un día infernal. Si se suponía que debía ser una celebración de equilibrio entre la luz y la oscuridad, Nesta era de la opinión de que esta última había acaparado más de lo que le correspondía.

Era diferente de la gloriosa oscuridad de la Corte Noche. Diferente de la oscuridad estruendosa y salpicada de estrellas que emanaba del alto lord de dicha corte.

Nesta se había sentado en la silla que quedaba frente al escritorio de este, en su despacho tenuemente iluminado pese a lo temprano que era. Había salido a rastras de la cama de Elain al mismo tiempo que Feyre, hacía apenas unos minutos, con la esperanza de conseguir robar una o dos horas de sueño en su propia habitación, cuando Rhys le había hablado mentalmente: *Ven a mi despacho. Ya.*

Se sentía tan exhausta, tan vacía, que ni se molestó en replicar de malos modos que no le diese órdenes.

Y allí estaban. Solo ellos dos. Nesta tenía una taza de té humeante frente a ella, en el escritorio. La que Rhys tenía delante no humeaba, o sea que lo que hubiese allí dentro no era té.

—¿Qué quieres? —preguntó ella por fin, demasiado cansada para intentar ser amable.

Llevaban días sin quedarse a solas, desde que Rhys la había rescatado del océano y ella había vomitado agua marina sobre aquella misma alfombra. En aquel momento, los ojos del alto lord ardían repletos de alarma y abatimiento.

Ahora esos mismos ojos estaban más oscuros de lo que Nesta los había visto jamás. No brillaba en ellos ni una sola estrella.

Ataraxia aterrizó sobre el escritorio con un golpe seco. Un segundo después, la Máscara, el Arpa y la Corona aparecieron a su lado con un repiqueteo. A continuación, la otra espada que ella había Hecho. Y, por último, Gwydion, de un negro abismal.

Nesta levantó, poco a poco, la mirada. La expresión de Rhys era pétrea e increíblemente seria.

—Quédatelas —le contestó.

—¿Por qué? —No hizo ademán de coger las armas.

—Porque el hecho de que las tuviera yo te costó unos segundos preciosos ayer, cuando te enfrentabas a Bryaxis. La próxima vez que alguien decida aterrorizar a mi hijo, te quiero armada de antemano. —Señaló el Tesoro con la cabeza—. Y me gustaría que uses estas para hacerlos pedazos.

Nesta le sostuvo la mirada, para que él observase bien todo lo que escondía la suya.

—Eso haré.

No se permitió pensar demasiado en que, hacía tan solo unos días, Rhys había cuestionado si era digna de confianza. Si debían dejarla acercarse de nuevo al Tesoro.

—Cassian me ha contado esta mañana lo que le dijiste anoche, que te aterroriza el Tesoro. Sobre todo, la Máscara —añadió el alto lord suavizando muy ligeramente el tono.

Nesta tuvo que hacer un sobreesfuerzo para impedir que su expresión reflejara la conmoción que sentía. Cassian era el único a quien había hecho aquella confidencia. No le había dicho explícitamente que no se lo contara a nadie más, pero… ¿Él iba y lo compartía con Rhys?

—No era consciente de que seguía causándote tanto temor —siguió diciendo el alto lord.

Ella reprimió aquel arrebato de indignación hacia su pareja y respondió con la verdad:

—El Tesoro siempre me ha asustado. No le presté la Máscara a Bryce Quinlan por falta de temor o porque no apreciase su

verdadero poder. Lo comprendo demasiado bien. —A menudo la perseguía en sueños.

Rhys asintió, aunque continuaba teniendo la mirada apagada.

—Ahora lo entiendo. Y por eso te lo devuelvo.

No le cabía duda de que Cassian intentaba ayudar al hablarle a Rhys de los sentimientos que despertaba el Tesoro en Nesta. Para propiciar ese momento entre ambos. Sabiendo eso, no debería molestarle, pero lo hacía de todos modos.

Volvió a deshacerse de ese tenue dolor y cambió de tema.

—Enséñame a crear uno de esos bolsillos entre reinos para poder guardarlo todo ahí. Y enséñame a levantar protecciones alrededor de los objetos, esas que solo sabes crear tú. Quiero ser capaz de Hacerlas.

Él le dedicó un leve asentimiento. Nesta habría jurado que una estrella, solo una, volvía a iluminarle la mirada.

Ella levantó el mentón y añadió:

—Y enséñame a matar con magia. No con flechas, fuego, espadas, agua o lo que sea que utilicen los demás. Enséñame a matar como lo haces tú.

Tenía que saber cómo conseguir que un enemigo reventase en una explosión de sangre y fragmentos de hueso. Cómo acabar con la existencia de alguien solo con desearlo. Si eso la ayudaba a mantener con vida a sus seres queridos…, ambicionaba saber cómo lograrlo.

Rhys esbozó una salvaje sonrisa, enseñando los dientes.

—Será un placer.

Feyre

El gorjeo de la risa estridente de Nyx inundó mi estudio, tan gloriosa como la luz del mediodía que se colaba por las ventanas. Jamás había apreciado tanto ese precioso sonido.

Nyx estaba tumbado boca abajo sobre la afelpada y ornamentada alfombra, apoyado en las manos y agitando las alas mientras

observaba con alegría cómo Cassian hacía rebotar su conejito de peluche favorito. Cada vez que el conejo se acercaba lo suficiente a las mejillas regordetas de Nyx, «saltaba» sobre él y le daba un beso en la nariz. Y todas las veces, en el momento justo, mi pequeño emitía un chillido encantado y golpeaba el suelo con las manos para exigir que lo repitiera.

No pude evitar sonreír ante aquella estampa: la alegría pura y sencilla y el entusiasmo que irradiaba mi hijo, con la camisa azul oscuro subida por encima de la barriga, mientras empezaba a aprender a coordinar brazos, espalda y cuello para sentarse recto.

Ya no quedaba ni rastro del miedo que había pasado el día anterior. Ni siquiera había gimoteado en sueños. Un pequeño consuelo, gracias a la Madre.

—Bueno —anunció Cassian desde el suelo, enfrente de Nyx—, por lo menos hay alguien en esta casa que está contento hoy.

El conejo volvió a saltar sobre la nariz de Nyx y mi hijo se desternilló mientras daba golpes con las palmas y los pies en la alfombra, presa de una diversión desenfrenada. Su sonrisa de oreja a oreja amenazaba con hacerme estallar el pecho en mil pedazos, y su curiosidad casi felina por el conejito de peluche que saltaba ante él prácticamente consiguió que me lanzara a cogerlo en brazos para comerme a besos ese cuerpecito suave y de aroma tan dulce. Nunca había querido nada ni a nadie tanto como a aquella criaturita feliz, y la fuerza de aquel sentimiento seguía dejándome sin aliento.

El día anterior no había hecho más que intensificar dicho sentimiento. Era tan valioso para mí que incluso noté un nudo en el pecho.

Miré de reojo a Rhys, que estaba sentado en una butaca a poca distancia de Nyx. Nesta y él habían entrado juntos hacía unos minutos, ambos callados y pensativos. Ahora, en cambio, la misma expresión desconcertada y abrumada, cargada de amor y asombro, adornaba el precioso rostro de mi pareja. Sin embargo, cuando asimiló lo que había dicho Cassian, las estrellas en sus ojos titilaron, solo un poco, mientras respondía:

—Lo de anoche fue un absoluto desastre.

Nesta, sentada a mi lado en el sofá, resopló por la nariz. Nos habíamos quedado con Elain hasta que mis sentidos daemati me habían alertado de que Nyx se estaba despertando, aunque yo ya llevaba un rato espabilada por culpa de los pechos, que me informaban de que era hora de darle de comer a mi hijo.

Nesta se había marchado al mismo tiempo que yo y habíamos dejado a nuestra hermana durmiendo. Dos horas después, allí estábamos todos.

Bueno, casi todos.

Elain todavía no había hecho acto de presencia y Mor no había venido a dormir. Al preguntarle mentalmente cómo estaba, solo me había respondido que pasaría la noche fuera y que quería descansar para recuperarse de tantas emociones. Yo era consciente de lo complicada que era la historia entre Azriel y ella, y entendía que a lo mejor necesitaba algo de tiempo para sí misma antes de volver a partir hacia Vallahan.

Y Azriel… No sabía qué pensar. Qué hacer. Conociéndolo, era probable que quisiera estar a solas unos días. O semanas.

Nyx extendió una rechoncheta mano hacia el conejo y su tío lo complació con dulzura. El peluche aterrizó justo en la boca de mi bebé, que lo mordió con las encías con una ferocidad que me hizo poner una mueca al pensar en mis pezones. Con razón los tenía irritados en todo momento.

—Al final, ¿adónde se fue Az? ¿A la Casa del Viento o a la de la ciudad? —le preguntó Nesta a Rhys, como si sus pensamientos hubieran virado en la misma dirección que los míos.

—¿Importa? —replicó él contemplando el despejado día otoñal al otro lado de la ventana.

—Rhys —lo advertí. Mi pareja se giró hacia mí con una expresión tormentosa. Puse los ojos en blanco—. No vamos a echar a Az de esta casa. Y mucho menos ahora que Bryaxis ha regresado.

Él apretó la mandíbula.

—En el solsticio del año pasado le advertí que se mantuviera alejado de Elain. Le avisé de que habría consecuencias si se pasaba de la raya. Y lo ha hecho. Ya me he hartado.

—Az siempre ha hecho lo que le ha dado la gana —le recordó Cassian—. Deberías saber que no iba a hacerte caso. No si ya lo tenía decidido.

—¿Acaso no soy su alto lord? —Una pregunta tranquila, letal.

Solté un quejido.

—Ay, por favor. No empieces con esas tonterías. —Rhys me lanzó una mirada de incredulidad, pero yo me deslicé hasta el suelo para sentarme junto a Nyx, incapaz de resistirme a hacerle cosquillas en la barriga, que le asomaba por debajo de la camisa. Nyx se rio encantado y mordió el conejo con más fuerza—. A lo mejor si hubieses intentado hablar con Az como su hermano y no dándole órdenes como su alto lord, la cosa no habría llegado tan lejos.

Rhys me miró boquiabierto. Me mantuve indiferente.

—Lo que me gustaría saber a mí es por qué nadie me contó nada del tema cuando está claro que estabais todos al corriente —dijo Cassian.

—Porque eres el más bocazas de todos —respondió Nesta con sencillez.

Él se rio entre dientes.

—También es verdad.

Pese a todo, las pullas entre ambos me quitaron un peso de encima. Algo había cambiado entre la pareja, algo vital que habían logrado reparar en mitad de tanto miedo.

Aparté aquellos pensamientos alegres y advertí a Rhys:

—Dale unos días. Az finge ser frío como un témpano, pero su mal genio es peor que el vuestro junto. —Los señalé con la cabeza a él y a Cassian, que se encogió de hombros y no lo negó.

—¿Y qué sucede con Lucien? —inquirió Nesta—. ¿Debería ir a hablar con él alguno de nosotros?

—Todavía no —contestó Cassian—. Hay que decidir cómo vamos a enfocar lo que ha ocurrido.

—¿Deberíamos mandar a Elain? —planteé en voz alta—. ¿Para que trate de razonar con él?

A lo mejor valía la pena intentarlo.

Nesta entró en tensión.

—No podemos pedirle eso. No creo que lo hiciera aunque pudiese. Deja que Elain disfrute de un poco de paz.

Asentí. No podía discutírselo.

—¿Crees —le preguntó Cassian a Rhys— que Lucien invocará el Duelo de Sangre?

Yo nunca lo había presenciado, pero conocía de oídas aquel ritual de la Corte Otoño: una pelea formal a muerte que se celebraba cuando alguien ponía en tela de juicio el honor de otro. Albergaba la esperanza de no tener que asistir nunca a uno.

Rhys también se dejó caer sobre la alfombra, cruzó sus musculosas piernas y se colocó a Nyx en el regazo. Nuestro hijo soltó un gorgorito y miró radiante a su padre. Y, pese a sus siguientes palabras, Rhys le sonrió y le besó el pelo negro.

—Considero que Lucien es más inteligente de lo que los demás creen. Y me parece que sabe que, si se enfrenta a Azriel en un Duelo de Sangre, en un uno contra uno, no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir. —Le dio otro beso a Nyx en la cabeza mientras nuestro hijo tiraba de un hilo plateado de la chaqueta de su padre, fascinado por los resplandecientes botones repujados de la prenda—. Si Lucien quiere vengarse, lo hará desde una posición de poder.

—¿Y qué opciones tiene? —preguntó Cassian escéptico—. ¿Va a mandar a Vassa a por nosotros?

—Es posible —respondió Rhys con gravedad.

Al recordar las llamas con las que la reina había abrasado al ejército de Hybern durante la guerra, me estremecí.

—Pero no creo que Vassa accediera —continuó Rhys, al tiempo que le quitaba el botón de la boca a Nyx con delicadeza antes de que pudiera arrancarlo y atragantarse con él. Nuestro bebé agitó las alas en señal de irritación y lo intentó de nuevo. Rhys le ofreció el conejo de peluche como alternativa y siguió hablando—: Por salvaje que parezca Vassa, no nos atacaría ni se arriesgaría a hacer daño a algún inocente. Pero la Corte Otoño… A Beron le encantaría tener una excusa para atacarnos. Sobre todo, en nombre del hijo del que se había distanciado y que por fin ha vuelto al redil.

—Tú eres la que conoce mejor a Lucien —me interpeló Nesta, y todos me miraron—. ¿Te parece que haría algo así?

Pensé en todo lo que sabía de Lucien, en todo lo que recordaba de mi etapa en la Corte Primavera y de lo que había pasado desde entonces. En la tristeza, el dolor y la soledad que había encontrado al colarme en su mente.

—No creo que Lucien vaya a volver con su padre —contesté—. Por muy cabreado que esté; no le pega nada. Lo odia incluso más que nosotros.

Aunque Beron no fuese su verdadero padre. Ese honor le correspondía a Helion, lo supiera Lucien o no.

Cuando aquella verdad en particular saliese a la luz, quizá cuando Rhys considerase que nos iba a beneficiar más… Dioses, no quería ni pensar en la magnitud de las consecuencias que tendría en todas las cortes.

Como si estuviera de acuerdo conmigo, una ventosidad burbujeante y espantosa salió del culo de mi hijo justo mientras estaba sentado en el regazo de su padre.

Cassian tuvo una arcada. Yo me apresuré a apuntar a Rhys con el dedo.

—Te toca.

Mi pareja hizo una mueca.

—Teniendo en cuenta que creo que ha conseguido que me cayera algo encima… Me ofrezco encantado a limpiarnos a ambos. —Se levantó con un movimiento grácil y fuerte, y Nyx, que seguía en sus brazos, le tiró animadamente del pelo. En efecto, había una mancha enorme, húmeda y apestosa en los pantalones de Rhys. Y en la parte de atrás de los de Nyx, aunque este agitaba las alas con alegría—. Apuesto a que te has quedado bien a gusto —le murmuró Rhys a nuestro hijo, que le dio unas palmaditas en la cara a su padre con una mano regordeta, como diciendo: «¡Pues sí!».

Mi pareja desapareció y solo dejó tras de sí un hedor persistente.

Cassian movió la mano delante de la nariz para despejar el aire.

—A propósito, voy a irme unas horas al Refugio del Viento. Tengo que informar a Devlon sobre la vuelta de Bryaxis y organizar patrullas adicionales para controlar cualquier movimiento que hagan nuestros enemigos. Sobre todo para que estén atentos a cualquier rumor de problemas en Hybern. —Mientras se levantaba, le hizo un

gesto a mi hermana y flexionó sus poderosas alas—. ¿Me acompañas, Nes?

A juzgar por su tono pícaro, me hice una idea de lo que podría pasar cuando estuvieran en el aire. Es decir, si el frío, que no dejaba de intensificarse, no les impedía desnudar ciertas partes.

—Después de lo de ayer —respondió mi hermana, cuyas mejillas se tiñeron de un leve rubor—, necesito descansar un poco.

—¿Y por qué estás tan dolorida? —la provocó él—. ¿Es que por fin has hecho ejercicio de verdad?

Me mordí el labio para no soltar una carcajada.

Nesta se puso todavía más roja. Aun así, levantó la cabeza y le dijo a su pareja:

—Pásate a ver cómo está Emerie. Estaba bastante nerviosa después de lo de ayer y no tuve oportunidad de hablar con ella antes de que se marchase.

Cierto, porque mi hermana estuvo con Madja, que había tenido que soldarle los huesos.

Sentí un nudo en el estómago. Nesta se comportaba como si no importase, pero lo había hecho sin pensárselo dos veces. Para salvarnos. Para salvar a mi hijo.

Cassian asintió, cual general que recibiera órdenes de su reina, y se agachó para besarla en la coronilla. Luego hizo lo mismo conmigo.

—Nos vemos para cenar.

Después de lanzarle a su pareja un guiño lascivo que me dejó claro que ella iba a ser su cena, cerró la puerta al salir. Me giré de inmediato hacia mi hermana con una sonrisa enorme en la cara.

—No empieces —me advirtió Nesta, aunque seguía teniendo los ojos brillantes.

Estaba feliz; al menos, en aquel aspecto. Levanté las manos para calmarla. Ella esbozó una sonrisa ladeada y echó un vistazo al cielo que se colaba por la ventana. Su mirada risueña desapareció y la sustituyó una contemplativa.

Estaba claro que quería decir algo, de modo que le concedí tiempo para encontrar las palabras.

—Creo que deberías visitar a Azriel —expresó por fin—. Alguien tendría que ir para ver cómo se encuentra.

Sopesé la preocupación que detecté en su rostro y que tanto me sorprendió, incluso a aquellas alturas. La Nesta con la que había crecido, incluso la de hacía un año, no se habría preocupado jamás por nadie que no fuera Elain.

Por eso le pregunté con toda la naturalidad posible:

—¿Por qué no vas tú?

—Tú eres su alta lady —respondió restándole importancia a mi pregunta—. Anoche Rhys se comportó como un tirano —«en eso tiene razón», pensé—, y puede que, si su alta lady habla con él, Azriel se sienta… menos solo.

—De acuerdo —cedí—. Pero tú…

La puerta se abrió una rendija y me puse de pie al instante en cuanto vimos a Elain aparecer en el umbral. Llevaba un vestido sencillo de color rosa palo y el pelo retirado de la cara; parecía más cansada y mustia de lo que la había visto nunca.

Ella cerró la puerta en silencio y su voz sonó completamente hueca cuando manifestó:

—Voy a acabar de preparar el jardín para el invierno, pero primero quería disculparme por cualquier deshonra que hayan podido causar mis acciones a mi familia y a mis amigos.

—¿Deshonra? —solté de forma abrupta—. Elain, no es ninguna deshonra.

Miré a Nesta, pero mi hermana seguía sentada y observaba a Elain con una intensidad y una seriedad que solía reservar para quienes no eran miembros de la familia.

Elain la miró a los ojos. Se fijó en su expresión. Y le espetó en un tono que nunca la había oído emplear:

—¿Qué?

Era evidente que Nesta estaba eligiendo las palabras con sumo cuidado. Probablemente para evitar herirla o angustiarla más de lo necesario…

—Tu pareja estaba bajo el mismo techo. Y tú no pudiste tratarlo con la dignidad y el respeto que merece y abstenerte de ponerle las manos encima a Azriel.

Me atraganté al oír las frías y afiladas palabras de Nesta. Ante el hecho de que su amabilidad y su preocupación fueran destinadas a Azriel y no a nuestra propia hermana.

Elain apretó los labios con fuerza.

—Lucien no es nadie para mí.

—Eso no es justo —le reprochó Nesta en un tono venenoso pero tranquilo—. Ni siquiera has intentado conocerlo mejor.

—¿Y por qué debería molestarme? —Elain soltó una risotada anodina. Horrible—. Yo no quería este vínculo. No soy como vosotras, que os enamorasteis de vuestras parejas. A mí me entregaron a él, como si fuera un objeto cualquiera, en contra de mi voluntad y sin tener en cuenta mis deseos.

—Eso no te lo discuto. —Nesta se levantó con la elegancia y la seguridad de una guerrera—. Y tienes todo el derecho a rechazar el vínculo. Si eso es lo que decides, te apoyaré hasta mi último aliento, Elain. Pero de lo que te hablo es de tener un mínimo de decencia. Técnicamente sigues siendo su pareja, y él te trata con el respeto que se profesan los miembros que la forman, mientras que tú… —Negó con la cabeza despacio. La aversión que sentía se reflejó en su expresión e impregnó cada una de sus últimas palabras—: La Elain que conozco y quiero jamás le habría hecho algo así.

Otra risotada desprovista de humor.

—La Elain a la que conoces y quieres murió en el Caldero. —Nunca la había oído expresarse de ese modo; jamás le había visto tanto enfado en su expresión—. La Elain a la que conoces y quieres ha sido una desgraciada estos últimos años; se ha sentido sola y olvidada, como si no fuera más que un pensamiento de última hora para todos vosotros mientras os vais por ahí de aventuras y os enamoráis de vuestras parejas.

—¿Quieres vivir aventuras? —la retó Nesta impertérrita—. Estupendo. Ahí tienes la puerta. Al otro lado hay un mundo repleto de criaturas a las que les encantaría poder matarte. De hecho, ten. —Chasqueó los dedos.

Me sobresalté cuando Ataraxia y otra espada cayeron al suelo con un repiqueteo. Rezumaban magia; una magia vasta y terrorífica que solo mi hermana mayor podría haberles imbuido.

—Elige —la desafió Nesta—. Será mejor que salgas armada ahí fuera.

Elain se apartó de las espadas y retrocedió hasta que acabó con la espalda pegada a la puerta.

—Apártalas de mi vista —le siseó a nuestra hermana.

Nesta no le hizo ni caso. En lugar de eso, con un movimiento de cabeza…

Se me entrecortó la respiración cuando otra espada cayó con un golpe sordo sobre la alfombra. Gwydion.

La espada negra absorbió la luz matutina y las otras armas parecieron estremecerse en respuesta.

Rhys debía de habérselas entregado. «¿Por qué?».

Aunque el motivo daba igual, estaba claro que no lo había hecho para que las utilizase contra Elain.

—¿Quieres vivir una gran aventura? —Nesta señaló a Gwydion—. Llévatela ahí fuera. Todavía no hemos tenido la oportunidad de ponerla a prueba. Sé útil. Tenemos un sinfín de enemigos de los que nos encantará que nos libres.

—No me refería a eso —replicó Elain, que se apretaba contra la puerta con tal fuerza que era un milagro que la madera no cediese —. Hablo de que todos parecéis conformes con encomendarme que cuide del bebé o que me encargue del jardín o que me dedique a la repostería o a organizar las fiestas. Parece que es lo único que queréis de mí, y nunca me pedís que haga otra cosa…

—¿Qué tiene eso que ver con que te tirases a Azriel? —espetó Nesta.

—Nesta —protesté. Me temblaban las manos, aunque no era capaz de explicar del todo por qué.

¿Va todo bien?, me preguntó Rhys a través del vínculo.

Sabía que, si se lo pedía, aparecería en un segundo. Lo más probable era que, al notar lo tensa que estaba, ya hubiese dejado a Nyx a cargo de Ana.

Es solo una riña entre hermanas, le respondí.

Ten cuidado.

No me hacía falta preguntar por qué. O saber que Rhys seguramente se quedaría en la habitación de nuestro hijo hasta que

la conversación llegase a su fin por el mismo motivo por el que yo había ido corriendo hasta allí la noche anterior.

Elain nunca había manifestado ningún poder aparte de sus habilidades como vidente, pero ella también había entrado en el Caldero. Y este le había concedido… dones. Jamás la habíamos presionado lo suficiente para saber qué más podría emerger. Por lo que sabía, ella tampoco se había puesto a prueba a sí misma.

—Lo que tiene que ver con que me lo tirase —dijo Elain escupiendo esa última palabra—, cosa que no hice … —aclaró marcando bien ese «no».

—Pues poco te faltó —la interrumpió Nesta.

A Elain se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué quieres de mí? —Abrió los brazos—. Antes de todo esto, tenía un futuro. Estaba enamorada de un hombre…

—Graysen no te merecía.

—Tú no eres nadie para juzgarlo —replicó Elain al tiempo que le daba un puñetazo a la puerta que tenía detrás, y luego se apoyó la mano en el pecho agitado—. Yo lo amaba, y él a mí…

—Eso no era amor; ni siquiera se le asemejaba —arremetió Nesta —. No si el hecho de que tu cuerpo pasara de humano a fae cambió lo que sentía por ti. El amor no se viene abajo por esas cosas.

—No, solo se viene abajo cuando traicionas a tu corte y a tu pareja al prestarle la Máscara a una extraña —contraatacó Elain.

No sabía si sentirlo por Nesta o si aplaudir a Elain por haberse defendido, aunque fuera con un golpe bajo.

El poder que Nesta empezó a acumular a su alrededor cual tormenta en ciernes me puso la piel de gallina. Yo me preparé para hacerle frente, para interceptarlo. Si su poder se materializaba en forma de llamas plateadas, yo utilizaría el hielo del corazón de la Corte Invierno para sofocarlas.

—Cassian y yo ya lo hemos superado.

Elain negó con la cabeza. No por lo que Nesta había afirmado, sino para sí misma.

—No debería estar aquí —dijo desanimada mientras echaba un vistazo a la abolladura que había dejado en la pesada puerta de madera tallada del estudio. Seguía sin ser consciente de la fuerza de

su cuerpo fae—. Creía que había encontrado mi lugar, que tenía un futuro con Azriel, pero… —Nos observó a Nesta y a mí con expresión desolada—. Miraos. Es como si nunca hubierais sido humanas. Como si nunca hubierais vivido al otro lado del muro.

—Elain —intervine mientras Nesta seguía echando humo—, ¿por qué no te sientas? Ayer fue un día duro para todos, no solo por lo de anoche. Estoy segura de que lo que quiera que te enseñase Bryaxis te alteró. Lo que viste era una mentira, solo eso. Vamos a tomarnos una taza de té y a hablar del tema. —Le lancé una mirada llena de reproche a Nesta—. No hace falta que lleguemos hoy a ninguna conclusión, pero…

—No quiero estar aquí.

—De acuerdo, podemos ir al salón…

—No —insistió Elain con voz temblorosa—. Ya os lo dije anoche. No quiero estar aquí. En esta casa. En esta ciudad.

—Me temo que… no tenemos ningún otro sitio al que puedas ir.

Mi fijé, por cómo dejó caer los hombros y la cabeza, en que las ganas de pelea la abandonaban. Incluso el color pareció huirle de la piel, del pelo.

—Mi vida tendría que haber sido diferente —murmuró.

—Pero no lo es —contestó Nesta, pese a las llamas plateadas que se le acumulaban en los ojos—. Y puedes regodearte en tu miseria o hacer algo con ella. Pero, hagas lo que hagas, no destruyas todo lo que hemos construido los demás en el proceso.

Elain la miró con sus ojos marrones repletos de una gélida furia. Unos ojos en los que no encontré ni rastro de la hermana cariñosa que conocía.

—Todo el mundo fue indulgente contigo durante un año. ¿Acaso yo no merezco el mismo trato?

—Yo me dediqué a emborracharme y a follarme a toda la ciudad. No a poner en peligro alianzas clave cuando estamos al borde de la guerra. Deberíamos habernos pasado la mañana debatiendo qué hacer con Bryaxis y por qué ha regresado. En vez de eso, la hemos dedicado a buscar la forma de arreglar tu estropicio y de recuperar a uno de nuestros pocos aliados.

Eso no se lo podía discutir.

Elain volvió a negar despacio con la cabeza.

—Ya no sé quién eres. Creo que ni siquiera me gusta la persona en la que te has convertido.

Nesta se miró las uñas, que llevaba más largas que cuando estaba inmersa en su entrenamiento como valquiria.

—Lo mismo digo.

Elain se giró hacia la puerta como un torbellino y dio un portazo al salir.

Por un momento, ninguna dijo nada. Cuando me atreví a mirar a Nesta, descubrí que estaba pálida y tensa. Se dejó caer en el sofá con la vista clavada en las espadas diseminadas por el suelo.

—No estoy de acuerdo con Elain —afirmé vacilante.

Mi hermana levantó la cabeza para observarme. Parecía desdichada. Exhausta.

—Yo sí sé quién eres, Nesta —aseveré, con la esperanza de que percibiera mi sinceridad—. Veo en quién te estás convirtiendo. Lo que hiciste ayer, el modo en que nos defendiste, en que defendiste a Nyx, que te levantaras y fueras tras Bryaxis… Estoy orgullosa de ti.

Nesta tragó saliva.

—¿Y estás orgullosa de este… espectáculo? —Señaló con la mano el lugar donde había estado Elain para que quedara claro que se refería a su pelea.

—Bueno —reconocí mientras me dejaba caer junto a ella en el sofá—, lo de hoy no va a pasar a la historia como uno de nuestros mejores momentos. Aunque… le has soltado unas cuantas verdades.

—De malos modos.

—La práctica hace al maestro. —Dudé, pero luego lancé la precaución por la borda y le cogí la mano. Tenía los dedos helados. Le di un apretón—. Creo que Elain está tan acostumbrada a que la defiendas a toda costa en cualquier situación que no está preparada para enfrentarse a una Nesta que no solo defiende a su hermana, sino también a sus amigos. Una Nesta cuyo mundo es más grande, más rico. Elain te ha tenido para ella sola durante muchísimo tiempo. Me da la sensación de que ha entrado aquí esperando que se lo perdonáramos todo y que la defendieras sin dudarlo; sobre todo porque hemos pasado la noche todas juntas. Y como no ha

sido así, han salido a la superficie más sentimientos de los que se esperaba.

Nesta soltó un suspiro largo y cansado.

—Creo que anoche estaba demasiado sorprendida por lo que había ocurrido. Por la mañana, en cambio… Sé que no es justo estar preocupada por los sentimientos de Azriel y no por los de Elain, pero, una vez superado el impacto inicial, tenía muchas cosas que decirle. Y ahora lo he estropeado todo.

—La próxima vez que habléis, díselo —le recomendé—. Puede que todo sea más fácil si las dos sabéis que la otra lo está haciendo lo mejor que puede, aunque no encontréis las palabras adecuadas.

Nesta bajó la mirada hacia nuestras manos entrelazadas. Despacio, cerró los dedos alrededor de los míos.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabia? —preguntó—. Sé de buena tinta que no aprendiste este tipo de cosas de nuestra madre.

Resoplé por la nariz. No, desde luego que no. Era plenamente consciente de esa falta de amor, de amabilidad, cada vez que cogía a mi hijo en brazos, cada vez que me prometía a mí misma que sería y lo haría mejor que ella.

—Han sido unos años intensos —contesté con evasivas. Tenía el presentimiento de que los próximos también iban a serlo. Saqué del bolsillo la figurita en forma de conejo que Lucien le había regalado a Nyx—. Aprendí bastante de nuestro padre, por destrozado que estuviera —admití.

Observé cómo mi hermana recorría con la mirada el contorno de la madera que con tanto amor y habilidad había tallado nuestro padre. Aquel pedazo de él iba a recibirlo un nieto que jamás lo conocería en persona.

—Estaría muy orgulloso de ti —me dijo Nesta en voz baja.

Sentí que la emoción me atenazaba la garganta y le di un apretón en la mano.

Entonces ella me miró a los ojos y comprobé que en ellos ya no quedaba ni rastro de las llamas plateadas.

—He estado aprendiendo a transportarme yo sola —me soltó de sopetón.

Tosí, pero le apreté la mano.

—¿Fue así como cruzaste la ciudad tan deprisa ayer, mientras perseguías a Bryaxis? —La velocidad de mi hermana me había dejado pasmada, porque creía que, sencillamente, había corrido hasta allí, y había achacado su rapidez a su entrenamiento como valquiria.

Nesta asintió.

—Y también fue así como conseguí que Ataraxia volara tan lejos. También transporté la espada. Hace unos días intenté llegar hasta la Prisión, pero me fallaron las fuerzas y por poco me ahogo en el océano.

Dejé que todas esas palabras calaran hondo. Nesta. Transportándose. Ahogándose.

—Rhys me encontró. Me salvó —continuó. Las palabras le salían atropelladas, como si no pudiera contenerlas—. Antes de que llegara, percibí algo bajo el agua. Ya no estaba allí, pero era como… la sombra de algo que sí lo había estado. Me dijo que lo buscara.

—¿Qué era? —No podía ser nada bueno.

—Me pareció que era como el Tesoro —respondió Nesta a la vez que me soltaba la mano—. Pero creo… En realidad, creo que la sensación que me transmitió me recuerda más a eso —sentenció señalando las espadas que había diseminadas por la alfombra.

Las observé.

—Por cierto, será mejor que las hagas desaparecer.

—Rhys por fin ha permitido que me las quede. No te preocupes, que no va montar un berrinche.

Me reí entre dientes.

—No es por eso. Me refería a que no quiero que mi bebé las encuentre cuando regrese aquí y se lastime con ellas.

El conejo de peluche de Nyx estaba tirado en medio de todas aquellas armas.

Nesta se rio y las espadas se desvanecieron, pero volvió a ponerse seria.

—¿Crees que debería investigar qué fue lo que percibí?

—No estoy segura —confesé—. ¿Nos hace falta otra espada mágica, si es que se trata de eso? Ya tenemos tres. —Me froté la nuca—. Pero ¿y si resulta que viste ese eco mágico por algún

motivo? ¿Y si ese es el objeto Hecho a por el que van los del continente?

A Nesta se le tensó el rostro, como si hubiera metido el dedo en la llaga. No obstante, respondió:

—Deberíamos preguntárselo a Amren cuando regrese. A lo mejor conoce otras armas que puedan estar perdidas por ahí. —Frunció el ceño mientras reflexionaba al respecto—. También podría tratarse de una trampa. Es posible que uno de esos reinos haya abandonado un objeto Hecho ahí de forma deliberada, para que lo encontremos y así poder seguir acusándonos de que nos estamos armando.

También podría formar parte de lo que estuviese maquinando Hybern, fuera lo que fuese.

—¿Te parece que podría ser eso?

—No. —Nesta se mordió el labio inferior y soltó de pronto, sorprendiéndome—: Deberías venir conmigo a entrenar con las valquirias.

—Creía que habías dejado de ir —comenté con cuidado.

—Sí. Pero voy a retomar el entrenamiento. —Ladeé la cabeza curiosa. Nesta se explicó—: Ayer me sentí muy lenta, muy torpe; sobre todo con el maldito vestido ese. —Curvó los labios en una mueca de disgusto—. Tengo que… Quiero volver a entrenar. Y creo que deberías venir conmigo.

Me lo planteé.

—¿Estás segura? Siempre me ha dado la sensación de que el tiempo que compartes con las valquirias es… para ti. Ten en cuenta que, para tus amigas, no seré solo tu hermana. También seré su alta lady.

—En ese caso, no te comportes como tal. Asiste solo como Feyre. Si son capaces de soportar el fanfarroneo de Azriel y Cassian, no les supondrá ningún problema que estés allí.

Me reí.

—¿Esos dos van a volver a impartir lecciones?

Nesta se acomodó entre los almohadones del sofá.

—Después de lo de ayer, no estoy segura de que debamos consentir que Azriel vaya a la suya durante mucho rato. A lo mejor le

vendría bien volver a entrenarnos. En cuanto a Cassian… —Curvó la boca en una sonrisa de suficiencia—. Hará lo que yo le diga.

Me pareció bien que no estuviera dispuesta a compartir nada más sobre la relación con su pareja. Tenía suficiente con que confiara en mí lo bastante como para contarme algo de todo aquello. Y, después del Día del Nombre, después de pasarme toda la noche oyendo el eco de los gritos de Nyx… Sí. Me uniría encantada a las sesiones de entrenamiento de las valquirias para aprender nuevas formas de cargarme a mis enemigos y de proteger a mis seres queridos.

—Bryce Quinlan me dijo que creía que tenía esa estrella de ocho puntas tatuada por algún motivo.

Parpadeé.

—¿De verdad?

Nesta asintió y detecté algo parecido al alivio iluminando su expresión. ¿Se había estado guardando aquello?

—Me lo comentó justo antes de volver a su mundo. —Tragó saliva —. Y su madre, mientras estuvo aquí, me dijo que creía que… que encontraría mi camino.

Permanecí en silencio, concediéndole espacio para que pensara bien adónde quería llegar con aquello.

Nesta me sostuvo la mirada. Acero y llamas plateadas.

—Quiero averiguar si estaban en lo cierto.

—Pues descubrámoslo. Tu destino te pertenece solo a ti, Nesta.

Mi hermana me estudió por un instante antes de materializar a Gwydion en sus manos.

—Quédatela —dijo. Volví a parpadear. Ella continuó—: No sé qué hacer con tantas espadas. Las otras dos las Hice yo, pero esta… — Se encogió de hombros—. Bryce me la dio a mí, y ahora yo te la entrego a ti.

—Esta espada perteneció al alto rey y a la alta reina de Prythian — le advertí—. Además, ¿no la usaron para matar a uno de los dos?

La sonrisa de Nesta rezumaba oscuridad en estado puro.

—Seguro que encuentras un uso mejor que darle.

Por un instante compartí la visión que percibía en sus ojos. Nosotras dos, hermanas, luchando codo a codo contra nuestros enemigos. Protegiendo a nuestra familia.

No obstante, señalé la espada.

—Por ahora, mejor quédatela tú. Custódiala un poco más. —Fruncí el ceño mientras echaba un vistazo por la ventana, al mundo que había más allá—. Hasta que sea del todo necesario empezar a derramar sangre.

Hasta que yo hiciera exactamente lo que debía.

CAPÍTULO 23

Azriel

Azriel tenía la frente, la nariz y los hombros perlados de sudor mientras hacía una plancha apoyado sobre los antebrazos. Pese al fresco viento otoñal, el sol era implacable y había conseguido que rompiera a sudar al poco de haber empezado el entrenamiento matutino. Le temblaban los músculos del abdomen, que también estaba cubierto de sudor, y le dolía la espalda por el esfuerzo de impedir que le cayeran las alas al suelo.

Fueron pasando los segundos, uno detrás de otro. Se tragó la incomodidad, el agotamiento. El sol le quemó la espalda y también soportó ese calor.

Sus sombras se habían quedado en el interior de la montaña, en absoluto interesadas en la luz brillante y cegadora del campo de entrenamiento.

Al despertarse esa mañana, durante el segundo que tardó en abrir los ojos, albergó la esperanza de encontrarse en la casa del río, en su cama, y de que no hubiera sucedido nada tan catastrófico como lo de la noche anterior. No obstante, percibió el familiar aroma de las rocas rojas de la Casa del Viento; sintió cómo la brillante luz del sol se colaba por el ventanal (no se había molestado en echar las cortinas), y lo supo.

Había sucedido de verdad. Aquel miedo infeccioso. Y luego el deseo, la necesidad, el placer… y la implosión.

Se le antojaba extraño que Velaris, el mundo, aún estuviera en pie. Que la gente de allí abajo continuara con sus vidas como si tal

cosa. ¿Cómo podía ser que todo siguiera su curso habitual cuando su propia vida había acabado patas arriba?

Le temblaron los brazos, pero echó los talones hacia atrás e hizo más fuerza con las piernas, con todo el cuerpo. La presión que sentía en el pecho no se debía solo a la plancha.

—Y las valquirias, ¿por qué no están entrenando?

Az se las apañó para levantar la cabeza lo justo para distinguir a Cassian, que estaba de brazos cruzados y apoyado en el arco de la entrada.

—Cuando he llegado, ya habían acabado —gruñó Az.

Había empezado a bajar al suelo cuando Cassian le dijo:

—Treinta segundos más.

Había utilizado su voz de líder. La voz del general de la Corte Noche.

Genial. Otro hermano dispuesto a hacerlo trizas. Se refrenó para no decirle que no quedaba mucho que destrozar, obedeció y mantuvo la plancha.

—Diez. —Cassian empezó la cuenta atrás—. Nueve…

¿Qué iba a hacer cuando terminase el entrenamiento? ¿Qué podía hacer si no? ¿Lamerse las heridas?

—Dos…

Az apretó los dientes, a sabiendas de que Cassian estaba alargando el último segundo, obligándolo a hacer cinco, diez segundos más. Pedazo de cabrón…

—Uno —declaró Cassian.

Az se dejó caer al suelo. La gravilla y las piedrecillas le arañaron el torso, pero aceptó aquel leve escozor.

Enterró la cabeza entre los brazos y apoyó la frente en los fríos sifones mientras jadeaba y tomaba grandes bocanadas de aire para recuperarse.

Sus sombras seguían agazapadas en la penumbra de la puerta. No las perdonaría nunca por lo sucedido la noche anterior, por no avisarlo de que Lucien se acercaba, por provocar todo aquello…

—Te doy treinta segundos de descanso y luego hacemos otra plancha.

Azriel levantó la cabeza y vio que Cassian se alejaba del arco, se quitaba la camisa y se agachaba junto a él.

Su hermano le sonrió y separó los dedos para colocarse en posición.

—La has cagado bien cagada.

A Az se le escapó el aire por la nariz en lo más parecido a una risa que podría llegar a soltar ese día.

—Lo sé.

Cassian se impulsó con facilidad e hizo la plancha, con las alas dobladas con elegancia sobre su ancha espalda.

—¿Quieres que te obligue a entrenar hasta que no puedas ni moverte?

Az soltó un resoplido por la nariz y lo imitó. No merecía la bondad de su hermano, no merecía aquella oferta de normalidad para ayudarlo a sobrellevar todo lo que le daba vueltas en la cabeza. No se merecía ni una pizca de aquello. Y sin embargo…

—Por favor.



El ejercicio le había servido de ayuda. No lo había solucionado todo, pero para cuando Cassian acabó con él, Azriel estaba tan exhausto que le hizo falta toda su concentración para llegar a su habitación.

Cassian descendió la escalera con arrogancia, como si apenas le faltase el aire. Desgraciado. Al parecer, les había dicho a los demás que pasaría el día en el Refugio del Viento y todavía planeaba hacerlo. Pero, además de la fuerza sobrenatural que poseía, su hermano era excepcionalmente bondadoso, de modo que primero había ido a comprobar cómo se encontraba Az.

Mientras se lavaba y se vestía, lo único en lo que podía pensar Az era en que no era digno de la amabilidad de Cassian. Sobre todo cuando se dejó caer en el sofá de su habitación en la Casa del Viento y ordenó a sus sombras que se dispersaran por la ciudad, que

fueran de caza. Y diez minutos después, en respuesta a la llamada de dichas sombras, apareció Erebos.

Había ciertos espías idóneos para ciertas misiones. Para ciertos actos. Nuala y Cerridwen sobresalían en lo que a cuestiones políticas se refería, se les daba bien escuchar, aguardar y pasar inadvertidas.

El terror que infundía Erebos conseguía hacer hablar a la gente. Era el tipo de criatura que los niños temían que acechara debajo de la cama. Y, en la mayoría de los casos, lo hacía. Por lo menos si se trataba de las camas de los padres.

Al fin y al cabo, si la Corte Noche tenía tan aterradora reputación era a causa de ciertas pesadillas. ¿Y quién mejor que Az para utilizarlas?

Erebos, constituido mayormente por sombras, pese a que él mismo no era del todo una de ellas, no poseía rasgos discernibles. Aunque tenía un cuerpo humanoide y larguirucho, carecía de nariz y boca y solo se le veían unos ojos dorados que ardían como ascuas calientes.

Milenios atrás los humanos llamaban «hombres de sombra» al pueblo de Erebos, aunque Az opinaba que «cosa de sombra» era un término más acertado. Eran seres que viajaban a través de las sombras y la oscuridad, y que se alimentaban del miedo que estas inspiraban. Seres que disfrutaban jugando con sus presas y aterrorizándolas durante el máximo tiempo posible.

A Az no le gustaba tratar con Erebos (Mor llevaba años diciéndole que se deshiciera de esa abominación), pero la criatura era eficaz. Cualificada para el trabajo, incluso. Era capaz de resistirse al impulso de alimentarse de los objetivos mientras se servía de sus horribles instintos de caza para recabar toda la información posible.

Y, dado que su pueblo había adorado a los cantores de sombras desde tiempos inmemoriales, le profesaba una lealtad absoluta a Azriel.

De hecho, había sido Erebos quien había acudido a su encuentro hacía siglos. Atraído por su oscuridad, la criatura había ofrecido todos sus servicios a Az y a aquella corte de por vida. Puede que se tratase de un aliado desagradable, pero tenía su utilidad.

Y, para aquella tarea en concreto, Erebos era justo la persona (la cosa) que le hacía falta a él.

Las sombras de Azriel se habían retirado a los rincones de la habitación, como si buscaran cualquier grieta o fisura por la que escapar. Para evitar estar en presencia de Erebos. El poder de los sifones que llevaba en las manos parecía un tanto distante, como si también quisiera estar lejos de allí. Az pensó, con no poca repulsión, que ni siquiera Bryaxis había provocado tales reacciones. Sus sombras y Bryaxis estaban hechas de algo diferente a Erebos; su esencia era distinta a la de la cosa de sombra.

—¿Sí? —siseó su espía.

Era una mancha de negrura sólida e impenetrable que contrastaba con la luminosidad del sol de la mañana. La criatura se dobló por la cintura en una profunda reverencia.

Az reprimió el escalofrío de repulsión que le provocó esa única palabra al deslizársele sobre la piel y suspiró mientras se frotaba la cara. Tenía agujetas en los brazos por culpa del entrenamiento. No obstante, aquel dolor físico era el menor de sus problemas.

—¿Alguna noticia sobre el castillo o el lago de Koschei? —Hacía meses que había mandado a Erebos allí.

—Nada —respondió este, que sonó ni más ni menos que aburrido —. No puedo acercarme lo suficiente para descubrir algo interesante.

—En ese caso, asigna la vigilancia a uno de tus subordinados —le exigió con firmeza. Erebos tenía sombras que trabajaban para él, como las de Az. Las similitudes entre ambos eran demasiado perturbadoras para pensar en ellas a menudo, pero al menos las diferencias habían demostrado ser útiles. Erebos podía dejar atrás a los suyos («partes de sí mismo», según los había llamado una vez la cosa de sombra) para que lo mantuvieran informado—. A ti voy a asignarte una nueva misión.

—¿Cuál?

Az quizá hubiera acabado con cualquier posibilidad de que Lucien los ayudara, pero debía asegurarse de que este no hiciese nada que pusiera en peligro a su corte. La Madre sabía que ya contaban con una gran amenaza dentro de sus propias fronteras.

—Ve a territorio humano —ordenó— y sigue a Lucien Vanserra. Ve adondequiera que vaya. Si hace cualquier cosa fuera de lo normal, quiero saberlo. Si contacta con la Corte Otoño, me informas de inmediato. ¿Entendido?

Dos idénticas llamaradas de deleite parpadearon en los ojos dorados de Erebos.

—El noble de la Corte Otoño será un objetivo interesante.

—No es un objetivo —advirtió Azriel—. No le pongas ni un dedo encima.

Podría haber jurado que Erebos hizo un puchero. Las sombras de Az se mantuvieron cerca de los rincones de la estancia, más por repulsión que por miedo.

La criatura desvió la vista hacia ellas y entornó los ojos en un gesto complacido, como si fuera perfectamente consciente del desagrado que les causaba. No obstante, se limitó a hacerle una nueva reverencia a Azriel.

—Como ordene, cantor de sombras. —Cuando Erebos se incorporó, señaló el costado de Azriel con un dedo del que manaban oleadas de oscuridad—. ¿Dónde está la daga? La que canta.

Sabía que se refería a El que dice la verdad. Seguía en la casa de la ciudad, tirada en el rincón al que la había arrojado. Y allí se quedaría, para siempre. Pero el comentario de Erebos lo intrigó lo suficiente como para preguntar:

—¿Qué oyes exactamente cuando está cerca?

Erebos ladeó la cabeza de sombra en un movimiento reptiliano.

—Un canto fúnebre. Un lamento. Un grito. —Razón de más para dejar de lado el arma. Para no volver a desenvainarla jamás. Erebos se estremeció de placer—. Una canción de canciones.

Con eso tenía más que suficiente.

—Puedes retirarte —ordenó Az.

Con un último y anhelante suspiro, Erebos se desvaneció en volutas de niebla negra.

—Que la Madre le conceda sus negras bendiciones, cantor de sombras.

Y desapareció.

Az se frotó los ojos aliviado. Confiaba en que Erebos no le tocara un solo pelo pelirrojo a Lucien. Aun así… Dioses, odiaba tener que lidiar con aquella cosa.

Erebos había visto a El que dice la verdad en múltiples ocasiones a lo largo de los siglos, pero jamás había mencionado que cantase. ¿Era aquello otro cambio provocado por la interferencia de Bryce Quinlan?

No importaba. Az jamás volvería a empuñar o a llevar encima aquella daga. Regresó al sofá y se dejó caer en él mientras sus sombras acudían a enroscársele alrededor de los pies y las rodillas, como si levantasen la cabeza para mirarlo a la cara. Él las ignoró y se dedicó a contemplar la alfombra ajada por los años. Como si pudiera traspasar con la mirada la tela, la montaña, y ver directamente el pozo en el que rezaba por que Bryaxis estuviera dormitando en aquel momento. O puede que solo aguardase con paciencia a su próxima víctima.

El mismísimo miedo había vuelto a su hogar en la montaña.

Sí, ahora había unas cuantas valquirias que se interponían entre ese monstruo y la ciudad, pero si ni siquiera Nesta había podido contra Bryaxis el día anterior, ¿qué podían hacer ellas?

Peor: la última vez que Bryaxis había residido allí, la Casa había sido solo… una casa. Ahora Nesta la había convertido en algo Hecho. En algo con consciencia. Poderosa. ¿Cómo afectaría a Bryaxis morar ahora en su interior?

Había demasiadas posibilidades, ninguna de ellas buena. Y si Clotho seguía impidiéndoles entrar en la biblioteca por el momento, las respuestas tendrían que esperar. Aunque no era que tuvieran prisa por enfrentarse a Bryaxis. Solo uno de ellos había sido capaz de plantarle cara y luchar y, a pesar de ello, Bryaxis había salido intacta.

«No le hables en ese tono», le había espetado Nesta a Rhys la noche anterior. Le tenía tan poco miedo al alto lord como a Bryaxis.

Sintió una punzada en el pecho, cortesía de algo parecido a la culpa. Nesta lo había defendido. Se había enfrentado a Rhys aun siendo consciente de que el alto lord estaba peligrosamente cerca de estallar con violencia.

Nesta no debería haber malgastado saliva.

Sin embargo… A lo mejor lo había hecho porque ella sabía, de primera mano, lo que era ser el objeto de la ira de Rhys. Sabía lo que era que la apartaran y verse obligada a ser testigo de lo unidos que seguían los demás. Nesta lo entendía, y pese a que Az se había portado fatal con ella en los últimos tiempos, había luchado para defenderlo.

No tenía ni idea de qué significaba aquello para él. Cassian también seguía dirigiéndole la palabra, pero los demás…

Estaba claro que Mor no iba a volver a hablarle hasta al cabo de un tiempo. Al igual que Rhys. Y que la Madre lo salvase cuando todo aquel embrollo llegara a oídos de Amren. Az se frotó el cuello y el movimiento activó las agujetas que sentía en el abdomen.

Debería hablar con Elain. Quizá en algún lugar al aire libre para no ceder a ningún tipo de tentación. Pero deberían hablarlo e intentar resolver la situación. Aunque Az no tenía del todo claro cuál era la situación o qué quería él, salvo a ella.

Rhys no lo entendería, no del todo. De modo que, si deseaba desterrarlo a alguna parte, allá él. Elain lo acompañaría. Se marcharían y que al cabrón de Rhys le fuera bien en la próxima guerra.

Que se fueran todos a la mierda por tratar de interponerse entre ambos, por no entender algo tan obvio. Una pequeña parte de él se revolvió ante aquella idea.

Una pequeña parte de él quiso agarrarse a sí mismo por los hombros, sacudirlo y rugir.

Pero ¿qué otra cosa le quedaba, aparte de aquella abrasadora luminosidad que era su relación con Elain? Ella hacía que sus sombras desapareciesen, conseguía que huyeran. ¿Cómo era posible que los demás no comprendieran la bendición que suponía eso para él?

Él era muerte y ella, vida. Mientras que su alma estaba sucia y manchada de sangre, la de Elain era prístina, esmeralda.

Quizá la odiosa esposa de su padre tuviera razón: Azriel era un demonio y deberían haberlo ahogado al nacer. Si había aprendido algo gracias al reciente ataque de Bryaxis era que, muy en el fondo,

seguía siendo ese mismo monstruo; seguía siendo capaz de hacer cosas que sus amigos no se plantearían jamás, ni en un millón de años.

Sus sombras se le apoyaron en los hombros, en el regazo. *El mundo se opaca*, le advirtieron. *La oscuridad del invierno acecha desde todas las direcciones…*

Las desterró con una mueca en la que les enseñó los dientes. Ellas se escabulleron de nuevo a los rincones de la habitación.

Buscaría a Elain. Hablaría con ella cuando todo el mundo hubiese tenido tiempo para calmarse. Juntos, Elain y él trazarían un plan.

Y lo arreglarían todo.

CAPÍTULO 24

Nesta

Nesta inspiró por la nariz y contó hasta tres. La sal y la humedad del océano le inundaron las fosas nasales, junto con el dulzor matutino de la hierba y la ligera podredumbre de las hojas caídas.

Se hallaba de nuevo en el risco desde el que había intentado transportarse a la Prisión hacía unos días. Pero la imagen que tenía ante sí era completamente diferente.

El agua estaba en calma, de un azul cegador y tan plana como una tabla. Todo lo opuesto al rugido de las olas grises y agitadas por la tormenta con las que se había topado la última vez. Las gaviotas volaban en círculos en lo alto, chillándose unas a otras. Nesta soltó el aire por la boca mientras el sol otoñal le acariciaba la espalda como una mano amiga.

Hizo acopio de fuerzas y concentración para aquel salto colosal hacia el horizonte. Se concentró en los dedos de los pies, metidos en el cálido interior de las botas y apoyados en la suave y acolchada hierba del prado que se extendía hasta el borde del risco.

Nadie sabía que estaba allí. Había dicho muy en serio lo que había compartido con Cassian. No sabía cuál era su lugar en aquella corte, solo que amaba a muchas de las personas que pertenecían a ella. Había creído que eso implicaba que debía darle la espalda a aquel horizonte, pero ¿y si significaba que debía seguir en aquella dirección? ¿Y si lo que buscaba (un modo de salvarlos, de protegerlos) la aguardaba allí fuera, por algún motivo?

Si es que podía dar el salto final. Aunar lo suficiente del poder que le quedaba para cruzar hasta la Prisión y descubrir cualquier secreto que contuviera. Rhys le había dicho que le pidiese ayuda para aquello, pero Nesta sabía que tenía que hacerlo sola.

Volvió a coger aire y se centró de nuevo en los dedos de los pies, en la tierra, en el cielo. Exhaló. Reunió la voluntad necesaria para volver a acumular poder, para disponer de un flujo constante. Ordenó a los pulmones que dejasen de jadear, al corazón que ralentizara aquella marcha desenfrenada. Unos minutos más. Descansaría unos minutos más y luego intentaría dar el salto.

Aunque aquella vocecita en el fondo de su mente le advirtiese que no lo hiciera. Que no se atreviera. No poseía ni el poder ni la habilidad necesarios. Acabaría de nuevo en el fondo del océano, muerta esta vez…

—Así que Bryaxis ataca —manifestó una voz femenina a su espalda—, ¿y lo primero que haces es venir a pararte en un prado y respirar hondo?

Nesta se giró en redondo mientras se llevaba la mano al costado donde descansaba Ataraxia.

De algún modo, Amren había aparecido en el prado, pese a que no era capaz de transportarse. Nesta dejó caer los hombros y soltó el aliento que estaba conteniendo.

—Necesitaba un momento a solas —mintió—. Lejos de todo el mundo. Quería oírme pensar.

Amren esbozó una sonrisa, con los labios pintados de nuevo de su color habitual.

—A veces cuesta, con tanto parlanchín correteando por la casa del río, ¿verdad?

Nesta se rio por lo bajo.

—Pues sí. —Se colocó un mechón suelto detrás de la oreja con la esperanza de que su amiga se tragase la mentira que le había contado—. ¿Cuándo has vuelto?

—Es que no he vuelto —contestó Amren despacio—. Todavía, al menos. Varian me estaba llevando a Velaris cuando he detectado tu presencia aquí, pensando y respirando en mitad de la hierba. Le he pedido que me dejase ahí —señaló con la cabeza el lugar donde la

ondulante pradera verde descendía hasta el acantilado que tenía a la espalda—, y le he pedido que vuelva en diez minutos, aunque quizá tú misma puedes transportarme. —Le lanzó una mirada cargada de ironía—. Dado que parece ser que ahora eres capaz de ello.

Nesta se enderezó.

—No lo estaba guardando en secreto. Es que… No quería que nadie lo supiera hasta aprender a hacerlo bien. —Todavía no se lo había contado a Cassian, aunque ahora que Feyre estaba al tanto, sabía que debía hacerlo.

Amren desestimó su preocupación con un delicado gesto de la mano.

—Hoy en día todos guardamos secretos. No te preocupes.

«Ah».

—¿Por eso estás aquí?

Tenía que haber una razón de peso para que Amren se hubiera detenido allí, por mucho que hubiera detectado su presencia y hubiera querido saludarla. Además de localizar a Nesta, quería decirle algo importante, donde nadie pudiera oírlas.

—Podría decirse que sí. —En los ojos plateados de Amren halló un atisbo de lo que la señalaba como un ser longevo y de otro mundo —. Rhys te ha entregado el Tesoro, ¿verdad?

—Y las espadas.

Nesta hizo un gesto para señalar con el mentón a Ataraxia, que llevaba envainada a un costado. Después de lo sucedido el otro día, había decidido que iba a llevarla siempre encima. Y si sus enemigos descubrían que poseía una espada Hecha… Pues bien, se aseguraría de que no vivieran lo suficiente como para contárselo a nadie más. Y, si fracasaba, Rhys tomaría el relevo.

En última instancia, no importaba que Cassian le hubiera contado al alto lord que Nesta le tenía miedo al Tesoro, pero ser consciente de que lo había hecho le producía cierto resquemor del que no conseguía librarse. No obstante, su pareja respondía ante Rhys y, como su general, debía informarlo de todo. Supuso que tendría que ajustar las expectativas respecto a qué secretos le guardaría Cassian; en especial si estaban relacionados con sus poderes o con el Tesoro.

—Bien. —Amren inclinó la cabeza en señal de aprobación ante Ataraxia—. Con todas las fuerzas que se preparan para atacarnos, no podemos permitirnos que una de nuestras mejores armas —señaló a Nesta— vaya por ahí sin espada o sin cualquier otra herramienta que pueda salvarnos. Sobre todo si tenemos en cuenta que pareces la única capaz de hacer lo que hay que hacer, aunque se trate de una misión ingrata e imposible.

Nesta se quedó petrificada.

—¿A qué te refieres?

A Amren le resplandecieron los ojos.

—Le entregaste la Máscara a Bryce Quinlan a sabiendas de que eso te acarrearía la furia y el desdén de tu familia. Sabías lo que te iba a costar, pero lo hiciste de todos modos porque el riesgo para mundos enteros era demasiado elevado. No lo debatiste con nadie, no pediste permiso, no malgastaste el tiempo. Sabías que eso pondría a prueba los vínculos que más valoras; y, aun así, lo hiciste. Ese es el tipo de persona que necesitamos que blanda el Tesoro y esas espadas. Y ayer, contra Bryaxis, tus actos le sirvieron a Rhys como un recordatorio más que necesario de que debe volver a confiar en ti y entregarte de nuevo esas armas. Comprobó no solo lo que puede perder si sigue reñido contigo, sino también lo que puede implicar el hecho de no tener a mano el Tesoro o las espadas cuando atacan nuestros enemigos. Con su hijo presente, descubrió que incluso esos pocos segundos que tardó en decidir si entregarte las armas implican el riesgo de perder lo que más ama. Y puede que lo más importante de todo sea que ahora Feyre está decidida. Centrada. La gran bestia que alberga en su interior ha despertado de nuevo y se ha percatado de que solo siendo totalmente implacable podrá proteger a su bebé. No existe fuerza más poderosa en ningún mundo que el amor de una madre por su hijo.

Nesta negó despacio con la cabeza.

—No entiendo por qué me cuentas todo esto.

—Porque quiero asegurarme de que entiendes bien cuál es mi postura antes de recomendarte que, en beneficio de esta corte, te disculpes con Rhys por lo que sucedió con la Máscara.

Nesta se sobresaltó.

—¿Crees que tengo que disculparme yo? —preguntó haciendo hincapié en esa última palabra.

No había oído a Amren pronunciar la palabra «perdón» en la vida. Y esa mañana Nesta había sentido que el alto lord y ella empezaban a entenderse.

Amren se encogió de hombros, su camisa de seda gris resplandeció con el movimiento.

—Entiendo la decisión que tomaste, pero prestar la Máscara no fue ninguna nimiedad. Es vital que recuperes su confianza, muchacha.

Nesta se cuadró de hombros.

—A Rhys debería bastarle que Feyre confíe en mí.

—Creo que —dijo Amren mientras la despeinaba el viento—, si lo hubieses consultado con él antes de prestar la Máscara, habría acabado por mostrarse de acuerdo. Al principio se habría opuesto, pero al final habría cedido. No habría sido capaz de pegar ojo por la noche sabiendo que su negativa a ayudar suponía condenar a un mundo entero. —Amren se estudió las brillantes uñas rojas—. Sin embargo, el hecho de que no se lo consultaras y de que te limitaras a actuar y a prestar la Máscara a la señorita Quinlan… lo asusta. Más de lo que admitirá jamás. Así que discúlpate y dale una cosa menos por la que preocuparse. Es obvio que vuelve a confiar en ti, dado que ha dejado el Tesoro en tus manos, pero necesita saber que, cuando la situación lo requiera, obedecerás. Eso será clave para sobrevivir al mal que se cierne sobre nosotros.

Nesta se cruzó de brazos.

—¿De modo que esto va de controlarme?

La indignación y el fastidio volvieron a prender en su interior y, pese a que la mayor parte de su poder había regresado al Caldero, sabía que en su mirada todavía ardían unas llamas plateadas.

—No —replicó Amren con frialdad—. Va de cuál es tu sitio en esta corte.

—Soy una valquiria. Eso es lo único que hace falta saber.

Había sudado y sangrado por ese título.

—¿Y a quién sirven las valquirias? —Al reparar en la expresión repentinamente neutral de Nesta, Amren añadió—: ¿Son Rhys y Feyre tu alto lord y tu alta lady?

Nesta nunca había jurado lealtad a ninguno de los dos. Ni como persona ni como valquiria. Y cuando se imaginó hincando la rodilla ante ambos, por mucho que los respetara y se preocupara por ellos…

Apretó los dientes.

—Ya me parecía a mí —dijo Amren en un tono un poco más bajo —. Y no te creas que Rhys no ha pensado en ello también.

—Feyre es mi hermana. Siempre le prestaré ayuda.

—Eso da igual.

—Entonces, ¿qué? —espetó Nesta incapaz de contenerse—. ¿Tengo que arrodillarme y jurar fidelidad?

El viento movió varios mechones del pelo de Amren hasta que impactaron en su pálida cara. Ella curvó los labios en una afilada sonrisa.

—No. Pero creo que ya sabes adónde te llevará tu camino, Nesta Archeron.

«Creo que tenías esa estrella de ocho puntas tatuada por algún motivo».

Amren asintió, como si de algún modo hubiese oído el eco de la voz de Bryce Quinlan en la mente de Nesta. Sus ojos adquirieron la tonalidad del mercurio cuando fijó la mirada en el horizonte septentrional, como si desde allí pudiera ver la Prisión.

—Así que síguelo.

¿Cómo lo había sabido Amren? ¿Cómo lo había averiguado?

—Está demasiado lejos. No logro reunir suficiente poder como para transportarme hasta allí.

—Te acompañaría si pudiera —admitió Amren en un tono descarnado. Aun así, jamás volvería a poner un pie en aquella condenada isla. Por culpa del miedo, de la rabia, de la amenaza que suponía cualquiera que pudiese intentar volver a sepultarla allí abajo —. Pero, en lugar de eso, voy a contarte lo siguiente: transportarse depende tanto de la voluntad como del poder.

—Cuando los demás se transportan…

—Tú no eres los demás. No se te aplica ninguna regla a la que tú no quieras someterte.

Nesta tragó con fuerza.

—¿Sabes por qué…? ¿Sabes qué aguarda ahí fuera?

Amren contestó con solemnidad:

—Eso tienes que descubrirlo por ti misma. Y también debes decidir por ti misma si marcharte en esa dirección —señaló hacia Velaris— para servir a la corte y a la familia a las que amas.

—¿O? —se atrevió a preguntar Nesta.

Amren señaló hacia la Prisión.

—O ir hacia allí. Y comprobar si puede haber más.

—¿Más qué? —suplicó Nesta.

—Más formas; otras formas de servir. De salvar a tus seres queridos.

Nesta oyó en la cabeza el eco de la voz de Bryce: «Con amor, todo es posible».

—Debo decir —murmuró Amren— que el hecho de que puedas querernos, y que lo hagas, Nesta Archeron, es casi un milagro y me llena de una inmensa alegría.

Nesta sintió que un nudo le atenazaba la garganta.

—Encuentra la forma de salvarnos —continuó Amren—. Explora los túneles y pasadizos olvidados. Rhys ha modificado las protecciones de la Prisión para permitir la entrada a nuestro círculo. Según él, porque parecemos empeñados en acabar allí. Encuentra aquello que no deja de llamarte, aquello que te atrae hasta este risco en los confines del mundo.

—A lo mejor no es nada —le recordó Nesta.

—A lo mejor. Pero nunca estarás segura a menos que lo compruebes.

—¿No vas a advertirme de que no me adentre sola en la Prisión?

Por lo que Nesta sabía, ningún miembro de aquella corte se había atrevido jamás a hacerlo.

—A ninguno de los otros lo han llamado allí, no como a ti. Ni siquiera tus hermanas están Hechas de la misma forma que tú. Así que ve a explorar. Halla lo que tan desesperadamente quiere ser encontrado. Quizá la Madre nos esté echando una mano. —Miró a Nesta de pies a cabeza—. Y llévate a Gwydion contigo.

Nesta bajó la mano a la espada que llevaba en la cadera.

—Tengo a Ataraxia…

—Gwydion encontró la forma de acabar en tu mano. No le des la espalda a semejante bendición.

Nesta tragó saliva pero asintió. Tras pedir un pequeño deseo, la legendaria espada apareció envainada a su espalda. Su poder le provocó un hormigueo a lo largo de la columna, como si del aliento de un amante contra la piel se tratara. Rhys le había enseñado a invocar y a hacer desaparecer la espada. Y, aunque lo más probable era que tardase una eternidad en aprender a hacer cosas más complicadas, por lo menos aquel truco había sido bastante fácil de dominar.

La aprobación iluminó los ojos plateados de Amren.

De modo que Nesta volvió a girarse hacia el horizonte y contempló el vasto y tranquilo océano que se interponía entre aquella isla y ella.

—Deséalo, muchacha. Concentra tu voluntad y tu poder —ordenó Amren—, y se hará realidad.

Nesta cerró los ojos. Concentró su poder al fondo de su mente. *La Prisión. Voy a ir a la Prisión.*

En su cabeza vio una mano resplandeciente hecha de puro poder que se alargaba hacia ella desde el horizonte. No dudó. La agarró. Viento y oscuridad y presión y…

Naturaleza. Niebla. Silencio.

Como si hubiese pasado de una habitación a otra, Nesta avanzó y pisó el musgo frío que cubría el suelo de las bajas tierras de la Prisión.

La montaña solitaria se alzaba como una ola. Solo rocas musgosas y hierba se interponían entre ella y su objetivo, cerca de la cumbre.

Los portones de hueso.

La niebla y el viento que se arremolinaron a su alrededor, sin embargo, ella no despegó su atención de esos distantes portones que en aquel momento se abrían con un gemido, como empujados por unas manos fantasmales.

Como si la invitaran a pasar.

Cuando alcanzó lo alto de la ladera, estaba temblando y no solo de cansancio. ¿Los portones de hueso habían sido siempre tan altos?

¿La oscuridad del interior había sido siempre tan densa, como si la luz del sol no fuera capaz de traspasarla?

Tardó un momento en conseguir cerrar los dedos, entumecidos y temblorosos, alrededor de la empuñadura negra de Gwydion. En hacer caso a la sugerencia de Amren y desenvainar la espada, cuyo metal negro destellaba cuando incidía en él la luz de las estrellas. Pero incluso esta parecía engullida por la amenazadora oscuridad de la Prisión. Sin embargo, aquel centelleo logró hacerla entrar en calor. Aferró la empuñadura con firmeza. Sintió cómo la fuerza le fluía por el brazo. No le importaba si se debía a su propio coraje o a la espada.

Nesta respiró para tranquilizarse y cruzó las puertas. Entró de lleno en la oscuridad.

Gwydion brillaba como una estrella oscura en mitad de aquel silencio negro como el carbón. Cuando se hubo adentrado unos pocos pasos, la luz plateada que emitía iluminó los muros de roca y el camino pedregoso que seguía por las profundidades de la montaña. Sin necesidad de ninguna luz inmortal.

—De acuerdo —murmuró en mitad de aquella quietud—. Vamos a ver qué…

La luz de Gwydion se apagó.

La oscuridad la envolvió con fuerza. Nesta soltó un chillido y el instinto la llevó a invocar una diminuta luz inmortal mientras dejaba caer la espada, como una principiante…

Sin embargo, no se oyó el repiqueteo del metal contra la piedra. Giró en redondo, con los dedos alrededor de una empuñadura que ya no estaba ahí. El suelo a su alrededor estaba vacío. Solo había rocas y polvo.

Tardó un segundo en entenderlo.

La luz de Gwydion no se había extinguido. La espada había desaparecido de su mano.

La Prisión se la había robado.

Mor

Pese a las bromas de Cassian, cinco baúles de ropa no eran, ni mucho menos, suficiente. Mor había metido sus pertenencias a presión hasta en el último recoveco. No solo ropa, sino también joyas, accesorios para el pelo, zapatos…

Para Cassian era fácil. Entraba en cualquier lugar con la armadura puesta y parecía aterrador. Y, por lo general, solía salirse con la suya.

Los atuendos de Mor (su armadura) requerían más planificación en función de con quién tuviera que reunirse, qué quisiera conseguir, qué quisieran conseguir ellos y el lugar del encuentro.

Se había despedido a la hora del desayuno, que no había sido especialmente alegre. Pero había cubierto de besos la carita de Nyx, manchada del pringue triturado que Rhys le estaba dando de comer, y luego había besado a Cassian en la mejilla aposta para traspasarle aquel mejunje antes de dirigirse a la puerta.

Feyre se había reído. Nesta había mirado a Mor con todo el recelo del que era capaz una hembra que acababa de ver a otra besando a su pareja.

Mor le había guiñado un ojo, como diciendo: «Tranquila, es todo tuyo».

Si se hubiera tratado de otra, Mor podría haber añadido un: «Yo ya me divertí con él», pero era suficiente con haber tenido que lidiar con un desastre enorme hacía unas pocas horas. Y unas horas antes de eso se habían enfrentado a Bryaxis. No le hacía ninguna falta añadir a la lista una pelea con Nesta.

Riéndose gracias a ese recuerdo, Mor dio un paso para cruzar el umbral de la puerta y salir al jardín bañado por el sol. Prefería despedirse así, no alargarlo con abrazos o advertencias de los machos sobreprotectores de su vida.

Aunque el más sobreprotector de ellos no hubiese estado presente.

Sintió un nudo en el estómago. La noche anterior había estado más cerca de contárselo todo a Azriel de lo que se había atrevido nunca. Por qué no había correspondido ni una sola vez al amor y el deseo que había visto en sus ojos desde el instante en que se conocieron. Por qué habría sido injusto por su parte concederle

aquello, aunque fuera una única vez, sabiendo lo que él sentía… y siendo consciente de cuál solía ser la preferencia de su corazón.

No obstante, lo que Bryaxis le había enseñado en el templo había cimentado su resolución de no contárselo nunca. Apenas había pegado ojo esa noche porque se había pasado las horas reproduciendo la visión en su mente, una y otra vez, y obsesionándose con aquellos agonizantes detalles.

Echó los hombros hacia atrás mientras atravesaba el jardín y el rocío le hacía cosquillas en los tobillos. Iba arrastrando por el suelo el pesado vestido (de gruesa seda verde, manga larga y más modesto de lo que solía gustarle) y la capa forrada en piel que llevaba; ambas prendas eran demasiado abrigadas para el tiempo otoñal de Velaris. Sin embargo, si no iba vestida de forma adecuada, se echaría a temblar de frío en cuanto pisara Vallahan, y no podía permitirse demostrar ni siquiera esa pizca de vulnerabilidad.

Traspasó las protecciones que rodeaban la propiedad y sintió el cosquilleo que indicaba que había cruzado la frontera establecida. Sus baúles ya estaban guardados en ese bolsillo entre reinos que tan útil resultaba a la hora de viajar (el suyo no era tan grande como el de Rhys, pero le permitía cargar con cinco baúles llenos hasta reventar), y lo único que le quedaba por hacer era imaginarse el lugar de aterrizaje de los visitantes, un punto al otro lado de las doradas murallas de Thrudheim, invocar casi la totalidad de su poder y transportarse hasta allí.

Un último intento para tratar de impedir aquella locura antes de que causara estragos en el mundo.

Feyre y Rhys ya habían diseñado un tratado alternativo, por si acaso Storr les fallaba. Mor iba a presentárselo primero a Vallahan para comprobar si al rey se le antojaba más aceptable, dado que parecía el más inclinado a dejarse convencer por ella. O, como mínimo, el más predispuesto a escuchar lo que tenía que decir.

Flexionó las manos a los costados para deshacerse del leve temblor que las atenazaba. Aquel esfuerzo sería en vano. Mor era consciente. Rhys y Feyre eran conscientes. También lo era Vallahan. Pero lo intentaría. Una última vez.

Mor cogió aire y el vetusto poder nocturno que dormía en lo más profundo de su ser despertó con un gruñido. Era diferente al de Rhys. Más antiguo. En una ocasión, su odioso padre intentó imponerse al de Rhys por ese mismo motivo y Keir había acabado con dos piernas rotas como resultado.

Fue una de las pocas ocasiones en las que Mor apreció al anterior alto lord. Y una de las pocas ocasiones durante su infancia en la Ciudad Tallada en que sonrió.

Sin embargo, Keir vio esa sonrisa. En plena agonía la vio en las sombras, riéndose por lo bajo de sus alaridos. Al recuperarse, él mismo le rompió una pierna a su hija y le preguntó si seguía pareciéndole gracioso.

Eso también formaba parte de lo que había visto el día anterior.

En aquel entonces su madre no movió ni un dedo. Y, a pesar de que el cuerpo fae de Mor soldó el hueso roto y enseguida le apareció una cicatriz en la espinilla, no volvió a sonreír en mucho, muchísimo tiempo. Hasta que tres arrogantes y temerarios jóvenes ilyrios dieron un vuelco a su vida.

Dioses, qué mal había dejado las cosas con Azriel… A lo mejor debería ir a buscarlo y hablar con él antes de marcharse. Solo la Madre sabía cuándo iba a regresar y…

—Llévame contigo.

Mor se giró en redondo. Por culpa del muro que alzaban las protecciones, no había tenido los sentidos lo bastante aguzados como para detectar que alguien se le acercaba desde la casa.

Pero allí estaba Elain, inmaculada y abrigada con un vestido rosa y capa. Llevaba un bolso pequeño en sus temblorosas manos.

Mor parpadeó despacio.

—¿Cómo dices?

Elain tenía los ojos marrones cubiertos por una película plateada y la miraba suplicante mientras atravesaba las protecciones.

—Llévame contigo adondequiera que vayas. No puedo quedarme aquí.

Mor retrocedió un paso y luego otro.

—Marcho a territorio enemigo en una misión diplomática —le explicó con todo el tacto que pudo—. Sé que estás disgustada,

pero… —La noche anterior le había costado creerse lo que veían sus ojos y aún le seguía costando: Azriel y Elain. En la cama. Aquella dulce y tímida joven se había escabullido a hurtadillas y a espaldas de su pareja para llevarse a la cama al mismísimo cantor de sombras —. No puedes acompañarme. Aunque poseo una finca en el campo, Athelwood. Podrías quedarte allí, si quieres. La única compañía que tendrías sería la de mi yegua, Ellia. Es muy noble y dulce, podrías montarla todos los días. Dispondrías de todo el lugar para ti solita, y las protecciones son impenetrables…

—No quiero permanecer en una casa vacía. No quiero que me encierren lejos de aquí y se olviden de mí. —Elain dio otro paso con sus ojos de cervatillo bien abiertos, en plena búsqueda—. Deja que te acompañe. No te estorbaré. No hablaré con nadie ni haré nada que ponga en peligro tu misión. Me encargaré de tu ropa y de peinarte, de lo que sea que necesites.

—Eres la hermana de la alta lady de la Corte Noche —replicó Mor, sorprendida—. Tu presencia tendrá un efecto notable y es posible que incluso te convierta en un objetivo.

—Puedo protegerme sola —declaró Elain alzando el mentón. Mor tuvo la decencia necesaria para no mofarse de ella—. Y en cuanto a lo de ser la hermana de Feyre… Creo que mi presencia aportará más legitimidad, más urgencia, a tu petición de paz.

—¿En qué sentido? —preguntó Mor.

No le costaba nada seguirle la corriente.

Elain echó un vistazo de reojo a la casa del río a su espalda. Estaba claro que no le había hablado a nadie de aquel plan.

Si Mor se la llevaba a Vallahan, ¿quién la mataría primero? ¿Rhys? ¿Feyre? ¿Nesta? ¿Azriel? ¿Lucien? La lista de posibles asesinos llegaría hasta la puerta.

No obstante, Elain se explicó:

—Dará la impresión de que Feyre está dispuesta a mandar a alguien de su propia sangre como muestra de buena voluntad. De que confía en ellos.

Mor se cruzó de brazos.

—Mmm.

—Y también está el hecho de que tú y yo somos bastante atractivas —añadió Elain, algo más tímida.

Mor enarcó una ceja.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Suele influir en que la gente… acceda a hacer cosas que, en otras circunstancias, tal vez no haría.

En esa ocasión, Mor soltó una risita.

—Por muy halagador que sea que creas que yo, o nosotras, vayamos a impedir esta invasión porque somos lo bastante atractivas hasta para eso… La cosa no funciona así. Esas personas son tan viejas y avariciosas como para que, por mucho que les tiente acostarse con una de las dos, la perspectiva de reconquistar vastas franjas de territorio les resulte más seductora.

Elain hizo una mueca y volvió a intentarlo.

—También está el hecho de que me Hicieron.

Mor se quedó inmóvil, y Elain la presionó.

—Y soy vidente. Es posible que no esté al tanto de todo lo que decís en vuestras reuniones, pero no soy ninguna tonta. Presto atención. Soy bastante lista, aunque todos creáis que no es así.

Algo parecido a la vergüenza atenazó a Mor. Pero se obligó a decir:

—¿Adónde quieres llegar?

Elain entornó los ojos.

—Pues a que entiendo lo que teméis que esté sucediendo en Vallahan. Que o ya tienen o están a punto de conseguir un arma Hecha. Mis hermanas nunca se molestan en pedirme ayuda, pero… —Se encogió de hombros—. A lo mejor podría encontrarla para ti o averiguar si Vallahan la tiene ya en su posesión. Es posible que me hable. Lo igual llama a lo igual. Y he oído que necesitáis presentar pruebas a nuestros posibles aliados; pruebas de que esos enemigos están compinchados con ese al que llaman «Koschei el Inmortal». También puedo ayudarte a recabarlas de cualquier forma que esté a mi alcance. La gente suele olvidarse de mi presencia. A lo mejor no es una característica demasiado atractiva, pero podría resultar útil de todas formas. —Pronunció las últimas palabras en voz muy baja, apenas más que un susurro—. Aunque no tengo las mismas

habilidades que poseen mis hermanas, puedo intentarlo. Lo intentaré.

Mor no le contestó. Se limitó a mirarla. Sopesándolo.

Elain se desinfló. Hundió los hombros y bajó la cabeza. Como si supiera de antemano lo que le iba a responder. Lo mismo que le habían dicho otros en un centenar de ocasiones a lo largo de los últimos años.

Era horrible. Ese movimiento hacia dentro, como si se desmoronase y se doblase sobre sí misma.

—No puedo… —continuó Elain con la voz ronca por la emoción—. No puedo quedarme aquí —repitió—. No puedo. —Se le rompió la voz—. Y quiero ser útil. Por una vez.

Mor echó un vistazo de reojo a la casa del río. Nunca conseguiría el perdón de los demás. Jamás. Puede que incluso fuera peor que cuando Nesta había prestado la Máscara.

—¿Y qué pasa con Az? —preguntó con delicadeza.

Mor sintió una punzada al recordar la discusión que habían mantenido en el puente. Una parte de ella, una considerable, se sentía aliviada de tener que marcharse, aunque solo fuera para no tener que enfrentarse a él durante un tiempo.

Estás huyendo, la acusó una voz interior. *Como siempre.*

La mirada de Elain se tornó desolada.

—No puedo quedarme aquí —susurró una vez más.

Mor dedujo a qué se refería, las palabras que Elain no era capaz de formular todavía. Necesitaba tiempo y distancia; necesitaba alejarse para poder pensar y sentir sin que nadie tirase de ella en una dirección u otra. Mor sabía exactamente cómo se sentía, lo necesario que era para ella marcharse. Tener espacio. Conocía la necesidad de echar a correr sin parar y no mirar atrás.

Y además de eso, Elain estaba en lo cierto. Una vidente (y una vidente Hecha, para más inri) sería útil en Vallahan. Era imperativo que encontrasen ese objeto Hecho. Saber si había caído ya en manos de Vallahan.

—Si te llevo… —empezó Mor con cuidado.

A Elain se le iluminaron los ojos y la esperanza transformó el marrón prácticamente en oro.

—Haré lo que sea necesario, obedeceré todas las órdenes que me des, no me interpondré. Te lo prometo.

Mor contempló el cielo azul con los ojos entornados y soltó un suspiro.

—Por favor, no hagas que me arrepienta de esto.

Le tendió la mano a Elain, que sonrió con lágrimas en los ojos a causa del alivio y se la tomó.

—Gracias —le dijo con efusividad, y le apretó los dedos tan fuerte que le hizo daño—. Gracias.

Mor volvió a suspirar y, en esta ocasión, invocó todavía más poder; el suficiente para transportar dos cuerpos hasta la otra punta del mundo. Cuando llegasen a Thrudheim, estaría tan agotada que no podría hacer casi nada.

—Espera a que sientas el frío que hace en Vallahan para darme las gracias —murmuró.

Y se marcharon.

CONTINÚA LEYENDO
PARA DESCUBRIR
LAS ESCENAS EXTRA

NESTA & CASSIAN

Cassian

No estaba buscando pelea, se dijo Cassian mientras describía el quinto círculo por encima de la extensa finca, pese a aquel frío de principios de primavera tan impropio de la estación y tan despiadado como para dejar sin aliento incluso al guerrero ilyrio más curtido en la batalla. Al fin y al cabo, Rhys le había pedido que entregara la última carta que les había escrito a las reinas humanas, dado que Az estaba ocupado intentando traspasar las molestas defensas que ellas habían alzado alrededor de su palacio y que Mor no quería poner un pie en el reino mortal a menos que fuera imprescindible. Amren quedaba descartada, por supuesto, sencillamente porque era Amren y habría sido como soltar a un gato salvaje en un corral lleno de corderos. De modo que solo quedaba él.

Bueno, también Feyre, pero Rhys y ella estaban… ocupados.

Y, de acuerdo, puede que Cassian hubiese aceptado demasiado deprisa, pero… Estudió la finca, los enfangados terrenos, que ya empezaban a descongelarse, el pueblo a lo lejos y el amenazante bosque, que comenzaba a echar brotes. Después de su primer encuentro, Cassian se había marchado de allí sin tener claro lo que había pasado o quién había tenido las de ganar. Y, por la Madre, en las últimas semanas se había descubierto analizando una y otra vez cada palabra y mirada que había intercambiado con ella.

Ni una sola había sido agradable, cada sílaba que había escupido aquella mujer había sido hiriente y despiadada, y… Cassian suspiró y el viento dispersó las nubecillas blancas de su cálido aliento. No

habría sabido decir qué era peor: lo mucho que había pensado en aquel encuentro o la prisa que se había dado para llegar hasta allí. Y ahora estaba… perdiendo el tiempo.

Ese pensamiento consiguió que se lanzase de cabeza, raudo y de forma casi imprudente, hacia la finca de tejado verde, utilizando magia para que nadie percibiese más que un viento feroz y un sordo aleteo. A pesar de ello, en los establos cercanos, los caballos se agitaron y relincharon al detectar que se acercaba, pero cuando sus cuidadores escrutaron las inmediaciones, no detectaron nada alarmante, de modo que volvieron a la faena.

Cassian intentó no pensar en lo fácil que le había resultado, en que, probablemente, aquella falta de percepción, aquella falta de instinto, acabaría costándoles la vida si el muro caía. Si alguien como él convertía aquella finca en su coto de caza privado.

Él mismo había visto cómo sucedía durante la anterior guerra, pese a que no existían demasiados humanos lo bastante ricos como para poseer terrenos. No obstante, Cassian había sido testigo del estado en el que habían quedado campos enteros de esclavos después de que un fae decidiera divertirse un poco. Aquel pensamiento bastó para obligarlo a rechinar los dientes, y se concentró en la puerta de entrada que tenía delante.

El día anterior habían mandado un mensaje para informar de la hora de su llegada. En consecuencia, cuando llamó a la puerta, apenas transcurrió un instante hasta que alguien la abrió de un tirón.

Aquel brusco movimiento le indicó cuál de las hermanas lo estaba esperando.

Sin embargo, gracias a la magia que lo ocultaba, Nesta Archeron, con su rostro desconcertantemente perfecto, no vio más que algunas zonas en las que la nieve era más fina a lo largo del enfangado jardín y el camino en pendiente que lo atravesaba, cuyos adoquines refulgían a causa de los riachuelos que formaba el hielo que empezaba a descongelarse. Con aire indiferente, la hermana de Feyre abrió la puerta por completo para permitirle el paso e informó a la entrometida e insufrible ama de llaves de que nadie había

llamado a la puerta y de que lo que habían oído era solo el ruido del viento.

Por supuesto. Porque conseguir que todos los sirvientes abandonasen la casa tan a menudo levantaría más sospechas que otra cosa. Sobre todo teniendo en cuenta que la tercera hermana estaba prometida con un imbécil que se dedicaba a cazar fae.

El ama de llaves se escabulló hasta el inmaculado vestíbulo para confirmar por sí misma que no hubiera ninguna visita, pero Nesta se limitó a señalarle que iba a subir a su habitación y que no la molestase durante la siguiente hora. Aunque la mujer abrió la boca para objetar, Nesta repitió la orden con voz monótona y empezó a subir por la enorme escalera alfombrada.

Mientras su joven señora se alejaba, el ama de llaves entornó los ojos hasta que no fueron más que dos rendijas. Cassian, sumido en un silencio sepulcral, rodeó a la mujer mayor y empezó a subir también por la escalera.

Dado que puso el suficiente empeñó en ser sigiloso y en mantener las alas bien pegadas al cuerpo para no rozar nada, apenas prestó la más mínima atención al pesado vestido de un tono violeta pálido que llevaba Nesta. Era más sencillo que otros que le había visto puestos, con un corpiño lo bastante entallado como para resaltar su estrecha cintura. Las mangas ajustadas le permitían exhibir sus esbeltos brazos. Era de constitución más delgada que Feyre y Elain, salvo por los generosos pechos que vio de reojo cuando ella llegó a lo alto de la escalera y giró a la izquierda.

Aunque no era que se fijase en ellos. Demasiado.

Para mantener las apariencias, Nesta se limitó a entrar fatigosamente en su habitación, puede que un poco gruñona y adormilada. No obstante, en cuanto entró en el espacioso dormitorio, adornado con terciopelo y sedas en distintos tonos azules y plateados, y cerró la puerta de roble un instante después, esos ademanes pesados y lentos desaparecieron.

Al igual que la magia que lo ocultaba a él.

La única señal de desconcierto o sorpresa por parte de Nesta fue un parpadeo, y era posible que Cassian abriese un poco más las alas bajo su escrutinio.

—Llegas diez minutos tarde —se limitó a reprocharle ella, que ya avanzaba hacia el extremo más alejado de la habitación, donde unas llamas crepitantes contrarrestaban las frescas temperaturas de principios de primavera. Seguramente allí el sonido del fuego ahogaría el ruido de sus propias voces. Chica lista.

—Por si no lo sabes, tengo otras responsabilidades —repuso él con la misma calma y dedicándole una amplia sonrisa.

Como sobrevolar aquella casa en círculos mientras compilaba una lista de insultos, entre los que pudiera elegir cuando estuviesen cara a cara, y pensaba respuestas para su discusión imaginaria. Igual que haría un auténtico estúpido.

—Y yo que creía —contestó Nesta, que se erguía como una columna de hielo y acero junto al fuego— haberte oído aleteando ahí fuera durante diez minutos. Debía de ser una paloma atrapada en una de las chimeneas.

Él clavó los ojos en ella, que le devolvió la mirada.

Los ánimos de Cassian crecieron a una velocidad vertiginosa ante sus palabras, ante la absurda perfección de aquella mujer. Una espada hecha humana, eso era Nesta.

Le dedicó una sonrisa lenta y feroz, justo del tipo que había descubierto que hacía que ella enfureciera. Una sonrisa con la que sabía que conseguiría que sacara sus encantadoras garras al instante.

—Hola, Nesta. Me alegro de verte.

No obtuvo ninguna reacción, y en el aroma de aquella mujer humana no se produjo ningún cambio al distinguir la sonrisa que solía provocar que los enemigos de Cassian huyeran despavoridos. No consiguió nada, salvo un ligero movimiento de las delicadas aletas de la nariz.

—¿Qué tal está mi hermana?

«Se está recuperando —estuvo a punto de responder—. E intenta escapar del hecho de que empieza a sentir algo por Rhys, además de ignorar deliberadamente que él lleva muchísimo tiempo enamorado de ella. Todas las señales apuntan a que son pareja, pero no soy tan estúpido como para sacarles el tema a ninguno de los dos».

De modo que se limitó a responder:

—Ocupada.

Nesta tragó saliva.

—Tanto que no puede ni dignarse a visitarnos, por lo que veo.

—Feyre ya tiene bastante con lo que lidiar, tanto por la situación con Hybern como por otros asuntos.

El fuego destacó el brillo dorado de la melena de Nesta cuando esta ladeó la cabeza. Un depredador estudiando a un digno oponente.

—¿Y cuál es tu papel en todo esto?

Cassian plantó los pies en el suelo, bien separados.

—Estoy al mando de los ejércitos de Rhys.

Sus ojos azules grisáceos le dieron un repaso capaz de cortarle las pelotas a alguien con menos arrojo.

—¿Todos ellos?

—Los importantes.

Tras soltar un bufido, Nesta se giró hacia el fuego. Cassian tenía claro que acababa de desdeñarlo y menospreciarlo como nunca en su vida.

Se puso tenso.

—Exactamente, ¿qué haces tú que sea importante?

Ella levantó la cabeza con brusquedad. Vaya, había dado en el clavo.

—¿Por qué debería tomarme la molestia de justificarme —replicó Nesta con una frialdad letal— ante alguien que está encantado de conocerse y que su enorme ego apenas cabe en esta habitación?

En esta ocasión le tocó parpadear a Cassian.

De inmediato, echó a andar hacia ella y recorrió con sus largas zancadas la ornamentada alfombra que los separaba. Nesta no se amedrentó, no retrocedió ni un solo paso. Solo levantó la cabeza para sostenerle la mirada cuando Cassian se cernió sobre ella, abrió ligeramente las alas y le dijo entre dientes:

—¿Has sabido algo de las reinas?

Ella frunció el ceño.

—Por mucho que lideres los ejércitos del alto lord, sigues siendo un bruto. Como no has logrado acobardarme con tus palabras, ahora

buscas intimidarme con tu descomunal tamaño.

—Descomunal…

—Me necesitas más que yo a ti. Así que te sugiero que te limites a portarte bien, pliegues esas alas de murciélago y me lo preguntes con amabilidad.

Cassian no hizo nada parecido.

Lo que sí que hizo fue acercarse un paso más, apoyar una mano en la repisa e inclinarse lo suficiente como para aspirar su aroma.

El olor de aquella mujer lo golpeó con tal intensidad que a duras penas fue capaz de seguir concentrado, y necesitó echar mano de sus cinco siglos de entrenamiento para sostenerle la mirada en lugar de poner los ojos en blanco, para mantenerse inmóvil en lugar de enterrar la nariz en el hueco entre el cuello y el hombro de Nesta, para impedirse a sí mismo aproximarse más o… tocarla.

Ella permaneció imperturbable y ni siquiera se sonrojó mientras Cassian se esforzaba por mantener las distancias, a pesar de que la separación entre sus caras era de unos pocos centímetros.

Nesta era joven. Tendría veintidós años, veintitrés a lo sumo. Pero ¿había estado con un hombre? A Cassian no debería importarle, ni siquiera debería estar planteándoselo, y para él no suponía ninguna diferencia, solo que… Por lo general, era capaz de intuirlo. Aunque… no en el caso de Nesta. De modo que acercó la cara un poco más, provocando que un mechón de pelo oscuro le cayera sobre la frente, y ronroneó:

—Hay ciertas circunstancias en las que prefiero portarme mal, Nesta Archeron.

Nesta

El fae, Cassian, era peligroso.

Lo era, por supuesto, en el sentido que cabía esperar, pues era alto, musculoso y hábil con las armas y en la guerra. Luego estaban esas enormes alas y el minúsculo detalle de que era un letal guerrero fae al servicio del alto lord más poderoso de la historia. Un

alto lord con el que su hermana tenía una relación cercana. De quien se estaba enamorando, si Nesta lo había interpretado correctamente. Él ya la amaba con locura, eso era obvio.

Sin embargo, Cassian era peligroso por un motivo del todo distinto. No por su atractivo rostro, sino por esos ojos color avellana… que tenían un modo muy particular de evaluarlo todo y a todos.

Pegada a la repisa, sentía el crepitar de las llamas ardiendo contra su costado izquierdo mientras Cassian se cernía sobre ella, lo bastante cerca como para compartir el aliento. Nesta contó las respiraciones. Le sostuvo la mirada y deseó que él no viera más allá, que no se molestara en mirar más adentro. Era mejor distraerlo con palabras punzantes, con el rechazo más absoluto.

O… con aquello. Con la prueba que él acababa de plantearle.

Sin duda, la intención del fae era encontrar otra debilidad. ¿Podría sobrepasar las defensas de Nesta en aquel sentido?

¿Quería portarse mal? Ella curvó los labios en una sonrisa.

—Si quisiera que un macho me pusiera las zarpas encima —le soltó negándose a bajar la mirada—, antes me acercaría a uno de los sabuesos.

No logró borrarle esa insoportable sonrisa. Y Cassian se lanzó directo a la yugular cuando le preguntó:

—¿Has estado alguna vez con un hombre, Nesta?

Podía contarle la verdad o una mentira. ¿Cuál de ellas le proporcionaría la mayor ventaja?

—¿Tú has estado con alguno? —se limitó a decir.

Cassian se rio entre dientes y ella sintió la caricia de su aliento en los labios.

—Yo he preguntado primero, encanto. —Ladeó la cabeza y unos mechones de su pelo negro como la noche se le deslizaron por la frente como si fueran de seda—. A no ser que prefieras la compañía femenina.

No constituiría ningún insulto si ese fuera el caso, pero él lo había dicho de forma tan burlona que Nesta apoyó una mano en su pecho de forma descarada. Bajo la ajustada ropa de cuero, ideal para pelear, palpó un músculo esculpido, y el calor corporal de él le

calentó la palma. Fuego. Cassian le recordaba al fuego hecho carne. Presionó con suavidad contra su torso y se fijó en que su propia mano parecía más pequeña en contraste con el ancho pecho de él.

Era un asesino entrenado, un depredador de nacimiento que además se había entrenado para ello.

Arrogante por naturaleza.

Cuando Nesta se acercó un paso más, Cassian se vio obligado a ponerse todavía más recto. De lo contrario, la distancia entre las bocas de ambos habría desaparecido por completo.

—Mis preferencias no te incumben —declaró ella—. Como tampoco…

—No has respondido a mi primera pregunta. ¿O acaso todas las demás que me has formulado eran una distracción?

—¿Qué más te da?

—Otra pregunta. —Cassian esbozó una sonrisa repleta de arrogancia.

Y así como así, Nesta encontró la respuesta que sabía que lo atormentaría.

De modo que se rozó contra el cuerpo del macho, poco más que el susurro de una caricia, pero de todas formas consiguió que él se quedara rígido. Las pupilas incluso se le dilataron hasta prácticamente devorar sus iris color avellana.

—No, no he estado con ninguno —canturreó. Era la verdad. Apretó la mano contra aquel pecho recubierto de cuero—. ¿Para qué molestarme? Cuando alcancé la edad apropiada, estaba rodeada de brutos de origen humilde y bastardos. Prefiero utilizar mi propia mano antes que permitir que me mancillen con las suyas.

Cualquier diversión que sintiera Cassian se desvaneció. Nesta podría haber jurado que había oído cómo aquel dardo en forma de palabras acertaba de lleno en el objetivo. Sabía lo suficiente sobre los orígenes del fae. De modo que le había dicho la verdad, pero la había recubierto de suficientes espinas como para que se hiciera daño si le daba demasiadas vueltas al tema.

No, no había estado con nadie, ni fae ni humano. Tomas había querido y Nesta… Una parte de ella había sabido que no tenía ningún futuro con él. Sabía lo odioso que era su padre y las palizas

que le daba a su madre, y que Tomas no movía ni un dedo para impedírselo. Ella apenas había dejado que la besara, y el día en que había decidido poner fin a su relación, él…

Nesta tragó saliva y bloqueó el recuerdo de lo que Tomas había dicho y hecho. El ruido que había producido su vestido cuando él se lo había desgarrado. No, no consiguió llegar más allá, pero… Mientras lo intentaba, Nesta sintió un terror ciego. Después, se puso a gritar y lo arañó hasta conseguir que la soltara. Nunca se lo había contado a nadie.

Su expresión o su olor debieron de delatarla.

Porque la irritación de Cassian desapareció. No, de hecho cambió. Se transformó en otra cosa, en algo que parecía… rabia.

Eso era lo que había invadido la expresión del fae.

Una rabia pura y abrasadora.

Le robó el aliento, así como también cualquier sensación de ser ella quien llevaba las de ganar.

—¿Quién fue? —gruñó él entre dientes.

Nesta odiaba a Tomas, lo suficiente como para fantasear de vez en cuando con que lo atropellase una carreta. No obstante, no le desearía a nadie el tipo de muerte que prometían los ojos de Cassian.

—No sé de qué me hablas —replicó, e hizo ademán de apartar la mano.

Él se la agarró, tan deprisa que Nesta casi ni detectó el movimiento, y se la retuvo contra su pecho.

En aquellos momentos el corazón de Cassian latía desbocado, un estruendoso y fuerte galope.

Qué peligroso era. Peligrosísimo.

Aunque solo fuera porque, con él, sentía que perdía el control. Porque no tenía ni idea de lo que haría Cassian, o ella misma, si llegaran a cruzarse en un momento de vulnerabilidad de Nesta, por mucho que fuera un único instante.

—¿Alguien te ha hecho daño? —preguntó él con una voz tan gutural que ella a duras penas lo entendió.

La ira, la inmovilidad que lo había invadido… Eran señales que delataban que estaba a punto de matar. Que tenía ganas de matar.

Nesta sintió el roce de los callos de la mano del fae cuando Cassian presionó la palma de ella contra su propio pecho.

Nesta no le había respondido.

—¿Cambiaría algo de haber sido así? ¿Me verías de forma distinta o me tratarías de un modo diferente?

—Perseguiría al culpable y le rompería hasta el último hueso del cuerpo.

Nesta sintió que un escalofrío le recorría la columna. No porque él la asustase, sino por la verdad que contenía aquella declaración. Por su sinceridad.

—No me conoces —soltó—. ¿Por qué ibas a molestarte?

Cassian gruñó y se acercó más a ella mientras le aferraba la mano con fuerza. Un instante después se detuvo. Como si hubiera asimilado la pregunta. La situación. Parpadeó.

—Lo haría por cualquiera.

Nesta sabía que lo decía en serio, que de verdad lo haría.

Puede que aquello fuese lo que la ponía de los nervios, lo que la impulsaba a querer herirlo. Aquella sinceridad absoluta. El hecho de que honrase sus promesas y que, el primer día que se habían visto, hubiese juzgado… el comportamiento de Nesta cuando vivían en la choza de su familia.

Su cobardía y su egoísmo. La rabia que la había consumido hasta tal punto que había deseado que todas muriesen de hambre, solo para comprobar si su padre se molestaría en salvarlas. Pero luego, la pequeña Feyre había tomado las riendas y Nesta también la odió por ello, porque había hecho lo impensable y los había mantenido a todos con vida.

Nesta no sabía qué hacer con ella, con toda esa rabia. Seguía persiguiéndola y ardiendo en su interior, seguía generándole ganas de romper cosas, de rugir y de reducir el mundo a pedazos. Lo sentía todo, con demasiada intensidad, con demasiada vehemencia. A veces pensaba que odiaba, se preocupaba, amaba y temía más que los demás. Y podía pasar de una emoción a otra en cuestión de segundos, como si se estuviera probando distintos conjuntos, y nadie parecía darse cuenta, o a nadie parecía importarle.

Excepto a él. Él era capaz de verlo, de sentirlo.

Esa primera tarde, cuando Cassian la había mirado, lo había visto todo. No la cara y el cuerpo en los que se fijaban los hombres humanos, sino a ella en su totalidad. A Nesta le habían entrado ganas de hacerle daño antes de que pudiera revelarle todo aquello a alguien más, había querido encontrar la forma de quebrarlo para que no pudiese…

La mano que apretaba la suya contra el pecho de Cassian pasó a aferrarla con más delicadeza. Él le acarició el dorso con el pulgar, áspero a causa de los callos que tenía en la yema del dedo.

Un tronco se movió en la chimenea y crepitó cuando las brasas explotaron e inundaron de luz la estancia.

Se había quedado mirando fijamente al guerrero fae. Él parpadeó y entreabrió un poco la boca.

Cassian se inclinó hacia ella y Nesta echó la cabeza hacia atrás para dejar el cuello al descubierto y darle vía libre mientras él le rozaba la garganta con la nariz.

Cassian

Que la Madre y el Caldero se apiadasen de él.

Menuda mujer.

«Nesta».

Cassian era incapaz de retroceder para alejarse del límite que los separaba de forma tan clara. En cierto momento le habían entrado ganas de estrangularla, pero cuando leyó en su expresión el terror que su pasado le provocaba, la calma asesina que lo había invadido lo asustó incluso a él mismo y entonces… Entonces todo se detuvo, con ambos en pleno ojo de la tormenta, y allí estaba ella.

Y había visto cómo los pensamientos de Nesta se arremolinaban en sus ojos azul grisáceo, como si se tratara de humo al otro lado de un cristal. Había detectado cómo giraban los engranajes de la astuta mente que se hallaba tras ese rostro, el mismo que llevaba semanas sin lograr sacarse de la cabeza.

De modo que sencillamente… se había movido.

Y Nesta había echado la cabeza hacia atrás, concediéndole así acceso a su cuello.

Hasta el último instinto de Cassian cobró vida con un rugido tan violento que se vio obligado a reprimirlos todos con brutal contundencia para no acabar de rodillas, suplicando una caricia, suplicando cualquier migaja.

En vez de eso, se inclinó y le rozó un lado del cuello con la punta de la nariz.

Suave… Tenía la piel increíblemente suave, y muy delicada. Cassian detectó el aroma de la sangre mortal que corría por sus venas. Se llenó los pulmones con el olor de aquella mujer, un aroma que consiguió que empezara a empalmarse, como si se hubiera aferrado a una parte intrínseca de su ser y le hubiese hundido las garras.

«Nesta, Nesta, Nesta».

Ella cerró los ojos y emitió un ruidito jadeante cuando Cassian rozó con los labios la zona por la que acababa de pasar la nariz.

A él estuvieron a punto de cederle las rodillas cuando Nesta hundió la mano en su ropa de cuero. Intentó no pensar en la sensación que le provocaría esa mano en otras partes del cuerpo. Apretándolo, acariciándolo.

«Más, más, más», clamó su cuerpo.

Cassian ladeó la cabeza y la besó en otra zona, más cerca de la mandíbula en esta ocasión.

El pulso errático de Nesta era como el aleteo de un colibrí, pese a que su cuerpo estaba tenso y relajado en todos los lugares apropiados y al rubor que se extendía por sus magníficos pechos. Eran lo bastante grandes como para llenar las manos de Cassian y para que hundiera la cara en ellos hasta que ella le suplicase…

El pulso de Nesta tamborileó bajo su boca. Sacó la lengua para acariciarle aquel punto.

Fue esa caricia la que provocó que ella se apartase de un salto.

Nesta se estrelló contra el panel de madera con tanta fuerza que Cassian extendió la mano en su dirección. No obstante, se fijó en que se llevaba la mano a la garganta, lívida y ojiplática.

Cassian se adelantó al veneno que sabía que estaba a punto de escupirle y le soltó:

—Parece que estás un poco tensa últimamente, ¿eh, Nesta?

Ella se apartó la mano de la garganta y siseó en respuesta:

—¿Eso que acabas de hacer es algún tipo de magia fae?

Él soltó una carcajada.

—En absoluto. Aunque me halaga que lo creas.

Aunque Nesta echaba chispas por los ojos, soltó una risita pensativa por lo bajo.

—Vaya —dijo cuando pasó junto a él y se dirigió a la ventana con un andar tranquilo y calculado—. Si un guerrero fae bastardo es capaz de algo así, no me extraña que mi hermana se relacione con los altos lores.

«Zorra».

Era una zorra por insultarlos así, tanto a Feyre como a Cassian.

—¿Qué te molesta más, Nesta? ¿Lo mucho que lo deseabas o que haya sido un bastardo sin título el que te ha hecho sentir esas cosas?

—Ha sido un invierno muy largo. Supongo que, cuando hay hambre, no hay pan duro.

Nesta estaba levantando un muro tras otro, su postura se volvió más rígida y…

¿Por qué le importaba? ¿A él qué más le daba? Ya tenía bastante con lo que lidiar. Añadir a la mezcla a una mortal a la que le quedaban unas pocas décadas antes de que las cosas entre ambos se volvieran raras era… una estupidez. Y, además, no había que olvidar el asunto de tener que dar explicaciones a todo el mundo.

A Mor. Se le heló la sangre.

Cassian no era estúpido. Sabía que Azriel y ella eran… Lo que quiera que fuesen. Sabía que su amigo llevaba enamorado de Mor desde el preciso instante en que ella había aparecido pavoneándose en el campamento de guerra ilyrio hacía cinco siglos. Y Cassian se había puesto celoso de las tímidas miradas que Mor le había lanzado a Azriel durante esas primeras semanas y del hecho de que su querido amigo y hermano… prestase atención a otra persona. Porque, desde el momento en que ella había aparecido, Azriel había

cambiado. De forma muy sutil, pero Cassian sabía que su amigo ya no les pertenecía solo a Rhys y a él.

De modo que, cuando Mor le había pedido que se acostase con ella… Había accedido. Como el imbécil estúpido y celoso que era, había accedido. Y se había arrepentido tras esa primera embestida, cuando tomó consciencia de la virginidad de Mor y de las monumentales consecuencias de la decisión de esta.

No obstante, ella se había alejado y Azriel no se había lanzado, y… Mor seguía interponiéndose entre ambos. En algún punto intermedio entre amiga y amante. Cassian la apreciaba como si fuera de la familia, pero… Se había odiado a sí mismo cuando había visto la expresión de Azriel después de que todo ocurriese.

Y luego por lo que le había ocurrido a Mor a manos de su propia familia.

Cassian había tenido amantes, algunas le duraron una noche y otras, meses, y a Mor nunca le había importado, pero…

Aquella mujer que se hallaba ante él, erguida como una columna de acero y fuego… Cassian no quería hablarle de ella a Mor. No quería contarle cómo le había acariciado el cuello.

—Por el entusiasmo con el que has acogido la distracción, deduzco que las reinas no se han puesto en contacto, así que voy a irme ya —se las apañó para decir. Mejor marcharse antes de que ella lo castrara del todo. Chasqueó los dedos y la misiva que había escrito Rhys se materializó en su mano. La lanzó sobre una mesita baja que le quedaba cerca—. Envíales esta carta a las reinas cuanto antes.

Nesta paseó la mirada entre el sobre y él, y se cuadró de hombros.

—Diles a mi hermana y a ese nuevo alto lord que se ha buscado que la próxima vez manden a otro.

Cassian esbozó una sonrisa salvaje en la que enseñó todos los dientes.

—Y tú dile a tu otra hermana que preferiríamos tratar con ella.

—No metas a Elain en esto. Cuanta menos relación tenga con los de tu especie, mejor.

—¿Por qué dejas que se case con ese imbécil prejuicioso? —se le escapó.

—Tiene buenos motivos para odiar a los tuyos. Como todos.

—Eso son sandeces, y lo sabes.

—Creía que ya te ibas.

—Tienes una puñetera opinión sobre absolutamente todo el mundo. ¿Por qué no le dices a Elain que va a casarse con un monstruo?

—Puede que todos los machos seáis monstruos.

Si algún hombre le había hecho daño, Cassian no la culpaba por aquella opinión. A pesar de ello, sus siguientes palabras fueron cortantes:

—Se merece a alguien mejor.

—Pues claro que sí —repuso ella fría e inexpresiva.

Cassian insistió, sencillamente porque fue incapaz de controlarse.

—¿Y qué mereces tú?

Ella esbozó una lenta sonrisa y, en efecto, se parecía a un gato salvaje preparándose para matar.

—Más que a un bastardo sin título, eso seguro.

«Zorra».

—Eres una aliada increíble, Nesta —replicó sin embargo, arrastrando las palabras—. Recuérdame que la próxima vez te traiga un libro sobre estrategia militar. Puede que así tengas alguna posibilidad.

Ella le lanzó una mirada fría y apática.

—Es más fácil así, ¿verdad? —susurró Cassian, que volvió a reducir la distancia que los separaba, sin que le importase si alguien los veía a través del ventanal—. Esgrimes las palabras y la frialdad a modo de armadura para impedir que nadie vea en qué te equivocaste y a quién le fallaste, además del hecho de que no te preocupaste hasta que fue demasiado tarde.

En los ojos de Nesta ya solo se distinguía odio, no quedaba ni rastro del deseo oculto que le había trastocado los sentidos a Cassian.

—Pues bien, Nesta Archeron, yo lo veo. Y también percibo a la chica aburrida y consentida…

A pesar de que ella se movió increíblemente deprisa para ser una humana, sus gestos seguían siendo lo bastante lentos como para

que él bloquease el ataque.

Cassian la agarró por la rodilla que había levantado y que ya estaba a pocos centímetros de sus pelotas, y apretó lo suficiente como para hacerla sisear.

—Eso ha sido un golpe bajo —le reprochó con una media sonrisa —. Ven a jugar conmigo, Nesta, y te enseñaré posturas mucho más interesantes para que un macho acabe de rodillas.

Ella intentó librarse de su agarre, pero Cassian no se lo permitió. Nesta se balanceó hacia atrás y él la sujetó por la cintura y la pegó a su cuerpo para impedir que cayese por la ventana. Se rio con disimulo cuando se vio envuelto por sus faldas.

—¿Se puede saber qué escondes debajo de todo esto?

Ella recuperó el equilibrio lo suficiente como para apartar la rodilla y obligarlo a soltarla.

—Lárgate de mi casa.

Cassian se limitó a esbozar una amplia sonrisa.

Nesta se abalanzó sobre él, quien creyó que iba a estrangularlo, por lo que la agarró de las muñecas, pero…

Ella le acunó la cara con las manos, frías y firmes sobre sus mejillas, y tiró de él hacia abajo para lograr que se agachase.

A Cassian se le entrecortó la respiración cuando Nesta bajó la mirada hasta su boca y descendió para quedar a su nivel, apretando los suaves pechos contra él. «Estúpido, estúpido, estúpido…».

Le daba igual. Cuando ella se puso de puntillas y le acercó la boca, decidió que todo lo demás le importaba una mierda…

El dolor le explotó entre las piernas y lo dejó sin aire en los pulmones en cuanto la maldita rodilla de Nesta acertó de lleno en el blanco.

Cassian retrocedió a trompicones mientras soltaba una retahíla de improperios. Ella se rio entre dientes y lo miró desde arriba en el instante en que él cayó de culo en una butaca, aferrándose el estómago e intentando poner en orden sus pensamientos…

—Sois todos iguales —le reprochó Nesta, imperiosa como la noche y tan gélida como la aurora—. Quizá tu inmortalidad te vuelve más predecible.

—Serás… —jadeó él.

Una risa ronca escapó de esos labios. Unos labios que Cassian había estado preparado para saborear, para devorar…

—No, las reinas no se han puesto en contacto —declaró Nesta, que ya se dirigía hacia la puerta—. No me han dicho absolutamente nada.

Cassian quiso obligar a sus piernas a moverse, pero el dolor, que aún no se había desvanecido, le inmovilizaba las rodillas.

—Mandaré la carta mañana a primera hora. —Nesta se detuvo con la mano en el pomo y lo miró por encima del hombro—. No tienes ni idea de quién soy, ni de lo que he hecho, ni de lo que quiero. Y ya que estamos… La próxima vez, que venga otro. Si vuelvo a verte aparecer, gritaré tan fuerte que los criados acudirán corriendo a comprobar qué sucede.

Cassian se la quedó mirando con la boca abierta. El dolor se había atenuado lo suficiente como para ponerse en pie con dificultad.

Sin embargo, Nesta ya había desaparecido pasillo adelante, donde un sirviente le dijo algo y ella le respondió con un murmullo.

Cassian se marchó un minuto después. No por la puerta principal, sino que se coló como pudo por la maldita ventana de su dormitorio, como un ladrón en plena noche. Se lanzó al cielo antes de que el susurro de sus aleteos despertase la curiosidad de nadie.

No sobrevoló la casa en círculos. Sentía la atención de Nesta sobre él cuando puso rumbo al muro. Pese a que la magia lo volvía invisible, notaba sus ojos de un azul grisáceo clavados en él.

La sensación lo persiguió durante todo el camino de vuelta a Velaris.

FEYRE & RHYS

Feyre

—Vaya, pues ha ido mejor de lo que me esperaba —admitió Rhys después de que todos se hubieran marchado. Había apoyado la cabeza en el reposabrazos del sofá del estudio. Nesta y Cassian habían regresado a la Casa del Viento, ya que mi hermana había prometido investigar allí por dónde empezar a buscar el Tesoro del Miedo—. Aunque lo de Nesta y Elain ha sido un desastre —añadió mi pareja con ironía.

Al volver de hablar con mi hermana sobre el bebé, sobre el niño, me había encontrado a Rhys tumbado en el sofá, con un brazo encima de los ojos, como si necesitase un momento de paz después de soportar el eufórico entusiasmo de Cassian y Azriel.

Me dejé caer en el sofá junto a él y le levanté las musculosas piernas para colarme debajo con un contoneo.

—Elain ha sacado las garras —comenté—. Eso no me lo esperaba. —Como tampoco lo que había dicho acerca de su trauma. Había contado en serio lo que había hablado con Nesta; ¿cuántas veces me había centrado exclusivamente en mi propio terror mientras Elain sufría?

Rhys me observó con los ojos entornados, el vivo retrato de la elegancia perezosa.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

Me encogí de hombros y recliné la cabeza contra los cojines.

—Culpable. Ha dirigido toda su rabia hacia Nesta, pero yo también me la merezco.

Elain y yo habíamos desarrollado una relación más cercana desde el final de la guerra contra Hybern. Era cierto que quizá nunca saldría de copas con ella como lo hacía con Mor, y a veces con Amren, pero…, bueno, había un bebé en camino. De todos modos, no tenía permitido beber. Y puede que mi hermana no llegara a ser nunca la primera persona a quien acudiría cuando tuviese un problema o necesitase un consejo, pero entre nosotras había un pacífico y amigable entendimiento. Su compañía me resultaba agradable.

Me pregunté si mi hermana se ofendería en caso de saber lo que opinaba de ella. Yo en su lugar me sentiría molesta, sin duda.

—¿Alguna vez la habías visto comportarse de ese modo? —me preguntó Rhys.

—No. —Me mordí el labio inferior. Rhys no perdió detalle del gesto —. Es decir, ha actuado con valentía cuando ha tenido que hacerlo, pero jamás ha buscado pelea.

—Es posible que nunca haya tenido la oportunidad de mostrar esa faceta.

Giré la cabeza hacia él con brusquedad.

—¿Crees que no la dejo ser ella misma?

Rhys levantó las manos.

—No me refiero solo a ti. —Echó un vistazo al estudio mientras pensaba—. Pero como todo el mundo lleva tanto tiempo dando por sentado que Elain es dulce e inocente, me pregunto si ella misma siente que, si se comporta de forma diferente, acabará decepcionándoos a todos. —Miró al techo y suspiró—. Si le damos tiempo y conseguimos que se sienta segura, es posible que veamos emerger un lado distinto de ella.

—Eso se parece peligrosamente a lo que ha dicho Nesta sobre que Elain se vuelva interesante por fin.

—Nesta no siempre se equivoca.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Elain te parece aburrida?

—Me parece amable, y siempre preferiré esa amabilidad por encima de la maldad. No obstante, creo que todavía no hemos sido testigos de todo lo que puede ofrecer. —Esbozó una sonrisa ladeada

—. No olvides que con la jardinería suelen obtenerse resultados preciosos, pero eso implica ensuciarse las manos en el proceso.

—Y cortarse con las espinas —musité al recordar la mañana del último verano en que Elain había entrado en casa con la palma sangrando a causa de varias heridas. Se las había hecho por culpa de un obstinado rosal que le había perforado los guantes. Las espinas le habían rasgado la piel y se le habían clavado unos fragmentos afilados que yo había tenido que arrancarle.

No me había atrevido a mencionar que aquello no habría pasado de haberse puesto los guantes encantados que Lucien le había regalado el último solsticio.

Suspiré y me froté de forma distraída el estómago, que aún tenía plano.

—Centrémonos en ayudar primero a una hermana antes de empezar con la siguiente.

—Me parece bien —respondió lentamente Rhys.

Lo inmovilicé con los ojos.

—¿De verdad era necesario que fulminases de esa forma a Nesta con la mirada?

Él se incorporó con una expresión de pura inocencia.

—No sé de qué me hablas, querida Feyre. —Se inclinó hacia mí y el aire emitió un ligero brillo cuando hizo desaparecer el escudo que me rodeaba. Me dio un beso fugaz en la mejilla—. Yo jamás haría nada parecido. Debes de estar pensando en tu otra pareja.

—Sí, en el que es cruel, sobreprotector y está medio loco. —Sonreí mientras él me besaba en la mejilla y luego en el cuello. Se me encogieron los dedos de los pies.

—¿Cruel? —ronroneó Rhys contra mi piel—. Me hieres con esas palabras.

Le permití que me tumbara sobre los cojines y saboreé la sensación de su peso sobre mí mientras se erguía para apoyarse en los codos.

—Se te ve feliz —me dijo, con una sonrisa dulce y tierna que no muchos veían más allá de Velaris.

—Lo soy —contesté—. Y me hace feliz que nuestra familia comparta nuestra dicha. —Al margen de lo difícil que se hubiera

vuelto mi relación con Nesta, su felicitación había prendido algo en mi pecho.

—Si me consideras sobreprotector a mí —comentó Rhys, cuyo pelo negro le cayó sobre la cara—, espera a que Mor regrese de Vallahan. No volverás a salir de casa sin escolta.

—Creía que por quienes tendría que preocuparme sería por Azriel y Cassian.

—Oh, ellos te volverán loca. Pero es probable que Mor añada un segundo escudo a tu alrededor y además compruebe seis veces al día que estés comiendo y durmiendo lo suficiente.

—Madre, ten piedad —gemí.

—Mmm —murmuró Rhys, cuyos ojos prácticamente me deslumbraron mientras jugueteaba con el extremo de mi trenza.

Durante un largo minuto nos sonreímos el uno al otro. Bebí con avidez de cada plano de su rostro, de cada rescoldo de calidez y felicidad que irradiaba.

—Cassian ha dicho que has estado de mal humor. ¿Por qué?

Me creía lo que había dicho nuestro amigo, solo que Rhys no se había mostrado malhumorado conmigo. Al contrario. Últimamente, cuando mi pareja me miraba, lo que brillaba en sus ojos era el amor más puro.

Jamás se me olvidaría el momento en el que habíamos descubierto que estaba embarazada del precioso niño que el Tallador de Huesos me había enseñado en una ocasión. Yo estaba sentada ante un caballete en la galería, bien entrada la noche, pintando la pesadilla que había tenido el día anterior.

Los niños ya se habían ido a casa y era la única que quedaba allí, lo cual era poco frecuente en los últimos tiempos, pero, cosa rara, sentía que me sobraba algo de energía después de las clases. Lo que los niños pintaban a menudo me llenaba los ojos de lágrimas, aunque era muy cuidadosa y siempre lo ocultaba. No obstante, pese a que aquel trabajo aumentaba la cantidad de emociones complicadas que experimentaba a diario, había resultado ser gratificante de un modo que jamás me habría esperado. Me hacía sentir de un modo que ni toda mi considerable magia había logrado nunca.

Y lo único que podía hacer con todas aquellas emociones era pintar.

Las pesadillas me habían hecho sentir desequilibrada todo el día y habían permanecido en mi mente como una especie de moretón. Había soñado que me hallaba en Bajo la Montaña, enfrentándome de nuevo a mi segunda prueba, y que esos afilados pinchos de metal descendían y acabarían por empalarme, a no ser que tirase a tiempo de la palanca correcta. Por algún motivo, volvía a ser analfabeta y era incapaz de descifrar las marcas de la pared, por lo que me veía obligada a elegir al azar entre mi salvación o mi perdición. En la vida real había sido Rhys quien me había salvado, pero en el sueño él no estaba allí.

La única presente era Amarantha, el rey de Hybern era una mera sombra a su espalda. Y por algún motivo, nadie sabía dónde me encontraba, que me habían arrastrado hasta allí porque ella había descubierto que la primera vez había salido victoriosa haciendo trampas, y nunca podría escapar, nunca podría escapar, nunca podría escapar…

Ese fue mi último pensamiento antes de despertarme de golpe, empapada en sudor y con el corazón desbocado. Rhys se había movido medio en sueños y me había acercado a él para taparnos a ambos con una de sus alas, y aunque me había acurrucado junto a su fuerza y su calidez, no había logrado volver a dormirme.

De modo que, al día siguiente, había esperado a que los niños abandonasen el estudio antes de sacar un lienzo en blanco y mi paleta. Me preparé una infusión caliente de té de menta y raíz de regaliz, y cogí el pincel.

Llevaba dos horas pintando aquella pesadilla, de espaldas a la puerta, cuando Rhys entró. Permaneció en completo silencio. Pero no se trataba del silencio satisfecho en el que a veces se sumía al observarme mientras pintaba. Era un silencio rebosante de la más absoluta conmoción.

Me giré para mirarlo justo a tiempo de verlo caer de rodillas.

A continuación empezó a llorar y a reírse, y la única palabra que pude distinguir en mitad de su eufórico balbuceo fue «bebé». Salté del taburete. Yo también estaba llorando cuando me lancé a sus

brazos y los dos acabamos en el suelo. Rhys me tocó el estómago, maravillado.

Algo había cambiado en mi aroma desde que me despedí de él por la mañana, puede que incluso desde que me despedí de los niños. La vida al fin había enraizado en mi interior.

Nos habíamos quedado tumbados en el suelo, entremezclando risas y lágrimas, y solo lo besé una vez que nos hubimos calmado. Después de eso, nuestra ropa desapareció y lo monté en el suelo del estudio, dejando que la luz de mi interior brillase lo suficiente como para inundar la estancia de sombras. Rhys se había echado a llorar mientras observaba cómo me movía, y derramó lágrimas silenciosas en mitad de la oscuridad plagada de estrellas que él mismo emanaba. Cuando me incliné para lamerlas, se corrió con tanta fuerza que me hizo alcanzar también el máximo placer.

Y ahora, igual que había hecho en esa ocasión en el estudio, mi pareja trazaba círculos perezosos sobre mi estómago y mis pechos, que sentía pesados y doloridos por motivos que nada tenían que ver con el deseo que se me acumulaba entre las piernas. Ese había sido uno de los primeros síntomas, además de los vómitos, que últimamente me aquejaban a todas horas: los pechos se me habían hinchado y me dolían.

Rhys dibujo un círculo alrededor de uno de los pezones, que se me endureció con la caricia. Él observó cómo se erguía bajo la camisa, igual que un gato que vigila a un ratón.

—Rhys —insistí al ver que no respondía a mi pregunta—. ¿Por qué ha dicho Cassian que has estado de mal humor?

Él cerró los labios alrededor de uno de mis pechos y me lo rozó con los dientes a través de la tela.

—Por nada.

—Mentiroso. —Le tiré del pelo para obligarlo a levantar la cabeza —. Cuéntamelo.

Él se soltó y hundió la cara en mi cuello al tiempo que bajaba el cuerpo lo suficiente para indicarme con claridad cómo iba a acabar aquello. Yo no pude impedir que mis caderas se alzasen casi por voluntad propia para acudir a su encuentro. Otro de los síntomas más tempranos: mi insaciable voracidad. Y no solo por la comida.

Algunas noches, a duras penas esperaba a que Rhys entrara en la habitación para arrancarle la ropa, o para ponerme de rodillas y meterme su polla en la boca, hasta el fondo, o para pedirle que me follara contra la pared. Había días enteros en los que lo necesitaba dentro de mí con tanta intensidad que empleaba mis dones daemati para pedirle que se reuniera conmigo a la hora de la comida en la casa de la ciudad, puesto que quedaba más cerca del estudio que nuestro nuevo hogar.

Nuestro perfecto y encantador hogar, en el que habíamos diseñado una habitación infantil que, si el Caldero lo quería, estaría ocupada a finales de la siguiente primavera.

Rhys había correspondido a mi hambre insaciable con la suya. A veces nos tomábamos nuestro tiempo, saboreando cada centímetro del cuerpo del otro y haciendo el amor a conciencia. En otras ocasiones, las más habituales, follábamos sin ninguna delicadeza. Como esa mañana, cuando la necesidad me había apabullado de tal forma que casi ni habíamos terminado el desayuno privado que nos habían servido en nuestra habitación antes de subirme a su regazo y montarlo hasta que el placer nos dejó casi inconscientes a ambos.

El día anterior, había preguntado a Madja al respecto, sobre si era… normal desear tanto a mi pareja.

«Sí —me había respondido con los ojos chispeantes—. No muchas embarazadas hablan del tema, pero tiene que ver con la esencia de tu cuerpo, que no deja de cambiar. No puedo explicarte por qué sucede, pero te aseguro que es normal. Así que disfruta de cada momento».

—He estado de mal humor porque alguien no me deja dormir — dijo Rhys contra mi cuello. Me lamió la garganta y bajó la mano hacia mis pantalones. No se lo impedí y sus dedos encontraron la humedad que los esperaba allí. Soltó un gruñido de satisfacción—. ¿Ves a lo que me refiero?

Sabía que estaba evitando el tema, pero se lo permití. Ya había aprendido que Rhys me contaría lo que le preocupaba cuando estuviese listo para ello. Puede que Cassian lo hubiera malinterpretado, puede que su mal humor estuviese dirigido a mi hermana.

Aunque sabía que era poco probable.

No obstante, cuando Rhys me metió los dedos y empezó a moverlos a un ritmo retorcidamente perezoso, me olvidé del tema. Nuestra amistad siempre había consistido en darle espacio al otro para decidir cuándo estaba preparado para hablar.

También estaba el asunto de nuestro último trato, que llevábamos tatuado en la piel desde que habíamos derrotado a Hybern… Lo besé a conciencia, enredando la lengua con la suya. No pasaríamos ni un instante en ese mundo que no fuera en la compañía del otro. Lo único que me quedaba era rezar para que nuestro hijo hallase algún día un amor semejante.

Rhys me llevó casi hasta el límite antes de retirar la mano y hacer desaparecer mi ropa. Se desabrochó los pantalones con provocadora lentitud y se concentró en mi cara al tiempo que liberaba su considerable longitud. No despegó la vista de mí mientras me penetraba con una única y poderosa embestida. Parecía paladear cada uno de mis gemidos y de mis súplicas jadeantes mientras se movía en mi interior.

Como si quisiera memorizarlo todo.

Cuando ambos estábamos resollando, Rhys con la cara enterrada en mi cuello y yo con los dedos enredados en la tela sudada de su camisa, dije:

—Ahora que los demás están al tanto, siento que es más real.

Él supo a qué me refería.

—Hay alguien a quien todavía no se lo hemos contado.

Sonreí y le tiré del pelo para que levantase la cabeza. Rhys me obedeció y me miró a los ojos.

—¿Quieres decírselo tú a Mor o puedo hacerlo yo? —Él la conocía desde hacía más tiempo, pero yo la consideraba mi amiga más querida. Una hermana, puede que más que las mías propias.

—Creo que deberíamos dejar que se lo cuente él —propuso mientras hacía un gesto de cabeza para señalarme la tripa.

Enarqué una ceja.

—¿Cómo?

Mi pareja esbozó una sonrisa irónica.

—La próxima vez que Mor esté en casa, anularé el escudo que te rodea. A ver cuánto tarda en detectar tu olor. Y el del bebé.

Le devolví la sonrisa.

—Me gusta la idea. —Deseé tener algún modo de inmortalizar la expresión de Mor en ese momento. Pasé una mano por el sedoso pelo de Rhys—. ¿Has pensado algún nombre?

Él sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto.

—No me fío de esa sonrisa.

—¿Por qué? —Salió de mí y nos limpió a ambos con una oleada de su magia. Calmé el hambre creciente que sentí al ver cómo volvía a abrocharse los pantalones—. Jamás le pondría un nombre ridículo.

—No te creo. —Le di unos golpecitos en la nariz—. Tu apellido…

—Mejor no hablemos de mi apellido —respondió antes de mordisquearme las yemas de los dedos.

Me reí.

—De acuerdo.

Sin embargo, la luz en sus ojos se atenuó.

—¿Qué te parece si lo llamamos como tu padre?

Sentí el corazón en un puño.

—¿Te parecería bien?

—Por supuesto.

Tuve que tragar saliva para deshacer el nudo de la garganta y me incorporé para mirarlo de frente.

—Puede que como segundo nombre, pero… no. Quiero que nuestro hijo tenga su propio nombre.

«Nuestro hijo». Esas palabras me resultaban extrañas al pronunciarlas, aunque maravillosas al mismo tiempo.

Rhys asintió y su expresión se dulcificó, como si mis palabras también lo hubiesen conmovido a él.

No me costaba visualizar el padre en el que iba a convertirse, ya lo veía riéndose mientras lanzaba a nuestro niño en volandas y los veía a ambos adormilados en aquel mismo sofá, con sendos libros abiertos en el regazo. Nuestro hijo no dudaría nunca, ni por un segundo, de lo mucho que lo queríamos. Y Rhys iría hasta el fin del mundo para protegerlo.

Sonreí ante aquellas ensoñaciones, que provocaron que me hormigueasen las manos por las ganas que tenía de pintarlas.

Rhys soltó un ruidito contemplativo.

—¿Qué te parece Nyx?

Parpadeé.

—¿Nyx?

Rhys señaló una de las paredes forradas de libros de su estudio. Un tomo encuadernado en cuero flotó hacia su mano extendida. Sin decir palabra, mi pareja pasó las páginas y me lo tendió.

Escaneé el texto que me mostró.

—¿Una antigua diosa de la noche?

—Más o menos de la misma época que el Tesoro, de hecho —me explicó él—. Hoy en día casi todo el mundo la ha olvidado, pero me gusta cómo suena su nombre. ¿Por qué no ponérselo a un chico?

—Nyx —sopesé, y el eco del nombre reverberó en el silencio del estudio. Me rocé el estómago con los dedos tatuados.

Rhys colocó la mano sobre la mía y ambos sonreímos al pensar en la pequeña vida que se estaba desarrollando dentro de mi cuerpo.

—Nyx —repetí una última vez, y podría jurar que una brizna de poder nocturno se alzó en respuesta.

Juntos, observamos nuestras manos entrelazadas sobre mi estómago.

Juntos, observamos a nuestro hijo, y le ofrecí un silencioso agradecimiento a la Madre por el precioso futuro que florecía ante nosotros.

AZRIEL

El silencio al fin había descendido sobre la casa del río tras la estrepitosa fiesta del Solsticio de Invierno, y las luces inmortales se habían atenuado hasta proyectar pequeños charcos dorados entre las profundas sombras de la noche más larga del año.

Amren, Mor y Varian por fin se habían acostado, pero Azriel se descubrió matando el tiempo en la planta de abajo.

Era consciente de que debería dormir un poco. Iba a necesitar estar descansado cuando rompiera el alba, para la pelea de bolas de nieve que librarían en la cabaña. Esa noche, Cassian había mencionado no menos de seis veces que tenía un plan secreto que lo llevaría a su inminente victoria. Az había dejado que su hermano se pavoneara. Sobre todo porque él mismo se había pasado un año planeando su propia victoria.

Cassian no tenía la más mínima idea de lo que le esperaba. Y Az pensaba aprovecharse de lo improbable que era que Nesta dejara descansar mucho a su hermano esa noche.

Az se rio disimuladamente para sí mismo y para las sombras, que, dispuestas a su alrededor, lo escuchaban.

Duerme, le susurraron al oído. *Duerme*.

Ojalá pudiera, respondió él en silencio. En los últimos tiempos le costaba bastante conciliar el sueño.

Cada vez que se tumbaba el tiempo suficiente, lo torturaban un millar de pensamientos afilados. Demasiados deseos y necesidades provocaban que le ardiera la piel, que además sentía tensa sobre los huesos. De modo que únicamente dormía cuando su cuerpo se rendía e, incluso entonces, solo durante unas pocas horas.

Azriel escrutó aquella estancia familiar, en la que los regalos y los lazos inundaban la superficie de los muebles. Cassian y Nesta no habían vuelto a bajar, aunque aquello no era sorprendente. Se sentía exultante por su hermano, y aun así…

Azriel no podía evitar los celos que le atenazaban el pecho. Celos de Cassian y de Rhys.

Sabía que lo consumirían si subía a su dormitorio, de modo que se quedó abajo, junto a la moribunda luz del fuego.

No obstante, incluso el silencio pesaba demasiado, y aunque las sombras le hacían compañía, como siempre, se descubrió abandonando la habitación y dirigiéndose al vestíbulo.

Oyó unos pasos delicados bajo el arco de la escalera, y allí apareció ella.

Las luces inmortales arrancaban destellos dorados a la melena suelta de Elain y la hacían brillar como el sol al amanecer. Ella se detuvo, con la respiración entrecortada.

—Yo… —Observó cómo tragaba saliva. Elain aferraba un objeto pequeño entre las manos—. Iba a dejar esto en tu pila de regalos. Se me ha olvidado dártelo antes.

Mentira. Bueno, al menos la segunda parte. A Azriel no le hacía falta ninguna de sus sombras para interpretar su tono o la ligera tensión que reflejaban sus facciones. Elain había esperado hasta que todo el mundo se había ido a la cama para aventurarse de nuevo hasta la planta baja, donde, con sutileza y sin que nadie reparase en ello, iba a depositar su regalo entre los demás, que ya estaban abiertos.

Elain recorrió la distancia que los separaba y se le aceleró la respiración cuando se detuvo de nuevo, ahora a un escaso paso de distancia. Con una mano temblorosa, le tendió el regalo envuelto.

—Aquí lo tienes.

Az intentó no fijarse en las cicatrices de sus dedos mientras aceptaba el presente. Elain no le había comprado nada a su pareja. Sin embargo, el año anterior le había hecho un regalo a él: unos polvos para los dolores de cabeza que ahora guardaba en la mesita de noche de la Casa del Viento. No para usarlos, sino solo para

contemplarlos. Cosa que hacía siempre que dormía allí. O siempre que lo intentaba.

Azriel desenvolvió el regalo y echó un vistazo a la tarjeta, que solamente decía: «Puede que te resulten útiles en la Casa estos días». Abrió la tapa.

En el interior encontró dos pequeños objetos de tela en forma de alubia.

—Tienes que ponértelos en las orejas para bloquear cualquier sonido. Ahora que compartes casa con Nesta y Cassian…

Incapaz de reprimir el impulso, Azriel se rio entre dientes.

—Ahora entiendo por qué no querías que lo abriese delante de todos los demás.

Elain contrajo los labios en una sonrisa.

—No creo que Nesta apreciase la broma.

Él le correspondió con otra sonrisa.

—Yo no estaba seguro de si debía darte tu regalo.

Dejó el resto sin decir. Porque la pareja de Elain estaba allí, durmiendo en la planta de arriba. Porque Lucien había estado presente en el salón y Azriel había tenido que quedarse cerca de la puerta en todo momento, ya que no soportaba aquella imagen ni el olor de su vínculo de pareja, y necesitaba tener la opción de marcharse si llegaba a sentirse agobiado.

Elain parpadeó con sus grandes ojos marrones, perfectamente consciente de todo aquello. Y Azriel sabía que también era consciente de por qué él rara vez acudía ya a las cenas familiares.

No obstante, esa noche, amparados por la oscuridad y el silencio, sin que nadie los viera… Azriel sacó una cajita de terciopelo de las sombras que lo rodeaban y la abrió para ella.

Elain tomó aire con suavidad y él percibió esa respiración como un susurro sobre su propia piel. Sus sombras retrocedieron al oír aquel sonido. Tendían a desvanecerse cuando ella andaba cerca.

El collar de oro parecía normal y corriente: la cadena no tenía nada de especial y el colgante era lo bastante pequeño como para tomarlo por un dije cualquiera. Se trataba de una pequeña rosa plana hecha de cristales de colores y diseñada para que la auténtica

intensidad de sus matices se tornara evidente cuando la luz incidiera de lleno sobre ella. Una belleza secreta y encantadora.

—Es precioso —susurró Elain al sacarlo de la caja. La dorada luz inmortal brilló a través de las diversas caras del cristal e hizo que el colgante reluciese en distintos tonos de rojo, rosa y blanco—. ¿Me lo pones?

Azriel sintió que se le quedaba la mente en blanco. Sin embargo, cogió el collar y abrió el broche mientras ella se giraba para darle la espalda y se levantaba el pelo con una mano para exponer su largo y pálido cuello.

Sabía que aquello estaba mal, pero allí estaba él, colocándole la joya alrededor de la garganta. Permitiendo que sus dedos cubiertos de cicatrices tocaran aquella piel inmaculada. Permitiéndose rozarle el lateral del cuello y deleitándose con su textura aterciopelada. A Elain la atravesó un estremecimiento y él se tomó mucho más tiempo del necesario para cerrar el broche.

Azriel no retiró los dedos de inmediato, sino que los dejó apoyados en la nuca de Elain, sobre la primera vértebra de la columna. Muy despacio, ella se inclinó hacia su contacto. Hasta que él acabó apoyándole toda la palma en el cuello.

Nunca habían llegado tan lejos. Habían intercambiado miradas y algún roce ocasional de los dedos, pero jamás algo como aquello. En ningún momento se habían tocado sin restricciones y de forma tan descarada.

Mal. Aquello estaba mal.

Y le daba igual.

Azriel necesitaba degustar la piel del cuello de Elain. Conocer el sabor de esos labios. De sus pechos. De su sexo. Quería que ella se corriese en su lengua…

Sintió cómo la polla se le tensaba contra los pantalones, tan dura que incluso le costaba pensar. Rezó para que ella no bajase la mirada. Rezó para que no entendiese a qué se debía el cambio en su olor.

Azriel solo se había concedido aquella clase de pensamientos a altas horas de la noche. Únicamente se había permitido cerrar la mano alrededor de la polla y pensar en Elain entonces, cuando

incluso sus sombras se habían ido a dormir. Se había imaginado su expresión cuando la penetrase, los ruidos que haría.

Elain se mordió el labio inferior y él necesitó hasta la última migaja de su voluntad para evitar mordisqueárselo él mismo.

—Debería irme —dijo ella, pero no hizo ademán de marcharse.

—Sí —respondió él, que empezó a rozarle el cuello con el pulgar para realizar unas largas caricias sobre su piel.

La excitación de Elain le inundó las fosas nasales y aquel dulce aroma estuvo a punto de hacerle poner los ojos en blanco. Sería capaz de suplicar de rodillas por la oportunidad de saborearlo. Sin embargo, se limitó a acariciarle el cuello de nuevo.

Elain se estremeció y se acercó todavía más. Tanto que, si inspiraba hondo, rozaría el torso de Azriel con los pechos. Levantó los ojos para mirarlo con una expresión tan confiada, esperanzada y abierta que él supo que no tenía ni la menor idea de las atrocidades que había cometido y que le desfiguraban las manos más allá de las cicatrices.

Atrocidades tan horribles que constituía un sacrilegio que le tocara la piel con los dedos y se la manchase con su contacto.

Pero podía concederse este momento. Solo un momento, una pequeña muestra, y ahí acabaría todo.

—Sí —susurró Elain, como si hubiese detectado su resolución. Solo se permitirían aquel instante en mitad de la noche más larga del año, allí donde la Madre sería su única testigo.

Azriel le subió la mano por el cuello y la enterró en su espesa melena. Le hizo ladear la cabeza de la forma que quería. Elain entreabrió los labios y lo estudió con la mirada antes de cerrar los ojos.

Aquel gesto era tanto una oferta como un permiso.

Él estuvo a punto de gemir de alivio y necesidad mientras acercaba la cara a la de ella.

Azriel.

La voz de Rhys lo atravesó como un trueno y lo obligó a detenerse a pocos centímetros de la dulce boca de Elain.

Azriel.

Había una orden implacable entrelazada con su nombre, y Azriel levantó la vista.

Rhys se hallaba en lo alto de la escalera. Fulminándolos con la mirada.

A mi despacho. Ahora.

Rhys se desvaneció y él se quedó plantado frente a Elain, que seguía esperando a que la besara. A Azriel se le revolvió el estómago mientras le apartaba la mano del pelo y daba un paso atrás.

—Esto ha sido un error —se obligó a decir.

Ella abrió los ojos, en cuyas profundidades luchaban el dolor y la confusión, antes de susurrar:

—Lo siento.

—No tienes que… No te disculpes —se las apañó para decir Azriel —. No te disculpes nunca. Soy yo el que debería… —Negó con la cabeza, incapaz de soportar ser el culpable de su expresión desolada —. Buenas noches.

Se fundió con las sombras antes de que ella pudiese decir nada y se plantó ante las puertas del estudio de Rhys un instante después. Sus sombras le susurraron al oído que Elain había subido la escalera.

Rhys se había sentado tras su escritorio. La furia había transformado su expresión en una noche sin luna.

—¿Has perdido la cabeza? —inquirió en voz baja.

Azriel se colocó la máscara de frialdad que había perfeccionado en el calabozo de su padre.

—No sé de qué me hablas.

El poder de Rhys recorrió la habitación como una nube de oscuridad.

—Hablo de ti, besando a Elain en mitad del pasillo, donde cualquiera podría veros —gruñó—. Incluida su pareja.

Azriel se puso rígido. Permitió que su gélida rabia saliera a la superficie, una rabia que solo permitía que viese su hermano, porque sabía que él podía igualarla.

—¿Y si el Caldero se equivocó?

Rhysand parpadeó.

—¿Y qué pasa con Mor, Az?

Él ignoró la pregunta.

—El Caldero escogió a tres hermanas. Dime cómo es posible que mis dos hermanos estén con dos de ellas, pero que la tercera se la hayan entregado a otro. —Era la primera vez que se atrevía a verbalizar aquel pensamiento.

Rhys se puso pálido.

—¿Crees que mereces ser su pareja?

Azriel puso mala cara.

—Lo que creo es que Lucien nunca será lo bastante bueno para ella y que, de todos modos, a Elain él no le interesa.

—¿Y cuál es tu plan? —La voz de Rhys era puro hielo—. ¿Seducirla para apartarla de él?

Azriel no respondió. No había llegado tan lejos como para planear nada más allá de las fantasías con las que se daba placer a sí mismo.

Rhys gruñó.

—Permíteme que deje algo muy claro. Vas a mantenerte alejado de ella.

—No puedes ordenarme algo así.

—Claro que puedo, y eso es lo que estoy haciendo. Si Lucien se entera de que intentas conquistarla, tiene todo el derecho a defender su lazo como considere necesario. Y eso incluye invocar un Duelo de Sangre.

—Esa es una tradición de la Corte Otoño. —Aquel enfrentamiento a muerte era tan brutal que rara vez se llevaba a cabo. Pese a pertenecer a otra corte, el propio Azriel había querido invocarlo tras encontrar a Mor todos esos años atrás. Había estado preparado para retar tanto a Beron como a Eris a sendos Duelos de Sangre y matarlos a ambos. Solo se había refrenado porque le correspondía a Mor reclamar sus muertes como venganza por lo que le habían hecho.

—Como hijo de Beron, Lucien está en su derecho de exigirte que participes.

—No me costaría demasiado esfuerzo vencerlo. —Cada una de sus palabras estaba impregnada de pura arrogancia, pero era cierto.

—Lo sé. —Los ojos de Rhys centellearon—. Y, al hacerlo, destrozarías la frágil paz y las alianzas que hemos conseguido, no

solo con la Corte Otoño, sino también con la Corte Primavera y con Jurian y Vassa. —Dejó los dientes al descubierto antes de proseguir —: De modo que vas a dejar en paz a Elain. Si necesitas tirarte a alguien, ve a un salón de placer y paga por ello, pero mantén las distancias con ella.

Azriel gruñó por lo bajo.

—Gruñe todo lo que quieras. —Rhys se reclinó en su silla—. Pero si vuelvo a descubrirte jadeando por ella, te aseguro que haré que te arrepientas.

Rhys rara vez amenazaba con castigarlos o hacía valer su rango. Aquello sorprendió lo suficiente a Azriel como para que su rabia se evaporase.

Rhys señaló la puerta con el mentón.

—Sal de aquí.

Azriel plegó las alas contra el cuerpo y se marchó sin añadir nada más. Recorrió la casa y acabó en el jardín delantero, donde se sentó bajo la glacial luz de las estrellas y permitió que el hielo en sus venas igualara la frialdad del aire que lo envolvía.

Hasta que ya no sintió nada. Hasta que volvió a no ser nada.

Después voló hasta la Casa del Viento, porque sabía que, si se quedaba a dormir en la mansión junto al río, acabaría haciendo algo de lo que luego se arrepentiría. Había estado muy pendiente de mantenerse tan alejado de Elain como fuera posible, y se había alojado en la Casa para evitarla, y esa noche… Esa noche había demostrado que había hecho bien.

Se dirigió al campo de entrenamiento para quemar con ejercicio físico la tentación, la rabia, la frustración y la acuciante necesidad.

Al llegar allí descubrió que ya estaba ocupado. Sus sombras no lo habían advertido.

Era demasiado tarde para marcharse sin que pareciera que estaba huyendo. Azriel aterrizó a pocos pasos de donde Gwyn entrenaba, pese al frío que hacía esa noche. Su espada relucía como el hielo a la luz de la luna.

Ella se detuvo en mitad de un movimiento y giró en redondo para mirarlo a la cara.

—Lo siento. Como sabía que todos ibais a cenar en la casa del río, creía que a nadie le importaría que subiese aquí y…

—No hay ningún problema. He venido a buscar algo que se me ha olvidado. —La mentira le salió sola, tan fría y tranquila como su expresión. Sus sombras le echaron un vistazo a Gwyn por encima de su hombro.

La joven sacerdotisa sonrió, y a Azriel le dio la sensación de que aquella sonrisa iba dedicada a sus curiosas sombras. Sin embargo, Gwyn se colocó la melena cobriza detrás de la oreja puntiaguda.

—Estaba intentando cortar la cinta. —Señaló con su espada el pedazo blanco de tela, que parecía emitir un brillo plateado.

—¿No tienes frío? —El aliento de Azriel formó nubecillas blancas ante él.

Gwyn se encogió de hombros.

—Cuando empiezas a moverte, dejas de notarlo.

Él asintió y el silencio cayó sobre ellos. Por un segundo, sus miradas se encontraron. Azriel bloqueó el violento recuerdo que resurgió en su mente y que tanto contrastaba con la Gwyn que tenía ante sí en aquel momento.

Ella bajó la cabeza, como si también lo estuviera recordando. Que había sido él quien la había hallado aquel día en Sangravah.

—Feliz solsticio —dijo ella, tanto a modo de despedida como para felicitarle el día.

Él se rio por lo bajo.

—¿Me estás echando?

La alarma inundó los ojos turquesa de Gwyn.

—¡No! Es decir, a mí no me importa compartir el campo de entrenamiento. Solo que… sé que prefieres estar solo. —Torció la boca hacia un lado, gesto que le arrugó las pecas de la nariz—. ¿Por eso has subido aquí?

Más o menos.

—Se me ha olvidado algo —le recordó él.

—¿A las dos de la mañana?

Su mirada delataba la diversión que sentía. Aquello era mejor que el dolor y la pena que Azriel había detectado en sus ojos hacía unos instantes. De modo que le ofreció una sonrisa torcida.

—No puedo dormir sin mi daga favorita.

—El típico consuelo que buscan todos los niños.

A Azriel le temblaron los labios. Evitó añadir que, en efecto, siempre dormía con una daga. Con más de una, de hecho. Y siempre escondía una debajo de la almohada.

—¿Qué tal ha ido la fiesta? —El aliento de la sacerdotisa se condensó al abandonar su boca, y una de las sombras de Azriel se adelantó para bailar con una de aquellas nubecillas antes de volver junto a él haciendo una pirueta. Como si estuviese escuchando una silenciosa melodía.

—Bien —contestó. Un instante después se percató de que aquella no era una respuesta socialmente aceptable—. Ha sido agradable.

Tampoco era mucho mejor. De modo que preguntó:

—¿Las sacerdotisas lo habéis celebrado?

—Sí, aunque el servicio ha sido el momento culminante.

—Lo entiendo.

Ella ladeó la cabeza y su melena brilló como el metal fundido.

—¿Cantas?

Él parpadeó. Que alguien lo sorprendiera no era algo que sucediera todos los días, pero…

—¿Por qué lo preguntas?

—Te llaman «cantor de sombras». ¿Es porque cantas?

—Soy un cantor de sombras, no es ningún título inventado.

Ella volvió a encogerse de hombros en un gesto irreverente. Az la estudió con los ojos entornados.

—Bueno —insistió ella—. ¿Y cantas?

Azriel no pudo evitar la suave carcajada que se le escapó.

—Sí.

Ella abrió la boca para seguir preguntando, pero Az no tenía ganas de dar explicaciones. Ni de hacer ninguna demostración, y estaba seguro de que eso era lo que iba a pedirle a continuación. De modo que hizo un gesto con la cabeza para señalar la espada de Gwyn.

—Vuelve a intentar cortar la cinta.

—¿Qué? ¿Mientras tú me observas?

Él asintió.

Ella se lo planteó y Az se preguntó si se negaría, pero Gwyn suspiró, plantó los pies en el suelo, controló el equilibrio y se lanzó. Fue un movimiento elegante y preciso, pero no logró cortar la cinta.

—Otra vez —le ordenó él, que se frotó las manos para calentárselas y se sintió agradecido por el frío vigorizante y la distracción que le proporcionaba aquella lección improvisada.

Gwyn volvió a intentarlo, pero la cinta permaneció intacta.

—Giras ligeramente la espada cuando la colocas en paralelo al suelo —le explicó Azriel mientras desenvainaba su arma ilyria, que llevaba a la espalda—. Observa. —Le hizo una demostración en la que se movió muy despacio y giró la mano justo cuando ella lo hacía —. ¿Te has fijado en cómo doblas la muñeca? —Corrigió la postura —. Mantenla siempre así. La espada es una extensión de tu brazo.

Gwyn imitó el movimiento tan despacio como lo había hecho él, que observó cómo se autocorregía y luchaba contra el instinto de doblar la muñeca y rotar la espada. Lo repitió tres veces antes de deshacerse por completo de aquella mala costumbre.

—La culpa la tiene Cassian. Últimamente está demasiado ocupado poniéndole ojitos a Nesta como para fijarse en este tipo de errores.

Azriel soltó una carcajada.

—Eso no te lo discuto.

Gwyn esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias.

Él inclinó la cabeza en una suerte de reverencia y sintió que la tranquilidad sustituía a su inquietud anterior. Incluso sus sombras se habían calmado. Como si se sintieran satisfechas solo con reposar sobre sus hombros y observar.

Sin embargo… Dormir. Por lo menos tenía que intentar conciliar el sueño.

—Feliz solsticio —dijo Azriel antes de dirigirse hacia la entrada de la Casa—. No te quedes fuera mucho rato o acabarás congelada.

Gwyn asintió a modo de despedida. Ya estaba concentrada de nuevo en la cinta. Era una guerrera evaluando a su oponente, con todo el rastro de su encantadora irreverencia desvanecido.

Azriel entró en la calidez de la escalera y, mientras descendía, podría haber jurado que oyó una tenue y bonita melodía que lo

seguía, así como que sus sombras cantaban en respuesta.

Durmió tan bien como cabía esperar, pero cuando regresó a la casa del río a recoger sus regalos antes del amanecer, encontró el collar de Elain encima de la pila. Se lo guardó en el bolsillo. Durante el resto del día, incluso durante la pelea de bolas de nieve, albergó la firme intención de devolverlo al Palacio de Hilo y Joyas.

No obstante, cuando volvió de la cabaña en las montañas, no se dirigió a la plaza del mercado.

En vez de eso, terminó en la biblioteca bajo la Casa del Viento, de pie ante Clotho mientras el reloj daba las siete de la tarde.

Azriel deslizó la cajita por la mesa de la sacerdotisa.

—Si ves a Gwyn, ¿podrías entregarle esto?

Clotho ladeó la cabeza y su pluma encantada escribió en un pedazo de pergamino:

«¿Un regalo del solsticio? ¿De tu parte?».

Azriel se encogió de hombros.

—No le digas que es mío.

«¿Por qué?».

—¿Es necesario que lo sepa? Dile que es un regalo que le hace Rhys.

«Eso sería mentir».

Azriel no cedió al impulso de cruzarse de brazos, porque no quería resultar intimidante. Bloqueó el recuerdo que resurgió en su mente: el de su madre acobardada ante su padre, que se erguía de brazos cruzados de una forma que hacía patente su descontento mucho antes de que abriese esa odiosa boca.

—Verás, yo… —Azriel buscó las palabras adecuadas y bajó la voz —. Si hay alguna otra sacerdotisa que creas que sabría apreciarlo, dáselo ella. Pero no pienso llevarme el collar conmigo cuando me marche de aquí.

Esperó a que la pluma de Clotho dejase de escribir.

«Tu mirada es triste, cantor de sombras».

Él le ofreció una sonrisa sombría.

—He perdido la pelea de bolas de nieve.

Clotho era lo bastante lista como para ver a través de su evasiva.

«Se lo entregaré a Gwyn y le diré que un amigo lo ha dejado aquí para ella».

Azriel no sabía si llamaría «amiga» a Gwyn, pero…

—De acuerdo. Gracias.

La pluma de Clotho se puso en movimiento de nuevo.

«Se merece algo tan bonito como esto. Te doy las gracias por la alegría que sentirá al recibirlo».

Una chispa prendió en el pecho de Azriel, pero se limitó a inclinar la cabeza a modo de agradecimiento y se marchó. Sin embargo, se lo imaginó perfectamente mientras subía la escalera que lo conduciría a la Casa. La luz que iluminaría los ojos turquesa de Gwyn cuando viera el collar. Por algún motivo… no le costaba nada visualizar la escena.

No obstante, Azriel apartó aquel pensamiento y eliminó conscientemente cualquier asomo de sonrisa de la cara. Enterró aquella imagen a mucha profundidad, donde se dedicó a brillar en silencio.

Una belleza secreta y encantadora.

Una corte de armonía rota
Sarah J. Maas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *A Court of Splintered Harmony*
© del texto: Sarah J. Maas, 2026
Traducción publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Inc.
© de los capítulos extra: Sarah J. Maas, 2016, 2021
© de la ilustración de la cubierta: HAPPYPETS
Mapa de Virginia Allyn, © Bloomsbury Publishing Inc., 2026

© de la traducción: Mariona Gastó y Estíbaliz Montero
CROSSBOOKS, 2026
© Editorial Planeta, S.A., 2026
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

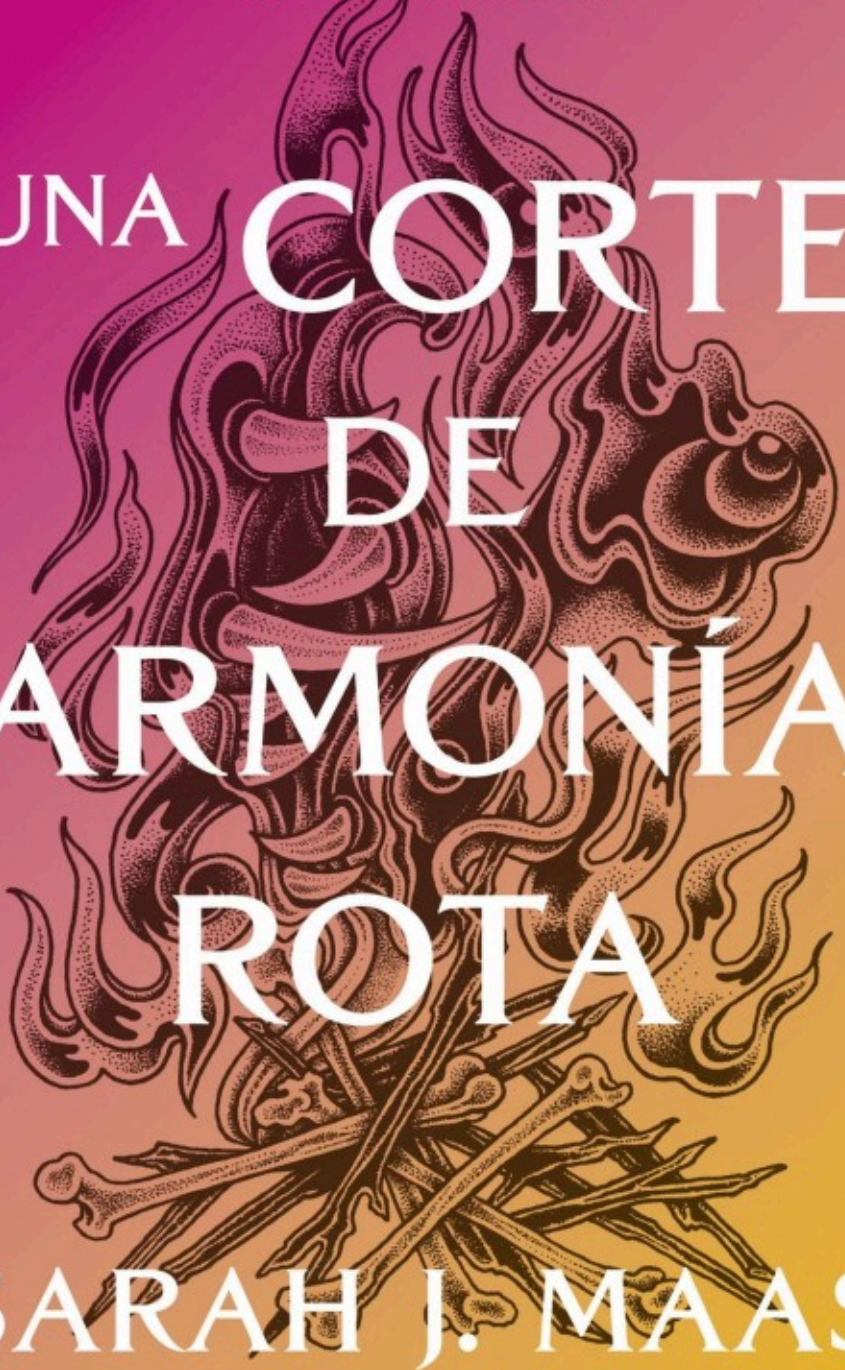
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-08-32534-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CICLO DE LAS VALQUIRIAS:
MOVIMIENTO I

UNA CORTE DE ARMONÍA ROTA



SARAH J. MAAS

CROSS BOOKS